



INÉDITO

Mamá
no me
deja
contarlo

CATHY GLASS

Harper *Bolsillo*

Mamá
no me
deja
contarlo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

Mamá no me deja contarlo

Título original: Mummy Told Me Not To Tell

© 2010, Cathy Glass

© 2019, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

© De la traducción del inglés, Sonia Figueroa Martín

Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Imagen de cubierta: Dreamstime.com

ISBN: 978-84-17216-48-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[1. Respiro](#)

[2. Un nuevo récord](#)

[3. Sharky](#)

[4. Aprendiendo a ir al baño](#)

[5. Cuidar de forma más segura](#)

[6. Los niños de acogida](#)

[7. Caos](#)

[8. El cole](#)

[9. Empiezo a perder la paciencia](#)

[10. Hay que ir al despacho del director](#)

[11. Un comienzo incierto](#)

[12. Una visión más amplia de la familia](#)

[13. Un día de «mal hecho»](#)

[14. Una escapada a la playa](#)

[15. Apartado de los demás](#)

[16. Un debate acalorado](#)

[17. Un oscuro nubarrón](#)

[18. Ciclo de abuso](#)

[19. Una familia normal](#)

[20. Una familia definitiva](#)

[21. Es triste decir adiós](#)

[Epílogo](#)

PRÓLOGO

—¿Va a quedarse en tu casa? —vociferó ella—. ¡Eso espero, no voy a dejar que vuelvan a trasladarlo! ¡Esto es una vergüenza! ¡Vaya panda de capullos!

—No, no van a volver a trasladarlo —le aseguré yo. Bajé la mirada hacia Reece, que estaba tironeándome del brazo y siseando con fuerza—. Quédate quieto, buen chico.

—¡Que hagas caso, joder! —gritó ella, antes de propinarle un guantazo en la cabeza que en esa ocasión sí que logró alcanzar su objetivo.

Y ese fue el primer encuentro que tuve con Tracey, la madre de Reece.

Ciertos detalles, incluyendo nombres, lugares y fechas, se han cambiado para proteger a los niños que aparecen en este relato.

1

RESPIRO

Mi familia y yo habíamos pasado por un momento profundamente emotivo al despedirnos a finales de octubre de Tayo (el niño al que tuvimos en acogida previamente y cuya historia narré en un libro anterior) y, teniendo en cuenta lo mucho que nos habíamos encariñado con él, me pareció buena idea actuar como cuidadora de respiro en vez de iniciar de inmediato otro acogimiento a largo plazo.

En el ámbito del acogimiento familiar, ser una cuidadora «de respiro» significa suplir a otra en el cuidado de uno o varios niños de acogida mientras dicha cuidadora se toma el descanso que necesita con urgencia. El acogimiento de respiro no conlleva el mismo desgaste emocional ni las complicaciones que acarrea tanto el de corto como el de largo plazo: el niño (o niños) llega limpio y bien alimentado con todo cuanto necesita para su estancia, y tiene la seguridad de saber que regresará junto a su cuidador permanente después de ese paréntesis. Hay cuidadores que se limitan a hacer acogimiento de respiro y van recibiendo en su casa un flujo constante de niños. Cuidan al menor exactamente igual que si se tratara de un niño de acogida como cualquier otro, pero, en lo que a todos concierne, la estancia de dicho menor con la cuidadora o el cuidador en cuestión se considera unas cortas vacaciones, así que el cuidador sabe que no puede involucrarse demasiado emocionalmente. Por eso se dice que el acogimiento de respiro es «más fácil». Yo, por mi parte, siempre estoy dispuesta a ofrecer respiro si no tengo a ningún niño en acogida, pero prefiero la dedicación y el compromiso que conllevan las estancias más largas y la satisfacción de saber que he ayudado en alguna medida a un niño en la difícil senda de la vida (eso espero, al

menos).

Cuando Tayo se fue, antes de embarcarnos en el acogimiento de respiro nos tomamos una semana de descanso en la que no hubo ningún niño de acogida en casa. Eso me permitió limpiar a fondo la habitación y airearla, y nos dio tanto a mi familia (Adrian, Paula y Lucy) como a mí la oportunidad de asimilar la partida de Tayo. A pesar de que las circunstancias en las que se había marchado habían sido las mejores posibles, en la familia quedaba una tristeza, un vacío, que tardaría algo de tiempo en ir menguando; de hecho, lo más probable era que tan solo empezara a desvanecerse con la llegada del siguiente niño. Hay cuidadores que inician de inmediato otro proceso de acogida por ese preciso motivo.

La primera que llegó a casa en régimen de acogimiento de respiro a principios de noviembre fue Jemma, una niña de cinco años que llevaba seis meses con su familia de acogida y que se quedó una semana con nosotros. Tenía trastornos de desarrollo y las necesidades de una niña de tres años. Paula y Lucy, mis hijas de dieciséis y diecinueve años respectivamente, estaban más que dispuestas a ayudar con aquella chiquitina y prácticamente me quitaban toda la faena de las manos al llegar del instituto por la tarde, pero, consciente de que Paula tenía que documentarse y redactar un extenso trabajo para una de sus clases de preparación para la universidad, di gracias a que Jemma no fuera a quedarse por más tiempo, ya que por las tardes parecía haber muy poco tiempo para estudiar y mucho para jugar con las Barbies. Y, aunque no me cabe duda de que Jemma lo pasó bien durante esa semana de actividades constantes con mis hijas, se alegró visiblemente cuando sus cuidadores permanentes regresaron de las vacaciones que se habían tomado y fueron a buscarla.

Tres días después de que Jemma se marchara me pidieron que acogiera durante dos semanas a Daisy, una joven de quince años. No suelo acoger a adolescentes (¡ya tengo bastante con los tres que tengo!) y, por regla general, se considera que se logra un mejor equilibrio familiar si el niño o niños en acogida no tienen la misma edad que los que ya forman parte de la familia, ya que es menos probable que surjan rivalidades entre ellos y se pueden atender mejor las necesidades del niño en acogida. Pero en este caso se trataba de una estancia de tan solo dos semanas, y también estaba el hecho de que a Daisy se la consideraba una joven «un poco difícil de manejar» y eso dificultaría el poder encontrarle cuidadores de respiro; además, pensé que como ella pasaría

la jornada en la escuela y no tendría que dedicarle el alto nivel de cuidados que requiere un crío más pequeño, me daría tiempo a redecorar el cuarto de baño antes de tener que empezar a pensar en las navidades.

Estaba previsto que Daisy llegara a las seis de la tarde con Kriss, su cuidadora, pero para cuando hizo acto de aparición ya eran las nueve y media porque no había llegado a su casa hasta las nueve. Era obvio que Kriss estaba muy estresada cuando entró con Daisy y con la maleta de esta en el recibidor, no dejaba de disculparse por la tardanza, pero yo le dije que no se preocupara, que no nos había causado ninguna molestia (la flexibilidad y la adaptabilidad son esenciales cuando tienes niños en acogida). Le aseguré que íbamos a cuidar muy bien de Daisy, una joven delgada y atractiva de pelo largo a la que saltaba a la vista que le gustaba vestir a la moda y que dejaba claro que no estaba conforme con tener que quedarse conmigo. Yo ya sabía por Jill, mi coordinadora de la agencia de adopción Homefinders, que Kriss iba a pasar dos semanas de vacaciones en España con una amiga y le habían ofrecido a Daisy que las acompañara, pero ella se había negado a ir porque no quería separarse de su novio.

—No entiendo por qué no podía quedarme en casa —refunfuñó la joven mientras Kriss intentaba despedirse.

—Sabes por qué no puede ser, cielo. Tienes quince años —contestó Kriss, que cada vez parecía estar más estresada—. Dame un abrazo, tengo que irme ya. Mi vuelo sale dentro de tres horas. —Se volvió a mirarme—. Vete tú a saber cómo me las habría arreglado si Daisy hubiese llegado más tarde aún.

Yo le reiteré que todo iba a ir bien y le dije que se fuera, y ella se volvió hacia Daisy para despedirse.

—Adiós, corazón.

—Adiós —masculló la joven sin mirarla mientras rechazaba su abrazo.

—Adiós, ¡disfruta de las vacaciones! —Cerré la puerta y me pregunté si Daisy habría llegado tan tarde a su casa para intentar evitar que Kriss se fuera—. Eres un poco joven para quedarte sola en casa —le dije sonriente—, pero estamos muy contentas de que vayas a pasar estos días con nosotras.

—¿En serio?

No se la veía demasiado convencida. Pero menos convencida aún estaba yo, porque la verdad es que su cara malhumorada era todo un poema.

—¡Sí, por supuesto! —le aseguré con una gran sonrisa—. A mis hijas les encanta tratar con chicas de su edad.

Lucy y Paula estaban en sus respectivas habitaciones, así que las llamé para que bajaran y procedí a hacer las presentaciones. Hubo por parte de todas un ataque de esa timidez tan típica de la adolescencia, sonrieron vergonzosas con la mirada gacha y apenas lograron esbozar un escueto «Hola».

—Tengo que lavarme el pelo —me dijo Daisy.

—Está bien, cielo. Pero antes vamos a subir tu maleta.

La ayudé a subir su enorme maleta escalera arriba hasta el que iba a ser su dormitorio, y entonces le mostré dónde estaba el cuarto de baño y me aseguré de que tuviera todo cuanto pudiera necesitar. Lucy y Paula, por su parte, regresaron a sus respectivas habitaciones para prepararse para acostarse (dado que ambas tenían clase al día siguiente, yo prefería que para las diez ya estuvieran en la cama).

Una hora después, Daisy aún seguía metida en el cuarto de baño y mis ligeros golpecitos iniciales en la puerta acompañados de un comedido «¿Va todo bien?» habían dado paso a golpes más insistentes y a «¡Daisy, por favor, date prisa! ¡Todas tenemos que usar el cuarto de baño!». Menos mal que Adrian estaba en la universidad y no se encontraba haciendo cola para entrar también, porque últimamente había empezado a pasar más tiempo allí metido que nosotras tres juntas.

Daisy salió por fin del cuarto de baño a las once, y yo no estaba nada contenta. Aunque tan solo iba a quedarse dos semanas con nosotras, era necesario marcarle unas normas básicas de conducta y asegurarme al mismo tiempo de que se sintiera bienvenida. Le preparé una bebida para antes de dormir (ella se decantó por un chocolate calentito) y, mientras Lucy y Paula se turnaban en el cuarto de baño, me senté con ella en los taburetes de la cocina y le expliqué con tacto y delicadeza que, aunque en casa de Kriss solo estaban ellas dos, en la mía éramos cuatro personas y todas teníamos que usar el cuarto de baño. Añadí también que entre semana quería que estuviera acostada a las nueve y media y con la luz apagada a las diez, y que a las siete y media de la mañana tenía que estar en pie y preparada para ir a tomar el autobús escolar. A ella le gustó el chocolate (se lo tomó de un tirón y me pidió otra taza), pero no mostró el mismo entusiasmo hacia la rutina que yo había establecido para ir a dormir.

—Pues vale.

Lo dijo rezongona, con esa actitud adolescente de «Te estoy oyendo, pero no estoy de acuerdo con lo que dices».

—¡Perfecto! —contesté yo con mi habitual optimismo—. Soy consciente de que en esta casa las cosas van a ser un poco distintas a lo que estás acostumbrada, pero seguro que todo va bien. Son solo dos semanas, y después estarás de vuelta con Kriss.

—Sí, vale.

Le preparé otro chocolate (que también se tomó de un tirón) y subí con ella a su habitación y le dije que quería que se fuera directa a la cama, que ya desharía la maleta al día siguiente... pero al final resulta que no llegó a deshacer nunca la maleta en cuestión. Al día siguiente, después de asegurarme de que llevaba consigo el abono de autobús y dinero para la comida y de que se había puesto al menos alguna que otra prenda del uniforme escolar, permanecí parada en el umbral mientras la veía marcharse rumbo a la escuela.

—¡Nos vemos luego! —le dije, sin saber que no sería así.

Daisy no regresó de la escuela. Me preocupé, pero no tanto como lo habría hecho en otro caso porque sabía por Jill que ya había desaparecido en ocasiones anteriores y solía ir a casa de su novio; aun así, tenía que seguir el protocolo habitual para los casos en que un menor no llega a casa a la hora establecida, de modo que a las cinco de la tarde llamé por teléfono a la agencia de adopción para informar sobre el retraso. Jill me dijo que le diera otra hora de margen a Daisy, que pasado ese tiempo volviera a llamar, así que a las seis llamé de nuevo para avisar de que aún no había llegado. Para entonces Jill ya se había puesto en contacto con la trabajadora social que llevaba el caso de Daisy, y cuyo consejo fue que yo diera parte de la desaparición a la policía a pesar de que la joven solía aparecer en casa de su novio. Mientras Lucy y Paula se encargaban de preparar la cena llamé a la comisaría de nuestro barrio e inicié el largo proceso de presentar una denuncia por desaparición, aunque en el fondo estaba convencida de que seguramente estaba haciéndole perder tiempo a la policía. No me equivocaba.

Cinco minutos después de que colgara el teléfono y me sentara a cenar, Jill me llamó para avisarme de que Daisy había llamado a su trabajadora social para decirle que estaba con su novio en el piso de los padres de este. La trabajadora social había dado el visto bueno para que la joven se quedara allí y, aunque el tono de voz de Jill revelaba que no lo aprobaba, la decisión no estaba en sus manos. Yo no sabía lo suficiente sobre la situación de Daisy como para valorar si era una decisión acertada o no, pero lamenté tanto el hecho de que la joven no se sintiera capaz de quedarse en mi casa como el

haberle hecho perder el tiempo a la policía.

Daisy se presentó en casa dos días después para sacar algo de ropa de la maleta, que seguía tal y como ella la había dejado en su habitación, y aunque aceptó una taza de chocolate no quiso conversar. Dos días después regresó a por otra muda y para darse una ducha; al parecer, la ducha de los padres de su novio no funcionaba.

—Kriss vuelve en una semana —le dije, al interceptarla cuando salía del cuarto de baño y se dirigía hacia la que tendría que haber sido su habitación—. Creo que sería genial que pasaras estos días aquí.

Ella se encogió de hombros y me pidió el secador y una taza de chocolate. Se los di con la esperanza de tentarla a que se quedara, pero fue en vano y supuse que ella ya había decidido desde un primer momento que no iba a quedarse con nosotras. A lo largo de la semana siguiente se presentó en casa dos veces más para llevarse más ropa, darse una ducha y, por supuesto, tomar un chocolate caliente, pero no se quedó demasiado rato en ninguna de esas ocasiones.

Tomé nota a diario de sus idas y venidas y llamé a Jill de forma periódica para ponerla al día (con cada menor que tengo en acogida, debo mantener un registro escrito y mantener informada a Jill). Ella se encargaba a su vez de mantener informada a la trabajadora social y esta no estaba excesivamente preocupada por la joven, así que Jill y yo no tuvimos más remedio que aceptar que, para bien o para mal, los servicios sociales consideraban aceptable el hecho de que Daisy, una joven de quince años, viviera con su novio y con los padres de este. Me sentía frustrada por no haber sido capaz de haber hecho bien mi trabajo, por no haber podido cuidarla.

Cuando Kriss llegó a buscar a Daisy dos semanas después de su partida, no se sorprendió al descubrir que no estaba con nosotras. Me dijo que ya se llevaba ella la maleta y que iba a pasar por casa de los padres del novio de Daisy para recogerla, me dio las gracias por todas las molestias que me había tomado y se disculpó por el comportamiento de la joven. Yo le dije que las disculpas no eran necesarias. Ella añadió que era habitual que Daisy pasara fines de semana enteros en casa de los padres de su novio y que, tras muchas reuniones y conversaciones con la trabajadora social, se había llegado a la conclusión de que era el mejor arreglo al que podía llegarse y que así, al menos, Daisy tenía un techo bajo el que cobijarse y estaba a salvo. Ante el hecho de que se acostara con su novio y de que seguramente estuviera

manteniendo relaciones sexuales siendo menor de edad (una ilegalidad, por lo tanto), la decisión que habían tomado había sido la de asegurarse de que tomara la píldora. A veces hay que ajustar las expectativas de forma drástica cuando se trata de adolescentes, y un arreglo práctico que funcione (y con el que el adolescente en cuestión esté dispuesto a cooperar) se considera una alternativa preferible a intentar imponer objetivos que no son realistas ni factibles.

Estaba ayudando a Kriss a meter la maleta en el coche, triste por no haber tenido siquiera oportunidad de despedirme de Daisy, cuando ¿a quién veo llegar paseando por la calle, tomada de la mano de su novio? Pues ni más ni menos que a la señorita Daisy en persona, que en cuanto vio a Kriss soltó la mano de su novio, echó a correr hacia ella y se lanzó a sus brazos. Era obvio lo mucho que se alegraba de verla.

—¡Te he echado de menos! —exclamó la joven.

—¡Yo también! —contestó Kriss.

Yo sonreí y le pregunté a Daisy qué tal estaba.

—Bien —contestó ella.

—Sí, todo bien —asintió el novio.

Kriss me lanzó una sonrisa estoica antes de abrirles la puerta trasera del coche para que entraran. Yo permanecí en la acera mientras los veía alejarse, despidiéndome con la mano de la menor de acogida a la que jamás llegué a acoger en mi casa.

Después de Daisy me asignaron a Sam, un niño de seis años, durante una semana. En esa ocasión no se trataba de dar un respiro a una familia de acogida, era una situación de emergencia porque su madre, una mujer soltera que no tenía familia cercana, había ido al hospital para dar a luz a su segundo hijo. Cuando Sam se fue redecoré el cuarto de baño, y entonces empezaron en serio las compras de Navidad. Sabía que no iba a tener más niños en acogida de respiro temporal hasta que pasaran las fiestas (nadie iba a pensar en tomarse unas vacaciones mientras estaba centrado en sus propios preparativos navideños), pero existía la posibilidad de que me asignaran algún caso de emergencia. Fui a buscar a Adrian a la universidad, decoramos la casa entre los cuatro y aprovechamos también para ir una noche al teatro de repertorio de nuestro barrio a ver un musical de *Cuento de Navidad*.

Jill me llamó por teléfono el 22 de diciembre, tres días antes de Navidad, y no fue solo para desearnos felices fiestas.

—Cathy, nos ha llegado una solicitud de acogida para un niño de siete años —me dijo—. Se llama Reece y pasó a estar en régimen de acogimiento hará cosa de un mes, pero no se ha aclimatado bien. Lleva una semana en casa de su familia de acogida actual y han accedido a que permanezca con ellos durante las navidades, pero siempre y cuando se establezca una fecha límite. ¿Podrías acogerlo en tu casa a principios de año?

Navidad, dulce Navidad. ¿Tan solo llevaba una semana con su nueva familia de acogida y ya había que trasladarlo de nuevo?

—Gracias, Jill, feliz Navidad para ti también.

Ella se echó a reír.

—Seguro que no es tan malo como lo pintan, igual es que es un poco movidito. Te llamaré con más detalles y la fecha exacta del traslado en cuanto tenga la información.

—De acuerdo. Que pases buenas fiestas.

—¡Tú también!

Tuve la impresión de que no hacía falta que me dieran más detalles; eso de que «no se ha aclimatado bien» y «han accedido a que permanezca con ellos durante las navidades, pero siempre y cuando se establezca una fecha límite» quería decir sin duda que Reece estaba dando muchos problemas.

UN NUEVO RÉCORD

Cuando Jodie, cuya historia narré en un libro anterior, vino a vivir conmigo tres años atrás, tenía en su haber una especie de récord en lo que respecta al número de familias de acogida por las que había pasado (yo era la quinta cuidadora a la que se la asignaban en cuatro meses). Los menores que han sufrido un profundo daño emocional debido a algún maltrato pueden volverse extremadamente retraídos, pero lo más habitual es que se muestren airados, desafiantes, violentos y agresivos, que ataquen a todo y a todos cuantos los rodean en un intento de descargar su dolor contra un mundo cruel y desconcertante. Aparte de lo difícil que resulta para un cuidador manejar esa clase de comportamiento, se trata de algo que asusta y que es muy duro de presenciar, algo que va agotando emocionalmente a la familia de acogida. Los cuidadores quieren hacer todo lo posible por el menor que tienen a su cargo y esperan ver alguna mejora en el comportamiento del niño, y al mismo tiempo desean proteger a su propia familia. En ocasiones, si el comportamiento del niño es extremo y está totalmente fuera de control, la situación se vuelve imposible de manejar y el cuidador en cuestión debe admitir que no puede seguir cuidando al menor. Es lo que se conoce como interrupción de la asignación y, aunque se hace todo lo posible por evitar que suceda, a veces no hay otra alternativa y hay que llevar al niño de acogida a otro cuidador.

El miércoles día 2 de enero (el primer día de trabajo después de las vacaciones para casi todo el mundo), Jill me llamó poco después de las once y, tras el breve intercambio de rigor con preguntas del tipo: «¿Qué tal las navidades?», «¿Lo pasaste bien en Nochevieja?», fue directa al grano.

—Por desgracia, Reece ha estado muy alterado durante las fiestas. ¿Puedes

hacerte cargo de él mañana mismo?

—Sí, ¿a qué hora llegará?

—Me entero y te lo digo. Cathy, parece ser que lleva seis semanas en acogida y está con sus cuartos cuidadores. Tú serás la quinta.

—¡Anda ya! ¡Eso es una locura!

—Pues sí, aunque con una de las cuidadoras solo estuvo dos noches y fue porque la madre de ella se puso enferma, así que él no tuvo la culpa.

—Ya.

Me pregunté si la madre se habría puesto enferma de verdad, o si no había sido más que una excusa que había puesto la cuidadora en cuestión al verse en una situación desesperada. Empezaba a sentirme bastante incómoda además de presionada. El número de cuidadores que ha tenido un menor puede ser a menudo un indicador de lo «problemático» que es su comportamiento.

Me sentí más presionada aún cuando Jill añadió:

—Le he asegurado a la trabajadora social suplente que tú podrás manejar a Reece y no habrá que reasignarlo hasta que todo se haya solucionado. Aquí tengo algunos detalles más, voy a leértelos. «Tiene siete años; su cumpleaños es en agosto, y lleva tres años en el registro de menores en situación de riesgo; es blanco caucásico y tiene cinco hermanastros y hermanastras, todos ellos están en acogida; tenía otra, pero, lamentablemente, murió cuando aún era muy pequeña. Reece tiene una complexión media, pelo castaño y ojos marrones. Come y duerme bien y no tiene ningún problema de salud acuciante, aunque se hace pis en la cama de vez en cuando». Una orden judicial decretó que pasara a estar en acogida de forma temporal, aquí pone que los motivos fueron la reiterada preocupación por el alto grado de violencia que hay en el seno familiar, la escasa higiene que hay en la casa, el abandono emocional y físico al que estaba sometido Reece, la posibilidad de que el padre abusara sexualmente de su hijastra, las agresiones sufridas por Reece a manos de su propia madre y el hecho de que a la casa acudieran hombres con antecedentes penales, entre ellos algunos posibles pedófilos.

Pero la cosa no había terminado todavía, Jill añadió algo más.

—Ah, sí, y tiene problemas de aprendizaje y de comportamiento, y parece ser que no va a la escuela.

Yo pensé para mis adentros que no era de extrañar que el niño tuviera problemas de comportamiento, teniendo en cuenta todo lo que tenía que soportar en su casa.

—¿Su madre sabrá dónde está viviendo? —le pregunté a Jill.

—No. Está muy enfadada y tiene un historial de agresiones previas en su haber. La familia es de sobra conocida por los servicios sociales; lleva dieciocho años en el punto de mira, desde que hubo que poner en acogida a la hija mayor. Ah, sí, y a Reece le gusta que le llamen Sharky^[1].

—No me digas. Qué apodo más curioso, ¿no?

—No sé, puede que le gusten los tiburones... ya sabes, igual que hay niños a los que les gustan los dinosaurios. También he conseguido algunos detalles sobre los motivos por los que fue pasando de una familia de acogida a otra, ¿te los cuento?

—Sí, por favor. Más vale prevenir que curar.

Jill soltó una pequeña carcajada.

—En el caso de la primera familia de acogida, se trataba de cuidadores con experiencia, pero tenían un crío de una edad similar a la de Reece y no congeniaron. Reece le golpeó con una botella de plástico y hubo que suturarle la herida. Después se lo asignaron a una cuidadora novata, era la primera vez que acogía a un menor y se sintió incapaz de lidiar con la situación. Me parece que Reece descargó su rabia contra los muebles, porque la mujer ha solicitado que se le abonen un sofá y una mesita auxiliar. Entonces se lo asignaron a otra cuidadora, esa fue a la que se le enfermó la madre. Y después lo llevaron a casa de los cuidadores con los que está ahora, una pareja, Carol y Tim. Tienen experiencia como cuidadores de niños de acogida, pero ella trabaja a tiempo parcial y el hecho de que Reece no vaya al cole ha generado una presión muy grande sobre ella y el resto de la familia.

—Ya veo.

Empecé a pensar que la situación podría no ser tan mala como me había parecido en un principio: la interrupción de la primera asignación había sido por celos hacia el otro niño; la segunda por una cuidadora sin experiencia que se había visto superada por las circunstancias; la tercera por una posible enfermedad; y la cuarta por compromisos de trabajo.

—¿Por qué no va al cole? —pregunté.

—Aquí no lo pone, y la trabajadora social suplente no lo sabía. Puede que sea debido a tanto traslado. El trabajador social que está a cargo del caso de Reece es Jamey Hogg, pero se ha tomado una larga excedencia hasta finales de febrero. Llamaré a la directora del equipo técnico para ver si alguien puede decirte algo más. Tengo que estar en una reunión en breve, así que les diré que

contacten directamente contigo.

—Gracias, Jill.

—De nada. Estoy convencida de que Reece se aclimatará a tu casa.

Mientras nos despedíamos pensé lo mismo que debía de estar pensando ella: que Reece iba a tener que aclimatarse sí o sí, porque estaba claro que no podía cambiar de nuevo de familia de acogida. Yo iba a tener que asegurarme de que se aclimatara, porque sin una vida hogareña estable no había esperanza alguna de poder corregir su comportamiento.

Al cabo de media hora sonó de nuevo el teléfono y una tal Karen se presentó diciendo que era compañera de trabajo de Jamey Hogg y que formaban parte del mismo equipo técnico en la división de servicios sociales. Llamaba para darme algunos datos más, unos datos que no eran nada buenos.

—Conozco a la familia de Reece, estuve asignada al caso durante un tiempo —me dijo—. Reece pasó a estar en acogida al mismo tiempo que su hermanastra Susie, que tiene diez años y vive con otra cuidadora de la zona; no pudieron asignarles la misma familia de acogida porque ninguna de las que había disponibles tenía dos dormitorios libres. A pesar de que Susie y Reece son hijos de distinto padre, son los hermanos que mantienen una relación más estrecha; hay cuatro hermanastros y hermanastras mayores, pero a todos ellos se los sacó del hogar familiar hace años; Sharon, la mayor, tiene dieciocho años en la actualidad; Reece ha presenciado un elevado grado de violencia en la casa, y vete tú a saber qué más; su padre, Scott, ha estado en la cárcel por agresión entre otras cosas; mientras estaba encerrado entabló amistad con tipos de muy mala calaña que ahora visitan de forma habitual la casa, entre los que hay un pedófilo como mínimo.

—Ya veo —contesté yo con voz pausada. No me gustaba ni pizca lo que estaba oyendo.

—Cuando estuve asignada al caso descubrí que en la casa hay un nivel de higiene pésimo, Susie y Reece estaban muy sucios y olían a orina rancia; la madre es muy gritona y agresiva y la familia entera habla a voz en grito constantemente para hacerse oír; da la impresión de que Reece ha pasado la mayor parte de sus días delante de la tele; la última vez que fui a verlos, a pesar de que mi visita estaba prevista, Susie y él estaban viendo una película de miedo pornográfica, y resulta que a mamá no le parecía que eso tuviera nada de malo y se negó a apagar la tele. Reece está bastante grande para su edad, tiene una complexión robusta, y sufre cierto retraso en su desarrollo;

actúa a un nivel de preescolar en muchos aspectos. Ah, por cierto, ten en cuenta que muerde. Su madre empezó a llamarle Sharky años atrás y se le ha quedado ese apodo.

—¿Le llaman así porque muerde? —le pregunté atónita.

—Sí, ya sé que cuesta creerlo. Los padres han consentido su comportamiento; de hecho, da la impresión de que les hace gracia e incluso lo alientan a comportarse así. Se ríen de él cuando muerde, le lanzan comida y él la desgarrá con los incisivos. También muerde objetos y a personas, esa fue una de las razones por las que lo expulsaron de los colegios a los que fue.

Yo permanecí en silencio mientras intentaba asimilar lo que estaba oyendo, y Karen añadió:

—Que yo sepa, le han expulsado de dos colegios de primaria, y tuvo muchas faltas de asistencia desde que empezó a ir a clase. A los del departamento de educación ya se les ha notificado que va a vivir contigo, así que le buscarán un colegio cerca de tu casa. —Hizo una breve pausa—. No sé qué más podría decirte.

—¿Qué hay del contacto con la familia? ¿Podrá ver Reece a algún familiar?

—Sí, verá a sus padres y a Susie cada semana en visitas supervisadas. Es posible que también pueda ver a alguno de sus hermanastros, pero eso es algo que no se ha decidido aún. No sé dónde se llevarán a cabo los encuentros, antes usábamos el Headline Family Centre, pero a la madre se le ha prohibido la entrada allí; y tampoco se le permite entrar en el Kid-Care, el otro centro de familia. Es una mujer muy agresiva.

—Sí que debe de serlo, es la primera vez que oigo que a alguien se le prohíbe la entrada en los dos centros de familia.

—Yo tampoco había visto nada semejante, pero créeme si te digo que la mujer se lo ganó a pulso con su comportamiento. Está claro que Reece ha presenciado mucha violencia en casa, y cuando se siente frustrado recurre a la agresión. En su casa no ha habido límites ni disciplina alguna, yo creo que tanto a Susie como a él habría que haberlos sacado hace años de ese lugar.

—Entonces ¿por qué siguieron allí?

Karen suspiró antes de contestar.

—No lo sé. Lamentablemente, se ha cambiado muchas veces de trabajador social y a la madre se le da muy bien conseguir lo que quiere y controlar a la gente. Grita y amenaza y, teniendo en cuenta su comportamiento volátil y errático, la mayoría de los profesionales que han tenido que lidiar con ella

parecen darse por contentos con haber salido ilesos. Cuando nos llevamos a Reece y a Susie estaban presentes dos trabajadores sociales y tres policías, y en casa solo estaban ella y los dos niños. No se puede razonar con ella, es imposible. Se presenta a menudo en las oficinas municipales y hay que avisar a los de seguridad para que la saquen del edificio, esta misma mañana estuvo allí para exigir que le dijéramos a dónde va a ser trasladado Reece. Huelga decir que no le dimos ninguna información.

Yo pensé para mis adentros que menos mal, y que ojalá se aseguraran de no desvelar por accidente mi información de contacto (era algo que había sucedido alguna que otra vez en casos previos).

—Por lo que sé acerca de Reece —añadió Karen, en un intento de terminar con algo positivo—, en realidad no es mal chico. Estoy convencida de que su agresividad es un comportamiento que ha aprendido en casa.

—Sí, ese suele ser el caso.

—¿Se te ocurre alguna otra información que pueda serte útil?

—No, de momento no. Gracias, me has ayudado mucho.

—Gracias por acceder a acoger a Reece, empezábamos a desesperarnos.

Esa noche, una vez que Lucy y Paula llegaron a casa y cenamos, aproveché para informarles sobre nuestra nueva incorporación antes de que se pusieran a hacer los deberes o a ver la tele. Las dos eran plenamente conscientes de lo que implica acoger a un menor que tiene un «comportamiento difícil» y, como tienen un sólido sentido del humor, decidí darle un enfoque desenfadado al asunto.

—¡Señoritas! —les dije mientras llenábamos el lavaplatos—, como ya sabéis, hemos tenido unos meses de tranquilidad en los que nos hemos limitado a hacer acogimientos breves de respiro. —Me miraron con una cautela rayana en la suspicacia. Yo sonreí antes de continuar—. ¡Pues resulta que pensé que ya era hora de cambiar un poco, de tener algo de vidilla! —Sonreí de nuevo—. Mañana viene a vivir con nosotras un niño que se llama Reece; aunque tiene siete años, tiene problemas de aprendizaje, así que se comporta como un crío mucho más pequeño. Grita, muerde y golpea cuando se siente frustrado, pero estoy convencida de que con nuestra ayuda empezará a cambiar rápidamente. Lo que necesita más que nada es estabilidad y límites...

Iba a recordarles algunos de los métodos que podíamos usar para lograr

dicho objetivo cuando exclamaron al unísono:

—¿No pueden asignárselo a otra persona?

—Ya lo han hecho —admití yo con semblante grave—. Vamos a ser su quinta familia de acogida en seis semanas.

—¡No puede ser!

—Es la pura verdad.

Supe por la expresión de ambas que estaban atónitas y que, al igual que yo, eran conscientes de que, por mucho que nos hiciera pasar física o emocionalmente, Reece no podía ser reasignado de nuevo; iba a permanecer con nosotras hasta que se decidiera en los tribunales cuál iba a ser su futuro y eso iba a tardar buena parte de un año, puede que incluso más tiempo si se trataba de un caso complicado.

[1] Apodo que podría traducirse como «Tiburoncete» (N. de la T.).

SHARKY

Jill llamó a la mañana siguiente, a las once recién dadas, y el estómago se me encogió. Había dispuesto de una noche de sueño (mejor dicho, de insomnio) para reflexionar sobre todo lo que me habían contado acerca de Reece y, a pesar de que había estado acogiendo a menores en mi casa durante años, los nervios empezaban a adueñarse de mí. ¿Y si su comportamiento era tan malo como decían y me veía incapaz de ayudarlo? ¿Y si resultaba ser el único niño con el que tenía que rendirme? Aparté esa posibilidad de mi mente.

—Un trabajador social llamado Imran te llevará a Reece a la una y media —me dijo Jill—. Yo procuraré llegar a tu casa media hora antes, a eso de la una.

Ella siempre procuraba estar conmigo cuando me llegaba un niño, tanto para comprobar que todo el papeleo estuviera correcto como para ofrecer un poco de apoyo moral.

—Vale, gracias —contesté yo.

—Karen te llamó ayer, ¿verdad?

—Sí, me ayudó mucho.

—Perfecto. Trabajó con la familia de Reece un tiempo, lástima que ya no esté asignada al caso. Es una persona muy práctica y sensata.

—Sí.

Nos despedimos y yo subí de nuevo a la planta de arriba, porque estaba dándole los últimos toques al que iba a ser en breve el dormitorio de Reece. Lucy y Paula estaban en el instituto y Adrian en la universidad, así que estaba sola y la casa me parecía muy tranquila y silenciosa. Me dije para mis adentros que eso no iba a durar mucho, porque en cuestión de un par de horas

Reece iba a tenerme más que entretenida.

Una vez que terminé de preparar la cama con una colcha de Batman y la funda de la almohada a juego, recorrí la habitación con la mirada. Esperaba que a Reece le gustara; había puesto pósteres de *Star Wars* en las paredes y rompecabezas de varias clases en el baúl de los juguetes y, como su comportamiento era el de un niño mucho más pequeño, había incluido también un póster de Winnie-the-Pooh, dos peluches blanditos y un castillo de mago con figuritas.

Siempre procuro que la habitación se adecue a la edad y el sexo del menor de acogida, que haya cosas que puedan gustarle de acuerdo a la información que se me ha facilitado. Si el niño viene con un montón de pertenencias propias, quito todo lo que no le gusta de lo que había puesto yo y coloco sus cosas. Es muy importante que estén rodeados de sus pertenencias, ya que eso los ayuda a aclimatarse y hace que se sientan seguros.

Como llevaba tres meses haciendo acogimiento de respiro, la decoración de la habitación había cambiado en repetidas ocasiones y había agujeritos de chinchetas agrupados en las zonas donde se habían colgado y descolgado pósteres, pero me había encargado de cubrirlos con una somera capa de pintura (un bote de pintura emulsionada es otra de las herramientas imprescindibles para una labor de acogida en condiciones).

A las doce del mediodía, cuando me disponía a prepararme algo de comer, sonó el teléfono. Era Jill.

—Cathy, lo siento mucho, pero ¿podrás arreglártelas tú sola esta tarde? Me han llamado para avisarme de que debo ir a nuestro centro del sur del condado, una compañera se encontraba mal y ha tenido que irse a casa.

—Sí, no te preocupes. Me las arreglaré bien.

—Llámame al móvil si necesitas algo; en todo caso, yo te llamaré después, una vez que ya te hayan llevado a Reece.

—De acuerdo.

No era la primera vez que Jill no podía estar presente cuando me traían a un niño, así que no me preocupé demasiado. Ella era consciente de que yo llevaba acogiendo a menores tiempo más que suficiente para conocer bien el procedimiento; de haber sido nueva en esto, otra empleada de Homefinders habría venido en su lugar, pero podía arreglármelas sola... bueno, ¡al menos eso creía yo!

A la una y media estaba más que preparada para la llegada de Reece. Iba de

acá para allá, entrando y saliendo del recibidor para lanzar una mirada a un lado y otro de la calle a través del visillo. Los nervios empezaban a adueñarse de mí otra vez. En ese momento habría preferido que Reece fuera una asignación de emergencia como Sam (y otros antes que él), porque en ese caso no habría tenido que pasar por esa tensa espera, pero me recordé a mí misma que si yo estaba así de nerviosa, vete a saber cómo debía de estar sintiéndose Reece, que se dirigía a su quinto hogar en seis semanas.

A las dos de la tarde recién pasadas, al ver que aún no había ni rastro de él, empecé a plantearme si sería buena idea llamar a Jill para asegurarme de que todo iba según lo previsto. Lancé una última mirada por la ventana del recibidor y justo entonces un coche plateado llegó y se detuvo delante de la casa. Desde mi punto de observación privilegiado tras el visillo vi que un niño que estaba en el asiento de atrás pasaba atropelladamente por encima del asiento del pasajero, abría la puerta de golpe y bajaba de un salto a la calzada. Era un niño de unos siete años de edad que tenía una complexión robusta y la cabeza rapada, y que empezó a dar saltos y a gritar a pleno pulmón:

—¡Te he *ganao*! ¡Te he *ganao*! ¡He salido del coche antes que tú, lentorra!
Reece había llegado.

Una mujer (supuse que debía de ser una trabajadora social) bajó a toda prisa del lado del conductor, corrió por la calzada hacia Reece, le tomó de la mano y exclamó con agitación:

—¡No hagas eso, es peligroso! ¡Tendrías que haber esperado a que saliera yo!

El niño no le hizo ni el más mínimo caso y siguió dando saltos y gritando.

—¡Te he *ganao*! ¡Te he *ganao*, lentorra!

Di un respingo cuando, de buenas a primeras, intentó darle a la mujer un cabezazo que estuvo a punto de golpearla en la nariz.

Me dirigí hacia la puerta principal mientras tomaba nota mental de que cuando Reece estuviera en mi coche, no bastaría con los seguros para niños y tendría que activar el cierre centralizado de puertas mientras no aprendiera a permanecer sentado hasta que yo le abriera. Y también procuré mantener la cabeza bien erguida al darle la bienvenida, porque estaba claro que dar cabezazos era otra de sus especialidades.

Abrí la puerta mientras se acercaban por el camino de entrada y le saludé sonriente.

—¡Hola! Soy Cathy. Tú debes de ser Reece, ¿verdad?

La trabajadora social lo tenía agarrado de la muñeca para evitar que echara a correr, era obvio que él no quería que lo sujetara de la mano; al entrar en el recibidor, la mujer me transfirió a mí el brazo del crío y soltó un suspiro.

—Hola, Reece.

No me agaché para quedar a su altura. Él no me miró, mantuvo la mirada fija en el pasillo y de repente intentó echar a correr hacia allí, pero yo le mantuve sujeto del brazo y se puso a tironear para intentar soltarse.

—¡Suelta! ¡Suéltame!

Posé la mano libre en su hombro, intenté hacerle girar hacia mí para poder mirarlo a los ojos y captar su atención.

—Reece, escúchame —le hablé con voz suave pero firme—. Escúchame.

Él seguía tironeando y esforzándose por no mirarme. Yo no quería agacharme hacia delante para que nuestras miradas se encontraran, porque eso me dejaría en la posición perfecta para recibir un certero cabezazo.

—Reece, vamos a ir por el pasillo hasta la habitación del fondo. Allí hay unos juguetes para ti.

—¡Suelta! ¡Que me sueltes!

Tenía una voz áspera, gutural, como la de un hombre mayor, y tan fuerte y potente que inundaba el aire y ahogaba cualquier otro sonido.

—Vale, vamos juntos por el pasillo.

Lo dije con calma, pero mantuve un tono de voz firme. Sabía que si lo soltaba cuando se encontraba en ese estado de alerta tan exacerbado, saldría disparado como un cohete y correría descontrolado por la casa, haciéndose daño y destrozando todo cuanto se interpusiera en su camino. Ya habría tiempo para mostrarle la casa más tarde, por el momento lo principal era calmarlo y establecer algo de control.

Mientras Reece seguía tironeando para intentar zafarse de mí (y, con lo que pesaba, tenía bastante fuerza), eché a andar por el pasillo poco a poco y sin detenerme (aunque un poco a trompicones, la verdad) rumbo a la habitación del fondo, que es nuestra sala de estar.

—Soy Veronica —dijo la trabajadora social, antes de cerrar la puerta principal a mi espalda.

—¡Encantada de conocerte! —contesté yo por encima del hombro.

—¡Lentorra! —gritó Reece.

Cuando llegamos a la sala de estar, le solté la mano y cerré la puerta; tal y como yo esperaba, Reece fue directo hacia los juegos que le había dejado en

medio de la sala (los otros estaban en los armarios de la terraza interior que hace las veces de sala de juegos).

Veronica se sentó aliviada en el sofá, era obvio que estaba encantada de poder transferirme la responsabilidad de cuidar de Reece; yo, por mi parte, permanecí de pie frente a la puerta como quien no quiere la cosa. Aunque el niño no se diera cuenta de ello, estaba bloqueándole la salida por si se esfumaba su interés por los juguetes e intentaba salir huyendo.

—Perdona el retraso —me dijo Veronica—. Se suponía que iba a ser Imran quien te trajera a Reece, pero no ha sido posible.

Yo la miré con expresión interrogante mientras Reece seguía volcando los juguetes; derribaba las cajas para hacerlos salir, pero no jugaba con ellos.

—Imran es asiático. —Ella señaló con un ademán de cabeza al niño y añadió, articulando las palabras con los labios sin emitir sonido alguno—: Es racista.

Dirigió preocupada la mirada hacia las fotos enmarcadas de mis hijos que tengo en las paredes. Entre ellas hay algunas de Lucy, mi hija adoptiva, que es medio tailandesa.

—No te preocupes, nos las arreglaremos —le aseguré yo.

Hay familias de acogida que se negarían a encargarse de un niño al que se considera racista, pero, según mi experiencia, los niños de la edad de Reece han aprendido ese comportamiento en casa y se puede desaprender con bastante rapidez. Me preocupaba más su evidente TDAH (trastorno por déficit de atención con hiperactividad); ni Jill ni Karen lo habían mencionado, pero en ese momento era más que obvio. Sus continuos movimientos agitados y erráticos; esa respiración con inhalaciones cortas y rápidas, como si estuviera hiperventilando; su estado de alerta exacerbado que le impedía centrarse en algo durante más de un segundo... todo ello parecía indicar que el niño tenía hiperactividad. Tenía que calmarlo antes de poder ofrecerle un café a Veronica, y ni hablemos ya de encargarnos del papeleo (ella ya estaba sacando los documentos de su maletín).

Reece había terminado de volcar todas las cajas de rompecabezas y juguetes, que en ese momento formaban una colorida montaña en medio de la sala. Fui apartándome poco a poco de la puerta, me acerqué a él y me puse en cuclillas a su lado.

—Reece —le dije mientras intentaba de nuevo establecer contacto visual—, elige una cosa para jugar ahora y guardaremos todo lo demás.

Él ni siquiera me lanzó una fugaz mirada. Su cerebro parecía estar tan atareado yendo en un sinfín de direcciones que había bloqueado prácticamente todo y a todos los que le rodeaban, así como cualquier posible pensamiento racional. Le toqué la mano con suavidad y él dirigió la mirada hacia mí, pero me dio la impresión de que ni siquiera me había visto.

—¿Qué te parece si jugamos con estos bloques de construcción? ¡Seguro que se te da bien construir cosas!

Uní dos piezas, pero él ya se había puesto de pie y fue directo hacia la estantería, donde procedió a sacar los libros de los estantes; para cuando le alcancé, ya había vaciado uno y había empezado con el siguiente.

—¿Quieres que te lea un cuento, Reece? —Ni respuesta ni reacción, más libros lanzados al suelo—. ¡Mira, aquí hay uno muy bonito! —le dije en voz un poco más alta. Me agaché a recoger un grueso y colorido libro infantil para aprender los números del montón cada vez más grande que había en el suelo—. Vamos a leer este. Es uno sobre números, tiene muchos dibujos y los números hasta el cien. ¿Sabes contar hasta diez?

La cascada de libros se interrumpió de golpe, y Reece se volvió a mirarme directamente por primera vez desde su llegada. Vi que tenía unos ojos marrones preciosos, pero unos dientes frontales de lo más inusuales; los cuatro de arriba eran muy grandes, se superponían unos a otros y tenían unos bordes prominentes y serrados. Me pregunté si aquello habría contribuido a esa etiqueta de «Sharky» que su madre le había puesto, en cuyo caso sería algo increíblemente cruel.

—A ver, dime —añadí mientras le miraba directamente a los ojos—, ¿sabes contar hasta diez?

Él sonrió de oreja a oreja, lo que acentuó aún más la inusual disposición de sus dientes.

—¡Claro que sí, tonta del culo! ¡Puedo contar hasta cien!

Me quitó el libro de la mano, se sentó de un salto en el sofá y esperó expectante a que empezara a leérselo. No me preocupaba que me hubiera llamado tonta del culo ni que me hubiera arrebatado el libro, porque al menos estaba más tranquilo y había logrado captar su atención.

Me senté junto a él en el sofá mientras Veronica empezaba a revisar la documentación que había traído consigo. Reece se acercó más a mi costado y me puso el libro en el regazo. Lo abrí por el principio, en la página de la izquierda aparecía un enorme número 1 tridimensional y en la de la derecha la

ilustración correspondiente de un gran conejito blanco adorable.

—¿Qué número es este? —le pregunté.

—¡El uno! —lo dijo a voz en grito.

—Exacto, muy bien. Pero no hace falta gritar, estoy sentada junto a ti.

Pasé la página y, al ver un número 2 tridimensional acompañado de una ilustración donde aparecían dos muñecas de trapo, vociferó:

—¡Dos!

Veronica ya tenía preparados sobre el regazo tanto los formularios de asignación como el resto de los documentos relevantes, así que, mientras iba pasando las páginas del libro y leyendo números, empecé a contestar a sus preguntas (primero sobre los datos de contacto del médico al que iba a llevar a Reece y después me pidió mi número de móvil, ya que los de servicios sociales no lo tenían).

—Te ofrecería un café, pero creo que será mejor seguir un rato con el libro —le dije.

—Sí, por supuesto —asintió ella.

De modo que seguí pasando las páginas mientras Reece gritaba los números y Veronica hacía preguntas y tomaba notas; para cuando el niño y yo llegamos al 15, ella ya tenía toda la información adicional que necesitaba y el formulario de asignación estaba listo para que yo lo firmara. Se inclinó hacia delante para acercármelo junto con un bolígrafo, y lo firmé con la mano derecha mientras pasaba una página con la izquierda. Veronica separó las copias y me dejó una de ellas sobre la mesita auxiliar.

—En condiciones normales, repasaría contigo los documentos que contienen la información esencial —lanzó una breve mirada hacia Reece—, pero no sé si será buena idea hacerlo ahora.

Esos documentos con la información esencial contenían los nombres completos, direcciones y edades de los miembros de la familia cercana del niño además de datos como la ascendencia de todos ellos, cualquier necesidad específica en lo relativo a religión, dieta o cuidados médicos, el tipo de orden judicial que había hecho que el niño pasara a estar en acogida y también cualquier factor especial a tener en cuenta como, por ejemplo, problemas de comportamiento.

—Sí, tienes razón. Será mejor que les eche un vistazo después, cuando tenga tiempo. —Pasé la página y apareció el número 20 junto con un dibujo de veinte duendecillos.

—No creo que contengan nada que no se te haya dicho ya —afirmó ella—. El régimen de visitas aún está por concretarse.

Alcé la mirada del número 24, que estaba acompañado de veinticuatro ratoncitos blancos, y me limité a contestar:

—Vale.

Pasé otra página cuando Reece me dio un pequeño codazo para que continuara, y entonces hice una pequeña pausa.

—Has sido un niño muy bueno, Reece. Te has quedado aquí sentado y te has portado muy bien. Me alegra mucho que te gusten los libros, porque a mí también me gustan mucho.

El número 25 estaba acompañado de veinticinco tulipanes rojos. Él gritó el número y yo pasé la página.

—Bueno, a menos que se te ocurra alguna otra cosa que haya quedado pendiente, te dejo ya con él —dijo Veronica, antes de dejar los documentos con la información esencial encima de los de asignación.

Yo dejé de pasar las páginas y miré a Reece, que seguía calmado junto a mí.

—Oye, Reece, seguiré leyendo esto dentro de un momento, después de que nos despedamos de Veronica, ¿vale?

Él golpeó la página abierta con la punta del índice.

—¡No, lee! ¡Quiero el libro!

—Bueno, si no vas a despedirte, entonces puedes quedarte aquí mirando el libro por un momento mientras yo acompaño a Veronica a la puerta.

Pasé el libro, que estaba abierto en la página que mostraba veintiocho titilantes estrellas, de mi regazo al suyo y me puse en pie. Reece se levantó como un resorte y el libro fue a parar al suelo.

—¿Y mis cosas? —vociferó.

Veronica y yo nos miramos y sonreímos. Con todo el ajetreo de la llegada del niño, ambas habíamos olvidado sus pertenencias, que debían de estar en el coche; puede que Reece tuviera problemas de aprendizaje, pero ¡no estaba dispuesto a quedarse sin sus cosas!

—¡Tienes razón! —le dije yo—. No podemos dejar que Veronica se vaya sin habernos dado tus cosas, ¿verdad?

—¡Se os había olvidado, tontorronas! —gritó con aquella enorme sonrisa que dejaba al descubierto su dentadura, antes de darme una contundente palmada en el brazo y salir disparado de la sala de estar.

Yo le seguí por el pasillo rumbo a la puerta principal mientras Veronica se

quedaba recogiendo sus documentos en la sala de estar.

Para cuando le alcancé estaba forcejeando con el picaporte (por suerte, se encasquilla un poco), intentando hacerlo girar para poder salir y sacar sus pertenencias del coche. Me detuve junto a él y posé la mano con delicadeza sobre la que tenía en el picaporte.

—Ahí fuera hay una carretera por donde pasan bastantes coches. Tienes que esperar siempre hasta que yo abra la puerta para que no te hagas daño.

Mi mano izquierda cubría la suya sin apretar y ambas estaban posadas en el picaporte, que quedaba a la altura de su cabeza. Antes de que me diera cuenta siquiera de cuáles eran sus intenciones, ya se había echado hacia delante y me había hincado los dientes en el dorso de la mano.

—¡Ay!

Aparté la mano de inmediato y Reece siguió forcejeando con el picaporte. Apoyé el pie contra la base de la puerta para evitar que se abriera mientras le echaba un vistazo a mi mano; tenía sus dientes frontales claramente marcados en la piel pero, por suerte, no estaba sangrando. Le agarré con suavidad de los hombros y, tras hacer que se volviera hacia mí, intenté que nuestras miradas se encontraran y le dije con firmeza:

—Reece, eso no se hace. No se muerde, duele. No está bien portarse así. — Pero su mirada iba de un lado a otro sin centrarse en un punto fijo, y me di cuenta de que no podría oírme ni aunque quisiera hacerlo—. ¡Reece! —lo dije en voz un poco más alta mientras lo mantenía sujeto de los hombros—. ¡Reece, mírame! No se muerde.

Él mantuvo la mirada esquiva y, de buenas a primeras, bajó la barbilla hacia su hombro izquierdo para intentar morder la mano que yo tenía apoyada allí; después giró la cabeza de golpe e intentó morderme la otra. Por suerte, ambas estaban fuera de su alcance.

—¡No! ¡Morder es cruel, no hay que hacerlo! ¡Para ya!

Él intentó morderme de nuevo las manos, y de repente se zafó de mí con un fuerte tirón y echó a correr escalera arriba.

Veronica se acercó a mí en ese momento.

—¿Estás bien, Cathy?

Las dos bajamos la mirada hacia mi mano, que todavía tenía perfectamente marcados los dientes de Reece.

—Sí, no me ha rasgado la piel.

Miré con preocupación hacia lo alto de la escalera. Oía a Reece campando

a sus anchas por el descansillo, y huelga decir que no estaba nada tranquila sabiendo que estaba allí arriba solo.

—Veronica, ¿podrías ir al coche a por sus cosas mientras yo subo y le enseño su habitación?

—Sí, claro.

Abrí la puerta con rapidez para que pudiera salir y me apresuré a subir a la planta de arriba. Encontré a Reece en mi dormitorio, dando saltos en la cama con todas sus fuerzas mientras los pobres muelles chirriaban quejicosos.

—¡Bájate de ahí! —No solo siguió saltando, sino que me dio la espalda—. ¡Reece! ¡Bájate ahora mismo de esa cama!

Al ver que no me hacía ni caso me acerqué a la cama, le rodeé la cintura con un brazo y, tras hacer que se sentara, me senté tras él y le rodeé con ambos brazos. Él estaba mirando hacia delante, le cubrí las manos con las mías procurando que estuvieran fuera del alcance de sus dientes. Se echó a reír al ver que estaba sujeto, después se debatió un poco mientras reía un poco más, y al final se rindió y se relajó.

—Vale, así está mejor. —Seguí sujetándole unos segundos más, y entonces le solté la cintura y le tomé de la mano para ayudarlo a bajar de la cama—. Esta es mi habitación, Reece. Es un espacio privado, es solo para mí. No puedes entrar aquí. Te enseñaré la tuya cuando nos despidamos de Veronica.

—¡Quiero verla ya! —gritó él.

—Y yo quiero que dejes de morder, Reece. Mira cómo tengo la mano.

Alcé la mano que me había mordido para que estuviera en su línea de visión mientras le sujetaba con la otra. Estaba segura de que saldría disparado rumbo a otra habitación si le soltaba.

—Mira estas marcas. —Tenía que dejarle claro que no estaba bien morder—. Me las han hecho tus dientes, y eso no está bien.

Lo cierto era que el daño físico era mínimo, pero morder es un hábito atroz y tenía que quitárselo de inmediato. Si me hubiera rasgado la piel la cosa podría haber sido mucho más grave porque por un mordisco se pueden transmitir a través de la sangre un montón de enfermedades, incluyendo la hepatitis y el virus del VIH.

Al ver que parecía haber centrado su atención en mi mano, la mantuve en su línea de visión mientras permanecía atenta por si le daba por intentar morderme de nuevo.

—Las personas no se muerden unas a otras, y tú no debes hacerlo.

—¡Yo no soy una persona, soy un tiburón!

Hice que se volviera hacia mí hasta que estuvimos cara a cara, y entonces busqué de nuevo su mirada.

—Tú no eres un tiburón, Reece. Eres un niño, y los niños no muerden.

—¡Sí que lo hacen! ¡Soy Sharky!

—No, eso no es verdad. Tú eres Reece y vas a dejar de morder, ¿de acuerdo?

No contestó y sus ojos empezaron a vagar de nuevo por la habitación. Miraba hacia todas partes, pero a mí me eludía.

—¿Tengo tele en mi cuarto? —preguntó de repente.

—Sí. Y es un lujo especial que la tengas. Como puedes ver, yo no tengo una en el mío.

Tal y como había hecho antes con otros menores a los que les gustaba ver la tele, pensaba utilizarla a modo de herramienta: sería un premio cuando se portara bien y, en caso de que se portara mal, le sancionaría quitándosela.

Le tomé la mano izquierda y le conduje hacia la puerta de mi habitación.

—Vale, ahora vamos a tu cuarto y te la enseñaré.

Con el niño caminando dando saltitos junto a mí, su mano aún en la mía, recorrimos el descansillo y entramos en su cuarto. Oí a Veronica abajo, haciendo otro viaje para acabar de entrar todas sus pertenencias.

—¡Quiero encenderla ya! —exclamó Reece cuando entramos en el cuarto.

Intentó echar a correr para hacerse con el mando a distancia, que estaba encima de la tele, pero yo lo intercepté y agarré el mando. Al ver que se enfurruñaba, intenté establecer de nuevo contacto visual.

—Tener una tele en tu cuarto es un premio muy especial, Reece. Podrás verla algunos ratitos si te portas bien. Portarse bien significa no morder y hacer caso a lo que yo te diga. ¿Lo has entendido?

Él asintió y me lanzó una breve mirada.

—¡Perfecto! Mira, ahora siéntate aquí, en este puf, y voy a ver si están dando algún programa infantil.

Eran poco más de las tres de la tarde, así que supuse que debían de estar dando alguno. Él me hizo caso y se sentó en el puf. Enchufé la tele portátil a la corriente y usé el mando hasta que di con unos dibujos animados para preescolares.

El comportamiento de Reece cambió de forma instantánea y drástica. Se quedó absorto de inmediato, tal y como le había pasado antes mientras yo le

leía el libro. Sus extremidades dejaron de moverse con esas sacudidas frenéticas y constantes y su respiración se estabilizó, toda su atención estaba centrada en los llamativos dibujos animados que correteaban por la pantalla. El hecho de que estuviera calmado era un alivio, pero, por otra parte, también resultaba extraño porque lo más habitual es que los niños que realmente tienen trastorno por déficit de atención con hiperactividad no puedan relajarse ni al estar frente al televisor. Era obvio que tanto permitirle ver la tele bajo una meticulosa supervisión como el leerle relatos iban a ser estrategias útiles para poder controlar su comportamiento. Le dejé allí, sentado en el puf y viendo totalmente absorto los dibujos animados, y bajé a hablar con Veronica, quien ya había metido en la casa todas las cosas del niño y estaba esperándome.

—¿Todo bien? —me preguntó esperanzada.

—Sí. Está viendo dibujos animados, se ha quedado mucho más tranquilo. — Vi que el equipaje del niño consistía en una maleta grande, un par de mochilas y dos cajas de juguetes; más o menos, lo que cabría esperar tratándose de un menor que llevaba poco más de un mes en acogida.

—Bueno, espero que paséis una buena tarde —me dijo Veronica, antes de sacarse del bolsillo un papel doblado—. Ten, su cuidadora previa me pidió que te diera esto. Es la comida que le gusta a Reece.

Desdoblé el papel y leí lo que ponía:

A Reece le gusta casi todo, pero sus platos favoritos son las tiras de pollo, las varitas de pescado, las latas de aritos de pasta con tomate y las salchichas de la marca Wall's. Está acostumbrado a beber muchos refrescos, pero hacen que esté hiperactivo. Yo he estado dándole leche, zumo y agua.

Me pareció muy sensato por su parte. Hay estudios que demuestran que la dieta puede ejercer un papel fundamental en el comportamiento de los niños, en especial si son susceptibles a los efectos de los aditivos (y ese es muchas veces el caso cuando se trata de niños con problemas de comportamiento).

—Gracias —le dije a Veronica, mientras volvía a doblar el papel.

—Y yo de ti procuraría mantenerlo alejado de las golosinas —comentó sonriente.

—Sí, eso está claro —asentí yo.

Una vez que Veronica se fue subí la maleta, las mochilas y las cajas a la habitación de Reece y le dije que iba a ponerme a colocar su ropa, que podía ayudarme si quería o seguir viendo los dibujos animados. Él no contestó ni me miró y siguió absorto en los coloridos dibujos, que estaban pensados para niños de unos cuatro años, así que abrí la maleta y me puse a sacar la ropa. Fui doblando y colgando las prendas, distribuyéndolas en el armario y en los cajones, y cada dos por tres le lanzaba una mirada para ver qué tal estaba. Seguía relajado, pero ajeno por completo a mi presencia. Sus ojos seguían a los personajes animados que se movían con rapidez por la pantalla, y que en ese momento estaban viviendo toda una aventura en un parque. De vez en cuando emitía algún pequeño sonido, a veces soltaba una exclamación de aprobación ante algo que estaba sucediendo en la pantalla y repetía alguna que otra palabra suelta conforme iba desarrollándose la acción. Me di cuenta de que parecía conectar mucho mejor con la televisión que con la gente y deduje que debía de ser por lo que había mencionado Karen, por todos los años que había pasado sentado frente a la tele. Decidí que, aunque esta pudiera ser una herramienta útil a la hora de lidiar con el comportamiento del niño, su uso iba a tener que estar minuciosamente regulado. Quería que conectara e interactuara con otras personas, no con una pantalla.

Cuando Lucy y Paula llegaron justo antes de las cuatro no entraron en una casa que estaba siendo arrasada por un niño descontrolado, tal y como ellas esperaban, sino en una en la que reinaba la calma y donde un niño veía la tele sentado tan tranquilo en un puf mientras yo colocaba sus cosas en el cuarto.

—¡Estamos aquí! —les dije, al oír que la puerta principal se abría y se cerraba.

Ellas dejaron las mochilas y los abrigos en la entrada, subieron de inmediato y llamaron a la puerta de la habitación (es algo que siempre hacemos antes de entrar en un dormitorio ajeno).

—Hola —les dije al verlas entrar—. Os presento a Reece. Reece, ellas son mis hijas, Paula y Lucy.

Ellas le saludaron con un «Qué tal» y un «Hola», y él articuló un sonido que podría interpretarse como un saludo sin apartar los ojos de la pantalla.

—Voy a terminar de deshacer las maletas y después ya pensaré en lo que vamos a cenar —les dije yo—. ¿Ha ido bien el día?

—Sí —contestó Paula.

—No ha ido mal —dijo Lucy.

Al ver que la mirada de ambas iba de Reece a mí antes de dirigirse de nuevo hacia él, supe lo que estaban pensando: que el niño que estaba sentado tan tranquilito y sonriente mientras veía *El show de Basil Brush* no podía ser el que yo les había dicho que iba a venir. Pero yo era plenamente consciente de que, a juzgar por lo que había visto de su comportamiento previo, la situación podía revertirse con suma rapidez.

APRENDIENDO A IR AL BAÑO

Mientras Reece estaba entretenido con la televisión y antes de ponerme a hacer la cena, aproveché para comentarles a las chicas que tuvieran un poco de cuidado porque el niño tenía tendencia a dar cabezazos y a morder. Ellas asintieron, pero me di cuenta de que no se tomaron la advertencia demasiado en serio. En el pasado habíamos acogido a menores que llegaban con un historial pésimo de mal comportamiento, pero jamás habían mostrado dicho comportamiento ante nosotras. Yo insistí en que tuvieran cuidado, les dije que no quería lesiones.

Aproveché también para apartar a Reece de la tele durante cinco minutos para mostrarle dónde estaba el cuarto de baño y explicarle las normas que había que respetar en lo relativo a los dormitorios ajenos: le dije que nuestros respectivos dormitorios eran un espacio personal y privado de cada uno, y que no se debía entrar en el de otra persona sin pedir permiso. Él asintió obedientemente porque sabía que podría seguir viendo la tele cuando yo terminara de hablar. Yo sabía que tendría que volver a explicarle las normas relativas a los dormitorios porque los niños de su edad, incluso los que no tienen problemas de aprendizaje, son impulsivos y cuando están buscando a alguien tienden a entrar sin más antes de recordar que hay que llamar y esperar.

A las cinco de la tarde, mientras yo preparaba la cena, Reece dejó de ver la televisión, se plantó en lo alto de la escalera y anunció a pleno pulmón:

—¡Cathy! ¡Tengo caca!

Lo gritó en voz tan alta que le oí claramente desde la cocina, que se encuentra en el otro extremo de la casa; consciente de que era habitual en él

hacerse las necesidades encima, dejé de pelar las patatas de inmediato y subí a la planta de arriba.

—¡Buen chico! Venga, hay que ir al baño.

Hice que diera media vuelta, le conduje por el descansillo y abrí la puerta del cuarto de baño. Sin pudor alguno, se bajó los calzoncillos y los pantalones y se sentó en el retrete. Esperé fuera con la puerta entreabierta y poco después salió de dentro un tufillo que digamos que no era demasiado agradable seguido de:

—¡Ya he *terminao*, Cathy!

—Buen chico —le dije desde el otro lado de la puerta.

Permanecí fuera porque quería asegurarme de que se lavaba las manos y de que lo hacía bien, ya que son muchos los niños que me llegan sin que les hayan enseñado unas normas básicas de higiene. Esperé un poco más, pero no le oí usar el rollo de papel (estaba justo detrás de la puerta, y al tirar de él hacía ruido en el portarrollos).

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¡Ya he *terminao*! —vociferó.

—Vale, ahora límpiame el culete, tira de la cadena y lávate las manos. — Repetí las instrucciones al ver que no contestaba y esperé unos segundos más —. ¿Estás limpiándote el culete, Reece?

—¡No!

Abrí la puerta con suavidad y me asomé a echar un vistazo. Seguía sentado tan feliz de la vida en el retrete con los calzoncillos y los pantalones bajados hasta los tobillos, tenía los codos apoyados en las rodillas como si estuviera en una silla de playa y no parecía tener intenciones de intentar limpiarse.

—Venga, Reece, si has terminado ya, levántate y límpiame el culete.

—No puedo hacerlo.

—¿No puedes limpiarte el culete?

—No.

Aunque me sorprendió que un niño de su edad, por mucho que tuviera dificultades de aprendizaje, no hubiera aprendido ya a limpiarse solo, no quise darle mayor importancia al asunto; por otra parte, tampoco iba a encargarme yo de limpiarle, que seguramente era a lo que le habían acostumbrado. Aunque tanto sus habilidades como su coordinación sufrían cierto retraso, estaba capacitado para realizar aquella tarea: si podía contar hasta cien, estaba claro que podía limpiarse su propio trasero.

—Vale, entonces voy a enseñarte cómo se hace. Presta mucha atención a lo que voy a hacer ahora, Reece, para poder hacerlo tú mismo. Lo primero es arrancar tres tiras de papel de váter. Mira, así. —Arranqué tres tiras—. Entonces las doblas así, y te limpias así. —Me giré un poco y deslicé el papel doblado por encima de mis pantalones, para enseñarle dónde tenía que limpiarse—. Solo usas el papel una vez, y después lo echas al retrete y arrancas las tres tiras siguientes.

Esto podría parecernos una obviedad a casi todos nosotros, pero os sorprenderíais al ver la cantidad de niños que hay que, como no se les ha enseñado lo que hay que hacer, intentan reutilizar el papel dándole la vuelta y acaban con las manos embadurnadas de caca.

—Ahora tú. —Le di el papel doblado y él hizo un torpe intento de llevarse la mano al trasero mientras permanecía sentado—. Vas a tener que levantarte.

Se las arregló para levantarse del retrete y, con una pose de lo más desgarbada, se esforzó heroicamente por limpiarse antes de volver a sentarse de nuevo.

—Vale, ahora hay que arrancar las siguientes tiras de papel. Presta mucha atención. —Corté el papel, lo doblé y se lo di. Intentó de nuevo limpiarse mientras permanecía sentado—. Recuerda que tienes que levantarte primero.

—¿No puedes limpiarme tú? —rezongó él.

—Sí que podría, pero quiero que aprendas a hacerlo tú. ¡Imagínate lo hábil y listo que te sentirás al poder limpiarte tu propio trasero!

Dio la impresión de que mis palabras no le convencían demasiado, pero aceptó las siguientes tiras de papel, se puso en pie y consiguió usarlas razonablemente bien. Y así continuó la cosa: yo fui arrancando las tiras de papel, y él fue usándolas hasta quedar limpio.

—¡Bien hecho! Ahora tienes que tirar de la cadena.

Lo consiguió a la primera, así que supuse que debía de estar acostumbrado a hacerlo después de hacer pis. Esperé a que se subiera los calzoncillos y los pantalones antes de darle más instrucciones.

—Muy bien. Ahora, antes de tocar alguna cosa, tienes que lavarte muy bien las manos con agua y jabón.

Reece se quedó parado sin saber qué hacer mientras yo ponía el tapón en el lavabo y abría el grifo para llenarlo de agua caliente. Entonces le eché jabón en las palmas de las manos y se las metí en el lavabo.

—¿Quién te limpiaba el trasero en tu casa? —le pregunté mientras se

frotaba las manos en el agua.

—No lo sé. —Se echó a reír.

—¿Quién te lo limpiaba en el cole?

—Nunca hice caca allí.

Eso no me sorprendió, porque los niños que no han aprendido a ir solos al baño esperan el día entero hasta llegar a casa, y entonces defecan. No les queda más remedio si no quieren pasar vergüenza. Si les enseñamos tan pronto a encargarse por sí mismos de estas tareas de higiene personal es, en buena medida, para salvaguardar su autoestima.

—Ahora ya podrás usar el baño del cole, ¡bien hecho! —Lo miré sonriente—. Sacúdete el agua de las manos y sécate con la toalla.

Realizó la primera tarea con gran entusiasmo, y lo dejó todo salpicado de agua. Guie sus manos hacia la toalla, esperé a que terminara de secárselas, y él aprovechó para regresar a su cuarto de inmediato mientras me encargaba de abrir la ventana del baño.

Al pasar por su puerta me asomé a ver qué hacía, y vi que estaba sentado de nuevo en el puf frente a la tele.

—Puedes terminar de ver ese programa, Reece, pero después apagaremos la tele para que vengas a jugar abajo. ¿De acuerdo?

A pesar de que asintió, yo no habría sabido decir con certeza si me había oído o no porque estaba viendo totalmente absorto *Blue Peter*, que era el último programa infantil que quedaba antes de que comenzara la programación para adultos y se apagara su tele.

Acababa de regresar a la cocina y me disponía a seguir pelando las patatas cuando oí que Reece me llamaba de nuevo desde el descansillo de la escalera.

—¡Cathy! ¡Tengo caca!

En su voz había un apremio que me hizo correr escalera arriba mientras él entraba a toda prisa en el baño y se sentaba justo a tiempo.

—No te preocupes —le dije yo—, tienes el estómago un poco revuelto. Supongo que será porque has estado un poco preocupado por lo de venir a vivir aquí.

Esperé a que terminara y entonces se repitió el ritual de arrancar el papel, doblarlo y pasárselo hasta que estuvo limpio. Llené de agua el lavabo, le supervisé mientras se lavaba las manos y abrí un poco más la ventana.

Dos minutos después, cuando acababa de bajar a la cocina y estaba a punto de seguir pelando las patatas, me llamó de nuevo.

—¡Cathy! ¡Tengo caca!

Subí a la planta de arriba y se repitió el proceso: arrancar y doblar el papel, lavado de manos. Para cuando terminé de pelar las patatas, se había requerido mi presencia en dos ocasiones más y las chicas estaban preguntando (palabras más, palabras menos) que qué era ese olor tan raro que impregnaba la zona del descansillo y se colaba en sus habitaciones.

A las 17:25, consciente de que *Blue Peter* ya había terminado, dejé la cena cocinándose al fuego y subí a explicarle a Reece que los programas infantiles habían terminado y que ya había visto suficiente televisión. Le pedí que la apagara. No lo hizo, así que se lo pedí otra vez. Al final fui yo quien la apagó.

En cuanto le di al botón del mando a distancia, fue como si hubiera accionado un botón en Reece. Pasar una hora sentado frente a la tele le había recargado las pilas, y salió disparado como un cohete. Metido en su propio mundo, ajeno por completo a nuestra presencia, corrió de acá para allá por el descansillo, subió y bajó la escalera, entró y salió de todos los cuartos (incluyendo los dormitorios) mientras emitía sonoros zumbidos y gritos inconexos. En un momento dado en que estaba recorriendo una vez más el dormitorio de Paula, esta se libró por los pelos de recibir un cabezazo al intentar atraparlo; colisionaba con todo y con todos cuantos se interpusieran en su camino, estaba alborotado y descontrolado. Yo sabía que la única forma de calmarlo era liberar de forma más controlada parte de la energía que tenía acumulada. En verano insto a los niños a salir al jardín, donde pueden corretear y gritar hasta hartarse; pero estábamos a mediados de invierno, estaba oscuro y hacía frío, así que decidí emplear mi otra estrategia: salir a dar un brioso paseo.

—¿Podéis echarle un ojo a la cena? —les pregunté a Lucy y a Paula, que estaban plantadas en el descansillo viendo cómo Reece corría de acá para allá como un poseso—. Voy a llevarle a dar un pequeño paseo. Solo serán unos veinte minutos, pero creo que con eso bastará. Lo más probable es que hoy apenas haya hecho ejercicio.

No serviría de nada intentar atraparlo, porque él se lo tomaría como un juego y disfrutaría de la persecución, lo que contribuiría a su vez a acrecentar su hiperactividad. Así que me dirigí por el pasillo hacia el recibidor, descolgué mi abrigo del perchero y procedí a ponérmelo mientras decía en voz alta:

—¡Ven, Reece! ¡Tú y yo vamos a salir a dar un paseo antes de la cena!

Él seguía corriendo a toda velocidad. Iba de acá para allá por el pasillo, entraba y salía del comedor y de la sala de estar y había empezado a aullar con todas sus fuerzas. Yo no estaba segura de si se trataba de un juego en el que usaba la imaginación para fingir que era algo así como un Boeing 727 o un pterodáctilo, pero, fuera como fuese, estaba peligrosamente fuera de control. Tenía los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo a modo de alas, pero los sonidos que emitía eran más propios de un lobo que de un avión o un pájaro prehistórico.

—¡Venga, Reece! ¡Vamos a dar un paseíto antes de cenar!

—¡No! —Lo gritó a pleno pulmón antes de pasar como un bólido junto a mí, estuvo a punto de golpearme el brazo con sus alas extendidas.

Era obvio que sería inútil insistir en que viniera conmigo, que eso nos llevaría a una confrontación, así que intenté otra táctica: la de fingir indiferencia, que puede funcionar con niños de corta edad.

—Vale, como quieras, saldré a pasear yo sola —le dije, como si no me importara lo más mínimo—. Tú quédate aquí con Lucy y con Paula, ellas te cuidarán muy bien.

Jamás dejaría a un menor a cargo de mis hijas en su primera noche en casa, y mucho menos tratándose de uno con los problemas que tenía Reece (habría sido una responsabilidad demasiado grande para ellas), pero eso era algo que él no sabía. Me puse los zapatos poco a poco y después me centré en abrocharme el abrigo, estaba dándole tiempo para pensar en lo que iba a perderse. Había dejado de correr y estaba observándome desde el otro extremo del pasillo, pero yo no le miré y me volví hacia la puerta principal antes de decir con toda naturalidad:

—¡Hasta luego! —Mi mano estaba en el picaporte, lista para girarlo.

—¡No! ¡Yo también quiero ir! —Vino corriendo por el pasillo y chocó contra mí.

—No hace falta correr. —Le agarré con delicadeza del hombro y le miré—. ¿Seguro que quieres venir? No hace falta que lo hagas.

—¡Sí! ¡Llévame contigo! ¡Voy a salir a pasear! —Ya estaba intentando ponerse las zapatillas de deporte.

—Vale, si estás seguro...

A todos los niños les gusta tener la sensación de que ejercen algo de control y de responsabilidad sobre su propia vida; eso se acentúa aún más en el caso de los que han pasado a estar en régimen de acogimiento familiar por decisión

de la entidad competente, ya que no tuvieron ni voz ni voto cuando los sacaron de su casa. Al darle a Reece la oportunidad de elegir le había permitido sentir que había sido él quien había tomado la decisión. Aunque a veces no hay decisión posible (cuando hay que vestirse para ir al colegio a una hora concreta, por ejemplo), sucede a menudo que, cuando un niño tiene la sensación de que su decisión cuenta, es posible convencerle de que haga algo contra lo que de otra forma habría opuesto una gran resistencia. No se trata de un gran descubrimiento, es un truquito útil que la mayoría de los padres y madres emplean sin darse cuenta.

Después de ayudar a Reece a ponerse el abrigo, le abroché las zapatillas de deporte y le tomé de la mano al salir a la calle. Quedó patente de inmediato que el niño no tenía ni la más mínima idea de cómo caminar por la acera de forma segura, no dejaba de saltar y brincar sin ton ni son e intentaba zafarse de mí mientras giraba el brazo libre en amplios círculos.

—¡Mantente lejos del bordillo!

Le hice esa advertencia al ver que intentaba saltar a la calzada y opté por cambiar de mano para que quedara en la parte interior, bien alejado de la carretera y de los coches que pasaban. Mientras caminábamos tropezaba solo cada dos por tres y, si yo no le hubiera llevado tomado de la mano, con cada tropezón se habría caído pesadamente y sus rodillas habrían dado contra el duro pavimento. Yo tiraba y le enderezaba antes de que se golpeará, así que no se hizo ningún daño, pero él chillaba y amenazaba al pavimento como si este tuviera la culpa.

—¡Ándate con *cuidao*! ¡Cuidadito o ya verás!

Yo iba a buen paso para que quemara algo de la energía que tenía acumulada, pero no era un ritmo excesivo y no tendría que haberle causado tantos problemas. Además de ir a trompicones y de tropezar cada dos por tres, no tardó en empezar a resollar y a jadear sin apenas aliento.

—¿No estás acostumbrado a caminar? —le pregunté mientras aminoraba un poco la marcha.

—No lo sé.

—¿Caminabas cuando estabas con tus otras familias de acogida?

—No, iba en el coche.

—Y cuando estabas con mamá, ¿qué? ¿Allí tenías un coche?

—No lo sé.

Era algo que carecía de importancia, se lo estaba preguntando más que nada

para que conversáramos un poco, y era bastante obvio que no estaba acostumbrado a caminar y que estaba en muy baja forma. Lo que también empezaba a notar (me había pasado también en casa) era que cualquier pregunta relacionada con su madre tenía por respuesta un «No lo sé». Jamás les pregunto a los niños sobre cómo viven en su casa más allá de algunas cuestiones genéricas (a menos que estén intentando contarme algo relativo a un abuso que hayan sufrido, por supuesto, en cuyo caso se lo sonsacaría con delicadeza), pero lo que me estaba pasando con Reece era que incluso la pregunta más inocente (como cuando le había mostrado su dormitorio y le había preguntado si tenía uno para él solo en casa) recibía un «No lo sé» como respuesta. El niño tan solo llevaba seis semanas en régimen de acogimiento, así que era improbable que se hubiera olvidado de todo lo relativo a su casa y a los siete años que había pasado allí, en especial detalles tan significativos como tener un cuarto propio o si sus padres tenían coche. Empezaba a preguntarme si le habrían advertido que no hablara de su casa ni de sus padres, no sería el primer menor que había acogido en mi casa al que habían amenazado para que guardara silencio. A una pregunta como «¿Qué cereales te gustan para desayunar?» te contestaban sin ningún problema, pero «¿Teníais estos cereales en casa?» no recibía respuesta alguna o, como mucho, un «No lo sé». En vez de intentar diferenciar entre lo que está permitido responder y lo que es un supuesto secreto, al niño le resulta más fácil contestar «No lo sé» a todo.

Quince minutos después, con mi brazo derecho tres centímetros más largo que el izquierdo por los continuos tirones a los que lo tenía sometido Reece al tropezar o tirar, completamos el recorrido y pusimos rumbo a casa. Cambié de lado para que él quedara de nuevo en la parte interior de la acera, porque aún seguía totalmente disperso y, de habérselo permitido yo, habría caminado por la carretera tan campante y habría terminado debajo de un coche. A pesar de que seguía esforzándome por entablar una conversación, él podía hablar con frases cortas, pero daba la impresión de que no era capaz de conversar. Si yo decía algo así como «Qué frío hace, ¿verdad?», o no me contestaba o soltaba un comentario que no tenía nada que ver del tipo «Ese coche tiene luces»; si yo intentaba seguir ese hilo contestando: «Sí, gracias a las luces el conductor puede ver la carretera cuando está oscuro», él decía alguna otra cosa que no guardaba ninguna relación con el tema; de hecho, cada vez abundaban más los comentarios del tipo «Me duelen los pies», «Me duelen las piernas» o

«¿Cuánto falta para llegar?».

Para cuando llegamos a la casa y enfilamos por el camino de entrada, me estaba diciendo con firmeza:

—¡No volveré a caminar! ¡Tienes que usar el coche!

—Lo más probable es que lo usemos mañana —contesté yo, antes de meter la llave en la cerradura y abrir la puerta principal.

—¡Tendrías que haberlo usado ahora, tonta del culo!

Aunque el comentario guardaba relación con el que había hecho previamente y supuse que debía tomármelo como un progreso, no me hizo ni pizca de gracia.

—No digas eso, por favor. Es de mala educación.

—¡Tonta del culo! —dijo, en voz más alta aún, antes de marcharse corriendo por el pasillo.

Me dio la impresión de que el paseo no había tenido el efecto deseado, porque fue como si a Reece se le recargaran las pilas en cuanto entramos en la casa. Tardé cinco minutos en convencerle de que se quitara el abrigo y las zapatillas de deporte y después, tras dar por inútil mi intento de despertar su interés por algunos de los juegos y los rompecabezas, llamé desde el pie de la escalera a las niñas, que estaban arriba, y pedí una voluntaria que le leyera un cuento mientras yo terminaba la cena.

—¡Tengo que hacer deberes! —contestó Paula.

—¡Estoy hablando por teléfono! —dijo Lucy.

Tuve que alzar más la voz para hacerme oír por encima del ruidoso *boeing*/pterodáctilo imaginario de Reece.

—¡A ver, chicas, esto es lo que hay: si queréis cenar, alguien tiene que leerle un cuento a Reece!

Emergieron de inmediato de sus respectivas habitaciones y bajaron, y me sentí mal por haber sido tan cortante.

—Gracias, no puedo hacer nada mientras él sigue correteando sin parar. ¡Reece! —No era fácil hacerse oír con el ruido de lo que podría ser un avión aterrizando con la marcha atrás activada o un pterodáctilo abatiéndose sobre su presa—. Ve a la sala de estar y elige un libro, Lucy y Paula van a leerte un cuento.

Al mencionar las palabras «libro» y «cuento» fue como si se hubiera presionado de nuevo el botón de apagado. Reece entró como una tromba en la sala de estar y se lanzó hacia un sofá, donde se quedó esperando sentadito a

las chicas con un libro abierto en el regazo. Yo esperé mientras Lucy y Paula se sentaban junto a él, una a cada lado, y se turnaban para ir leyéndole las páginas de *Alfie's Feet*, de Shirley Hughes. Estaba como hipnotizado. Daba la impresión de que su mente y su cuerpo eran capaces de apagarse y relajarse cuando estaba centrado en algo visual, pero, en cuanto ese estímulo visual terminaba, la hiperactividad emergía con fuerza. Huelga decir que yo no tenía forma de saber si ese era el motivo de que viera tanta televisión en su casa o el resultado de dicho hábito, pero una cosa sí que estaba clara: iba a tener que leerle un montón de libros, sobre todo teniendo en cuenta que no iba a la escuela.

Al cabo de un cuarto de hora, los avisé de que la cena estaba preparada y él fue el primero en aparecer.

—Este es tu sitio —le dije al indicarle su puesto en la mesa—. Lucy se sienta aquí. —Le di una palmadita a la silla situada junto a él—. Y Paula enfrente.

Se sentó en la silla que yo le había indicado y, una vez que las chicas ocuparon también sus respectivos asientos, procedí a servir el guiso de pollo que había preparado. Le expliqué a Reece lo que era, y él lo observó por unos segundos antes de alzar la mirada hacia mí con una sonrisa de satisfacción.

—¡Ostras, esto tiene buena pinta!

—Gracias, cielo. Qué comentario tan amable por tu parte. —Me senté en la cabecera de la mesa y pensé que las cosas iban mejorando.

Él tomó un trozo de pollo con los dedos y se lo llevó a la boca.

—¡Mmm! ¡Qué rico! —exclamó mientras hacía ruido al masticar.

—Genial, pero intenta usar tu tenedor. Es mejor que los dedos con esta comida.

Miró el tenedor, me miró de nuevo a mí y se llevó a la boca otra porción de pollo con los dedos. Yo tomé su tenedor, pinché otra porción y se lo dejé preparado en su plato, y él lo agarró con cierta torpeza con la palma de la mano como si fuera una cuchara y se embutió la comida en la boca. Después optó por recurrir de nuevo a los dedos.

—¿No has usado nunca un tenedor y un cuchillo? —se lo pregunté con naturalidad, como quien no quiere la cosa. Mis hijas alzaron la mirada.

—No lo sé —contestó él.

Le pinché otra porción de pollo con su tenedor y se lo dejé de nuevo en el plato para que se lo llevara a la boca. Lo hizo, pero después intentó agarrar

las patatas hervidas con los dedos.

—¿Quieres una cuchara? —Estaba claro que tanto los guisantes como la salsa iban a darle muchos problemas.

Él asintió y utilizó con bastante acierto la cuchara que le di, por lo que deduje que era lo que estaba acostumbrado a usar.

—Así es mejor, ¿verdad?

Se lo pregunté sonriente, y él sonrió a su vez de oreja a oreja al admitir:

—Las tiras de pollo y las *buguesas* me las como con los dedos.

Yo asentí, consciente de que estaba ante otro niño que no había aprendido a usar un tenedor y un cuchillo porque lo habían alimentado a base de comida para picar. Había leído recientemente un artículo en un periódico donde se recalca que muchos niños «bien educados» procedentes de buenas familias no saben usar el tenedor y el cuchillo adecuadamente porque no han necesitado esos utensilios para comer buena parte de los alimentos que forman parte de su dieta habitual.

Reece tenía muy buen apetito y quiso repetir. Aunque era un niño grandote, no es que estuviera gordo, sino que tenía una complexión robusta y, dado que estaba en edad de crecer, le llené de nuevo el plato y después le di de postre un yogur y una pieza de fruta. Teniendo en cuenta que saltaba a la vista que no estaba acostumbrado a permanecer sentado quietecito en la mesa ni a usar los cubiertos, lo hizo muy bien y le felicité por ello, pero en cuanto se tragó el último bocado de plátano se levantó y empezó a corretear de acá para allá mientras gritaba a viva voz. Lucy y Paula le leyeron otro libro mientras me encargaba de quitar la mesa y de llenar el lavavajillas, y después yo también le leí uno antes de explicarle que era hora de que se bañara.

—¡No quiero! —exclamó antes de bajar del sofá a toda prisa y ponerse a corretear de nuevo.

Paula salió de su cuarto en ese momento e intentó agarrarlo del brazo, pero se salvó por los pelos de recibir un cabezazo.

—¡Reece, eso no se hace! —le dije yo—. Paula, yo me encargo. Os avisaré si necesito ayuda.

Esperé a que Reece diera otra vuelta por el descansillo y, cuando lo tuve a mano, lo agarré con delicadeza del brazo y le rodeé con los míos tal y como había hecho antes para que bajara de mi cama. Él se debatió un poco antes de echarse a reír y relajarse contra mí. Le abracé por unos segundos y, a base de lisonjas y de prometerle que le leería otro libro antes de dormir, logré llenar

la bañera y meterlo dentro. Reece no sabía desvestirse solo (otra tarea más que yo iba a tener que enseñarle más adelante), así que le quité la ropa y, una vez que estuvo sentado en la bañera jugando a ser un tiburón, me di cuenta de que tampoco tenía ni idea de cómo lavarse. Me habría venido bien que los cuidadores que había tenido anteriormente hubieran tomado nota de algunos de aquellos detalles, porque así habría estado prevenida y habría podido amoldarme mejor a las necesidades de Reece en los primeros días, pero la verdad es que no sabía gran cosa más allá de que le gustaban las hamburguesas y las tiras de pollo, con lo que me veía obligada a ir tanteando el camino. Después de mostrarle cómo se enjabonaba la esponja, le insté a pasársela por el cuerpo; estaba dispuesta a lavarle la espalda y el cuello, pero era importante enseñarle a lavarse por sí mismo buena parte del cuerpo, sobre todo sus partes íntimas. Este es otro ejemplo más de tareas con las que no solo fomentamos que el niño o niña se responsabilice de su propio cuerpo, sino que también alimentamos su autoestima.

—Lávate los pies y las rodillas, y también entre las piernas. ¿Cómo llamas a tus partes íntimas?

—¡Pito! —respondió él con una carcajada—. ¡Los tiburones tienen pito, pero no tienen piernas!

—Bueno, pues lávate el pito y las piernas.

Esperé mientras él se estampaba la esponja contra distintas partes del cuerpo (con eso bastaría por el momento), y entonces se la pasé por la cabeza (la tenía rapada, así que no había pelo suficiente para lavársela con champú); una vez que terminamos, quité el tapón para vaciar la bañera y le envolví en la toalla.

Logré ponerle el pijama a base de convencerlo con más lisonjas y de ir repitiéndole las instrucciones; después de leerle otro libro más (él sentado en el puf, yo agachada en cuclillas a su lado), le metí en la cama.

—¡Quiero a Henry! —me dijo, mientras se acurrucaba cómodamente. Era obvio que se sentía reconfortado al estar resguardado bajo la colcha.

Deduje que el tal Henry era el peluche con el que se acostaba y que debía de estar en las mochilas o en la caja de juguetes, ya que aún no me había dado tiempo de vaciarlas.

—¿Cómo es? —le pregunté, mientras abría una de las mochilas.

—Es un hipopótamo.

—¡Henry el hipopótamo, suena bien! —comenté con una sonrisa—. ¿Le

pusiste tú el nombre?

—No lo sé.

Supuse que Henry el hipopótamo debía de ser uno de sus juguetes viejos preferidos, y que procedía de su casa junto con los demás «No lo sé».

Me puse a rebuscar por la mochila, que contenía un uniforme escolar completo que seguramente procedía de alguno de los colegios de los que había sido expulsado. Toqué con la punta de los dedos algo suave y peludo que estaba al fondo de todo, así que lo saqué.

—¡Ese no es Henry! —gritó Reece.

—No. —Era un peluche, pero con forma de tiburón.

Me puse a buscar en la segunda mochila. Contenía varios libros nuevecitos que fui sacando y colocando en la estantería empotrada que había en su habitación, y me di cuenta de que todos hablaban sobre tiburones o sobre criaturas marinas, tiburones incluidos.

—¿Quién te ha comprado estos libros? —le pregunté.

—Los cuidadores.

Teniendo en cuenta que Reece tenía tendencia a morder, yo no tenía nada claro que fuera una buena idea alimentar su afición por los tiburones, pero no había duda de que los cuidadores en cuestión habían querido darle algo que sabían que le gustaba y habían obrado con la mejor de las intenciones. Conforme fui vaciando la mochila encontré varios rompecabezas de piezas grandes en cuya tapa había ilustraciones del fondo del mar donde aparecían peces y tiburones y, al ver que las cajas estaban nuevas, deduje que también debía de haberlos comprado algún cuidador bienintencionado. Saqué también un par de camisetas de manga corta con estampados de tiburón, pero ni rastro de Henry el hipopótamo.

—¿Sabes dónde está Henry? —Recé para que lo hubieran incluido entre sus pertenencias y procedí a destapar una de las cajas de juguetes.

Reece no contestó. Estaba tumbado en la cama, mirándome con ojos atentos. A pesar de ser nueva, la caja contenía un montón de juguetes viejos, muchos de ellos rotos, así que deduje que procedían de su casa. Mientras rebuscaba entre ellos vi que los tiburones seguían siendo la temática predominante: los había en miniatura y de juguete de plástico, goma y cartón; cada uno nadando en una pose distinta, todos ellos con la boca abierta y mostrando hileras de blancos dientes serrados. Saltaba a la vista que estaban muy usados, muchos de ellos estaban mordisqueados y sin algunos trozos. A una pieza especialmente

amenazante, la figura de una cabeza de tiburón de unos veinticinco centímetros de largo, le faltaban la mitad de los dientes, pero su sonrisa de depredador dejaba claro que aún seguía siendo capaz de hacer mucho daño y que disfrutaba con ello. Cuando un trabajador social lleva a un menor a la casa de una familia de acogida, siempre procura incluir en el equipaje todas las prendas de ropa y todos los juguetes preferidos del niño que se pueda, para que este se sienta cómodo al estar rodeado de cosas que le resultan familiares; por regla general, ese tipo de objetos suelen meterse en bolsas de tela, así que supuse que uno o varios de los cuidadores previos de Reece debían de haber comprado las cajas de juguetes, las mochilas y la maleta. Él seguía observándome con atención sin decir ni pío, estaba claro que aquellos juguetes eran un vivo recuerdo de su casa.

—Aquí no está —dije al fin.

Me acerqué de rodillas a la segunda caja de juguetes. Qué alivio tan enorme sentí yo y qué alegría tan grande se llevó Reece cuando la abrí y vimos el hipopótamo de peluche (uno sucio y mordisqueado, pero que estaba claro que era objeto de adoración) que había arriba de todo.

—¡Henry! —exclamó Reece.

Yo sonreí y, tras acostar a Henry junto a él, eché un breve vistazo al resto de los juguetes que contenía la caja. No me sorprendí al ver que los tiburones volvían a ser el tema predominante junto con McDonald's. Dicha cadena de comida rápida debía de haber regalado figuritas de plástico tanto de tiburones como de otros animales acuáticos con los Happy Meal, porque en aquella caja había un montón. Volví a taparla y la dejé junto con las mochilas a un lado de la habitación, al día siguiente ya me encargaría de vaciarlas y de ordenarlo todo.

—Buenas noches —le dije, antes de darle un beso en la frente. Tenía la cara hundida en el aterciopelado pelaje de Henry, cuyo familiar olor le reconfortaba y le hacía sentirse seguro.

—Buenas noches. —Su voz sonó amortiguada por el muñeco.

—¿Cómo quieres que te deje la luz, encendida o apagada? —le pregunté mientras me dirigía hacia la puerta. Es una pregunta que les hago a todos los niños la primera noche que pasan en casa, porque es esencial que duerman tal y como están acostumbrados y se sientan cómodos.

—Encendida.

—Vale, pero la bajaré un poquito para que puedas dormirte. —Ajusté el

interruptor para que la habitación siguiera estando iluminada pero con luz un poco más tenue—. ¿Cómo quieres que te deje la puerta, cielo? ¿Abierta o cerrada?

—Cerrada.

—Vale. Hasta mañana, buenas noches. —Tan solo alcanzaba a verle la parte superior de la cabeza, apretada contra Henry—. Hasta mañana —repetí antes de salir de la habitación y cerrar la puerta.

Esperé en el descansillo porque, si a lo hiperactivo que había estado durante todo el día se le sumaba además el hecho de que estaba pasando su primera noche en una habitación con la que no estaba familiarizado, no habría sido de extrañar que se levantara de la cama en cuanto me viera salir, en cuyo caso habría tenido que ir acostándolo una y otra vez hasta que se quedara dormido por fin. Pero al cabo de cinco minutos, al ver que no se oía ruido alguno, entreabrí con cuidado la puerta y vi que estaba profundamente dormido. Estaba exhausto, al igual que yo. Después de cerrar de nuevo la puerta bajé a la cocina, donde Lucy y Paula estaban preparando un té calentito.

—Está dormido —les dije—. Gracias por vuestra ayuda, me ha venido muy bien.

—Oye, mamá, ¿por qué tiene así los dientes de delante?

Fue Paula quien me hizo la pregunta mientras se añadía un poco de leche a su té, y Lucy me miró también con interés.

—No lo sé. Cuando le lleve al dentista le pediré que se los examine bien, seguro que es algo que puede corregirse con ortodoncia cuando sea un poco mayor. —Titubeé por un segundo—. Sé que suena un poco raro, pero le llamaban Sharky. Yo creo que a lo mejor le pusieron ese mote por los dientes que tiene, y porque muerde. —Las dos me miraron sorprendidas—. Todos sus libros y sus juguetes tienen que ver con tiburones. Fue una etiqueta que le pusieron en su casa, le alentaban a comportarse como un tiburón y a morder. Me ha mordido antes al llegar, así que tened cuidado, por favor. Y huelga decir que las tres tenemos que esforzarnos por hacer que ese mote tan ridículo desaparezca.

Las dos asintieron y supe por la expresión de su rostro que no sabían si reír o llorar. ¿Qué clase de persona llama Sharky a su hijo y le alienta a que muerda?

—Haremos que se interese por otras cosas —añadí—. Algo que no muerda... coches o aviones, por ejemplo.

En ese momento se me ocurrió la posibilidad de que en realidad no hubiera estado fingiendo ser un avión ni un pájaro prehistórico al corretear por la casa con los brazos extendidos, sino un tiburón surcando el agua en busca de una presa.

—En fin, gracias de nuevo. Las dos habéis sido de gran ayuda.

Ellas sonrieron y me dieron una taza de té que fue más que bien recibida por mi parte.

—Ah, por cierto, ¡casi se me olvida! —dijo Lucy—, Jill llamó mientras estabas fuera para preguntar qué tal nos iba. Yo le dije que todo iba bien.

CUIDAR DE FORMA MÁS SEGURA

Esa primera noche me acosté temprano, a las diez en punto, pensando que Reece iba a despertarme cada dos por tres. A los niños les suele costar dormir toda la noche de un tirón en los primeros días, lo que no es de extrañar teniendo en cuenta que están en una cama con la que no están familiarizados y en otra casa. Pero él debía de estar exhausto, porque no me despertó hasta las cinco de la mañana... pero cuando lo hizo, ¡lo hizo con ganas!

Yo apenas empezaba a despertar, estaba abriendo los ojos cuando oí que su puerta se abría de sopetón con un sonoro golpe y él salía como un torbellino. Sus pasos repiqueteaban por el descansillo y emitía estridentes rugidos mientras iba golpeando a su paso las paredes y las puertas de las habitaciones. Ya había dado una vuelta completa alrededor del descansillo y estaba bajando la escalera antes de que yo saliera de la cama, así que me puse la bata a toda prisa y salí en su busca. Aparte de evitar que despertara a las niñas (si es que no lo había hecho ya), tenía que empezar a acostumbrarlo a la rutina de permanecer en su cuarto y distraerse con algo hasta que yo me levantara y me vistiera.

Le atrapé abajo cuando estaba intentando entrar en la sala de estar (yo la había dejado cerrada con llave por motivos de seguridad) e intenté hacerme oír por encima de su griterío.

—¡Reece! ¡Shhh...! Reece, cielo, no hay que hacer tanto ruido. —Me llevé el dedo índice a los labios y, con la otra mano posada con delicadeza sobre su hombro, hice que se volviera hacia mí.

—¡Groaaaaarrrr!

—¡Shhh!

—¡Groaaaaarrrr!

Al ver que bajaba la barbilla hacia mi hombro y que intentaba mordirme la mano, le dije con firmeza:

—¡No! No se muerde, Reece. No está bien. —Intentó alcanzarme de nuevo la mano, que estaba a salvo fuera de su alcance—. ¡No, Reece! ¡No muerdas!

—¡Yo sí que puedo morder! ¡Soy Sharky!

Eso era algo que yo ya había deducido, pero había optado por ignorarlo.

—¡Quiero entrar aquí! —Se apartó de mí de un tirón y aporreó con el puño la puerta de la sala de estar.

—No, Reece. Venga, ahora no hay que hacer ruido. Vamos a volver a tu cuarto y podrás jugar allí hasta que llegue la hora de bajar. Es demasiado temprano, aún no ha llegado la mañana.

Sabía que sería inútil proponerle que volviera a dormirse, ya que era obvio que había descansado lo suficiente y se había recobrado por completo del agotamiento del día anterior.

Él aporreó de nuevo la puerta de la sala de estar y entonces, con la boca abierta de par en par, intentó hincar los dientes en el pomo metálico. El sonido de sus dientes rechinando contra el metal me produjo dentera, y seguro que el esmalte de su dentadura no lo pasó nada bien.

—¡No, Reece, no hagas eso! ¡Te harás daño! Vamos a tu cuarto.

Él se volvió, se zafó de la mano con la que yo le sujetaba sin apenas fuerza el hombro, echó a correr por el pasillo y subió escalera arriba como una tromba. Le alcancé en el descansillo, le tomé del brazo, entré con él en su cuarto y cerré la puerta.

—¡Groaaarrr! ¡Ñam, ñam! —lo gritó a pleno pulmón—. ¡Groaaarrr! ¡Soy Sharky!

Me sentí muy tentada a decirle que más le valía a Sharky ponerse a jugar sin hacer ruido, pero no lo hice. Le agarré de nuevo del hombro e intenté que me mirara.

—Reece... Reece, cielo, no puedes hacer tanto ruido.

—¡Zas! ¡Zas! ¡Ñam!

Le quité la tapa a una de las cajas de juguetes sin soltarle el hombro y le insté a agacharse hasta que ambos estuvimos sentados en el suelo.

—¡Mira cuántos juguetes! Anda, vamos a jugar con ellos.

Reece metió las mejillas hacia dentro para estrecharse la boca, con lo que sus dientes frontales resaltaron aún más. Entonces empezó a succionar

ruidosamente en lo que deduje que debía de ser la imitación de un tiburón, pero yo actué como si nada y seguí rebuscando entre los juguetes con la esperanza de lograr captar su atención.

Media hora después aún seguía allí, sentada en el suelo de la habitación de Reece con la bata puesta, intentando que se entretuviera con los juguetes y los libros mientras él soltaba gruñidos y grititos, lanzaba bocados al aire para intentar atrapar los peces invisibles que pasaban nadando e intentaba de vez en cuando saltar sobre la cama o salir del cuarto. Era importantísimo persistir hasta conseguir mi objetivo: que él se quedara jugando en su cuarto hasta que yo me hubiera aseado y vestido y estuviera preparada para bajar. Rendirse en ese momento supondría sentar un precedente para todas las mañanas posteriores y más adelante resultaría más difícil cambiar las cosas. Tal y como pasa con muchos problemas de comportamiento, la reeducación se basa en establecer unos límites consistentes y firmes; es decir: en la repetición incesante del comportamiento esperado.

—Quiero que juegues en tu cuarto hasta que yo diga que es hora de vestirse —iba repitiéndoselo una y otra vez al mostrarle otro juguete u otro libro más, o al empezar un rompecabezas.

Al final, después de otros quince minutos, cuando debía de estar tan harto como yo del sonido de mi voz repitiendo lo mismo, empezó a asomarse por iniciativa propia al interior de la caja que contenía las figuritas del McDonald's y se puso a jugar con ellas. Me quedé un cuarto de hora más antes de decir:

—¡Buen chico! Ahora sigue jugando mientras yo me visto. —Salí de la habitación y cerré la puerta.

Me quedé esperando en el descansillo y al cabo de un minuto abrió de golpe la puerta, dispuesto a salir disparado de nuevo. Le agarré con suavidad del brazo, lo conduje hasta los juguetes y le insté a sentarse y a seguir jugando con ellos; tras repetirle una vez más lo que quería que hiciera (que jugara tranquilito mientras yo me vestía), salí de la habitación y cerré la puerta.

Me quedé esperando en el descansillo y al cabo de un minuto reapareció en lo que interpreté como un ataque de tiburón desatado: lanzaba mordiscos al aire y chillaba a viva voz. Le conduje de nuevo hasta los juguetes que tenía en su cuarto y, tras repetirle lo que quería que hiciera, salí otra vez. Reapareció y volví a dejarlo sentado en la habitación, el ciclo se repitió una y otra vez; en definitiva, hice lo que había esperado tener que hacer la noche anterior al

acostarle.

Al final, a las seis y media, una hora y media después de que Reece despertara y se levantara de la cama, estaba jugando con sus juguetes en su cuarto y yo dispuse del tiempo necesario para ducharme y vestirme. No es que estuviera especialmente silencioso (hacía ruidos que parecían formar parte del juego), pero al menos estaba haciendo lo que yo le había pedido. Era consciente de que lo más probable era que me viera obligada a repetir el proceso todas las mañanas durante una semana o más, pero la inversión de tiempo y esfuerzo que estaba realizando en ese momento daría sus frutos más adelante, cuando Reece despertara y se pusiera a jugar automáticamente hasta que yo le dijera que era hora de que se vistiera y bajara a desayunar.

Era viernes, un día lectivo, así que desperté a las chicas a las siete (eran adolescentes, por lo que habían logrado dormirse de nuevo a pesar del ruido que hacía Reece) y después llamé a la puerta de la habitación de Reece antes de entrar. Estaba sentado tal y como le había dejado antes, de piernas cruzadas en el suelo, y tenía esparcido a su alrededor el contenido al completo de ambas cajas de juguetes. Le dije que era un niño bueno por quedarse jugando tranquilito en su cuarto y a continuación añadí que, aunque aún era temprano, podía vestirse y bajar si quería o quedarse allí y seguir jugando.

—¿Tele?

Yo titubeé porque no tenía claro si quería que viera la televisión a aquellas horas de la mañana. Podría convertirse en una costumbre, una que huelga decir que no podría continuar cuando Reece empezara a ir al cole.

—Vale, pero solo un ratito.

La encendí y encontré una serie infantil en el canal BBC2 que él reconoció, debía de haberla visto con anterioridad. Se quedó callado de inmediato, la pantalla le tenía totalmente absorto y captaba toda su atención, y vi con diáfana claridad lo tentador que podía resultar dejarlo frente a la televisión durante más tiempo del que sería conveniente para él.

Al cabo de media hora, cuando las niñas ya se habían aseado y vestido y estaban desayunando, llamé a la puerta del cuarto de Reece y entré. Tal y como esperaba, lo encontré sentado en la misma posición en el puf, con toda su atención puesta en el programa infantil que estaban emitiendo.

—Bien hecho, Reece. Ahora quiero que apagues la tele, te vistas y bajas a desayunar.

No me contestó, así que repetí las instrucciones; después, al sacarle ropa

limpia del armario, volví a repetírselas. Como seguía sin contestar, le expliqué de nuevo qué era lo que quería que hiciera, y entonces apagué la televisión. En cuanto la pantalla se quedó en blanco, se levantó como un resorte del puf y se puso a pisotear los juguetes que había esparcidos por el suelo.

—¡No, Reece! Vas a romperlos. —Me arrodillé, le agarré con suavidad del brazo y le insté a agacharse junto a mí—. Lo primero que vamos a hacer es volver a meter estos juguetes en las cajas, para que no se rompan.

Me puse manos a la obra y él se quedó observándome en silencio; de buenas a primeras, al inclinarme hacia delante para agarrar otro juguete con la esperanza de que hiciera lo propio, me golpeó la parte posterior de la cabeza con la palma de la mano.

—No, Reece. —Le tomé la mano e hice que la bajara de nuevo hacia los juguetes que había en el suelo.

—¡Quiero desayunar ya! —exclamó a voz en grito.

—Lo harás en cuanto hayamos recogido esto y te vistas.

—¡No! ¡Ahora!

Intentó golpearme la cabeza otra vez, yo le agarré la mano y se la bajé de nuevo hacia los juguetes.

—Desayunarás en cuanto hayamos recogido esto y te vistas —reiteré.

Al final comprendió que yo no iba a ceder, y que si me ayudaba a recoger la tarea estaría hecha y él conseguiría lo que quería mucho antes. De repente empezó a agarrar juguetes a puñados y a meterlos a toda prisa en las cajas, así que el suelo quedó despejado poco después.

—¡Bien hecho, Reece! ¡Excelente! Ahora tienes que vestirte, y después desayunaremos.

Yo ya le había sacado pantalones, jersey, camiseta, calzoncillos y calcetines y se lo había dejado todo sobre la silla para que se vistiera, pero él lanzó una mirada hacia allí y exclamó:

—¡No! ¡No puedo!

Su respuesta no me extrañó.

—Vale, voy a enseñarte a vestirte. ¡Ya verás lo bien que te sientes cuando seas capaz de hacerlo tú solo!

Sonreí con valentía, porque sabía que lo más probable era que aquella fuera una tarea tan ardua como la anterior de recoger los juguetes; de hecho, estaba claro que ninguna iba a ser fácil, ni esa ni ninguna otra. Era obvio que Reece

estaba tan acostumbrado a no hacer cosas por sí mismo, ya fuera porque no podía o porque no quería, que su respuesta automática ante cualquier petición era «No puedo» o «No quiero».

—¡No! ¡No puedo! —gritó de nuevo.

Yo contesté con calma y firmeza, sin alterarme.

—Estoy segura de que sí que puedes, Reece. Eres muy listo. Y por favor, cielo, procura no gritar. Te oigo igual de bien cuando me hablas flojito. ¿De acuerdo, cielo?

Había que solucionar tantas cosas en su caso, que me veía obligada a ir una por una. Aunque había que abordar lo de los gritos constantes (lo que se conoce como «modulación de la voz»), no era un asunto tan prioritario como los mordiscos, los cabezazos o su costumbre de corretear como un loco por la casa.

—Venga, quítate los pantalones del pijama y ponte los calzoncillos. — Agarré estos últimos y se los ofrecí, pero se quedó quieto y sin saber qué hacer, a la espera de que me encargara yo de realizar la tarea.

—No puedo —lo dijo en voz un poco más baja y un pelín enfurruñado.

—Inténtalo, yo estoy segura de que sí que puedes.

—¡No puedo! —reiteró sin hacer ni el más mínimo intento—. ¡Hazlo tú, cerda!

—No me llates así, por favor. Es una falta de educación.

—¡Cerda! —Se cruzó de brazos y se quedó mirándome desafiante.

Yo no me moví de donde estaba: frente a él, a unos pasos de distancia, con sus calzoncillos en la mano.

—Quítate los pantalones del pijama y ponte los calzoncillos. ¿Quieres que salga de la habitación mientras lo haces? —Me parecía poco probable que estuviera negándose a hacerlo por pudor, ya que la noche anterior no se había mostrado cohibido a la hora del baño.

Él negó con la cabeza. Hubo entonces un *impasse* de unos dos minutos largos durante el cual Reece siguió de brazos cruzados y fulminándome amenazador con la mirada y yo permanecí con una actitud relajada y tranquila con sus calzoncillos en la mano, como si esperar a que se vistiera no tuviera ninguna importancia relevante y dispusiera de todo el tiempo del mundo. Pasaba lo mismo que el día anterior, cuando quería que saliera conmigo a dar un paseo: si se daba cuenta de que lo que yo le pedía era importante para mí, su negativa a hacerlo podría convertirse fácilmente en una herramienta para

intentar manipularme. Pero yo ya había pasado por eso y había superado esa asignatura con creces muchos años atrás, cuando había empezado a cuidar de niños de acogida. Reece terminaría por hacer lo que yo le pedía y por darse cuenta de que si cooperaba se ganaría mi aprobación y se sentiría más satisfecho y contento consigo mismo, pero aún no estábamos en ese punto. En ese momento me odiaba y quería seguir actuando tal y como siempre lo había hecho; en su caso, daba la impresión de que estaba acostumbrado a no hacer nada o lo que le diera la gana.

Cinco minutos después se bajó con brusquedad los pantalones del pijama y a continuación, estampando los pies con fuerza contra el suelo, terminó de quitárselos.

—¡Bien hecho, Reece! Aunque la próxima vez podría resultarte más fácil si usas las manos.

Me arrebató los calzoncillos de las manos, se sentó en la cama y se los puso sin demasiados problemas.

—¡Muy bien! Ahora quítate la camiseta del pijama y ponte esta.

Al ver que le costaba mucho trabajo sacar los brazos de las mangas del pijama, le ayudé y le enseñé cómo hacerlo. Después le di la camiseta y se la puso a la primera, y a continuación le ayudé con el jersey.

—¡Genial! Ahora los calcetines.

Consciente de que ponerse unos calcetines es una tarea difícil para los niños pequeños, sobre todo para los que tienen poca coordinación, le dije que se sentara otra vez en la cama, que iba a enseñarle cómo ponerse uno para que pudiera ponerse por sí mismo el otro.

Cuando me arrodillé frente a él intentó darme otro guantazo en la cabeza, y deduje que se trataba de algo que le habían hecho a él de forma habitual.

—No, eso no se hace —le indiqué tras apartar la cabeza para que no pudiera alcanzarme—. ¿Entendido?

Él asintió. Le enseñé a ponerse un calcetín y le di el otro.

—¿Quién te vestía antes? —lo pregunté como quien no quiere la cosa mientras él se esforzaba por meter los dedos de los pies en el calcetín.

—Cuidadores.

—¿Y en casa?

—No lo sé.

Se había esforzado bastante en ponerse el calcetín, así que le ayudé a completar la tarea; después de felicitarle, le tomé de la mano y bajamos juntos.

Lucy y Paula estaban poniéndose los abrigos en el pasillo y se disponían a salir rumbo al instituto, esa mañana había estado tan ocupada con Reece que apenas las había visto.

—Adiós, amores míos. Que tengáis un buen día.

Les di un beso a cada una y Reece frunció los labios para indicar que también quería despedirse de ellas así. Ambas se agacharon sonrientes y le ofrecieron la mejilla, y él les dio un besito a cada una.

Después de despedirnos, las acompañé hasta la puerta y cerré cuando salieron. Reece, quien estaba junto a mí con la mano sujeta aún por la mía, sonrió de oreja a oreja y exclamó:

—¡Ostras, qué gusto! ¡Cómo me gustaría tirármelas!

Me detuve en medio del pasillo y le miré mientras sentía que el alma se me caía a los pies.

—Perdona, no te he oído bien. ¿Qué es lo que has dicho?

Él sonrió de nuevo, casi podría decirse que era una sonrisa lasciva.

—¡Que me gustaría tirármelas! —Me soltó la mano, se llevó la mano izquierda al brazo derecho, alzó el puño e hizo ese vulgar movimiento de bombeo que indica que uno quiere sexo.

—No sé si te entiendo —afirmé, a pesar de que le entendía perfectamente bien—, pero no está bien que un niño de siete años diga esas cosas. Y te pido por favor que no hagas eso con el brazo.

—Mi papá se lo hace a mi hermana. —Se calló de golpe, consciente de que había cometido el peor de los pecados al decir algo relacionado con su casa.

—¿Ah, sí? —Mantuve un tono de voz suave, pero sabía de antemano cuál iba a ser su respuesta.

—No lo sé. Quiero desayunar, me has dicho que ya era la hora.

Le seguí hasta la zona anexa a la cocina, lo que nosotros llamamos «la sala del desayuno». A pesar de saber por el historial de Reece que había presenciado un montón de comportamientos inapropiados, puede que incluso abusos sexuales, estaba impactada y triste. Era consciente también de que le habían hecho jurar que guardaría silencio y que no iba a revelar nada más. Decidí hablar más tarde con las chicas para recordarles nuestras «directrices para cuidar de un niño de forma más segura», que son básicamente las normas que siguen todas las familias de acogida. Mis hijas acababan de marcharse después de que Reece las besara en la mejilla como lo haría un hermano menor, pero el niño lo había impregnado de connotaciones

sexuales, así que por el bien y la seguridad de todos íbamos a tener que actuar con sumo cuidado.

El *Manual para un cuidado más seguro* es un documento que redactan todas las instituciones de acogimiento familiar donde se detalla cómo mantener a salvo a todos los habitantes de la casa. No se limita a recordar que hay que ponerle el cinturón de seguridad al menor en el coche o que hay que asegurarse de que los detectores de humo tengan pilas, también explica cómo se debe tratar a los niños de acogida que proceden de un hogar donde han sido expuestos a un ambiente sexualmente explícito e inapropiado o que han sufrido abusos sexuales, por lo que han desarrollado sentimientos y actitudes que no son adecuados ni aptos para su edad. Por lo que Karen me había dicho por teléfono, yo ya sabía que existía la posibilidad de que el padre de Reece hubiera abusado sexualmente del pequeño y que un pedófilo había estado yendo a la casa de la familia. Lo que ignoraba y esperaba que Jamey Hogg, el trabajador social, pudiera decirme a su regreso al trabajo era si Reece había presenciado alguna actividad pedófila en su casa o si había sido incluido en ella. También estaba enterada de que se le había permitido ver películas para adultos (lo que podría explicar en cierta forma el hecho de que viera a las chicas bajo un prisma sexual), pero mientras no tuviéramos más información íbamos a tener que ponernos en lo peor y actuar en consecuencia. Si Reece veía a Lucy y a Paula como objetos de deseo sexual en vez de como a dos hermanas, tal y como parecía indicar el comentario que había hecho, eso se reflejaría en su comportamiento; además de ser una situación muy desagradable para las chicas, era algo que podría desembocar fácilmente en que él interpretara cualquier muestra de afecto por parte de ellas como algo sexual. El tema de los abusos sexuales es repugnante y triste, pero es algo con lo que las familias de acogida tenemos que lidiar con demasiada frecuencia.

Aunque la noche anterior ya había escrito detalladamente en mi diario de seguimiento cómo había sido el primer día que Reece había pasado en casa, estaba tan cansada que no me había parado a echarles un vistazo a los documentos donde se me asignaba como su cuidadora, y en ese momento me pregunté si contendrían alguna información adicional sobre su pasado de la que debería estar enterada. Lo dejé sentado en la mesa del desayuno con las dos tostadas con mermelada que me había pedido, fui con rapidez a la salita y saqué de mi escritorio los documentos que tenía guardados bajo llave. Regresé entonces a la cocina, me senté frente a Reece y procedí a leerlos mientras él

desayunaba (al parecer, comer era otra de las actividades que lo mantenían tranquilo y sosegado).

Al ir pasando las páginas vi que no había nada en su historial más allá de lo que yo ya sabía aparte de la dirección de sus padres, que me tomó un poco por sorpresa porque resulta que vivían en un barrio que estaba a menos de un kilómetro de mi casa. Esperaba que los de servicios sociales se hubieran percatado de ese detalle, porque era una distancia peligrosamente corta teniendo en cuenta que a los padres no se les iba a facilitar nuestra dirección. Existía la posibilidad de que tanto ellos como nosotros fuéramos a las mismas tiendas de la calle principal, con lo que corríamos el riesgo de encontrárnoslos de forma fortuita. Eso no sería un problema si los padres del menor en cuestión estuvieran cooperando con los servicios sociales y se les permitiera saber dónde vivía el niño, pero estaba claro que ese no era el caso de Reece. Yo ya había vivido ese tipo de contactos inesperados con anterioridad (en tiendas, a la puerta de un colegio...) y es una situación difícil y embarazosa para todos, además de intimidante si los padres están enfadados y culpan a la familia de acogida de su hijo. Cuando Jill volviera a llamarme, iba a comentarle tanto las cuestiones que me preocupaban como lo de la actitud de Reece hacia las chicas; aunque tenía claro que los de servicios sociales no iban a trasladar a Reece porque sus padres vivieran en un determinado lugar, tenían que estar al tanto de la situación (si es que no lo estaban ya).

Fui a guardar de nuevo los documentos en mi escritorio mientras Reece terminaba de desayunar. Aunque había permanecido centrado y silencioso mientras comía, en cuanto terminó se levantó de la silla y se puso a corretear mientras pasaba los dedos embadurnados de mermelada por las paredes.

—Ven aquí, Reece. Hay que asearte y lavarte los dientes, y después saldremos con el coche.

Lo del coche debió de gustarle, porque subió escalera arriba como un bólido y entró en el cuarto de baño con los brazos extendidos y chillando a pleno pulmón. Le enseñé a poner pasta de dientes en el cepillo y, tras ver cómo conseguía lavarse los dientes con bastante acierto, llené el lavabo de agua tibia, escurrí la toalla y le ayudé a lavarse la cara. Le pregunté si tenía que usar el retrete antes de salir y contestó que no, así que le tomé de la mano, le conduje escalera abajo y al llegar al recibidor le pasé su abrigo y sus guantes. Puso bastante empeño en intentar ponérselos y yo me sentí

complacida al ver que, a diferencia de la noche anterior, no se había quedado quieto sin saber qué hacer. Aquel era un pequeño avance y le felicité inmensamente.

Di por hecho que Jill me llamaría en algún momento del día, así que antes de salir activé el contestador y me metí el móvil en el bolso. Tardé un rato en conseguir acomodar a Reece en la sillita infantil situada en el asiento trasero y ponerle el cinturón de seguridad; daba la impresión de que no estaba familiarizado con el procedimiento y eso me sorprendió, porque el día anterior había afirmado que estaba más acostumbrado a ir en coche que a caminar. Primero se empeñó en ir en el asiento del copiloto, así que le expliqué que era ilegal que los niños de su edad se sentaran allí; después no quiso sentarse en la sillita, así que le expliqué que era algo obligatorio; le coloqué el cinturón de seguridad por encima del hombro y él insistía en sacar el brazo y dejarse el cinturón por debajo, con lo que además de resultar inútil en caso de un accidente le habría hecho mucho daño en el estómago al tensarse de golpe.

Al cabo de un cuarto de hora procedí a retroceder marcha atrás por el camino de entrada mientras Reece gritaba «¡Brrruuum! ¡Brrruuum!» a pleno pulmón. Aguanté el ruido todo lo que pude porque me di cuenta de que se limitaba a hacer lo que tantos otros niños, imitar el sonido del motor del coche, solo que en su caso lo hacía a voz en grito.

—Reece, te pido por favor que no hagas tanto ruido en el coche para que pueda concentrarme —le dije al fin.

Él reaccionó gritando más fuerte aún.

—¡Brrrruuuum! ¡Brrrruuuum!

—¿Quieres que ponga música? Aquí tengo un CD con canciones que podemos ir cantando.

Aunque Reece iba a romper sin duda la barrera del sonido al cantar (todo lo hacía a pleno volumen), eso sería preferible al explosivo sonido de sus «¡Brrruuum! ¡Brrruuum!», que me hacían respingar sobresaltada cada vez que sonaban.

—¡Brrrruuuum! ¡Brrrruuuum! —Le temblaban los labios por la vibración.

Inserté el CD con la esperanza de que cantara al unísono conmigo, pero al cabo de cinco minutos, al ver que su imitación del motor del coche había ido subiendo de volumen y ganando intensidad hasta el punto de impedirme oír *Las ruedas del autobús*, lo apagué de nuevo.

—Vas a tener que intentar quedarte calladito, Reece. No puedo concentrarme en conducir con tanto ruido.

—¡Brrrruuuum! ¡Brrrruuuum! —gritó de nuevo antes de cambiar a—: ¡Zas! ¡Zas! ¡Ñam!

No habría sabido decir si el segundo repertorio representaba un coche, un avión o un tiburón, pero, fuera lo que fuese, el ruido era ensordecedor. Y entonces empezó a darle patadas al respaldo del asiento del copiloto.

Puse el intermitente, detuve el coche en el arcén, lo puse en punto muerto, puse el freno de mano y entonces me giré hacia Reece, que estaba vociferando y pateando frenético el asiento.

—¡Reece! ¡Reece, escúchame!

No me hizo ni caso.

—Reece, quiero que te calles y te quedes tranquilito. —Lo intenté de nuevo, y en esa ocasión alcé la voz para hacerme oír por encima de su griterío constante—. ¡Reece, por favor, deja de gritar y de darle patadas al asiento! Las pelotas de fútbol son lo único a lo que se le dan patadas.

Al ver que no paraba apagué el motor, salí del coche, lo rodeé y abrí su puerta.

—Reece, quédate quieto —le ordené con firmeza—. ¡Hazme caso, por favor! —Posé una mano sobre sus piernas con delicadeza para aquietar las patadas—. Quédate quieto y deja de gritar, cuando lo hagamos iremos al supermercado y podrás empujar el carrito.

Siguió gritando y dando patadas durante unos segundos, y de repente se quedó callado y quieto.

—¿De verdad que podré empujar el carrito? —Me miró con suspicacia.

—Sí —asentí yo, sonriente—. ¿Te gustaría ayudar?

Asintió vigorosamente y la cabeza se le bamboleó hacia atrás y hacia delante, todos sus movimientos se acentuaban cuando se encontraba en un estado hiperactivo.

—¡No he *empujao* nunca un carrito!, ¿de verdad que puedo hacerlo?

Yo sonreí entristecida. Pobre niño. En casa le habían hecho partícipe de vete tú a saber qué en el mundo de los adultos, pero se había perdido el sencillo placer infantil de empujar un carrito de supermercado y ayudar a mamá a comprar.

—Vale, Reece, escúchame con atención. Puedes empujar el carrito, pero con la condición de que te quedes sentado tranquilo y sin gritar mientras

conduzco. ¿De acuerdo?

No era un soborno, tan solo se trataba de una recompensa positiva por buen comportamiento, y Reece asintió vigorosamente. Regresé al asiento del conductor, conduje rumbo al supermercado situado a las afueras de la ciudad y lo único que se oyó durante el trayecto fue un «¡Ostras!» cuando tuve que frenar con rapidez al ver que el coche de delante se paraba de repente en el arcén sin poner antes el intermitente. Pensé para mis adentros que empujar el carrito iba a ser otra estrategia para alimentar el buen comportamiento de Reece; estaba claro que, además de leer un montón de libros, iba a salir a menudo de compras, pero no me venía mal porque en casa consumíamos mucha comida.

Reece empujaba el carrito sorprendentemente bien, mantuvo una aceptable velocidad de unos ocho kilómetros por hora después de que le explicara que en la tienda había gente mayor que no podría apartarse a tiempo si él iba más rápido o intentaba atropellarlos. El principal problema que tenía con él en el supermercado era controlar su entusiasmo. Tal y como hago con todos los menores que acojo en mi casa, le pedí que eligiera algunos de sus productos preferidos y ya teníamos en el carrito latas de aritos de pasta con tomate y salchichas de la marca Wall's a tutiplén, pero si yo no los hubiera devuelto a su sitio tendríamos también cinco tarrinas de helado de chocolate (me quedé una), seis paquetes de galletas Jammie Dodger (me quedé dos) y doce tubitos con caramelos de colores vistosos (los devolví todos por los aditivos que contienen y los reemplacé por tabletas de chocolate con leche). Lo felicité por cómo conducía el carrito y por lo mucho que me ayudaba, y se le veía de lo más feliz y orgulloso por conseguir realizar con éxito la tarea. También tuvo bastante paciencia al pasar por caja teniendo en cuenta la cola que había, y tan solo tuve que recordarle un par de veces que no debía empujar el carrito contra la espalda del hombre que teníamos delante.

Cuando llegó nuestro turno, se entusiasmó a más no poder a la hora de pasar la comida del carrito a la cinta transportadora; de hecho, los artículos fueron lanzados con tanta fuerza que le llegaron a la cajera sin necesidad de mover la cinta, pero el cartón de huevos lo mantuve fuera de su alcance y me encargué yo misma de acercárselo a la mujer. Pagué y Reece me ayudó entonces a sacar el carrito de la tienda y a conducirlo por el aparcamiento, la verdad es que

logró esquivar casi todos los coches. Lo dejé acomodado en la sillita antes de empezar a meter las bolsas en el maletero (era más seguro que tenerlo correteando por el aparcamiento), y al terminar fui a dejar el carrito en una marquesina cercana y regresé al coche. Antes de insertar la llave de encendido, me volví a mirarlo.

—Te has portado muy bien, gracias por ayudarme. —Me di cuenta de que estaba masticando algo—. ¿Qué estás comiendo? —Yo no le había dado nada, le había dicho que podría comerse uno de los bollitos glaseados al llegar a casa.

—Caramelos —contestó, antes de sacarse del bolsillo del abrigo un paquete de caramelos de fruta.

—¿De dónde los has sacado?

—De la tienda.

—¡Pero si yo no te los he comprado! —exclamé, horrorizada.

—No, los he *agarrao* yo. —Se metió otro en la boca tan tranquilo.

—Reece, eso es robar. No los he pagado.

—No pasa nada. La poli no puede meterme en la trena, soy un menor.

Me quedé mirándolo pasmada mientras él masticaba ruidosamente tras haber admitido aquello sin ningún reparo; estaba claro que no tenía ni idea de que robar estaba mal, pero, por otra parte, era plenamente consciente de que estaba por debajo de la edad de responsabilidad penal y no se le podía procesar en caso de atraparlo.

—¿Quién te dijo eso?

—No lo sé.

No hacía falta ser un genio para deducirlo.

—¿Robabas cosas cuando vivías en tu casa?

Él no dijo nada, se metió otro caramelo en la boca y sonrió de oreja a oreja. Huelga decir que yo no podía dejarle disfrutar del botín que había robado. Abrí mi puerta, bajé del coche, lo rodeé y abrí la suya.

—Los has cogido sin pagarlos, así que no son tuyos. —Me incliné hacia delante y se los quité—. Eso es robar. Tenemos que pagar por las cosas que queremos, no podemos quedárnoslas sin más.

—¿Son míos! —exclamó antes de intentar arrebatármelos.

—No, no lo son. Pertenecen a la tienda, solo son tuyos si los pagas.

Si se hubiera tratado de un artículo más caro lo habría llevado de vuelta a la tienda, pero devolver un tubo de caramelos a medio comer iba a ser un

quebradero de cabeza innecesario, sobre todo teniendo en cuenta que tendría que llevar a Reece conmigo y estaba en pleno arranque de furia.

—¡Son míos, míos! —gritó mientras pateaba frenético el respaldo del asiento—. ¡Dámelos! ¡Ladrona!

Qué ironía que me llamara ladrona en esas circunstancias.

—No, Reece, no vas a quedarte con estos caramelos. No son tuyos, pertenecen a la tienda. —Me los metí en el bolsillo del abrigo con la intención de tirarlos más tarde a la basura.

—¡Son míos! ¡Mamá me da los caramelos cuando la ayudo!

—¿A qué?

—A agarrar cosas.

—¿Robabas cosas para tu mamá?

Dejó de gritar y me miró.

—¡Te odio! —Me sacó la lengua, que los caramelos habían teñido de un vívido color verde.

Durante el trayecto en coche hasta la tienda Reece había permanecido tranquilito en su asiento ante la promesa de poder empujar el carrito, pero al regresar la cosa fue más movidita. No dejaba de chillar y de gritar, pateaba el asiento sin cesar y tuve que parar el coche tres veces para volver a sentarlo bien en la sillita y colocarlo bajo el cinturón de seguridad.

Después de un montón de advertencias le dije que esa noche iba a tener media hora menos de tele porque no estaba bien que me distrajera mientras conducía, que era peligroso hacer algo así, y cuando entramos por fin en la casa gritó desafiante:

—¡Sí que voy a ver la tele!

—No, no la verás. Puedes ayudarme a sacar la compra del coche si quieres o ponerte a jugar con algún juguete.

—¡Voy a ver la tele! —Me sacó de nuevo la lengua.

Yo hice caso omiso y procedí a sacar la compra del coche, aunque antes de nada cerré con llave la puerta de la verja por si se le ocurría intentar salir corriendo a la carretera. Cada vez que entraba en la casa cargada con bolsas comprobaba dónde estaba y lo que estaba haciendo (básicamente, corretear a toda velocidad con los brazos extendidos y soltando grititos), así que al menos lo tenía controlado.

Una vez que tuve todas las bolsas en el vestíbulo, empecé a llevarlas a la cocina. Le pregunté si quería ayudarme, pero él no tenía ganas de cooperar y,

para cuando terminé de meter la compra en la cocina, él había dado doce vueltas por la casa y estaba exigiendo comida.

—Sí, son las doce, puedes comer. Pero no hay que exigir las cosas así. Uno no dice: «¡Dame!», sin más, pregunta: «¿Puedo comer ya?». Siéntate a la mesa, te preparo un bocadillo.

Reece se tranquilizó al ver que iba a recibir comida y le preparé rápidamente un bocadillo de jamón que se comió mientras yo guardaba la compra en los armarios y la nevera. En cuanto terminó se levantó de la silla como un resorte e inició una de sus enérgicas escenificaciones del aterrizaje de un avión (o el ataque de un tiburón, aún no me quedaba claro lo que era). Me preparé un bocadillo a toda prisa, lo llevé a la sala de estar y me lo comí mientras le leía unos libros. Para entonces había vuelto a serenarse y el incidente de los caramelos había quedado olvidado, de modo que decidí no volver a mencionarlos por el momento; aun así, la próxima vez que saliéramos de compras le recordaría que las cosas que hay en las tiendas solo pasan a ser nuestras cuando pagamos por ellas.

Lamento decir que Reece no era el primer niño que encontraba al que sus padres habían entrenado para robar cual versiones modernas de Fagin, el personaje de *Oliver Twist*. A veces había sido por necesidad (en la casa no había comida y aún faltaba una semana para cobrar el dinero de la pensión); en otros casos se trataba de artículos más caros como iPods, joyas o CD y la opción más fácil era robar en vez de ahorrar hasta poder comprarlos, que es la forma de obrar correcta que los padres «socializados» enseñan a sus hijos. No conocía la situación en la que estaba la familia de Reece lo suficiente como para saber si había sido la necesidad o la codicia lo que les había llevado a enseñarle a robar a cambio de caramelos, pero estaba claro que en adelante iba a tener que estar más alerta porque no me había dado ni cuenta de que se los metía en el bolsillo del abrigo y seguía sin tener ni idea de cuándo lo había hecho. No había duda de que su técnica estaba bien diseñada, y mi intuición me decía que había tenido mucha práctica.

A lo largo de la tarde le leí más libros y me senté junto a él para pintar y jugar con plastilina, todo ello combinado con momentos en los que hacíamos una pausa y se ponía a corretear por la casa. Me preguntó reiteradamente si podía ver la tele y yo le di la misma explicación en cada ocasión: le dije que había perdido media hora de tele por su comportamiento en el coche y que podría verla a las cuatro en vez de a las tres y media, cuando empezara la

programación para preescolares.

Cuando Lucy y Paula llegaron a casa me las llevé a un aparte y, después de preguntarles qué tal les había ido el día, las puse al tanto del comentario que había hecho Reece esa mañana tras despedirse de ellas con un beso. No hizo falta añadir nada más: ambas eran conscientes de lo que implica tener en casa un menor que tiene una conducta sexualizada y sabían cuáles eran las directrices que teníamos que seguir todas. Seguíamos esas normas para el cuidado más seguro de los menores siempre, con todos los niños de acogida que vivían en casa, pero éramos más prudentes aún cuando existía la posibilidad de que el niño hubiera sufrido abusos sexuales o hubiera visto en la televisión contenidos inapropiados que hubieran provocado una conducta sexualizada. Por poner varios ejemplos: el cuento de antes de dormir no se le leía en su dormitorio, sino en la sala de estar, y los abrazos y los besos se le daban en la primera planta y manteniéndolo a nuestro lado, sin sentarlo en el regazo ni estando frente a frente con él. La verdad es que es una situación muy triste porque abrazamos y besamos a nuestros propios hijos con toda naturalidad, sin pensárnoslo dos veces, pero cuando se trata de un menor que ha sufrido abusos sexuales o que procede de un entorno donde ha presenciado situaciones muy sexualizadas e inapropiadas, hasta el abrazo o el beso más inocente (como los que las niñas habían permitido que Reece les diera esa misma mañana, por ejemplo) puede ser malinterpretado. Reece iba a recibir sus abrazos y sus besos, por supuesto (al fin y al cabo, era un niño de siete años), pero siempre habría alguien más presente y las tres tendríamos que ser un poco más precavidas para no hacer nada que él pudiera malinterpretar.

Jill llamó por teléfono poco después de las cinco de la tarde. La puse al día, y antes de acostarme estuve escribiendo en mi diario de seguimiento. Esa noche, mientras yacía despierta en la cama dándole vueltas preocupada a lo que había sucedido durante la jornada, me pregunté si había lidiado bien con todo lo ocurrido, desde el comportamiento de Reece en el supermercado hasta lo del robo, pasando por supuesto por sus comentarios sobre las chicas. Quienes tenemos a nuestro cargo a niños de acogida tenemos tendencia a analizar las cosas una y otra vez, y a dudar de nosotros mismos incluso en mayor medida que cuando se trata de criar a nuestros propios hijos; al fin y al cabo, ¿qué mayor responsabilidad puede haber que criar al hijo de otra persona?

LOS NIÑOS DE ACOGIDA

El domingo por la tarde, cuando estaba a punto de finalizar nuestra primera semana con Reece, me sentía bastante optimista; aunque había sido una ardua tarea, había contado con la ayuda de Paula y Lucy durante el fin de semana y las tres habíamos trabajado al unísono y habíamos estado reforzando continuamente las pautas de comportamiento que había que inculcarle. Puede que fueran imaginaciones mías, pero tenía la impresión de que Reece había empezado a cooperar de mejor talante que durante los primeros días. Por la mañana todavía tenía que conducirlo de nuevo a su cuarto varias veces para que se entretuviera con sus juguetes, pero el proceso ya no se alargaba hora y media como cuando estaba recién llegado, sino una media horita. Él dormía bien por las noches y, dado que las chicas ayudaban, habíamos dividido en tres la multitud de tareas que se requerían para cuidarle y estaba siendo menos agotador para mí. A lo largo del fin de semana tan solo habíamos tenido un par de incidentes en los que había intentado dar algún cabezazo, pero no había intentado morder ni una sola vez.

Eran las siete de la tarde. Reece ya estaba bañado y con el pelo lavado y en ese momento se encontraba abajo, en la sala de estar, vestido con la bata y el pijama y sus zapatillas con forma de tiburón. Paula estaba leyéndole unos cuentos antes de dormir, en un principio estábamos todos en la sala de estar pero Lucy había subido a ver la tele a su cuarto y yo había aprovechado para ir a recoger un poco la cocina. Me había asegurado de dejar abierta la puerta de la sala de estar (era una de nuestras normas de seguridad), y estaba esperando a que el agua de la tetera rompiera a hervir cuando Paula soltó un chillido y gritó:

—¡No, Reece! ¡Eso no se hace, está mal!

De mis tres hijos, Paula es la más callada y reservada. Era de lo más inusual en ella que alzara la voz y mucho más que chillara alarmada, así que salí disparada de la cocina y al entrar en la sala de estar vi a Reece sentado aún en el sofá, pero con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro; Paula, por su parte, estaba de pie y se la veía alterada y alarmada.

—¿Qué pasa?

Fue Reece quien contestó.

—No lo sé.

Miré a mi hija. No estaba llorando, pero su consternación y su azoramiento eran obvios.

—Estoy hablando con Paula, Reece.

Dirigí de nuevo la mirada hacia Paula y ella se acercó a mí y, de espaldas a Reece, me dijo en voz baja:

—Mamá, me ha agarrado el pecho y ha intentado meter la mano bajo mi falda.

—¡Reece! —Me volví hacia él y le miré con reprobación.

—¿Qué pasa? —Se encogió de hombros con indolencia, estaba claro que no le veía nada de malo a su propio comportamiento.

—Quédate aquí —le ordené con firmeza.

Saqué a Paula al pasillo para que no pudiera oírnos, quería hablar antes con ella y enterarme bien de qué había ocurrido exactamente antes de hablar con él.

—¿Estás bien?

Para una mujer adulta sería muy desagradable pasar por algo como eso, así que ni se diga para una tímida adolescente.

—Sí. —Aún se la veía muy turbada—. Estaba leyéndole un cuento y de repente me ha agarrado un pecho. Y entonces ha intentado meter la mano bajo mi falda y besarme en la boca.

—¡Santo Dios! —exclamé horrorizada—. ¡Ahora mismo voy a hablar con él!

Mi hija sabía que no serviría de nada que yo me limitara a regañar a Reece, porque, dado que él no había visto nada de malo en ese comportamiento lascivo, no iba a entender por qué se le estaba regañando. Si procedía de un hogar donde era habitual que la gente se toqueteara, lo más probable es que estuviera asimilando lo que había visto sin prejuicios morales ni principios.

Necesitaba con urgencia obtener más información sobre su pasado para saber a qué nos enfrentábamos exactamente en cuanto al grado de abuso que había sufrido en su casa. El viernes no me había llamado nadie de servicios sociales; Jill sí que lo había hecho, pero no había podido darme más datos. En cualquier caso, yo no estaba dispuesta a permitir que mi familia fuera agredida por culpa de una mera falta de información. Es triste, pero la verdad es que las familias de acogida sufren agresiones por parte de los niños a los que cuidan (agresiones físicas, mentales e incluso, tal y como acababa de sucederle a Paula, sexuales); aun así, yo podía minimizar el riesgo si obtenía más información, y el hecho de que mi hija no estuviera más alterada aún por aquel incidente era una señal de la madurez que habíamos alcanzado como familia de acogida, de cómo habíamos aprendido a lidiar con ese tipo de comportamiento.

—Lo siento, ¿seguro que estás bien? —Me sentía culpable por no haber estado más alerta. La abracé con fuerza.

—Sí. Ya sé que esto no es nada fácil. Él no era consciente de estar haciendo algo malo, mamá.

—Sí, eso ya lo sé, pero va a tener que empezar a aprender. Y va a empezar ahora.

Paula subió a su cuarto mientras yo regresaba a la sala de estar. Al ver que Reece aún estaba sentado en el sofá con el libro y que no se había puesto a corretear, tal y como solía hacer en cuanto le dejaba solo aunque fuera por un momento, me pregunté si esa contención se debería a que en el fondo sabía que había hecho algo malo y se esperaba una regañina. ¡Qué ingenuo por mi parte!

—¿Paula no va a leerme el cuento? —me preguntó cuando me acerqué y me senté junto a él en el sofá.

—No, no va a hacerlo. Está molesta, y tengo que explicarte por qué.

Él no alzó la mirada hacia mí, se limitó a pasar la página del libro, así que se lo quité y lo cerré antes de dejarlo a un lado. Quería que centrara toda su atención en mí.

—Reece, tengo que hablar contigo sobre la forma en que has tocado a Paula —le dije mientras intentaba que nuestras miradas se encontraran—. Eso no ha estado bien, los niños pequeños no hacen esas cosas.

Él me miró y se encogió de hombros.

—Quería tocarle el coño, eso no tiene nada de malo.

Me quedé mirándolo y me sentí profundamente consternada, ¿qué habría

vivido aquel niño en su casa para adquirir semejante vocabulario? Lo decía con tanta naturalidad y despreocupación que estaba claro que creía que no tenía nada de malo. Como cuidadores de niños de acogida nos acostumbramos a oír toda clase de lenguaje soez, pero era la primera vez que lo oía de forma tan descarada y en boca de un niño tan pequeño.

Tuve que ponerme muy serio con él.

—Lo que le has hecho a Paula ha estado muy mal, Reece. Has tocado sus partes íntimas y eso es lo que son, íntimas y privadas. No hay que tocar ahí. Tú tienes unas partes íntimas que son distintas a las de una chica, y también son íntimas y privadas. Eso significa que son tuyas y solo tuyas. Uno puede mirar o tocar sus propias partes íntimas, pero nadie más puede hacerlo. ¿Me entiendes?

Volvió a encogerse de hombros. Mantener una conversación como esa con un niño de siete años ya sería difícil de por sí incluso en el caso de que el niño en cuestión tuviera un coeficiente intelectual normal, pero resultaba más difícil aún explicárselo a uno que tenía problemas de aprendizaje. Intenté explicárselo mejor.

—¿Sabes dónde están tus partes íntimas, Reece? ¿Las zonas de tu cuerpo que solo tú puedes tocar?

—Sí —asintió con una gran sonrisa.

—Vale, señálalas con el dedo. —Señaló hacia su entrepierna—. Sí, es ahí, pero se trata de una zona más amplia. Abarca todo esto. —Tracé una banda imaginaria a su alrededor, por debajo de la cintura, sin tocarle en ningún momento—. Incluye tu pito y tu trasero. Esas son las partes íntimas de un chico. Las de una chica también están aquí abajo... —me pasé la mano por la parte baja del estómago—...y aquí. —Me di una palmadita en el trasero—. Pero las chicas tenemos otra zona íntima, es esta de aquí. —Me pasé la mano por la zona del pecho—. Esta también es íntima y privada, y no debes tocar nunca a una chica en ninguna de ellas. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí.

Asintió de nuevo con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro, pero yo no tuve claro hasta qué punto estaba asimilando lo que yo le decía ni en qué medida lo que había visto y aprendido en su casa podía corregirse mediante mis explicaciones. Esperé unos segundos antes de preguntar:

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has tocado ahí a Paula?

—No sé, porque sí. Tenía ganas de hacerlo, tenía ganas de tocarla.

—Pues no vuelvas a hacerlo nunca más —le ordené con firmeza—. ¿Está claro?

Tanto su lenguaje como su actitud parecían indicar que había dado por hecho que su comportamiento era completamente aceptable, lo más normal del mundo, y que pensaba que yo estaba exagerando. No quise ni imaginar qué clase de cosas pasaban en esa casa, me estremecí con solo pensar en lo que ese niño podía haber visto y oído. También estaba un poco enfadada por el hecho de que los de servicios sociales no me hubieran facilitado más información cuando me habían asignado a Reece; teniendo en cuenta que hacía años que «conocían» a su familia, seguro que alguien tenía una idea bastante clara de lo que había estado pasando en ese lugar.

Las familias de acogida nos quejamos constantemente y con razón del hecho de que no se nos facilite suficiente información aunque los servicios sociales tengan en sus manos dicha información, aunque estén al tanto de una situación dada. Se nos dan los datos sobre el menor (o menores) en base a lo que se considera estrictamente necesario, y resulta que a veces la noción que tienen los servicios sociales de lo que es «estrictamente necesario» difiere mucho de la del cuidador. Eso no solo nos impide atender las necesidades del niño tan bien como podríamos hacerlo en caso de disponer de toda la información, sino que, en el peor de los casos, se ha puesto en peligro a familias de acogida (incluso se han dado casos en los que alguno de los hijos de la familia ha sido agredido porque no se facilitó previamente información de vital importancia). Ha habido juicios por denuncias de cuidadores contra los servicios sociales en los que el juez ha fallado en favor de los primeros y ha condenado a los segundos a pagar daños y perjuicios, así que algunas actitudes deberían cambiar.

No quiero ser pesada, pero a una amiga mía que también cuida a niños de acogida le asignaron recientemente a un niño de dos años cuyos padres eran toxicómanos por vía intravenosa y seropositivos. Al niño se le había hecho la prueba del VIH el año anterior y, aunque los servicios sociales estaban al tanto del resultado, se negaron a pasarle la información a mi amiga alegando que si mantenía una higiene adecuada ni su familia ni ella corrían peligro alguno, así que no le hacía falta saber si el niño era seropositivo.

Le repetí a Reece lo que ya le había explicado sobre las partes íntimas y el hecho de que, tal y como su nombre indica, son íntimas y privadas, y entonces le llevé arriba a prepararlo para acostarse sin terminar el libro que Paula

había estado leyéndole. Él seguía sin mostrar ni el más mínimo arrepentimiento; aunque su actitud era comprensible teniendo en cuenta que realmente parecía no ser consciente de haber hecho algo malo, nosotras teníamos que ayudarlo a desaprender ese comportamiento (y el resto de los comportamientos inaceptables que tenía), teníamos que cambiar aquello a lo que estaba acostumbrado. Si no lo hacíamos, el futuro que le esperaba era predecible y nada halagüeño.

Después de acostarlo y darle las buenas noches salí de su habitación y fui a la de Paula para ver cómo estaba. Tiene a sus espaldas años de experiencia como hija de una cuidadora de niños de acogida, por lo que había sido capaz de sobreponerse al mal trago y se mostró comprensiva.

—No te preocupes, estoy bien —me aseguró esbozando una sonrisa—. Ha sido más el susto que otra cosa.

—Está bien, cielo mío. —La besé en la mejilla—. Pero quiero que mantengas un poco las distancias con Reece en estos próximos días, percibir tu desaprobación le ayudará a entender lo que es aceptable y lo que no.

A primera hora de la mañana del lunes le puse a Reece el DVD de *Aladín* en la sala de estar y lo dejé absorto frente a la tele mientras yo llamaba por teléfono a Jill para ponerla al día. Ella se tomó muy en serio mis explicaciones, se comprometió a llamar de inmediato a los de servicios sociales y me aseguró que me llamaría en cuanto supiera algo.

Fiel a su palabra, media hora después me llamó tras hablar con Karen, la trabajadora social que estaba supliendo a Jamey Hogg mientras este estaba en excedencia. Por desgracia, Karen no había podido añadir gran cosa más allá de lo que ya me había contado a mí, pero había reiterado que al ir a ver a la familia había encontrado a Reece viendo una película para adultos sexualmente explícita, y también había insistido en que existían sospechas sobre la conducta sexual del padre de Reece hacia la hermanastra de este. Esos factores sumados a la desatención familiar habían sido el detonante para que se decidiera que tanto Reece como Susie pasaran a estar en régimen de acogimiento familiar. Karen había dicho que Jamey Hogg se pondría en contacto conmigo en cuanto volviera al trabajo.

Le di las gracias a Jill y le pedí que intentara averiguar cómo estaban las cosas en lo relativo al régimen de visitas y a la escolarización de Reece, ya

que no se me había dicho nada al respecto, y ella me aseguró que se pondría manos a la obra y que vendría a vernos a la mañana siguiente. Pasé el resto del día manteniendo a Reece ocupado con actividades constructivas, fomentando un buen comportamiento haciéndole entender que existen límites y felicitándole a menudo. Para cuando las chicas volvieron del instituto, estaba exhausta y la cena no estaría preparada hasta un poco más tarde de lo habitual, pero tenía la sensación de que estaba logrando avanzar un poco.

Cuando Jill llegó a casa a la mañana siguiente pudo ver por sí misma las distintas facetas del comportamiento de Reece, desde corretear por la casa cual pájaro prehistórico o tiburón en pleno ataque (eso fue nada más llegar ella) hasta quedarse sentado tranquilito con toda su atención puesta en un libro que ella le leyó mientras yo preparaba café. También notó cómo se ponía a la defensiva ante cualquier cosa relacionada con su hogar familiar.

—¡Qué camiseta tan bonita!, ¿te la compró tu mamá? —le preguntó.

—No lo sé —contestó él.

—Susie te envía un abrazo, la verás dentro de poco.

—No lo sé.

—Secretos —me dijo Jill en voz baja, cuando se disponía a marcharse y la acompañé hasta la puerta—. Le han hecho prometer que guardará silencio.

Yo compartía esa opinión, pero lo que me preocupaba era cuáles serían esos secretos que le habían obligado a guardar.

El teléfono sonó el miércoles al mediodía mientras Reece y yo estábamos comiendo sopa y unos panecillos; aunque la comida lo tenía totalmente absorto, contesté en la extensión de la cocina para poder tenerlo vigilado. Se trataba de una trabajadora social llamada Melissa, quien me dijo que estaba intentando organizarlo todo para que Reece pudiera verse con su madre y con tantos hermanos como fuera posible; según me contó, la madre de Reece, Tracey, se había presentado en las oficinas municipales y había amenazado con tomar medidas legales porque no había visto al niño desde que había sido trasladado a mi casa la semana anterior, y según la orden judicial se suponía que podía verlo dos veces por semana. Al margen de lo que Tracey hubiera hecho o dejado de hacer, en eso tenía razón, y Melissa estaba frenética intentando organizarlo todo para que se vieran y cumplir así con la orden judicial.

—El encuentro será hoy, entre las seis y las siete y media. ¿Usted podrá encargarse de llevar y traer a Reece?

—Sí. —Cuando se considera apropiado que un niño (o niños) de acogida se vea con su familia, es obligatorio que el cuidador lo lleve y después pase a buscarlo—. ¿Dónde será?

—Aquí, en las oficinas municipales. Tracey tiene prohibida la entrada en los centros de familia, ya le dieron una segunda oportunidad y no están dispuestos a darle otra. Estoy haciendo las gestiones necesarias para que estén presentes dos trabajadores sociales y un guardia de seguridad. No se preocupe, usted no tendrá que conocerla. Tan solo tiene que llamar por teléfono al llegar al aparcamiento, alguien bajará a por Reece.

Decir que eran unas medidas inusuales sería quedarse muy corto. Era la primera vez que oía que un encuentro con la familia se llevaba a cabo en las oficinas municipales de un condado, y si a eso se le sumaba lo del guardia de seguridad y el hecho de que me garantizaran que no iba a «tener que ver» a Tracey... en fin, todo ello estaba contribuyendo a que mi inquietud fuera en aumento. Por regla general no solo me encontraría con los padres al principio y al final del encuentro, también intentaría de forma activa establecer una relación de colaboración conjunta con ellos porque el niño sale beneficiado si colaboramos todos; pero, a juzgar por las palabras de Melissa, daba la impresión de que estaban quitándome esa tarea para protegerme.

—Voy a darle el teléfono del trabajador social que estará al cargo —me dijo.

Tomé un boli, anoté el número y se lo leí para confirmar que no hubiera ningún error.

—Gracias —añadió ella—. Intentar organizar esta visita está siendo un quebradero de cabeza, los hijos de Tracey viven con familias de acogida diseminadas por la zona. Algunos de ellos están fuera del condado. Esperemos que la semana que viene ya estemos mejor organizados. Buena suerte.

Mientras Reece seguía comiendo, fui a la salita y saqué de mi escritorio los documentos con la información esencial para consultar el nombre y la edad de los miembros de su extensa familia. Aunque todo apuntaba a que no iba a conocer a ninguno de ellos, tenía que tener una idea de quiénes eran sus hermanastros y hermanastras para saber a quién se refería cuando hablara de ellos después de verlos. Había leído por encima los documentos el día de la llegada de Reece, pero en esa ocasión los leí con mayor detenimiento y vi que

tenía dos hermanastros (Brad y Sean, de dieciséis y catorce años respectivamente) y tres hermanastras. Además de Susie, que tenía diez años y había pasado a estar en régimen de acogimiento al mismo tiempo que Reece, también estaban Sharon, de dieciocho años, y Lisa, de doce. Todos tenían un apellido distinto, que en ninguno de los casos era el de Tracey; Reece era el único que llevaba el de su padre, así que deduje que era el único hijo que ella había tenido con Scott.

En la documentación también aparecían los datos de contacto tanto de los hermanastros como de otros familiares importantes, ya que es habitual que se procure que el menor mantenga el máximo contacto posible con su familia. Al ir leyendo los nombres y las direcciones de las familias de acogida con las que vivían los niños, no me extrañó que Melissa estuviera teniendo tantos problemas para lograr reunirlos. Exceptuando a uno, todos vivían fuera del condado. Susie había sido asignada a una familia que vivía en un condado vecino situado a unos treinta kilómetros de distancia; los dos hermanastros, Brad y Sean, vivían juntos en la dirección opuesta, a unos veinticuatro kilómetros de distancia; Sharon, la mayor con dieciocho años, estaba en una unidad residencial para adolescentes del condado y Lisa, que parece ser que había sido criada por una tía desde los dos años, vivía en una ciudad que calculé que estaba poco menos que a ciento treinta kilómetros de distancia.

Cuando un niño entra en el régimen de acogimiento familiar, los servicios sociales suelen intentar asignárselo a sus propios cuidadores locales, los que viven en ese mismo condado; en caso de no haber ningún lugar disponible se lo asignan a un cuidador perteneciente a una agencia, ya sea dentro de ese condado o de algún lugar que esté lo más cerca posible. Hay veces en que a un menor se le asigna deliberadamente una familia de acogida cuyo hogar está lejos de la zona donde vivía (un adolescente que ha tenido problemas con la policía y que tiene que empezar de cero, por ejemplo). Al leer los documentos vi que, aparte de Reece y de Susie, todos los niños de la familia llevaban muchos años en régimen de acogimiento familiar y que vivían con cuidadores permanentes en acogimientos de larga duración, por lo que deduje que el motivo de que estuvieran tan dispersos era que, cuando los servicios sociales habían ido buscando una familia de acogida permanente adecuada para cada uno de ellos, la mejor opción en cada caso había resultado ser estar fuera de la zona próxima. Al ir leyendo la información vi también que no habían entrado en el régimen de acogimiento al mismo tiempo; la primera había sido Sharon a

los tres años, quince años atrás, y Susie y Reece habían sido los últimos.

Antes de volver a guardar los documentos en mi escritorio tomé nota de la fecha del cumpleaños tanto de los padres de Reece como de todos sus hermanos, para que pudiera darles o enviarles un regalo y una tarjeta llegado el momento (es algo que solemos hacer todos los cuidadores). A juzgar por el ruido que hacía, estaba claro que había terminado de comer y que estaba dando saltos en el sofá de la sala de estar, así que guardé los documentos en el cajón del escritorio y me dirigí hacia allí.

—Venga, bájate del sofá. Los sofás son para sentarse, no para saltar en ellos. ¿Quieres ir al parque?

Deduje que la respuesta era afirmativa, porque bajó volando del sofá, salió disparado por el pasillo y luchó por ponerse las zapatillas de deporte mientras gritaba: «¡Parque! ¡Parque!» en una imitación bastante buena de un loro estrangulado. Fui a toda prisa tras él y, una vez en el recibidor, me puse los zapatos y el abrigo antes de ayudarle con la cremallera del suyo.

—Esta noche vas a ver a tu mamá —le dije al salir de casa—, y puede que también a algunos de tus hermanos y tus hermanas.

Fue entonces cuando me di cuenta de que él no había preguntado ni una sola vez desde su llegada cuándo iba a ver a sus padres, lo que era de lo más inusual. Había vivido siete años con ellos y lo normal sería que se hubiera creado un vínculo lo bastante fuerte como para que los echara mucho de menos, en especial teniendo en cuenta que tan solo hacía seis semanas que lo habían separado de ellos y había empezado a vivir con familias de acogida. Según mi experiencia previa, incluso los niños que han sufrido abusos y desatención echan de menos a su madre (y al padre, si están en contacto con él) durante meses, están deseando reencontrarse con ella, preguntan una y otra vez cuándo van a volver a verla. Mi experiencia también me dice que tan solo los peores casos de abusos (como el de Jodie, por ejemplo, cuya historia narré ya en un libro anterior) llevan a que el niño no tenga ningún vínculo con sus padres, a que no sienta el menor apego hacia ellos y no los mencione nunca. Pero también había que tener en cuenta que Reece había tenido mucho ajeteo últimamente con tanto traslado de acá para allá, probablemente había tenido más que suficiente con todo a lo que había tenido que enfrentarse, y preocuparse por sus padres habría sido una pesada carga añadida.

—¿Tienes ganas de ver a tu mamá? —se lo pregunté mientras caminábamos por la calle rumbo al parque de la mano.

—No lo sé.

—¿Te acuerdas de cuándo la viste por última vez?

Acababa de darme cuenta de que no me habían dado ese dato ni se me había ocurrido preguntárselo a Melissa, pero, dado que ella había mencionado que Reece debía tener contacto con su familia dos veces por semana de acuerdo a la orden judicial, cabía suponer que habían ido cumpliendo con lo estipulado por el juez hasta el paréntesis que surgió cuando el niño había sido trasladado a mi casa.

—No lo sé —repitió, mientras caminaba junto a mí dando saltitos. Vio un gato y le bufó.

—¿La viste cuando vivías con los otros cuidadores?

—Sí.

—¿Viste también a tus hermanos y a tus hermanas?

—Eso creo.

—Está bien, cielo. Tenía curiosidad por saberlo. —No se trataba de algo especialmente relevante, pero me ayudaba a hacerme una mejor idea de lo que había estado ocurriendo.

Pasamos una hora en el parque, con lo que Reece pudo desfogar algo de energía, y regresamos de nuevo a casa justo antes de que las chicas llegaran del instituto. Les conté de inmediato que esa tarde iba a salir para llevar y traer a Reece, y les dije que iba a dejar la cena preparada para que se la comieran cuando les apeteciera; Reece, por su parte, no mencionó el encuentro inminente con sus familiares ni que iba a verlos.

A las cinco, después de darle una cena temprana, le convencí de que se pusiera ropa limpia para que fuera bien vestido al encuentro con su familia. También logré que entrara en el cuarto de baño, donde le pasé una toalla húmeda por la cara. Las visitas con la familia son una ocasión especial y me gusta que el menor en cuestión vaya bien arreglado; además, de esa forma no les doy un motivo más de queja a los padres, quienes muy a menudo están enfadados por el hecho de que se hayan llevado a sus hijos, dirigen esa furia contra las familias de acogida e intentan agarrarse a lo que sea (desde una manchita en una camiseta que, aparte de eso, está impecable, a una pequeña mácula cutánea por la que podrían culpar al cuidador). No es que lo hagan todos, pero sí que es algo muy habitual y puedo entender con meridiana claridad el razonamiento que les lleva a actuar así, aunque eso no me lo pone más fácil a la hora de lidiar con tales situaciones. Cuando se saca al menor del

seno familiar, los padres se quedan prácticamente sin control alguno sobre la educación y la crianza que va a recibir en adelante, y básicamente se les dice que no estaban cuidando de su hijo lo suficientemente bien. Siendo la naturaleza humana como es, para ellos tiene más sentido mantener el poco control que ejercen aún sobre la crianza de su hijo a base de criticar al cuidador y de querer que las cosas se hagan de forma distinta; además, intentar demostrar que el cuidador no está haciéndolo del todo bien minimiza en cierta forma las deficiencias y los defectos de los que ellos mismos adolecen.

Por otro lado, he trabajado con multitud de padres y madres que reconocen que, sea por la razón que fuere, no han sido capaces de criar a sus hijos, y que quieren colaborar conmigo. Eso nos facilita mucho la vida a todos, en especial al niño, que de ese modo no está sujeto a lealtades divididas entre su familia de nacimiento y la de acogida. Dado que Tracey tenía a todos sus hijos viviendo con familias de acogida y que las cosas llevaban quince años así, yo esperaba que hubiera aceptado la situación y que, por el bien de Reece, no me viera como a una enemiga, sino como a una aliada.

Cuando conseguí por fin ponerle a Reece el cinturón de seguridad en el coche, le di un par de libros para que se entretuviera y conduje rumbo a las oficinas municipales, que se encontraban al otro lado de la ciudad. Había dejado unos treinta minutos de margen para el trayecto, así que íbamos a llegar con tiempo de sobra. El encuentro iba a comenzar a las seis en punto, así que había dejado diez minutos extra para aparcar, avisar por teléfono y esperar a que el trabajador social bajara a por Reece. Había guardado su número en mi móvil, que estaba en el asiento del copiloto dentro del bolso.

Reece permaneció bastante callado en el coche; en vez de mirar los libros se entretuvo contemplando a través de la ventanilla los luminosos escaparates de las tiendas, que ya estaban empezando a cerrar. Estaba canturreando algo en voz baja y, aunque el sonido resultaba un poco irritante, era considerablemente menos molesto que los estridentes ruidos de aviones y coches chocando que habían amenizado nuestros trayectos en coche anteriores. Le había explicado lo que iba a ocurrir (que íbamos a pararnos en ese aparcamiento y que un trabajador social vendría a buscarle para llevarle a ver a su madre en una de las salas del edificio).

—¿Por qué no me llevas tú? —me preguntó.

Yo opté por una verdad a medias.

—No sé en qué sala vas a estar, así que han pensado que sería más fácil hacerlo así. —No podía decirle que consideraban a su madre una persona peligrosa, por supuesto.

Eran las seis menos diez y estaba esperando a que hubiera un hueco en el tráfico para poder girar a la derecha y llegar a las oficinas; al dirigir la mirada hacia allí vi que el aparcamiento, que flanqueaba dos lados del edificio de seis plantas, estaba prácticamente vacío. Buena parte de la gente que trabajaba allí ya habría dado por terminada la jornada a esas horas, por lo que supuse que no habría nadie aparte de algún que otro empleado que tuviera que quedarse hasta tarde (trabajadores sociales, guardias de seguridad, personal de limpieza...) y que el edificio estaría tan desierto como el aparcamiento. Sabía que para las siete de la tarde el lugar ya solía estar cerrado y con todas las luces apagadas porque pasaba por delante en ocasiones al ir a ver a una amiga mía, pero estaba claro que en esa ocasión iban a mantener alguna zona abierta para el encuentro de Reece con su madre, que estaba programado que durara hasta las siete y media.

Giré a la derecha y atravesé lentamente el aparcamiento sumido en la penumbra para poder estacionar bajo la única farola que iluminaba la zona. Maniobré hasta dejar el morro del coche a unos centímetros del muro bajo que rodeaba el aparcamiento, y di un respingo sobresaltada cuando Reece gritó de repente:

—¡Mamá!

Miré por la ventanilla, y se me aceleró el corazón al ver que una silueta emergía de entre las sombras del edificio y echaba a andar hacia nosotros. Puse el freno de mano y apagué el motor.

—¡Mamá!

—Quédate aquí hasta que yo te lo diga —le ordené con firmeza al ver que se desabrochaba el cinturón de seguridad.

Dirigí de nuevo la mirada hacia la mujer, que en ese momento estaba a unos nueve metros de distancia, sin saber qué diantres se suponía que debía hacer en una situación así. No podía quedarme sentada en el coche y llamar por teléfono al trabajador social, tal y como me habían indicado, estando Tracey allí fuera, habría sido una descortesía por mi parte y muy poco práctico. Reece estaba llamando a su madre a través de la ventanilla a viva voz.

Quitó la llave de encendido, saqué mi móvil del bolso y salí del coche;

después de rodearlo, abrí la puerta de Reece, le tomé de la mano y una profunda voz de mujer sonó estruendosa a nuestra espalda.

—¡Sharky! ¡Sharky, mi niño!

Mantuve a Reece junto a mí al cerrar el coche y, sin soltarle la mano para evitar que echara a correr por el aparcamiento, me volví para saludar a Tracey. Era una mujer bastante obesa de un metro setenta de estatura más o menos, a pesar del frío aire nocturno iba vestida con unos pantalones deportivos de nailon y una camiseta de manga corta del mismo tejido con el escudo del Liverpool, y llevaba el pelo sujeto en una tirante coleta que rozaba apenas sus anchos hombros. Vino hacia nosotros con una mano metida en el bolsillo de los pantalones y la otra sosteniendo un paquete de cigarros y un mechero, por su aspecto cualquiera la tomaría por una combatiente de lucha libre.

—¡Sharky, mi niño! —gritó de nuevo mientras se acercaba. En cuanto llegó le dio un pequeño guantazo al niño en la cabeza—. ¡Me alegra verte, Sharky!

Yo esboqué una cortés sonrisa al saludarla.

—Hola, Tracey. Soy Cathy, la cuidadora de Reece.

No podía dar por hecho que ella me hubiera identificado como tal de forma automática, porque a veces se recurre a un acompañante para que lleve al menor a verse con sus familiares en caso de que su cuidador no pueda hacerlo. Cuando me presenté y pude ver bien su rostro bajo la luz de la farola, vi que Reece guardaba un gran parecido con ella. Era su viva imagen, desde la piel pálida hasta el pelo castaño y los ojos marrones; de hecho, incluso coincidían en lo de los dientes superiores serrados y prominentes (en ella no era un rasgo tan pronunciado, pero seguía siendo evidente). El niño se parecía tanto a su madre que cualquiera diría que era un clon.

—¡Le hace falta un buen corte de pelo, joder! —dijo ella. Intentó darle otro guantazo que Reece esquivó de forma automática y entonces se quedó allí parada, mirándome fijamente.

Aunque Reece tenía la cabeza poco menos que rapada había que respetar los deseos de Tracey, ya que el niño estaba bajo una orden de cuidado provisional y en esos casos los padres conservan la patria potestad y tienen voz y voto a la hora de tomar decisiones sobre la crianza del niño; la situación se mantiene así hasta que el juzgado emite la orden de que el menor sea puesto bajo tutela de forma definitiva, y es entonces cuando los servicios sociales se hacen completamente con el control. El pelo suele ser un tema espinoso, y los

cuidadores respetan los deseos de los padres.

—Si te parece bien, podrías decirme cómo sueles peinarlo tú.

Se lo dije con la esperanza de que aquello pudiera ser un primer paso para iniciar una relación de colaboración con ella; aunque se suponía que ese encuentro no tendría que haber existido, llegados a ese punto mi mejor opción era intentar aprovecharlo de la mejor manera posible.

—¡Le rapamos al dos la cocorota entera! ¡Su padre lo hacía en casa todas las semanas!

Estaba claro de dónde había sacado Reece lo de gritar constantemente. Tracey hablaba con un tono de voz muy alto, prácticamente a gritos.

—Vale, yo me encargo. Pero voy a tener que llevarlo al barbero, así que no será todas las semanas.

—¿Se ha *portao* bien? —Un poco más y me deja sorda. Se volvió hacia Reece sin darme tiempo a contestar y, tras lanzarle otro guantazo que él logró esquivar también, le gritó afectuosamente—: ¿Te has *portao* bien, Sharky? ¡Apuesto a que no, cabroncete!

Se echó a reír estridentemente y el pecho le hizo un ruido sibilante que parecía indicar que fumaba bastante. Me disponía a decirle que Reece estaba aclimatándose bien, pero no me dio tiempo.

—¡Le han *cambiao* de casa cuatro veces por portarse mal, y estoy hasta las narices! La semana que viene tengo que ir al juzgado, y el juez le pondrá las cosas claritas a ese jodido trabajador social en cuanto yo hable con él. ¡A mi hijo no van a tenerlo dando vueltas de un lado a otro!

Me dispuse de nuevo a abrir la boca para decir algo conciliatorio, y de nuevo me quedé sin poder pronunciar palabra.

—¿Va a quedarse en tu casa? —vociferó ella—. ¡Eso espero, no voy a dejar que vuelvan a trasladarlo! ¡Esto es una vergüenza! ¡Vaya panda de capullos!

—No, no van a volver a trasladarlo —le aseguré yo. Bajé la mirada hacia Reece, que estaba tironeándome del brazo y siseando con fuerza—. Quédate quieto, buen chico.

—¡Que hagas caso, joder! —gritó ella antes de propinarle un guantazo en la cabeza que en esa ocasión sí que logró alcanzar su objetivo.

El niño se calló de golpe y se quedó inmóvil y en silencio; el método de Tracey para controlarlo parecía ser efectivo, aunque huelga decir que no era recomendable.

—¿Has visto ya a su trabajador social? —me preguntó ella.

—No, aún no. Tengo entendido que en este momento está fuera.

—¡Joder, esos capullos siempre están de fiesta! ¡Qué bien viven algunos! ¡Tendría que estar aquí solucionando todo el rollo este de mis hijos y no de vacaciones, joder! Tengo a todos mis hijos viviendo con familias de acogida, ¿lo sabías? —lo dijo como si fuera algo de lo que enorgullecerse—. A todos menos a Lisa y ella no está con una familia de acogida, está con su tía. Hace años que no la veo, pero las cosas van a cambiar. De eso me encargo yo. ¡Hablaré con el juez! Lisa es muy lista, de verdad que sí.

Yo asentí y decidí que, ahora que había conocido a Tracey y que ya había hablado con ella, sería mejor llamar al trabajador social tal y como me habían indicado, porque tenía la impresión de que aquella conversación podía alargarse indefinidamente. Estaba claro que Tracey tenía un montón de quejas y necesitaba desahogarse con alguien.

—¿Quieres sostenerle la mano a Reece mientras yo llamo al trabajador social? No quiero que se ponga a correr por el aparcamiento.

—Sí, bien *pensao*.

Respiré aliviada y le pasé la mano de Reece.

—Fui a la poli a denunciar a los otros cuidadores de mierda porque no cuidaban bien de mi Sharky. —Se interrumpió y me observó con atención, entornó ligeramente los ojos tal y como hacía Reece en ocasiones—. Y te haré lo mismo a ti si hace falta, colega. A ver, que no tengo nada personal contra ti, pero mis hijos son importantes. Quiero lo mejor para ellos.

—Espero que no tengas ningún motivo de queja conmigo —contesté, antes de buscar en el móvil el número del trabajador social.

—Ya subo yo a Sharky, sé dónde están. Mis otros hijos ya están allí, han *llegao* pronto.

Sus palabras me pusieron en un brete. El encuentro tenía que ser bajo supervisión, así que no podía permitirle que se llevara a Reece sin estar presente un trabajador social; por otra parte, tampoco quería que se desencadenara una confrontación en aquel aparcamiento tan oscuro y desierto. Reece había empezado a dar saltitos y a gritar que quería ver a Susie.

—¡Cierra el pico, Reece! —le gritó Tracey con voz atronadora, antes de darle un tortazo en la oreja.

El niño se quedó callado.

—Oye, Tracey, si no te importa, ¿podríamos esperar aquí al trabajador social? Me indicaron que debía llamarle por teléfono y esperarle aquí, y me

metería en líos si no lo hago. —Me había llevado el móvil al oído y estaba oyendo el tono de llamada.

—Sí, vale, como quieras. Los conozco y sé de qué palo van. No quiero que tengas problemas.

Un par de tonos de llamada más y contestaron al teléfono.

—Hola. Soy Cathy Glass, la cuidadora de Reece. Le he traído para el encuentro con su familia. Estoy en el aparcamiento con Tracey, su madre.

Él comprendió de inmediato lo apremiante de la situación.

—De acuerdo, ahora mismo bajo.

—Ya viene —le dije a Tracey sonriente mientras volvía a guardarme el móvil en el bolso.

—¿Tú también vienes?

La pregunta me la hizo Reece... Bueno, sería más acertado decir que me la gritó. Estar allí con su madre y oírla vociferar había deshecho los avances que yo había logrado durante la semana previa, y el volumen de su voz volvía a ser el del principio.

—No —contesté yo—. Vendré a recogerte cuando termine la visita.

—Voy a echarme un cigarrito mientras espero —anunció Tracey. Soltó la mano del niño, abrió el paquete de tabaco y me lo ofreció después de encenderse un cigarrillo.

—No, gracias —dije yo.

—Genial, no quiero que Sharky respire humo. No le va bien para el asma.

—¿Tiene asma?, no lo sabía.

—Otra cosita más que no te han *contao*, esos jodidos trabajadores sociales no sirven para nada. ¡La que les espera cuando los pille en el juzgado!

Yo tomé a Reece de la mano mientras ella le daba una larga calada al cigarrillo y le aseguré con calma:

—Reece no ha tenido problemas de pecho estando conmigo, pero estaré pendiente.

—En casa estaba fatal y el trabajador social dijo que era porque su padre y yo fumamos en el piso. Se las dan de listos, ¡vaya panda de capullos!

Opté por permanecer callada. Era más que probable que el trabajador social estuviera en lo cierto y, a juzgar por lo que me había dicho Tracey sobre lo de no querer que Reece inhalara humo, estaba claro que el mensaje había calado en ella aunque fuera un poquito. Le dio otra profunda calada al cigarro mientras Reece daba saltitos y gritaba con entusiasmo «¡Susie! ¡Susie!»; no

había duda de que había echado de menos a Susie, su hermanastra, a pesar de que no me había hecho ningún comentario al respecto.

—¡Cállate, *pesao!* —le ordenó Tracey con sequedad. Me arrebató la mano del pequeño sin contemplaciones y se quedó mirándome con desconfianza mientras le daba otra calada al cigarro.

Yo recé para que el trabajador social se diera prisa en llegar, porque tenía la impresión de que la conversación podía empezar a ponerse peliaguda.

—¿Le limpias el culo a Sharky? —me preguntó.

—No, ahora ya sabe hacerlo él mismo. —Miré a Reece con una sonrisa llena de orgullo.

—¿En serio? —preguntó ella sorprendida—. ¿Y el pito? Eso sí que no sabe limpiárselo, ¿se lo limpias tú?

Los cuidadores estamos acostumbrados a que los padres de los niños de acogida nos pregunten acerca de cómo cuidamos a sus hijos, pero en mis veinte años de cuidadora era la primera vez que me hacían una pregunta de esa índole nada más conocer a la persona, y planteada además con semejante crudeza; aun así, procuré disimular lo chocante que me parecía su actitud.

—No, le preparo el baño y él se limpia solo. Le lavo la espalda y el pelo, pero de sus partes privadas se encarga él mismo.

—¿Partes privadas? —Se echó a reír con estruendosas carcajadas y respiración sibilante—. ¡Qué chiste tan bueno! El pito de Sharky no tiene nada de privado, te lo aseguro. Lo sacaba al aire cada dos por tres, ¡una vez hasta se lo enseñó a una trabajadora social! ¡Tendrías que haber visto la cara que puso la tipa esa!

Yo la escuchaba sin poder dar crédito, me horrorizaba pensar que Reece estuviera oyendo todo aquello.

—¡Tienes que limpiarle el pito! —insistió ella—. Él no sabe, ¡yo se lo limpiaba siempre!

—Me temo que eso no va a ser posible, pero me aseguraré de que Reece se limpie bien. Como cuidadora suya, tengo que andar con cuidado con ese tipo de cosas. En tu caso es distinto porque eres su madre, no me cabe duda de que serás comprensiva al respecto.

—Sí, vale, está bien. —Bajó la mirada hacia Reece—. ¡Límpiate bien, niño! No querrás pillar una infección como la otra vez, ¿verdad?

Me salvé de tener que seguir soportando aquello gracias a la llegada del trabajador social, un hombre alto y delgado al que debía de faltarle poco para

cumplir los treinta que emergió de la entrada principal a toda prisa y se acercó por el aparcamiento con cara de preocupación.

—Lo siento, ¿todo bien? —me miró con expresión interrogante.

Yo asentí. Reece tironeaba de su madre para llevarla hacia la entrada, estaba entusiasmado porque por fin iba a volver a ver a Susie.

—¿Vengo a por Reece a las siete y media? —le pregunté al trabajador social.

—Sí. ¿No has tenido ningún problema con Tracey?

—No, la verdad es que no.

—Lo siento, me aseguraré de que esto no se repita. No sabíamos que ella estaba aquí fuera.

Madre e hijo ya estaban entrando en el edificio, y él se apresuró a ir tras ellos mientras yo me metía en mi coche e intentaba recobrar me de mi impactante primer encuentro con Tracey.

CAOS

Mientras conducía de vuelta a casa estuve pensando en Tracey, y en lo que me había dicho en el aparcamiento; aunque tanto su lenguaje como sus palabras me habían impactado, no había duda de que era todo un personaje (por decirlo suavemente). Le di vueltas a lo mucho que se le parecía Reece, era idéntico a ella y había quedado claro de dónde habían salido buena parte de sus hábitos y sus (desafiantes) actitudes. Para cuando llegué a casa eran las seis y media; después de avisar a las chicas de que ya estaba allí, cené y me preparé un té con la atronadora y autoritaria voz de Tracey resonándome aún en los oídos.

Procuré no someterla a un juicio moral, pero, en mi opinión, no había duda de que debería mostrar más respeto hacia su hijo. Todos esos manotazos en la cabeza, el hecho de que me hablara de las partes íntimas del niño frente a él y esa manía de llamarle Sharky no ayudaban en nada a mejorar el comportamiento del niño ni a alimentar su autoestima; por otra parte, estaba claro que consideraba enemigos suyos tanto a los servicios sociales como a las familias de acogida, y eso iba a dificultarme mucho la tarea de colaborar con ella a menos que pudiera ganármela. Lo más probable era que Reece estuviera conmigo un año, puede que la cosa se alargara incluso más; se tenían que completar las evaluaciones y los informes pertinentes y después habría que presentarlos en el juzgado para la vista final, en la que el juez o jueza decidiría dónde viviría Reece en adelante.

No me cabía ni la más mínima duda de que volvería a encontrarme a Tracey al llevar a Reece a verse con su familia, antes y puede que incluso también después de la visita en cuestión; además, existía la posibilidad de que ambas

tuviéramos que asistir a reuniones junto con el trabajador social y otros profesionales. Ella había afirmado que había acudido a la policía para denunciar a los otros cuidadores, pero ¿de qué los habría acusado? No se me ocurría ninguna posible explicación. Si ya me parecía poco probable que alguno de ellos hubiera sido negligente o agresivo con Reece, el que todos hubieran hecho algo así me parecía inconcebible, así que me pregunté si Tracey se lo habría inventado para intentar intimidarme; de ser así, había logrado a medias su objetivo, porque cuando estaba a solas con ella en el aparcamiento a la espera de que llegara el trabajador social me había sentido más que ligeramente intimidada. Era una mujer muy corpulenta, y su actitud había sido amenazadora y agresiva incluso antes de hablar.

A las siete en punto, cuando volví a meterme en el coche y conduje rumbo a las oficinas municipales para recoger a Reece, estaba un poco tensa y nerviosa. Se me había indicado que esperara en el aparcamiento, que me bajarían al niño cuando terminara la visita con la familia, así que aparqué de nuevo a la luz de la única farola que había y apagué el motor. El edificio entero estaba totalmente a oscuras a esas horas salvo en la puerta principal y en dos salas de la segunda planta, así que deduje que eran las que estaban usándose para la visita familiar. Encendí la radio y me dispuse a esperar.

Al cabo de varios minutos vi que otro coche llegaba y se detenía en la otra punta del aparcamiento; la conductora no salió, se quedó esperando sentada, así que pensé que a lo mejor se trataba de otra cuidadora que había ido a buscar a alguno de los hermanastros de Reece. Cinco minutos después llegó un Range Rover enorme que aparcó a varias plazas de donde estaba yo, en ese caso se trataba de un hombre que tampoco salió del vehículo.

A las 19:35, por encima de la música que sonaba en mi radio y a pesar de tener las ventanillas del coche cerradas, oí la voz de Tracey procedente del interior del edificio. Fue ganando intensidad conforme fue acercándose junto con otras voces, tanto masculinas como femeninas, a las que se sumaban también las de varios niños que gritaban para hacerse oír.

Apagué la radio y dirigí la mirada hacia la entrada principal del edificio. Aún no podía ver a los que se acercaban, pero las voces cada vez eran más nítidas a medida que iban acercándose (supuse que estaban bajando la escalera que llevaba al vestíbulo) y alcancé a distinguir tanto la de Reece como la de Tracey por encima de las demás. La puerta del Range Rover se abrió y el conductor salió y se quedó parado junto al vehículo; yo salí también

de mi coche y la otra mujer hizo lo propio a su vez. El primero me miró y me saludó con un ademán de la cabeza al que yo contesté con una sonrisa; la mujer había permanecido junto a su coche en la otra punta del aparcamiento, así que a pesar de que dirigió la mirada hacia nosotros estaba demasiado lejos y alejada de la luz como para vernos bien. Era obvio que los tres estábamos esperando allí para recoger a los hermanos. Las voces cada vez sonaban más fuerte, y entonces el grupo fue emergiendo por las puertas giratorias de cristal de la entrada principal y vi que las luces de la segunda planta se apagaban.

Tracey fue la primera en salir. Iba con los hombros bien erguidos, y bajó con actitud altanera y desafiante los escalones que conducían al borde del aparcamiento mientras le gritaba algo por encima del hombro a la tropa que la seguía. Se la veía airada a pesar de que acababa de pasar una hora y media con sus hijos, pero con el jaleo que estaban haciendo los demás resultaba imposible descifrar lo que estaba diciendo.

Los primeros en emerger tras ella habían sido dos jovencitos fornidos (deduje que eran Brad y Sean, de dieciséis y catorce años respectivamente) que salieron peleándose en broma, el uno golpeaba al otro en la cabeza con la palma de la mano y esquivaba el golpe del otro antes de volver a atacar; los seguía un guardia de seguridad uniformado seguido a su vez por una mujer corpulenta de perfil similar al de Tracey, pero que no me sonaba de nada. Detrás de ella emergieron dos mujeres pulcramente vestidas que supuse que eran trabajadoras sociales; una de ellas llevaba de la mano a una niña que debía de ser Susie, la hermanastra de diez años de Reece, quien salió a su vez junto a ella dando saltos y meneando la cabeza y gritando, completamente hiperactivo y descontrolado. Eran nueve personas en total capitaneadas por Tracey, quien, sin dejar de gritarles, estaba recorriendo el aparcamiento con la mirada como intentando decidir a cuál de los cuidadores iba a acercarse primero. El volumen del griterío aumentó aún más cuando la lucha en broma de Brad y Sean, los dos adolescentes, se convirtió en una batalla campal en la que ambos acabaron rodando por el asfalto como dos combatientes de lucha libre mientras soltaban fuertes exclamaciones de dolor y se insultaban el uno al otro.

—¡Quítate de encima de él! —le gritó Tracey a Brad, el mayor y más corpulento, que en ese momento estaba sentado a horcajadas sobre su hermano.

—¡Hostia, no puedo respirar! —exclamó Sean.

—¡Que te quites de encima, joder! —reiteró Tracey, antes de acercarse a ellos y propinarle un guantazo en la cabeza a Brad.

—¡Pelea! ¡Pelea! —gritó Reece a pleno pulmón mientras daba saltos exaltado.

—¡Y una mierda! —exclamó Tracey—. ¡No va a haber pelea, o este va a saber lo que es bueno! —Golpeó de nuevo a Brad y tironeó de él para intentar levantarlo de encima de su hermano.

Vi a mi derecha que el hombre del Range Rover hacía ademán de ir hacia ellos, así que supuse que debía de ser el cuidador de los dos muchachos, pero tan solo dio un paso y se detuvo. Estaba claro que no sabía si intervenir o no. Una de las trabajadoras sociales dijo algo a los chicos, pero no intervino físicamente (lo que me pareció del todo comprensible); fue entonces cuando la que llevaba a Susie de la mano le dijo algo al guardia de seguridad, quien se acercó a toda prisa y levantó a Brad.

Tracey se encaró con él de inmediato y chilló desafiante:

—¡Quítale las manos de encima, capullo! ¡Voy a denunciarte por agresión!

Tanto los otros dos cuidadores como yo permanecimos quietos junto a nuestros respectivos vehículos mientras la escena que estaba desarrollándose ante nosotros se convertía rápidamente en un verdadero caos. En cuanto dejó de estar atrapado bajo su hermano, Sean contraatacó dándole un golpetazo en plena espalda, y Brad soltó un grito y se volvió para golpearle a su vez en el pecho. La lucha de broma fue *in crescendo*, Tracey seguía gritándoles al guardia y a las trabajadoras sociales que iba a «¡enchironarles por agresión, joder!». Yo quería meter a Reece en el coche lo antes posible, porque estaba totalmente fuera de sí: daba saltos frenético, gritaba a más no poder, imitaba a su madre vociferando «¡A chirona, joder! ¡A chirona por agresión!». Me pregunté cuánto iba a tardar en sumarse a la pelea de sus hermanos mayores; estando presentes dos trabajadoras sociales y un guardia de seguridad, no era yo quien debía intervenir.

El caótico grupo fue avanzando poco a poco hacia el centro del aparcamiento; al ver que Tracey nos miraba de nuevo a los cuidadores para decidir a cuál de los tres se acercaba primero, me encogí un poco y recé para no ser yo la elegida. Las trabajadoras sociales la siguieron mientras el guardia intentaba que los chicos dejaran de pelearse, el ruido alcanzó niveles estratosféricos mientras los miembros de la familia se gritaban unos a otros; de hecho, incluso la pequeña Susie había empezado a imitar a su madre:

«¡Denúncialos, joder! ¡Denúncialos!».

Conforme fueron acercándose y los iluminó la luz de la farola alcancé a ver mejor el rostro de los hermanos de Reece, y lo que me impactó fue lo mucho que se parecían todos. Dada la diferencia de edad que existía entre ellos, Brad y Sean (que en ese momento se dirigían sin dejar de pelear hacia el Range Rover de su cuidador) eran versiones idénticas de Reece con unos años más; en cuanto a la otra mujer, la que no había sabido identificar al verla salir del edificio, al ver que era como una versión más joven de Tracey deduje que se trataba de Sharon, su hija de dieciocho años.

El rostro enrojecido y embotado de la joven y la anchura tanto de sus caderas como de sus muslos la hacían parecer mayor de lo que era en realidad, parecía una mujer de mediana edad. Iba vestida con unos pantalones deportivos de nailon y una camiseta del Liverpool, y llevaba el cabello recogido en una tirante coleta idéntica a la de su madre. Pero su parecido con Tracey iba más allá del aspecto físico: cuando la joven le gritó a Reece que cerrara el pico, fue la voz de su madre la que emergió de sus labios. Miré a la pequeña Susie, que había soltado la mano de la trabajadora social y estaba dando saltitos e imitando los grititos de Reece, y vi que tenía los mismos rasgos que los demás (la piel pálida, el pelo castaño y los ojos marrones, los peculiares dientes superiores serrados y prominentes). Resultaba extraño y bastante desconcertante ver que todos los niños se parecían tanto, sobre todo teniendo en cuenta que eran de padres distintos. Estaba claro que los genes dominantes habían sido los de Tracey y pensé que era una lástima que el destino no hubiera sido un poco más benevolente con aquellos niños, porque no había duda de que conformaban un grupo de lo más extraño.

A esas alturas las trabajadoras sociales ya se habían dado cuenta de que, dadas las circunstancias, la prioridad era llevar primero a los dos hermanos mayores, Brad y Sean, al coche de su cuidador. Estaban intentando conducirlos hacia allí mientras los dos jóvenes giraban uno frente al otro con los puños en alto como si estuvieran en un combate de boxeo. El cuidador dio un paso hacia el grupo y ordenó con voz firme:

—¡Brad, Sean! Entrad en el coche, por favor. —Los chicos le miraron y siguieron peleando como si nada, jugando a golpearse mutuamente la cabeza con la palma de la mano, así que lo intentó de nuevo—. ¡Brad, Sean! Despedíos de vuestra madre y entrad en el coche. Es hora de irnos.

Una de las trabajadoras sociales les pidió también que entraran en el coche,

pero no tuvo mejor suerte y los dos hermanos siguieron golpeándose el uno al otro mientras iban acercándose de forma gradual al Range Rover. El cuidador abrió la puerta trasera del vehículo y esperó pacientemente mientras iban avanzando entre golpes; sus manos estaban tan atadas como las mías y las de la otra cuidadora, no podíamos hacer ni decir nada. Cuando los menores de acogida están con sus progenitores, los cuidadores deben mantenerse en un segundo plano y permitir que estos tengan la oportunidad de actuar como padres, y estaba claro que Tracey no habría aceptado de buen grado que alguien interviniera.

Dirigí la mirada hacia Reece e intenté establecer contacto visual para ver si así venía hasta el coche y se metía en él por voluntad propia, incluso abrí la puerta, pero no me sirvió de nada. Él estaba disfrutando de lo lindo dando saltos y gritando, puede que fuera consciente de la escasa autoridad que yo ostentaba en ese momento. Susie echó a correr y se puso a dar vueltas por el aparcamiento.

—¡No, Susie, ven aquí! ¡Buena chica! —exclamó una de las trabajadoras sociales.

—¡Ven aquí! ¡Ya! —gritó Tracey con aspereza.

La niña obedeció.

—¡Chicos, por favor, entrad en el coche! —les pidió el cuidador a Sean y a Brad, que a esas alturas ya estaban cerca del morro del coche pero seguían dándose guantazos y puñetazos.

Me pregunté si se portarían así en casa con su familia de acogida, y supuse que no. Tracey se acercó de repente al cuidador de los chicos, se encaró con él y alzó un dedo en un gesto amenazador mientras gritaba con actitud belicosa:

—¿Por qué no ha ido Brad al cole? ¡Dice que lleva una semana sin ir!

Él mantuvo la calma, retrocedió un paso y contestó con serenidad.

—Le han expulsado. Los servicios sociales ya han sido informados y estamos buscándole otro colegio.

—¡Los servicios sociales no están haciendo una mierda! ¡Quiero que mi niño vaya al cole! La semana que viene veré al juez, ¡vais a tener muchos problemas si la cosa aún sigue así para entonces!

—Estamos haciendo todo lo que podemos —contestó él con calma, mientras mantenía la puerta del coche abierta para que los chicos entraran.

Ver que alguien le hablaba así a su cuidador no iba a contribuir

precisamente a fomentar el respeto de ambos hacia él, y pensé para mis adentros que la tarea de aquel hombre ya debía de ser lo bastante difícil de por sí como para que encima se socavara su autoridad.

—¡Eso espero! —le gritó Tracey, antes de hincarle el dedo en el hombro—. ¡Quiero que mis hijos reciban una educación! ¿De qué me sirve que estén en acogida si no van a educarlos?

Cinco minutos después, a base de repetirles una y otra vez la misma orden y de asegurarles que la cena estaba lista y esperándoles en casa, se logró que los dos hermanos entraran en el Range Rover y su cuidador ya estaba llevándoselos del aparcamiento; una vez que se fueron, me convertí en el centro de atención de Tracey... y también de Sharon, quien en ese momento parecía ser un fiel reflejo de su madre.

—A ver, ¿por qué Sharky no está yendo al cole? —me preguntó la madre con rostro ceñudo.

—Eso, ¿por qué no está yendo al cole? —dijo la hija.

—¡Cuando estaba conmigo sí que iba! —añadió la primera.

—Tengo entendido que el departamento de educación está buscándole un colegio —le expliqué yo—. Los llamaré esta semana que viene para ver si pueden acelerar un poco las cosas.

—Ya puedes ir dándote prisa, ¡le quiero en clase este mismo lunes!

Por un lado, era muy poco probable que sus deseos se cumplieran teniendo en cuenta que estábamos a miércoles por la tarde; por el otro, era consciente de que no podía decirle algo así. Lo único que yo quería en ese momento era lograr que Reece se metiera en el coche, se le veía cada vez más frenético y estaba claro que después iba a estar muy alterado.

La otra cuidadora había permanecido junto a su coche, pero se acercó en ese momento y Sharon la miró.

—Tenemos que irnos ya, Sharon.

Deduje por sus palabras que era una de las cuidadoras que trabajaban en la unidad residencial donde vivía la joven. Debía de tener unos veintipico años y no era rival para Tracey, quien le gritó beligerante:

—¡Se irá cuando yo lo diga! Ah, y tú y yo tenemos que hablar. No estoy nada contenta con cómo estáis cuidando de Sharon.

En ese momento entró otro coche en el aparcamiento y todos dirigimos la mirada hacia él mientras se detenía a varios metros de donde estábamos.

—¡Es Marie! —exclamó Susie.

Fue entonces cuando me di cuenta de que nadie se había presentado a recogerla hasta ese momento.

—¡Que espere! ¡Yo no he *terminao* aún! —gritó Tracey.

Marie salió del coche y se acercó a nosotros.

—Siento llegar tarde, ha habido un accidente en la carretera.

Tracey no le hizo ni caso y volvió a centrarse de nuevo en mí.

—¿Por qué no le has puesto una camiseta interior a Reece? ¡Va a morir de frío, joder!

Lo cierto era que el niño estaba bien abrigado (llevaba una camiseta bajo un jersey de lana con cremallera y un grueso abrigo de invierno), pero no iba a ponerme a discutir.

—Puedo ponerle una si quieres, no hay problema.

—Sí, que no se te olvide. Le va mal *p'al* pecho no llevar camiseta interior, yo siempre se la ponía.

Asentí y guardé silencio mientras pensaba para mis adentros que no llevar camiseta interior no era tan perjudicial como inhalar el humo de sus cigarrillos.

—Tenemos que irnos ya —insistió la cuidadora de Sharon—, ya son las ocho pasadas.

—¡Se irá cuando lo diga yo! —Tracey siseó aquello con una actitud amenazadora que hizo retroceder un paso a la cuidadora.

Yo miré a las trabajadoras sociales y vi por su semblante que estaban tan exasperadas como nosotras, pero que se sentían renuentes a hacer algo más allá de apaciguar a Tracey con la esperanza de que los niños, tal y como habían hecho sus dos hermanos, terminaran por meterse en los coches. La situación era absurda, aquello era una locura. Me estremecí al recordar que se había estipulado que aquellas visitas familiares se llevaran a cabo dos veces por semana.

—¡Ven a despedirte de tu mamá, Reece! —El niño estaba armando tanto jaleo, que tuve la impresión de que ni siquiera me había oído.

—¡Hora de irse, Susie! —le dijo Marie a la niña, aprovechando que Tracey estaba distraída con las trabajadoras sociales.

—¡Sharky lleva meses sin ir al cole! —les gritó mientras blandía amenazante un puño—, ¿y qué estáis haciendo vosotras al respecto? ¡Nada de nada! —Se volvió hacia el guardia de seguridad al ver que este daba un paso hacia ella—. ¡Tú déjame en paz, capullo!

—Se está haciendo muy tarde, Tracey —le dijo al fin una de ellas—, Reece

y Susie ya tendrían que estar acostados. Ven mañana a la oficina para que podamos hablar con calma e intentar averiguar qué es lo que está pasando.

Dio la impresión de que aquellas palabras lograban apaciguar en cierta medida a Tracey y la convencían de cooperar un poco, porque miró a Reece y gritó a pleno pulmón:

—¡Sharky! ¡Métete ya en ese jodido coche!

Sharon imitó a su madre repitiendo la orden palabra por palabra.

—¡Sharky! ¡Métete ya en ese jodido coche!

—¡Cierra el pico, Sharon! ¡Tú no te metas! —le gritó Tracey a su vez.

Reece las ignoró por completo, seguía gritando y armando jaleo y dando saltos como un loco. Estaba descontrolado y era ajeno a los que le rodeaban, incluida su madre.

—¡Que te metas en el coche, joder! —insistió Tracey; de buenas a primeras fue hacia él, le agarró del brazo con brusquedad y lo trajo hasta mi coche.

—Entra en el coche. Eso es, buen chico —le dije yo con voz suave—. Voy a abrocharte el cinturón.

Una vez que el niño estuvo dentro del coche, Tracey se asomó a echar un vistazo; al cabo de unos segundos se volvió a mirarme por encima del hombro y me preguntó a viva voz:

—Oye, tú, ¿seguro que tienes *instalao* el cinturón adecuado?

—Sí, me tomo muy en serio el tema de la seguridad en el coche —le aseguré yo.

—Vale, porque como no lo hagas puedo denunciarte. No voy a dejar que se ponga en peligro la vida de mis hijos, como hizo la jodida cuidadora aquella.

Sacó la cabeza del coche y yo le abroché el cinturón de seguridad a Reece, que escogió ese preciso momento para llamarla a gritos.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué pasa?

Al verla meter de nuevo la cabeza lancé una mirada a las trabajadoras sociales, que me miraron a su vez con cara de resignada frustración.

—¡Tráeme la Nintendo la próxima vez! —gritó él, prácticamente en las narices de su madre—. ¡Y mis juegos! ¡Todos!

—¡Vale, Sharky! ¡Yo te los traigo, no te preocupes! —Después de vociferar aquellas palabras, Tracey sacó la cabeza y se volvió hacia mí—. ¿No tienes una Nintendo para que juegue?

—No, pero tenemos otros muchos juguetes —lo dije con voz un poco tensa,

porque estaba llegando al límite de mi paciencia—. Si quieres traer la Nintendo de Reece, adelante. Seguro que él disfruta mucho con ella.

—¡Te la traeré, Sharky! —lo gritó hacia la puerta del coche—. ¡No te preocupes, mamá se encarga de todo!

Yo tenía la mano en la puerta, preparada para cerrarla a la primera oportunidad.

—Despídete de tu mamá —le dije al niño antes de empezar a cerrarla.

—¡Adiós, mamá!

Pero Tracey no estaba escuchándole. En ese momento estaba de espaldas a él, reprendiendo a gritos a Marie por cómo llevaba el pelo Susie.

Cerré a toda prisa la puerta de Reece, rodeé mi coche rumbo a la mía, entré y accioné el cierre centralizado.

—¡Mamá! —gritó Reece—, ¡mamá, quiero mis juegos! ¡Los quiero todos!

Se puso a aporrear la ventanilla mientras llamaba a gritos a su madre, quien no le prestó ni la más mínima atención y siguió gritándole a Marie y señalando con airados gestos el pelo de Susie. No ganaba nada quedándome allí, así que me apresuré a poner en marcha el coche y me dirigí hacia la salida.

—¡No *t'olvides* de mis juegos, mamá! —chilló Reece mientras aporreaba con más fuerza la ventanilla.

Una vez que salimos del aparcamiento y nos hubimos alejado un trecho por la calle principal, enfilé por otra secundaria y aparqué para bajarme del coche y tranquilizarlo. Estaba fuera de sí, gritaba una y otra vez que a su madre se le iban a olvidar los juegos, emitía chillidos sin ton ni son. Me senté junto a él en el asiento trasero del coche, le rodeé con el brazo, y estuve hablándole con voz sosegada y acariciándole la cabeza durante un cuarto de hora hasta que se calmó.

Para cuando llegué a casa, ya eran las nueve de la noche pasadas. Lucy y Paula salieron a mi encuentro en el recibidor con cara de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó la primera.

—Ni me lo preguntes.

—Creíamos que solo tenías que ir a recoger a Reece después de que se viera con su familia —comentó la segunda.

—¡Esa era la idea! Luego os lo cuento.

Llevé a Reece directo al cuarto de baño, le ayudé a lavarse por encima y a

cepillarse los dientes; le ayudé también a ponerse el pijama y le acosté. Estaba emocionalmente exhausto, al igual que yo, y se quedó dormido en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. Salí de su cuarto, bajé e hice algo que por regla general tan solo hago en Navidad, en Año Nuevo y en mi cumpleaños: me serví un trago.

Me senté en la sala de estar con una copa de vino blanco, eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en el respaldo. Aún me zumbaban los oídos después de semejante vocerío, me palpitaban las sienes por la tensión acumulada. Lo ocurrido había sido una verdadera pesadilla, y dudaba mucho que les hubiera hecho algún bien a los niños. Reece se había puesto histérico, y no había duda de que para los otros cuidadores tampoco iba a ser una tarea fácil calmar a los menores que tenían a su cargo. Se supone que el objetivo del encuentro con la familia es darle al menor algo de tiempo de calidad con sus padres y sus hermanos, no está pensado para generar una situación caótica en la que todos se pongan a gritar y a golpearse unos a otros. Si la visita propiamente dicha también había transcurrido así, cabía esperar que los trabajadores sociales encargados de la supervisión lo hicieran constar en sus respectivos informes.

Y aun así, a pesar del caos y de la actitud agresiva y excesivamente crítica de Tracey, en el fondo aquella mujer me inspiraba cierta lástima. Era obvio que ella misma también tenía problemas de aprendizaje y, a fin de cuentas, lo cierto era que había tenido siete hijos y no había podido criar a ninguno de ellos. Puede que todos sus gritos y sus amenazas no fueran más que bravatas huecas, las bravatas de una mujer desesperada que intenta aferrarse a los últimos vestigios de responsabilidad que le quedan, pero eso era algo que tan solo podría saberse con el tiempo.

EL COLE

La mejora que había experimentado el comportamiento de Reece se esfumó de forma temporal, y en los días posteriores al encuentro con su familia volvió a ser el del principio. Yo tenía la sospecha de que ese retroceso se debía al hecho de que había estado con su madre y se había reforzado su «antiguo» comportamiento. Se despertaba a las cinco de la mañana y me costaba muchísimo que volviera a dormirse; pasaba buena parte del día correteando por la casa chocando contra esto y aquello, lanzaba cosas, hacía ruido, soltaba palabrotas y gritaba: «¡Vete a la mierda!» a cualquiera que intentara detenerle. Tan solo se calmaba un poco si Lucy o yo nos sentábamos con él para leerle un cuento, Paula todavía intentaba mantener las distancias desde el incidente en que él la había tocado de forma sexual (ella le hablaba, por supuesto, pero no jugaba con él para evitar tenerlo demasiado cerca).

Aparte de su agresividad y de su hiperactividad, también hubo varias ocasiones en las que intentó darnos un cabezazo a Lucy y a mí, y mordió dos veces (en una de ellas, sus dientes quedaron marcados en la mano de mi hija). Le regañé y le quité algo de tiempo de tele y, como eso provocó una rabieta a gran escala en la que se puso a patear todo cuanto tenía a su alcance y a gritarme a pleno pulmón «¡Te odio, joder!», acorté aún más su rato de tele.

No me sorprendía que hubiera experimentado un retroceso después de ver a su familia; aparte de reforzar su antiguo comportamiento, el encuentro le había recordado el hogar del que se había marchado. Todos los niños están un poco alterados después de tener contacto con su familia y, si ya tienen problemas de comportamiento previos, estos suelen acrecentarse mientras el menor en cuestión expresa la confusión que siente de la única forma que sabe hacerlo.

No había duda de que Reece iba a volver a apaciguarse y que los progresos que ya había hecho seguirían avanzando... hasta el siguiente encuentro con la familia, tras el cual sufriría un nuevo retroceso. De forma gradual, conforme fueran pasando las semanas y él fuera acostumbrándose a esa rutina de ver a su familia y se adaptara al cambio, el retroceso posterior iría menguando (al menos, eso esperaba yo); aun así, siempre iba a existir una reacción posterior en mayor o menor medida mientras él intentaba unir esas dos partes de su vida y asimilar todo lo que había ocurrido.

La normativa actual del trabajo social dicta que el menor debería poder ver a sus padres biológicos en todos los casos, salvo que concurran unas circunstancias excepcionales que están muy restringidas. Muchos cuidadores cuestionaríamos hasta qué punto beneficia al menor el hecho de tener contacto con sus padres si las posibilidades de que algún día regrese a su hogar son inexistentes, pero, tal y como sucede en otros ámbitos del acogimiento de menores, tenemos que hacer lo que se nos dice y limitarnos a lidiar después con las consecuencias de dichos encuentros infundiendo ánimo y consuelo al menor con un montón de abrazos y de palabras tranquilizadoras.

Para cuando llegó el lunes, Reece ya había empezado a serenarse de nuevo y decidí que, como no iba a ir al cole, habría que estructurar un poco los días venideros hasta que le encontraran una escuela. Tenía pensado preguntarles a Jill y a los de servicios sociales cómo iba ese tema en cuanto volviera a hablar con ellos, pero sabía por experiencias previas que se podían tardar semanas e incluso meses en encontrar un colegio dispuesto a aceptar a un niño que había sido expulsado de otros centros. De modo que después del desayuno le expliqué a Reece que íbamos a pasar un rato practicando algo de lectura y de escritura (le dije que sería como jugar a ir al cole), que después haríamos un descanso para beber y comer algo antes de hacer unos ejercicios de cifras, y que el resto del día podría dedicarlo a jugar. Le gustó la idea de «jugar a ir al cole». También íbamos a salir un rato cada día, y no solo para realizar tareas cotidianas como hacer la compra; Reece necesitaba descargar energía, y yo tenía la esperanza de que ir al parque o dar un paseo pudiera ayudarle a desfogarse.

No tenía ni idea de cuál era su nivel educativo, así que saqué del armario una selección variada de cuadernos de aprendizaje entre los que había varios libros de lectura para niños de primaria y algunas hojas de ejercicios (las había fotocopiado de un tutor que había venido a casa a dar clases a otro

menor de acogida que tuve a mi cargo, uno que no iba al colegio). Tanto los libros como las hojas de ejercicios partían del nivel más elemental y eran muy vistosos, estaban diseñados para llamar la atención del niño: había palabras en letra grande e ilustraciones para colorear.

Pero antes de empezar tenía que hacerme una idea mejor de cuál sería un buen punto de partida. Si empezaba con actividades demasiado fáciles para Reece, corría el riesgo de que las considerara infantiles y rechazara las clases de buenas a primeras. Me habría venido bien tener una copia del informe de sus necesidades educativas especiales, ya que en él se detallaban tanto su nivel educativo como los progresos que había hecho y las dificultades que tenía, pero aún no me lo habían enviado. Así que decidí que la mejor forma de averiguar cuál era su nivel sería mostrarle una serie de tarjetas con «palabras clave» (también las había fotocopiado de las hojas de ejercicios del tutor que venía a dar clases, y las había pegado después en coloridas cartulinas); cada una de ellas contenía una palabra sencilla, comenzando por las que un niño aprendería primero como «él», «ella», «el», «nosotros», «así», «gato», «perro» o «ir» y avanzando de forma gradual hacia otras más difíciles como «dónde» y «porque».

Empecé a mostrarle las más básicas. Conforme iba pasándole cada tarjeta y preguntándole si sabía lo que era, él se quedaba mirándolas pensativo y contestaba algo así como «Mmm... no lo sé».

—Vale, vamos a dejarlas aquí en un montoncito. —Dejé las tarjetas sobre la mesa—. Estas serán las palabras que aprenderemos primero.

Me detuve después de mostrarle las veinte primeras. De todas aquellas palabras tan básicas, Reece tan solo había reconocido una: «a». Tenía siete años y medio y, al parecer, el vocabulario que sabía reconocer visualmente se limitaba a una sola palabra que constaba de una única letra. Por regla general, un niño de su edad habría podido reconocer unas 150 palabras, y uno por encima de la media estaría leyendo ya *Harry Potter*.

—¿Podemos leer ya? —me preguntó deseoso de empezar.

Abrí el libro de nivel más básico y me puse a leer. Formaba parte de una serie de libros para aprender a leer de forma gradual que había comprado años atrás para ayudar a un niño que acababa de empezar el cole y tenía dificultades para aprender, y cada página contenía una gran ilustración que tenía debajo una palabra que la describía (perro, gato...); como Reece carecía de vocabulario visual, tuve que ir leyéndole cada palabra y él las repitió

encantado.

Después de leer dos veces el primer libro abrí el segundo, donde se repetían las palabras del primero; en teoría, la idea era consolidar lo que el niño había aprendido, pero los dibujos eran distintos y, a pesar de que las palabras eran las mismas, Reece no fue capaz de reconocerlas. No había asociado el sonido de la palabra con su escritura, que es en lo que consiste leer, sino con la ilustración. Tomé de nuevo el primer libro y, tapando las ilustraciones, fuimos repasando todas las palabras; después hice lo mismo con el segundo, repitiendo cada palabra una y otra vez.

Aunque era un proceso muy repetitivo para Reece y le costaba trabajo quedarse quieto en la silla, le encantaba lo que estábamos haciendo y daba la impresión de que tenía ganas de aprender. Después de dedicar unos quince minutos a aquella tarea dejé a un lado los libros de lectura y le dije que íbamos a practicar un poco la escritura antes de hacer un descanso. Le di un lápiz y un papel y le pregunté si sabía escribir su nombre.

—¡Sí, claro que sí! —exclamó rebosante de excitación—. ¡No soy tonto!

—No, claro que no lo eres. Lo estás haciendo muy bien, Reece. —Le miré sonriente y le di un beso en la mejilla.

—Me gusta estar aquí, me caes bien.

—Qué amable por tu parte, me alegra mucho que digas eso. A nosotras nos gusta que estés aquí.

—¿Ah, sí? —Me miró sorprendido.

—Sí. Nos gusta mucho, Reece. Me alegra que hayas venido a vivir con nosotras.

Él sonrió de oreja a oreja.

—¡Genial, porque no van a volver a llevarme de un lado a otro! ¡Es una mierda!

No pude evitar sonreír porque, a pesar de tener problemas de aprendizaje, había recordado lo que su madre había dicho en el aparcamiento el miércoles anterior. ¡Estaba claro que no tenía problemas de audición!

Reece tan solo era capaz de escribir su nombre y lo hacía con letras grandes y mal escritas, como un niño que usa un lápiz por primera vez a los tres años y medio. Escribí su apellido en letras grandes y fui creando la silueta de cada letra con una serie de puntos que él fue uniendo; procedí a hacer lo mismo con algunas de las «palabras clave» y él disfrutó de lo lindo.

—¡Estoy escribiendo! —lo gritó entusiasmado al lado de mi oído.

—Sí, así es, pero intenta hablar un poco más bajito, por favor.

Eso era algo que tanto las chicas como yo le recordábamos constantemente, pero estaba más que claro de dónde había sacado la costumbre de vociferar y para corregir siete años de gritos constantes para hacerse oír en casa no iba a bastar con unas semanas o unos meses.

Después de la clase de escritura hicimos un pequeño descanso en el que él se tomó un plátano y un vaso de leche y yo una taza de café, y completamos a continuación los «deberes» con unas actividades muy sencillas con cifras para las que usé más hojas de ejercicios fotocopiadas. Compré el pan, la fruta y las verduras que necesitaba y él me ayudó a llevar las bolsas durante el trayecto de regreso a casa.

Al entrar en el vestíbulo vi que la luz del contestador automático estaba parpadeando y le di al botón para escuchar el mensaje:

«Soy Mary Smith, la directora del equipo técnico de Jamey. Estaré en mi despacho hasta las dos. Por favor, llámame al número...».

«¡Eureka! ¡Por fin!», pensé para mis adentros. Seguro que aquella mujer tenía más información y podría responder a mis preguntas. Sabía que la conversación podría alargarse y, dado que ya era la hora de la comida, le preparé un bocadillo a Reece con rapidez, le di una bolsa de patatas fritas de su elección y le dejé comiendo en la cocina mientras yo usaba el teléfono del vestíbulo para que no me oyera. Marqué el número que me había dado Mary, quien contestó de inmediato.

—Hola. Soy Cathy Glass, la cuidadora de Reece.

—Perfecto, gracias por llamar. ¿Cómo va la cosa?

A juzgar por el apremio con el que hablaba, era obvio que tenía muchas cosas que decir y que quería soltarlas cuanto antes.

—Bastante bien —contesté yo.

—En cuanto a la visita con la familia: tengo entendido que la de la semana pasada fue una debacle, así que he decidido dividirla. ¿Tienes un boli a mano?

—Sí. —Tengo papel y boli junto a todos los teléfonos de la casa. Mary parecía ser una persona muy eficiente, lo que suponía todo un alivio para mí.

—He leído los informes de la supervisora sobre el encuentro y no quiero que se repita lo del miércoles. Supongo que tú tampoco.

—¡Pues no! —admití con una pequeña carcajada—. Tardé bastante en conseguir que Reece se tranquilizara.

—Me lo imagino. He hablado con los otros cuidadores y he decidido que

los encuentros sean por separado. Reece verá a sus padres los martes y los viernes, a la misma hora y en el mismo lugar. ¿Podrás encargarte de llevarlo y traerlo?

—Sí —asentí mientras anotaba la información—. ¿Esta vez vendrá también el padre?

—Sí. El miércoles no pudimos dejar que fuera porque Susie estaba presente y la policía está investigando si abusó sexualmente de ella, pero Tracey insistió en que quería ver a todos sus hijos juntos. Conoce bien sus derechos, supongo que no tardaste en darte cuenta de eso cuando la conociste, pero son los derechos de Reece los que estoy teniendo en cuenta en este momento y tiene derecho a ver a su padre.

—Sí, por supuesto.

—Estoy organizándolo todo para que los demás hermanos vean a Tracey otro día. No son hijos de Scott, él solo es el padre de Reece.

—Sí.

—Aparte de Susie, Reece no mantiene relación alguna con sus hermanastros y antes del encuentro del miércoles hacía años que no veía a ninguno de ellos. La semana que viene tenemos que presentarnos de nuevo ante el juez, así que podré informarle de que a pesar de que hemos intentado unirlos a ninguno de los niños conviene que los encuentros se repitan con regularidad. Preveo que se reunirá a todos los hermanos una vez al año, pero me gustaría que Reece viera a Susie de forma habitual. Con ella sí que mantiene lazos de unión.

—Sí, es verdad.

—Por eso quería saber si podría pasarle tu número de teléfono a la cuidadora de Susie, para que hablarais y quedarais de acuerdo en veros de vez en cuando para que Reece y Susie puedan pasar algo de tiempo juntos.

—Sí, por supuesto que sí. ¿Con qué frecuencia te gustaría que nos viéramos?

—¿Te parece bien cada tres semanas?

—Sí, creo que a los niños les vendría muy bien. Yo me encargo de organizarlo todo.

—Genial. La cuidadora de Susie se llama Marie, me parece que el miércoles coincidiste con ella en el aparcamiento.

—La vi, pero nada más. Había demasiado jaleo como para que pudiéramos hablar.

—Sí, eso me han contado. Lamento lo ocurrido y procuraré que no se repita;

en caso de que haya algún problema cuando solo estén Reece y sus padres, tendremos que replantearnos los arreglos para llevarlo y traerlo. A lo mejor hace falta emplear una escolta.

—De acuerdo. —Estaba impresionada, no había duda de que aquella mujer sabía manejar las cosas. Anoté el número de teléfono de Marie cuando me lo dictó y se lo leí en voz alta.

—¿Qué tal va la adaptación de Reece?

Le conté los progresos que estaba haciendo (que se le veía más calmado, y que iba aceptando los límites que yo le había impuesto para controlar su comportamiento) antes de añadir:

—Pero me vendría muy bien tener algo más de información sobre su pasado. Hemos tenido un incidente de conducta sexualizada, y con los escasos datos que tengo voy un poco a ciegas. Ah, y tampoco he sabido nada sobre su escolarización, ¿qué tal va ese tema?

Me pareció oírla soltar un suspiro.

—Sí, ya sé que lo del colegio está pendiente, Tracey ha venido esta mañana y he prometido que revisaría ese tema en cuanto tenga un momento. Mira, Cathy, las cosas están así: el caso ha pasado a estar en manos de Jamey, pero él está fuera ahora y yo no tengo acceso a sus archivos. Supongo que los tendrá en su casa o que se los habrá llevado consigo. Su ordenador está protegido por contraseña, así que no sé en qué estadio estarán sus gestiones en lo relativo a ese asunto. Puedo confirmarte que el departamento de educación ha sido informado de que Reece está viviendo contigo, y tengo entendido que están buscando un colegio en tu zona. Te pediría que tuvieras paciencia hasta que Jamey vuelva, ahora ya solo quedan diez días y le pediré que se ponga en contacto contigo en cuanto le vea. Él podrá darte una visión más clara de la situación, y se encargará de que lo del colegio avance.

—Está bien. —Aunque lo ideal habría sido que las cosas avanzaran ya, no iba a servirme de nada insistir y protestar—. ¿Sabes qué fue lo que le pasó a Reece en el colegio anterior? También me gustaría saber cuánto tiempo lleva sin ir a clase, me dio la impresión de que Tracey cree que ya lleva meses así.

—Sí, puede que tenga razón en eso. Reece faltaba mucho a clase cuando vivía con ella. A pesar de lo mucho que insiste ahora en que la educación de sus hijos es primordial, no le llevaba al cole con regularidad y fue expulsado de dos. Jamey podrá darte todos los detalles al respecto a su regreso, y es quien mejor puede informarte sobre el pasado de Reece; aun así, estoy al tanto

de que tuvo problemas por conducta sexualizada tanto con una de sus cuidadoras previas como en el colegio, así que te aconsejo que sigáis las directrices para un cuidado más seguro.

—Ya lo hacemos.

—¿Hay alguna otra cuestión de la que quieras hablar?

—¿Jamey se pondrá en contacto conmigo en cuanto vuelva?

—Sí. Y gracias por todo lo que estás haciendo, Cathy.

Nos despedimos y colgamos. Aunque me habría venido bien obtener más información, era consciente de que la directora del equipo técnico no iba a poder facilitármela si no tenía acceso a los archivos y, en cualquier caso, diez días no iban a suponer demasiada diferencia. Los trabajadores sociales acarrear una gran carga de trabajo; cada uno de ellos tiene a su cargo quince familias, en ocasiones incluso más, y en cada caso deben encargarse de las visitas familiares correspondientes, las reuniones, las audiencias ante el juez y el papeleo. Qué enorme debe de ser entonces la carga de trabajo de los directores de equipo, ya que ellos deben supervisar todos los casos de los trabajadores sociales que hay en sus respectivos departamentos.

Me alegraba que Mary se hubiera encargado de solucionar uno de los problemas más acuciantes: el de las visitas familiares. Si lo ocurrido el miércoles (lo que, según la propia Mary, había sido una debacle) se hubiera repetido de forma indefinida dos veces por semana, eso no solo habría supuesto un obstáculo para las probabilidades de que Reece se aclimatara, sino que no estaba segura de que mis nervios hubieran podido soportarlo. El que Reece viera solo a sus padres parecía una solución mucho mejor en todos los sentidos, así tendría el beneficio de no tener que compartir con sus hermanastros ese tiempo que pasaba con sus padres y tanto el principio como el final del encuentro sería mucho menos caótico (al menos, eso creía yo). Lo único que me preocupaba de verdad en lo relativo a esas visitas era Scott, su padre; aunque no estaba enterada de todos los detalles, el hecho de saber que estaba bajo investigación por abusar sexualmente de Susie, su hijastra de tan solo diez años, hacía que me repugnara la idea de tener que conocerlo a pesar de que se trataba de una situación que yo ya había vivido con anterioridad. Me recordé a mí misma que tan solo estaban investigándole y que todavía no le habían declarado culpable.

Fui a comprobar cómo estaba Reece y al ver que aún estaba comiendo aproveché para llamar por teléfono a Marie, la cuidadora de Susie, que

esperaba mi llamada porque Mary había contactado poco antes con ella para informarla de cómo iban a realizarse en adelante los encuentros de Susie con su familia. La niña iba al cole, así que decidimos que lo mejor sería quedar en domingo; dado que ella ya tenía planes para esa semana, acordamos vernos a la siguiente, con lo que el encuentro quedó programado para el último domingo de febrero. Ella vivía en un condado vecino situado a unos treinta y pocos kilómetros de distancia del mío, así que nos pareció buena idea quedar en un parque situado a medio camino; acordamos que nos llamaríamos cuando fuera acercándose la fecha para concretar el lugar y la hora, y después de despedirme de ella lo anoté en mi agenda para que no se me olvidara llamarla llegado el momento. Cuando Reece terminó de comer, le expliqué cómo iba a encontrarse en adelante tanto con sus padres como con Susie, y le encantó la idea de verse en un parque con su hermana.

Por regla general, cuando una familia recibe a un menor de acogida, le piden hora en el dentista, en el oculista y en el médico de cabecera para que se le haga una revisión. Dado que tenía tan poca información y los archivos no estaban disponibles, no tenía la certeza de si sus cuidadores previos habrían realizado esa tarea, así que opté por preguntarle a él si había estado recientemente en el dentista y si le habían revisado los ojos. Como me contestó que no se acordaba, no me quedó más remedio que dejar a un lado el tema hasta que regresara el trabajador social, quien se encargaría también de expedir la autorización necesaria para que se le hiciera una revisión en caso de que no se le hubiera hecho ya.

Reece no volvió a hacer ninguna mención sobre lo de ver de nuevo a sus padres hasta el día siguiente, un martes, mientras se preparaba para acudir a la visita. Yo había preparado pronto la cena, a él se la había dado a las cinco de la tarde y había dejado emplataada la de las chicas. Eso iba a formar parte de nuestra rutina para los días de visita, la casa de una familia de acogida gira en torno a los encuentros del menor con su familia biológica.

—¿Voy a ver a mi papá?

Reece me hizo esa pregunta mientras se vestía en su habitación, y yo le pasé unos pantalones de deporte limpios y asentí.

—Sí. Esta vez solo estarán tu madre y él.

—Mi papá me cae bien.

—Genial, entonces seguro que lo pasarás bien. —Había metido una pierna en los pantalones y estaba dando saltitos intentando meter la otra—. Intenta hacerlo sentado.

Él no me hizo caso, pero se las ingenió para meter la otra pierna.

—Mi papá me gusta más que mi mamá.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Lo dije con naturalidad, con voz suave y despreocupada, y él reflexionó durante unos segundos antes de contestar.

—No sé, yo creo que porque es más bueno.

—Ah, vale. ¿Bueno en qué sentido? —Al ver que tenía problemas para ponerse la camiseta interior, le ayudé a meter la cabeza por el agujero del cuello en vez de por la manga.

—No sé. No me gustan estas camisetas.

—Bueno, pero es que tu mamá quiere que te las pongas porque no quiere que te resfríes.

—Vale, pero el resto de los días no me las pondré. Solo los martes y los viernes, para ir a verla.

—De acuerdo.

Sonreí impresionada porque Reece acababa de demostrar de nuevo que, a pesar de sus problemas de aprendizaje, tenía muy buena memoria: no solo recordaba cuándo iba a ver a su madre, sino también cómo aplacarla. Empezaba a quedar patente que, cuando no estaba inmerso en ese estado de hiperactividad que lo consumía y hacía que el cerebro le fuera a mil por hora, podía recordar una cantidad sorprendente de cosas aunque tan solo las hubiera oído en una ocasión, y eso era algo que yo iba a aprovechar tanto como me fuera posible. Puede que le resultara más fácil recordar las cosas al oírlas que al verlas, los niños aprenden de distintas formas y solo era cuestión de averiguar qué método de aprendizaje era el más adecuado para él.

Llegué al oscuro aparcamiento de las oficinas municipales a las 17:50, aparqué lo más cerca posible de la farola y apagué el motor. En esa ocasión había más coches que el miércoles (debía de haber más gente trabajando hasta tarde), y al alzar la mirada hacia las plantas superiores del edificio vi que todavía había luz en muchos de los despachos. Saqué mi móvil para llamar al trabajador social, pero en esa ocasión fue una voz masculina distinta la que

contestó.

—Le diré a la supervisora que ha llegado para que baje a por Reece.

—Gracias. —Me volví hacia Reece—. No vamos a tener que esperar mucho, una trabajadora social va a venir a buscarte enseguida.

Él estaba mirando por las ventanillas para ver si sus padres estaban en el aparcamiento, pero no vimos a nadie y cinco minutos después apareció una de las trabajadoras sociales que había supervisado la visita familiar del viernes anterior. Se acercó sonriente, y yo me bajé del coche y abrí la puerta de Reece.

—¡Hola a los dos! Reece, mamá y papá están esperándote dentro —nos dijo.

Todo parecía estar mucho mejor planeado y organizado que la semana anterior, y pude despedirme de Reece en un ambiente relajado y desearle que disfrutara del encuentro con sus padres. Le dije adiós con la mano hasta que entró en el edificio y entonces volví a entrar en el coche y regresé a casa, donde cené y me tomé una taza de té a la espera de ir a recogerlo a las 19:30. Tenía la esperanza de que se despidiera de sus padres dentro del edificio, es lo que suele hacerse en los centros: el menor se despide con calma en el entorno controlado de la visita supervisada y entonces se marcha con su cuidador, tranquilo y menos tenso. Pero resulta que yo no tuve esa suerte.

A las 19:40 oí a Tracey vociferar algo ininteligible segundos antes de que apareciera en el vestíbulo y saliera del edificio por las puertas giratorias. Reece iba tras ella acompañado de un hombre alto y delgado que deduje que debía de ser su padre; los dos salieron luchando de broma con los puños en alto, se propinaban puñetazos de mentirijilla en el brazo mutuamente y, de vez en cuando, Scott agarraba a Reece por las piernas, lo alzaba para ponerlo boca abajo y lo zarandeaba durante unos segundos antes de volver a dejarlo en el suelo. Los chillidos de miedo y de entusiasmo del niño reverberaban por el aparcamiento; de hecho, eran tan fuertes que debían de oírse hasta en la calle. Tras ellos salieron las dos trabajadoras sociales encargadas de supervisar el encuentro y el guardia de seguridad. Salí del coche y esperé mientras se acercaba el grupo encabezado por Tracey.

Ella vino directa hacia mí, y antes de que me dijera una sola palabra supe por su actitud que estaba enfadada y que iba a quejarse de algo. El motivo de queja no podía ser la camiseta interior de Reece, porque en esa ocasión sí que llevaba una.

—¿Cuándo vas a cortarle el pelo, joder? ¡La semana pasada te dije que lo hicieras!

Al niño apenas le había crecido el cabello, pero estaba claro que no podía darle esa respuesta.

—Hemos estado bastante ocupados, puedo llevarlo mañana a que se lo corten si te parece bien. —A decir verdad, había estado tan atareada lidiando con el comportamiento de Reece que se me había olvidado por completo lo del corte de pelo.

—Sí, que sea mañana. —Pasó de inmediato a la siguiente queja—. Y ese jersey que lleva puesto es un asco, apesta y está sucio. ¡Quiero que mis hijos lleven ropa limpia! ¡Como no tengas *cuidao* con eso, te denuncio!

Me sentí dolida, porque me había esforzado mucho por asegurarme de que el niño estuviera bien arreglado.

—Tracey, Reece se ha puesto ese jersey limpio antes de salir.

—¡Pero ahora está sucio! ¡Tiene manchurrónes de refresco por todas partes!

Dado que el refresco debía de habérselo dado ella, no le vi lógica alguna a su argumento, pero no estaba dispuesta a discutir. Lo que más me preocupaba era el hecho de que se le hubiera dado un refresco a Reece; esperaba que se tratara de uno sin cafeína, pero sabía que las probabilidades de que así fuera eran escasas.

Las dos trabajadoras sociales ya habían llegado también para entonces. Permanecían a un lado, observando y escuchando, y yo confiaba en que intervinieran si hacía falta. Reece estaba librando un combate *amateur* de lucha libre con su padre en medio del aparcamiento, y cada dos por tres se oían sus gritos porque su padre lo había puesto boca abajo; aunque me habría gustado que se entretuvieran con alguna actividad más tranquila, era obvio tanto para mí como para las trabajadoras sociales que aquella era la forma en que padre e hijo se relacionaban, y sabía que ellas no intervendrían a menos que la cosa se descontrolara y se volviera peligrosa.

—¿Has estado pegándole a Sharky? —me preguntó de improviso Tracey alzando amenazante un dedo.

—¡Claro que no! Es...

—¿Por qué tiene entonces el moratón ese en la pierna? ¡Alguien le ha *hincao* un dedo, seguro que has sido tú!

Las trabajadoras sociales me miraron y, aunque la acusación de Tracey era tan absurda que ni siquiera merecía una respuesta, me sentí presionada y

obligada a defenderme.

—Yo jamás le pegaría a un niño, Tracey —afirmé con firmeza—, y me ofende tu acusación.

La miré a los ojos y podría haber añadido muchas cosas más, pero me contuve. Ni siquiera me había dado cuenta de que Reece tenía un moratón y, de ser así, lo más probable era que se lo hubiera hecho jugando en el parque. No podía ser demasiado grande, porque yo lo habría visto mientras se cambiaba de ropa antes de salir de casa.

—¡Será mejor que tengas *cuidao* de ahora en adelante! —me espetó con la misma actitud amenazante—. Voy a seguir revisándolo de pies a cabeza igual que hoy, y si encuentro algo te denunciaré a la policía. ¡Espero que no seas como esos jodidos cuidadores que tuvo antes, ellos también le pegaban!

Aquella mujer era imposible.

—Tracey, yo jamás le pegaría a un niño, y dudo mucho que los demás lo hicieran. —Me callé y miré a las trabajadoras sociales—. Creo que ya es hora de irse.

Ellas asintieron y llamaron a Reece.

—¡Reece, es hora de irse!

Ni su padre ni él les hicieron el más mínimo caso. Estaban girando uno frente al otro como pugilistas, dándose puñetazos mutuamente en los brazos.

—¡Hora de irse! —insistieron ambas al unísono.

—¿Qué pasa con lo del cole de Sharky? —me preguntó Tracey—. ¿Se puede saber a qué cojones estás jugando? ¡Te dije que le quería en el cole y sigue sin ir!

—De verdad que no sé cómo está ese asunto, Tracey —contesté exasperada, aunque la verdad era que ella tenía razón al quejarse de eso—. Vas a tener que hablar con la directora del equipo técnico y preguntarle al respecto.

—¡Lo haré, no lo dudes! ¡Mañana a primera hora estoy aquí para dejarle claras un par de cositas! ¡Vaya zorra estirada!

Supuse que se refería a Mary. No contesté y dirigí la mirada hacia Reece.

—¡Reece! —No me hizo ni caso—. ¡Reece!

Ya estaba más que harta y, como no quería que se repitiera lo de la semana anterior y siguiera soliviantándose hasta llegar al borde de la histeria, me acerqué a ellos y le ofrecí la mano a su padre.

—Hola, señor Williams. Me alegra conocerlo. —Dejó de luchar con Reece y me estrechó la mano. Yo esboqué una sonrisa cordial al añadir—: Por favor,

¿podría traer a Reece a mi coche? Falta poco para su hora de ir a dormir.

Él contestó con actitud amistosa.

—Sí, vale. Venga, Reece, es hora de irse.

—Gracias. —Era un alivio ver que estaba dispuesto a cooperar; además, me alegraba que no hubiera llamado Sharky al niño.

Él condujo a Reece hacia mi coche, pasamos junto a Tracey y abrí la puerta del vehículo; esperé a que el niño entrara y miré de nuevo a Scott.

—Gracias, está claro que Reece se lo ha pasado bien.

—Sí, yo también —contestó él.

Yo no sabía lo que habría de verdad en las acusaciones que se habían hecho en su contra en lo relativo a Susie, pero estaba claro que aquel hombre quería a su hijo y que parecía ser mucho más racional que Tracey. Para mí era muy difícil lidiar con la ilógica agresividad de aquella mujer. Algo que también me sorprendió de Scott al verlo bajo la luz de la farola fue el hecho de que Reece no se le pareciera en nada, no había heredado ninguno de sus rasgos. El niño, al igual que el resto de sus hermanos que yo había conocido hasta el momento y que la propia Tracey, era bajito y tenía una complexión mediana, un tono de piel pálido, los ojos marrones, el pelo castaño y los inusuales dientes frontales; Scott, por su parte, además de ser rubio, alto y delgado, tenía los ojos azules, unos pómulos elevados, un rostro finamente cincelado y unos dientes completamente normales. Si alguien me hubiera preguntado si eran padre e hijo, habría contestado que no.

Mientras yo le abrochaba el cinturón de seguridad a Reece, Scott permaneció parado a un lado y Tracey fue a encararse de nuevo con las trabajadoras sociales.

—Despídete, Reece —le pedí yo.

—¡Papá! ¡Papá! —lo gritó con todas sus fuerzas, y su padre asomó la cabeza—. ¿Me das un beso?

Scott le besó en la mejilla.

—Adiós, hijo. Nos vemos el viernes, procuraré acordarme de traerte tu Nintendo.

Deduje que a Tracey debía de habersele olvidado. Scott le dio un pequeño puñetazo de broma en el hombro antes de añadir:

—Pórtate bien.

Se apartó del coche y yo no supe qué hacer porque, aunque Reece estaba listo para irse, no se había despedido de su madre. Dirigí la mirada hacia ella,

y al ver que todavía seguía gritándoles a las trabajadoras sociales por los cuidados que recibía Susie (bueno, según ella, la falta de cuidados) opté por cerrar la puerta del coche y me despedí de Scott.

—Adiós, nos vemos el viernes.

Entré en el vehículo, lo puse en marcha y me dirigí a la salida del aparcamiento mientras Reece le decía adiós con la mano a su madre, quien no se dio ni cuenta y siguió centrada en su batalla dialéctica.

A pesar de no estar tan histérico como el miércoles, Reece estaba bastante alterado; aunque su excitación se debía en parte al hecho de haber visto a su padre, también había un componente de simple hiperactividad y no dejaba de soltar exclamaciones y ruidos inconexos a todo volumen.

Pero yo tenía la mente puesta en otra cosa mientras conducía: no podía dejar de pensar en el hecho de que Tracey me hubiera acusado de pegar a Reece. Me dolía sobremanera que hubiera podido pensar siquiera que yo sería capaz de hacerle daño a su hijo, teniendo en cuenta lo mucho que estaba esforzándome por cuidarlo y por intentar mejorar su futuro; además, al margen de mis sentimientos heridos, esa acusación podría acarrear consecuencias. Las trabajadoras sociales iban a hacerla constar en su informe y cabía la posibilidad de que Jamey Hogg decidiera a su regreso que había que investigar más a fondo el tema; incluso era posible que Mary, la directora del equipo técnico, decidiera iniciar una investigación antes de que él regresara. Al menos un cuarenta por ciento de los cuidadores de niños de acogida recibimos acusaciones en nuestra contra en algún momento de nuestra carrera, y la investigación de dichas acusaciones es larga y detallada; si se considera que hay motivos de sospecha, el niño deja de vivir con esa familia de acogida hasta que la investigación llegue a su fin. En muy pocos casos se confirma que el cuidador en cuestión ha cometido algún abuso contra el niño, pero la investigación debe completarse. Yo era consciente de que ese tipo de investigaciones eran necesarias para garantizar la seguridad del niño, pero también sabía que en la gran mayoría de los casos se trataba de acusaciones sin fundamento alguno (como en esta ocasión con Tracey, por ejemplo, donde la acusación era la de una madre enfadada que intentaba vengarse del «sistema» que, según su punto de vista, estaba contra ella).

Reece ya se había tranquilizado un poco para cuando llegamos a casa, pero

aun así tardé mucho tiempo en lograr prepararlo para ir a dormir. Mientras estaba poniéndose el pijama aproveché para echarle un fugaz vistazo a sus piernas y no vi ni rastro de un moratón ni de nada que se le pareciera. Dada la palidez de su piel, tenía bastantes pecas, pero nada más.

Se quedó dormido por fin a las nueve y media, y entonces bajé a la sala de estar para escribir en mi diario de seguimiento. Incluí tanto la acusación de Tracey como el hecho de que yo no había visto ningún moratón, supuse que las trabajadoras sociales tampoco habían visto nada cuando Tracey había revisado al niño.

Como no había nada que yo pudiera hacer hasta que regresara el trabajador social que llevaba el caso de Reece, seguimos como estábamos y la rutina diaria que había iniciado siguió siendo más o menos la misma: los dos pasábamos parte del día jugando a ir al cole y después salíamos al parque, a comprar o de paseo, y alguna que otra vez hacíamos algo especial como ir al cine y a patinar sobre hielo.

El último domingo de febrero nos vimos con Marie y con Susie; los niños, bien abrigados, pasaron una hora jugando en el parque, y luego los cuatro fuimos a la cafetería del recinto para beber algo caliente y comer algo ligero. Marie era una mujer encantadora, y era un placer conversar con ella. Era más joven que yo, llevaba cinco años cuidando a niños de acogida y me dijo que no tenía hijos, que había decidido ser cuidadora porque ella misma había estado en acogida en su adolescencia cuando su padre había muerto en un accidente de tráfico y, como consecuencia, su madre había sufrido una depresión nerviosa. Al igual que yo, estaba esperando a que Jamey Hogg regresara; aunque Susie sí que iba al colegio, había multitud de cuestiones más que quería tratar con él lo antes posible, entre ellas lo que la niña había empezado a contarle sobre su padrastro. Marie no entró en detalles, las dos sabíamos que esas cuestiones son confidenciales y no deben hablarse con nadie, ni siquiera con otros cuidadores.

Pero sí que hablamos de lo de las visitas con la familia, porque ella también estaba viéndose obligada a lidiar con el sinnúmero de quejas, actitudes agresivas y acusaciones de Tracey. Susie veía a su madre en compañía de los otros tres hermanos (Sean, Brad y Sharon) los lunes y los jueves por la tarde, y Marie se había sentido tan intimidada por Tracey que su marido había

decidido acompañarla a recoger a la niña al término de cada visita familiar. Ella también mencionó lo del gran parecido que había entre los hermanos y el hecho de que, lamentablemente, todos ellos parecían tener problemas de aprendizaje, y me contó que Susie no tenía ni la hiperactividad ni los problemas de comportamiento de Reece. Jamey Hogg iba a volver al trabajo al día siguiente, un lunes, y las dos coincidimos en las ganas que teníamos de hablar con él lo antes posible. Nos despedimos tras acordar encontrarnos de nuevo en tres semanas, los niños se dijeron adiós con la mano por la ventanilla mientras nos dirigíamos en nuestros respectivos coches hacia la salida del parque, y entonces nuestros caminos se separaron cuando cada una puso rumbo a casa.

—¡Me lo he pasado muy bien! —exclamó Reece.

Tanto su cara de entusiasmo como su parloteo constante confirmaban lo contento que estaba.

—Genial, me alegro mucho. Me ha encantado charlar con Marie.

—¡Gracias por llevarme a ese sitio, Cathy!

Esas palabras me alegraron el día.

EMPIEZO A PERDER LA PACIENCIA

Tanto Marie como yo estábamos deseando que Jamey Hogg nos llamara el lunes, pero, al menos en mi caso, el día terminó siendo una decepción porque la llamada no se produjo. El martes por la tarde, al ver que seguía sin tener noticias suyas, llamé a Jill, quien se comprometió a contactar de inmediato con los servicios sociales para averiguar si Jamey había vuelto ya al trabajo y me llamó un cuarto de hora después para decirme que sí, que Jamey ya estaba de vuelta en la oficina y estaba «poniéndose al día», y que le había asegurado que se pondría en contacto conmigo tan pronto como le fuera posible. Ella me aconsejó que le enviara un correo electrónico para que quedara constancia por escrito de mi solicitud, y me facilitó la dirección de correo de Jamey (tal y como sucede en multitud de organizaciones, el correo electrónico ha ido reemplazando al teléfono y al envío de cartas por correo tradicional). De modo que, mientras Reece intentaba montar un rompecabezas de grandes piezas sentado en el suelo junto a mi escritorio, le envié un correo electrónico al trabajador social asignado a su caso.

En el mensaje me presenté diciendo que era la cuidadora de Reece y que tanto el niño como yo estábamos deseando conocerle, y le recordé que aún estábamos esperando a que le encontraran un colegio y que ya tocaba que a Reece se le hiciera la primera evaluación. Añadí (con suma diplomacia, por supuesto) que estaba deseosa de reunirme con él para hablar de todas las demás cuestiones relativas a Reece. Envié el mensaje y al cabo de unas horas fui a ver si me había contestado, pero no había ningún mensaje suyo en la bandeja de entrada.

Como el miércoles por la mañana seguía sin saber nada de Jamey, le envié a

Jill una copia del mensaje y le expliqué que él no me había contestado y que me preocupaba haber puesto mal la dirección. Ella me contestó de inmediato, me confirmó que la dirección estaba bien y se comprometió a enviarle un correo a su vez para recordarle que contactara conmigo. Como llegó el jueves y seguía sin recibir respuesta alguna, le envié otro correo a Jamey adjuntando el primero. Expuse mi gran preocupación por el hecho de que Reece aún no estuviera yendo al colegio, y le expliqué que Tracey también se había mostrado muy preocupada por ello durante la última visita familiar.

Lo cierto era que la visita del martes había sido un horror, la peor hasta el momento. El guardia de seguridad tuvo que detener una fuerte discusión entre Tracey y Scott, y cuando ella dirigió su furia hacia mí se vio obligado a distraerla mientras Reece y yo salíamos pitando del aparcamiento. El niño y yo estábamos con los nervios de punta, y para cuando se tranquilizó lo bastante como para irse a dormir ya eran las diez de la noche pasadas.

Media hora después de enviarle el correo electrónico a Jamey, este me contestó diciendo que estaba muy atareado con un caso prioritario y que contactaría conmigo en cuanto le fuera posible. En mi opinión, el caso de Reece era una prioridad, y así se lo hice saber a Jamey en el mensaje de respuesta que le envié; añadí también que el niño llevaba cerca de un trimestre entero sin ir al colegio, y que ya se tendría que haber llevado a cabo su evaluación. La evaluación de niños bajo tutela es una reunión de todas las partes para comprobar que esté haciéndose todo lo posible por el niño, y para hablar de cuál ha sido su progreso. En teoría, la primera evaluación de este tipo debería realizarse cuatro semanas después de que el niño pase a estar en acogida, después tendría que haber una cada tres meses durante el primer año, y a partir de ahí se realizarían dos veces al año. Mi mensaje fue un poco cortante, pero no me había gustado ni pizca la forma en que Jamey había marginado a Reece. Alguien tiene que hablar alto y claro por los niños de acogida y, si su propio cuidador no asume esa tarea, ¿quién más les queda?

El teléfono sonó una hora después; no era Jamey quien llamaba, sino Mary, la directora de su equipo técnico.

—Hola, Cathy. A partir de mañana, una acompañante pasará por tu casa a recoger a Reece para llevarlo a verse con su familia, y se encargará también de llevártelo de vuelta después. Sé que la situación no ha mejorado, y no voy a permitir que esto siga así.

—¡Muchísimas gracias! He intentado hablar con Tracey, pero es imposible.

—Sí, ya lo sé, he leído los informes de los supervisores. No te lo tomes como algo personal, Tracey está muy enfadada y está pagándolo con los cuidadores y con los trabajadores sociales. Estoy asignándoles acompañantes a todos los hermanos, no voy a permitir que nuestros cuidadores sufran agresiones verbales; además, a los niños no les beneficia en absoluto presenciar situaciones como esas.

La decisión de emplear acompañantes no debía de haberse tomado a la ligera, ya que son caros; el coste se calcula en función del tiempo y de la distancia y los otros hermanos vivían a kilómetros de distancia de las oficinas municipales, que iban a seguir usándose como lugar de encuentro. El hecho de que Mary estuviera organizando todo aquello no solo demostraba lo eficiente que era, también revelaba que era consciente de cómo nos afectan esa clase de agresiones verbales a los cuidadores cuando estamos esforzándonos por hacer las cosas lo mejor posible.

—Pasarán a recoger a Reece a las cinco y media, la acompañante se llama Sabrina.

—Gracias. —Titubeé por un instante antes de preguntar—: Oye, Mary, ¿Jamey está ahí?

Dado que la oficina era una gran sala sin despachos individuales, supuse que podría verle desde su escritorio.

—Sí.

—¿Podría hablar con él, por favor?

—Está hablando por teléfono, le diré que te llame en cuanto cuelgue.

—Gracias, y gracias de nuevo por organizar lo de los acompañantes. Es muy de agradecer.

Nos despedimos y colgué sintiéndome muy aliviada; a decir verdad, el sermoneo machacón y constante de Tracey que me veía obligada a aguantar después de cada uno de sus encuentros con Reece había empezado a preocuparme más de lo que quería admitir, y estaba llegando al punto de esperar con temor a que llegaran los martes y los viernes. Me sentía como si me hubieran quitado un gran peso de los hombros. Tan solo me quedaba esperar a que Jamey me llamara, ¡seguro que cuando habláramos las cosas empezarían a avanzar de verdad!

Sí, Jamey me llamó, lo hizo a última hora del jueves, pero no puede decirse que las cosas empezaran a avanzar ni mucho menos. Él no sabía qué estaba pasando con lo de la búsqueda de un colegio para Reece, y daba la impresión

de que no le parecía un asunto lo bastante urgente como para insistir y pedirles a los del departamento de educación que aceleraran las gestiones. Pero por lo menos me aseguró que vendría a vernos a Reece y a mí al día siguiente.

—¡Perfecto! —dije yo—. ¿El departamento de educación tiene algún teléfono al que yo pueda llamar para averiguar lo que está pasando?

—Sí, pero ahora no lo tengo a mano. Intentaré encontrarlo, te lo llevo mañana.

—Gracias. —Como quería empezar con buen pie, le pregunté con cordialidad—: ¿Has disfrutado de tus vacaciones?

—No. Pedí la excedencia para lidiar con mi divorcio.

—Vaya por Dios. —Menuda metedura de pata.

Le expliqué a Reece lo de la acompañante, y que al día siguiente iba a venir a vernos el trabajador social que estaba a cargo de su caso. Ni lo uno ni lo otro recibió comentario alguno por su parte, ya que se había puesto hasta las cejas de pintura, pegamento y purpurina gracias al conjunto de actividades que le había comprado el día anterior. Cada vez se le daba mejor quedarse sentadito haciendo alguna actividad, y durante periodos de tiempo cada vez más y más largos. Yo estaba muy satisfecha. Su comportamiento en general también era más calmado a menos que se pusiera nervioso o que se sobreexcitara, en cuyo caso salía disparado como al principio. Pero no mostraba ninguna agresividad, y yo me sentía mucho más relajada mientras cuidaba de él.

Reece estaba progresando tanto en todos los sentidos, que estaba deseosa de que empezara a ir al colegio. Estaba convencida de que, a pesar de tener obvios problemas de aprendizaje, era capaz de aprender; más aún: si en el colegio se le daba el apoyo adecuado, seguiría mejorando de forma exponencial. En cuestión de unas pocas semanas habíamos pasado de un vocabulario visual de una única palabra («a») a uno de quince; Reece se sabía esas quince palabras, y las leía sin necesidad de ayuda al ver la ilustración correspondiente. Y, aunque la escritura todavía era una tarea laboriosa para él e iba muy retrasado con respecto al nivel que debería tener para su edad, también empezaba a mejorar en ese aspecto. Cuando salíamos de compras le hacía hacer continuamente pequeñas sumas relacionadas con lo que estábamos comprando y eso era algo que le encantaba, sobre todo cuando íbamos a

alguna tienda del barrio y le daba el dinero para que se encargara de pagar.

Lo de morder y dar cabezazos no había vuelto a repetirse, y tampoco habíamos tenido otro incidente como el de Paula de conducta abiertamente sexualizada; aun así, yo seguía preocupada porque él no parecía ver a mis hijas como hermanas, sino desde un prisma sexual. A menudo hacía comentarios sobre el aspecto físico de ambas, y también intentaba abrazarlas y besarlas (a mí también, alguna que otra vez) con lo que solo podría describirse como pasión. Su actitud no era la de un niño intentando dar un abrazo, desde luego.

Pensaba tratar todos esos temas con Jamey cuando viniera a vernos al día siguiente. Di por hecho que, además de facilitarme más información sobre Reece y su familia, me traería una copia del informe donde se detallaban sus necesidades especiales de aprendizaje, que me serviría en cierto modo de guía mientras seguía ayudando al niño hasta que empezara a ir al colegio.

A la mañana siguiente le abrí la puerta de mi casa a un hombre de aspecto muy distinguido al que debía de faltarle poco para llegar a los cuarenta. Llevaba coleta, iba informal a la par que impecablemente vestido con unos vaqueros y un jersey, y tenía un rostro redondeado de expresión franca y sonrisa cálida.

—Hola, Cathy. Soy Jamey, encantado de conocerte.

Nos dimos un apretón de manos mientras él entraba en el recibidor, y luego le conduje hasta el salón y le pregunté si le apetecía tomar un café.

—Sí, gracias.

Debía de medir un metro ochenta más o menos, y tenía una actitud muy sosegada y una voz tersa y relajante que seguro que contribuían a que la gente se sintiera cómoda en su presencia. Al ver a Reece, que estaba sentado en el suelo de la sala de estar con el tablero de *Serpientes y escaleras* que yo había estado enseñándole a usar, lo saludó sonriente.

—¡Hola, Reece! Soy Jamey, el nuevo trabajador social que te han asignado.

—Se puso en cuclillas junto a él y le preguntó quién iba ganando.

—Cathy —contestó Reece un poco enfurruñado.

—Mi ficha es la roja, Jamey —dije yo sonriente—. ¿Quieres jugar por mí mientras preparo el café?

Él accedió con gran entusiasmo, y los dejé allí jugando juntos y empezando

a conocerse; aunque era obvio que Jamey conocía las reglas del juego, mientras preparaba el café en la cocina oí a Reece intentando explicárselas. Lo hacía repitiendo las frases y las palabras que yo misma había empleado al explicarle a él el juego, y sonaban muy peculiares y anticuadas en boca de un niño.

Cuando regresé a la sala de estar con el café y unas galletas, Jamey tenía la ficha roja en lo alto de una escalera y a Reece acababa de tocarle descender de nuevo por una serpiente.

—¡Mierda! —exclamó.

—Reece... —le advertí yo con voz suave.

Jamey alzó la mirada hacia mí y admitió sonriente:

—Parece mucho más tranquilo de lo que esperaba por lo que me habían contado.

—Sí, ha progresado mucho y tan solo tiene alguna que otra recaída aislada. La verdad es que es un encanto de niño.

Aunque me parecía bueno que Reece me oyera decir cosas positivas sobre él, sabía que no sería adecuado que se quedara allí y nos oyera hablar de temas como su pasado o sus problemas de aprendizaje.

—Oye, Jamey, ¿qué te parece si dejo que Reece vea un DVD en su habitación cuando terminéis la partida? Así tú y yo podremos hablar.

Jamey asintió y Reece dejó de jugar al instante. El inesperado golpe de suerte le tomó por sorpresa, porque yo casi nunca le permitía ver la tele durante el día a menos que tuviera que hacer una llamada telefónica y no quisiera ser interrumpida durante la conversación.

—¡Quiero verlo ya!

—No, primero tienes que terminar la partida —le dije yo.

—Voy perdiendo, ¡quiero ver ya el DVD!

Por un instante creí que estaba a punto de montar una pataleta que le restaría credibilidad a todas las cosas positivas que yo había estado diciendo sobre su progreso y su buen comportamiento, pero Jamey acudió al rescate.

—Vale, no hace falta que terminemos la partida, pero me gustaría hablar contigo antes de que te vayas.

—¿De qué? —Reece lo miró con recelo.

—De nada en particular, solo quiero que charlemos un poco para poder conocerte.

Le pasé a Jamey su taza de café y le dejé a mano las galletas antes de

preguntar:

—¿Queréis que me vaya?

Es habitual dejar al menor un rato a solas con el trabajador social que lleva su caso cuando este visita la casa de la familia de acogida, por si dicho menor quiere hablar de alguna cuestión y no se siente cómodo haciéndolo en presencia de su cuidador.

—A mí me gustaría que Cathy se quedara. ¿Qué dices tú, Reece?

Al ver que el niño asentía vigorosamente, tomé mi taza de café de la bandeja y, resistiéndome a las tentadoras galletas de chocolate, me senté en el sofá; Jamey, por su parte, permaneció sentado en el suelo junto a Reece y le preguntó qué tipo de cosas le gustaba hacer.

—No lo sé.

—Bueno, sé que te gusta ver la tele. A ver, qué más... patinar, por ejemplo. ¿Te gusta?

—No lo sé.

Jamey lo intentó de nuevo, empleaba un tono de voz cálido y amigable.

—¿Cuáles son los programas de la tele que más te gustan?

—No lo sé.

—¿Tienes alguna comida favorita? ¿Qué te gusta comer, Reece?

—No lo sé —contestó el niño antes de añadir—: *Buguesas*, y lo que me prepara Cathy. —Pensé para mis adentros que aquel niño era un cielo—. ¿Puedo ver ya el DVD?

—Sí —le dijo Jamey sonriente—. Si te parece bien, antes de irme subiré a ver tu habitación. ¿Vale?

—Vale. —Se levantó de golpe, se dirigió a la estantería como una flecha y eligió con rapidez el DVD de *El rey león*.

Después de indicarle a Jamey que se sentara en el sofá, que se pusiera cómodo, conduje a Reece a su cuarto y, una vez que lo tuve sentadito en el puf delante de la tele, le dije sonriente:

—Estaré en la sala de estar, avísame si necesitas algo.

Pero él no me hizo ni caso, porque acababa de empezar la impactante escena inicial del resplandeciente sol anaranjado alzándose sobre las llanuras de África mientras los animales iban congregándose.

—Podría pasarse el día entero viendo la televisión —le dije a Jamey cuando regresé a la sala de estar—. Ah, y antes de que se me olvide, lo de «No lo sé» es la respuesta de Reece para casi todas las preguntas, sobre todo

las que guardan alguna relación con su vida familiar o con él mismo. —Como él se limitó a asentir antes de tomar otro sorbito de café y otra galleta, añadí —: Tengo la sospecha de que se le advirtió que guardara silencio... no, de hecho, estoy segura de ello, y también estoy convencida de que este niño alberga secretos.

Le miré y aguardé su respuesta, creyendo esperanzada que iba a recibir por fin la información sobre el pasado de Reece que me ayudaría en mi tarea de cuidar de él. No me contestó. Parecía encantado de la vida cómodamente sentado en un sofá, en una habitación calentita donde no había ningún estrés, disfrutando de una taza de café acompañada de unas galletas. Yo había llegado rápidamente a la conclusión de que aparte de ser una persona solidaria, agradable y de buenos sentimientos que tenía facilidad para tratar con los niños, Jamey tenía también una actitud digamos que «tranquila y relajada»; tanto, de hecho, que terminaría por quedarse dormido si se relajaba un poco más.

Agarré el expediente (me había encargado previamente de sacarlo del cajón de mi escritorio para tenerlo a mano) y lo abrí sobre mi regazo.

—Tengo muy poca información sobre Reece, ¿podrías darme algún otro dato sobre él que pueda ayudarme a cuidarlo?

Él apuró la taza de café y la dejó sobre la mesa con parsimonia antes de contestar.

—Para serte sincero, no sé mucho más que tú. Me asignaron este caso justo antes de que se iniciara mi excedencia, los archivos del caso son enormes y están desperdigados aquí y allá. Estoy intentando recopilarlos todos y meterlos en el sistema para poder hacerme una mejor idea de la situación, llegué hace relativamente poco a esta zona y todavía estoy aprendiendo los procedimientos de este ayuntamiento. Estoy al tanto de que los otros hijos de Tracey llevan mucho tiempo en régimen de acogimiento, y no sé por qué se tardó tanto en sacar a Susie y a Reece de la vivienda familiar. El comportamiento del niño, tanto en la escuela como con sus familias de acogida anteriores, indicaba con claridad que tenía serios problemas, y lo que Susie está revelando ahora sobre su padraastro acrecienta aún más mi preocupación; según tengo entendido, ha habido una serie de problemas continuos durante años y se tuvo la sospecha de que el padre de Tracey se comportó de forma inapropiada con Sharon, la hija mayor de Tracey, hace quince años. Fue entonces cuando Sharon pasó a estar en régimen de acogimiento familiar. Pero

todavía estoy intentando recopilar toda la información para obtener una visión más amplia de la situación.

Yo asentí y, aunque él no me había dado tanto como yo esperaba, comprendí sus argumentos y los problemas que estaba teniendo.

—Hay otra hermanastra, ¿verdad? —Bajé la mirada hacia los documentos que tenía en mi regazo—. Ah, sí, Lisa. Tiene doce años. Tracey la mencionó en una ocasión después de ver a Reece.

—Sí, pero tampoco estoy al tanto de los detalles. Pienso visitarla tanto a ella como a los demás hermanos. Por lo que sé, a Lisa la llevaron a vivir con una tía, la hermana de Tracey, de forma voluntaria cuando aún era muy pequeña.

—¿Por qué? ¿Sabes cuáles fueron los motivos de esa decisión?

Lo pregunté por curiosidad más que nada; me extrañaba que Tracey hubiera hecho algo de forma voluntaria, y más aún si se trataba de renunciar a una hija.

—No, no tengo ni idea, pero parece ser que Lisa se ha librado de los problemas de aprendizaje que sufre el resto de la familia.

Me habría gustado saber si también se había librado de tener los mismos rasgos que los demás, peculiares dientes frontales incluidos, pero me pareció insensible preguntar algo así y me limité a decir:

—Todos los hermanos se parecen mucho, ¿verdad?

—Sí, eso me han comentado, de momento solo conozco en persona a Brad y a Sean. La semana que viene iré a ver a Sharon y a Susie, y a Lisa la veré a la semana siguiente. Como viven tan lejos unos de otros, se pierde mucho tiempo en el trayecto. Prácticamente conlleva pasar un día entero fuera de la oficina.

Asentí comprensiva. No quería ser la culpable de que pasara más tiempo del necesario fuera de la oficina, así que decidí que sería mejor ir aligerando.

—Todavía no he llevado a Reece al oculista ni al dentista, no sabía si sus familias de acogida anteriores lo habrían hecho ya.

—No creo que lo hicieran, estuvo tan poco tiempo con ellas que dudo que les diera tiempo. Llévelo a que le hagan una revisión, por favor, y mantenme informado de los resultados.

—De acuerdo. Y, en cuanto a un examen médico...

—Me encargaré de enviarte los documentos necesarios.

—Gracias. ¿Solicito que le asignen a mi médico de cabecera? No lo he hecho aún, estaba esperando a que volvieras por si preferías que continuara con el que tiene ahora. Todavía está asignado al centro de salud de su médico

anterior.

—Sí, será mejor que vaya a tu médico. El que tenía antes está en el centro de salud al que va Tracey, y tengo entendido que ella pasa mucho tiempo allí.

—¿Eras consciente de lo cerca que vive su madre?

—No lo supe hasta que leí el expediente, y supongo que el equipo que se encargó de asignarte a Reece tampoco estaba al tanto de ese detalle. Esperemos que eso no dé pie a problemas, a Tracey no se le facilitará tu dirección.

Aunque era algo que no había ocurrido aún, seguía preocupándome la posibilidad de encontrármela de improviso por la calle principal.

—¿Qué pasa con lo del colegio de Reece? —le pregunté esperanzada—. ¿Cabe la posibilidad de que pueda empezar a ir a clase en breve?

—Presionaré a los del departamento de educación en cuanto vuelva a la oficina.

—¿Puedo presionarlos yo también?

—Sí, claro que sí. Se me ha olvidado traerte el número de teléfono, lo siento, pero seguro que aparece en el listín.

—¿Sabes quién está a cargo del asunto?

—No, pero tú dales el nombre del niño y supongo que te pondrán con quien corresponda.

—¿Has traído una copia del informe de las necesidades educativas especiales de Reece? —Siempre he sido una optimista. Se lo pregunté a pesar de que, aunque venía pertrechado con un maletín, ni lo había abierto ni había sacado nada de él.

—No he visto ninguno aún, ¿podrías pedirles a los de educación que te envíen uno cuando hables con ellos? Debo de tener una copia archivada en alguna parte, pero vete tú a saber dónde.

Teniendo en cuenta que Jamey acababa de empezar a trabajar en el municipio, que acababa de tomar las riendas de aquel caso tan complicado y que los archivos, además de enormes, no estaban ubicados en un único lugar, no tuve más remedio que resignarme... Bueno, no del todo.

—Tenía entendido que era obligatorio que un niño de acogida empezara a ir al colegio en un plazo máximo de veintiocho días tras ser asignado a una nueva familia.

Él asintió pensativo y se pasó la mano por la coleta.

—Sí, así es; de hecho, son veinticuatro días.

—Y también tengo entendido que Reece lleva un trimestre como mínimo sin ir al colegio, ¿sabías que lo único que era capaz de escribir sin ayuda era su nombre?

—¡Qué horror!

Lo dijo en un tono de lo más comprensivo y chasqueó la lengua, era una de esas personas a las que te dan ganas de darles un abrazo antes de propinarles una patada en el trasero para que se pongan en marcha de una vez.

—Llamaré a los de educación, a ver qué puedo hacer —añadió.

—Gracias, no es justo que Reece no vaya a clase. No solo por su educación, sino porque necesita la interacción social. Yo solo puedo ayudarle hasta cierto punto.

Él asintió de nuevo y soltó un suspiro.

—La semana que viene tengo que ir al juzgado otra vez por este caso.

—¡No me digas! ¿No fue Mary la semana pasada, cuando aún no te habías reincorporado al trabajo?

—Sí, parece ser que Tracey tiene por costumbre recurrir a los tribunales cada dos por tres. En esta ocasión pide que las visitas duren media hora más, así que estaríamos hablando de dos horas dos veces por semana. No se lo concederán, a los niños no les conviene. Dos horas sería demasiado para ellos. Pero hay que seguir el debido proceso, y cada vez que nos lleva a los servicios sociales ante el juez nos cuesta 15 000 libras que podrían emplearse en algo más útil... como ayudar a los niños que están en acogida, por ejemplo. Si sumamos todas las veces que Tracey ha recurrido a los tribunales bajo falsos pretextos, apuesto a que con el coste total se podría llevar a todos los niños del condado a unas vacaciones de dos semanas en el Disneyland de Florida.

Era la primera vez que Jamey hablaba tanto y tan seguido desde que había llegado, y no pude por menos que darle la razón en lo que decía. Las acciones legales de Tracey suponían una gran carga para el presupuesto de los servicios sociales, que ya estaba al límite de por sí, y el dinero podría destinarse a mejores cosas; aun así, si ella se empeñaba en recurrir a los tribunales, legalmente (e incluso moralmente, argumentarían algunos) estaba en su derecho de hacerlo, así que poca cosa podían hacer los servicios sociales más allá de defender su propia actuación.

—¿Cuándo se celebra la vista final? —le pregunté a Jamey.

—El 14 de septiembre, el tribunal ha programado seis días para examinar el

caso. Yo empezaré a elaborar mi informe cuando haya recopilado toda la documentación. Si te sirve de ayuda, cuando lo tenga preparado podrás venir a la oficina a leerlo.

—Sí, gracias, me vendría muy bien. Me servirá para hacerme una mejor idea de cómo fue la infancia temprana de Reece.

Jamey parecía estar dispuesto a cooperar, pero daba la impresión de que estaba sobrecargado de trabajo y seguro que no era tarea fácil para él compaginar lo del divorcio con sus compromisos profesionales; aun así, tenía esa actitud sumamente relajada que parecía indicar que se tomaba las cosas con tranquilidad y sin agobiarse. A decir verdad, me caía bien por mucho que me dieran ganas de ponerle unos patines para que se apresurara a encargarse del caso de Reece.

Cuando le conté lo de la conducta sexualizada del niño me dijo que no le sorprendía, porque, a juzgar por lo que había averiguado hasta el momento, en el piso familiar habían abundado los comportamientos sexuales inapropiados, muchos de los cuales estaban documentados en los archivos que todavía tenía que recuperar. Lo que pudo decirme con certeza fue que, mientras cumplía condena en la cárcel por una agresión bajo los efectos del alcohol, Scott había entablado amistad con un pedófilo que había ido a visitarlo después al piso familiar, con lo que estaba claro que había tenido acceso a Reece y a Susie.

—¿Crees que Reece ha sufrido abusos sexuales? —le pregunté yo.

—No lo sé. Ha estado viviendo en ese ambiente, así que la posibilidad existe. ¿Qué opinas tú?

—La verdad es que no sabría decirlo con certeza. Reece sabe más de lo que debería sobre sexualidad teniendo en cuenta su edad, pero eso podría deberse a que veía cosas inapropiadas por la tele. Le gusta vivir aquí, pero, tal y como tú mismo has podido ver, todavía se niega a hablar sobre su vida familiar. No creo que diga nada al respecto en mucho tiempo.

—Sí, su madre es todo un personaje. Ayer tuve que hacer que los de seguridad la sacaran de nuevo de la oficina, hicieron falta dos guardias y le dio un cabezazo a uno de ellos. Es muy posible que Reece le tenga miedo, y que le hayan atemorizado para hacerle guardar silencio.

—Sí. Por muchos defectos que pueda tener su padre, da la impresión de que Reece tiene mejor relación con él.

—¿En serio? Pues eso es muy interesante, sobre todo teniendo en cuenta lo que está revelando Susie. —Se quedó pensativo, pero no añadió nada más.

Antes de marcharse pasó algo de tiempo con Reece en su habitación, viendo sus juguetes con actitud entusiasta y jugando con ellos. Cuando bajó de nuevo me reiteró tanto su promesa de enviarme información adicional cuando la encontrara como su intención de contactar con los del departamento de educación en cuanto llegara a la oficina, y estaba acompañándole a la puerta cuando recordé de repente lo de la evaluación de Reece.

—Creo que a Reece no se le ha hecho aún la primera evaluación, Jamey.

—Sí, es lo más probable. Bueno, digamos que esta visita ha sido una evaluación.

Me quedé mirándolo y al final dije sin mucha convicción:

—Vale.

Aunque yo no era quién para cuestionarle, era la primera vez que oía que una visita a la casa de la familia de acogida reemplazaba a una evaluación, que solía ser una reunión bastante formal con alguien presidiéndola y un acta firmada. Pero era él quien tenía la decisión en sus manos.

Cuando Jamey se fue, mientras Reece veía el último cuarto de hora de *El rey león*, le conseguí hora en el oculista y en el dentista para la semana siguiente y nuestra rutina prosiguió como hasta entonces.

De hecho, dicha rutina se alargó durante todo el mes de marzo: por la mañana hacíamos algunos ejercicios (su vocabulario visual ascendió hasta treinta y cinco palabras, aprendió a escribir todas las letras del alfabeto y a contar hasta cien), salíamos un rato cada día, y él veía algún programa infantil durante una hora por la tarde; volvimos a vernos con Marie y con Susie en el mismo parque; Lucy y Paula le enseñaron a jugar a las damas y a las cuatro en raya, y él incluso llegó a ganarle a Lucy en una ocasión; conocí a Sabrina, la encargada de llevarlo a ver a su familia y de traerlo de vuelta. Cuando yo le preguntaba a él qué tal estaban su mamá y su papá, y si se lo había pasado bien, su respuesta siempre era la misma: «No lo sé».

Cuando le llevé al dentista, este no se mostró excesivamente preocupado por sus inusuales dientes frontales. Me dijo que solía ser algo hereditario, y que cabía la posibilidad de que fuera necesario recurrir a la ortodoncia en unos años; en cuanto al oculista, dijo que Reece no tenía ningún problema de visión.

En marzo me mantuve en contacto, tanto por correo electrónico como por

teléfono, con los del departamento de educación (me aseguraron que estaban buscando un colegio para Reece), con Jamey (aún seguía recopilando todos los archivos) y con Jill, a la que informaba con regularidad. Se supone que las personas que tenemos a nuestro cargo a niños de acogida debemos asistir a uno o dos cursos al mes para permanecer al tanto de cualquier cambio que pueda haber; son cursos muy útiles donde se tratan temas como la hiperactividad, los primeros auxilios, el apego, los comportamientos problemáticos y los abusos sexuales, pero el hecho de que Reece no fuera al colegio me impedía asistir. Jill se hacía cargo de la situación, y me aseguró que mi inasistencia no me perjudicaría cuando elaboraran mi evaluación anual.

La Semana Santa se acercaba a pasos agigantados y, consciente de que no se oteaba colegio alguno en el horizonte, sintiéndome cada vez más frustrada e indignada por Reece, mis llamadas y mis correos electrónicos tanto al departamento de educación como a Jamey empezaron a ser cada vez más y más frecuentes.

—Lo siento, Cathy —me dijo él, con su característica actitud parsimoniosa y relajada—, estoy haciendo todo lo que puedo. La verdad es que no entiendo a qué se debe tanto retraso.

—¿Podrías averiguarlo, por favor? ¡Esto es absurdo! ¡El niño lleva cerca de seis meses sin ir al colegio! Ah, y los del departamento de educación se niegan a entregarme una copia del informe de sus necesidades educativas especiales, dicen que tienes que dármelo tú.

—Ya lo he encontrado, pero no he tenido ocasión de leerlo. ¿Quieres que te lo envíe por fax?

—No tengo fax.

—Vale, no te preocupes. Te lo envío por correo.

Pero no lo hizo, y pasó otra semana más. Empezaba a perder la paciencia.

Por irónico que parezca, al final fue Tracey quien consiguió que Reece entrara en un colegio. Usó su método habitual y, armada con un abogado y un procurador, llevó a juicio a los servicios sociales (a expensas de los contribuyentes). El juez dictaminó que Reece debía estar en el colegio en cuestión de cinco días, aunque yo no lo supe hasta que recibí una llamada ese lunes, el último del mes de marzo. Pero quien me llamó no fue el trabajador social ni el departamento de educación; no, qué va. ¡Quien me llamó fue el director de un colegio de mi zona, a las siete de la tarde!

HAY QUE IR AL DESPACHO DEL DIRECTOR

—Estoy muy molesto con esta situación. Están obligándome a admitir a ese niño, pero no estamos equipados para encargarnos de él. Lo que necesita es un centro especializado.

Eso fue prácticamente lo primero que me dijo el director del colegio. Sabía que se llamaba Tom Fitzgerald, porque al menos había tenido la delicadeza de presentarse antes de iniciar su negativo discurso.

—Ya le he dicho al director de educación que mi colegio no es el apropiado; de hecho, perdí mucho tiempo elaborando un informe al respecto, pero ha decidido ignorarlo por completo. Según se me ha informado, un juez ha dictaminado que Reece debe entrar en un colegio de inmediato, así que no me queda más opción que admitirlo en mi centro.

—No me diga.

Sus palabras me tomaron totalmente desprevenida, y la alegría y la sorpresa que había sentido en un primer momento al ver que me llamaba el director de un colegio se transformaron de golpe en estupefacción. Llevábamos tanto tiempo esperando aquella llamada, aquel nuevo comienzo para Reece, y resulta que el director de aquel colegio me llamaba para decirme que no lo quería en su centro, pero que se veía obligado a admitirlo. Nunca antes había vivido algo así, todos los directores con los que había tratado anteriormente habían sido excepcionalmente cordiales y se habían esforzado al máximo por adaptarse a las necesidades de un menor de acogida.

Me costó unos segundos recobrar la compostura y ordenar mis ideas; una vez que lo hice, me senté en la silla que había junto al teléfono del pasillo y pregunté con calma:

—En ese caso, ¿por qué han enviado a Reece a su colegio?

—Porque usted vive en nuestra zona de influencia y tenemos una plaza libre.

¡Madre mía, como si yo tuviera la culpa por vivir donde vivía! Aunque el colegio estaba en mi zona, nunca había tenido a ningún niño allí. Estaba a algo más de un kilómetro y medio de distancia, en la otra punta de la ciudad, y yo no lo conocía de nada, al igual que no conocía al director.

—De verdad que no podemos darle a ese niño lo que necesita, ¿por qué no le han matriculado en un centro especializado?

—No lo sé. Yo creía que a los niños con problemas de aprendizaje se les enseñaba en colegios convencionales, con el apoyo de profesores auxiliares.

—Sí, ese suele ser el caso —admitió él con toda naturalidad—, pero la cosa cambia cuando el niño en cuestión tiene también tantos problemas de comportamiento. Reece ha sido expulsado de dos colegios, y no dudaré en hacer lo mismo aquí.

Me sentía indignada además de decepcionada, y estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener bajo control tanto mis emociones como mi lengua. Daba la impresión de que estaban condenando a Reece al fracaso incluso antes de empezar.

—No se porta tan mal; de hecho, se ha aclimatado muy bien a mi casa.

—¿Ha visto el informe de sus necesidades educativas especiales?

—No.

—De acuerdo, mañana por la mañana le tendré preparada una copia. Quiero reunirme con usted antes de que Reece empiece las clases este miércoles.

—¿Empieza el miércoles?

—Sí. Me dijeron que debía ser mañana martes, pero le he dejado claro al director de educación que eso no es posible. Antes tengo que verla a usted.

Me sentí como una niña a la que le dicen que tiene que ir al despacho del director.

—Está bien.

Sin tener en mis manos una copia del informe sobre las necesidades educativas especiales, la verdad es que me sentía impotente porque no podía rebatir sus argumentos sobre el comportamiento de Reece ni demostrar lo mucho que había mejorado. Me cabreaba que Jamey no hubiera hecho un hueco en su agenda para enviarme una copia que me habría permitido defender al niño; sin tener la información frente a mí no me quedaba más remedio que aceptar sin más lo que estaba diciendo el director del colegio, aunque estaba

convencida de que el tipo estaba exagerando y sacando las cosas de quicio. Supuse que estaba molesto por haberse visto obligado a aceptar a un niño que se salía de lo «normal» y que iba a requerir una inversión extra tanto de tiempo como de esfuerzo, pero había que tener en cuenta que el colegio iba a recibir un dinero adicional para pagar por la ayuda suplementaria que el niño pudiera necesitar.

—Reece tiene muchas ganas de aprender. Ahora vive en un hogar estable, y estoy segura de que eso se reflejará en su conducta en el colegio.

—Eso es lo que dijo el director de educación. Yo no lo tengo tan claro, pero esperaré a ver qué pasa. Me gustaría que usted viniera a verme mañana a las diez, para el miércoles por la mañana ya tengo que tener listo un plan educativo. Quiero que usted permanezca aquí durante toda esa primera mañana, por si el niño da problemas.

En otras palabras: si Reece «daba problemas», yo tendría que llevármelo de vuelta a casa porque lo expulsarían el primer día.

—De acuerdo, haré todo lo que esté en mi mano para que Reece se adapte bien a la escuela.

—Muy bien, entonces nos vemos mañana a las diez. Adiós.

Después de colgar me quedé allí sentada durante un largo rato, hecha una furia. Todas aquellas semanas de espera deseando que Reece empezara a ir al colegio, todas mis esperanzas de que empezara a progresar de verdad, de que hiciera amigos... todo se había venido abajo. A juzgar por lo que acababa de oír, el pobrecito no solo iba a pasar buena parte de las semanas venideras en un entorno donde no le querían, sino que al más mínimo indicio de que había algún problema le expulsarían y le mandarían de vuelta a casa como un descastado. Me planteé intentar encontrarle otro colegio, pero me di cuenta enseguida de que no había nada que yo pudiera hacer al respecto. El sistema de asignación de plazas escolares había cambiado en los últimos años, y el hecho de que Reece fuera un niño «bajo tutela estatal» complicaba su situación. Si se hubiera tratado de un hijo mío, la cosa habría sido distinta: me habría bastado con buscar un colegio adecuado donde hubiera una plaza libre y solicitar su ingreso. Pero, dada la situación, tenía las manos atadas (al igual que el señor Fitzgerald, el director del colegio) por la decisión que había tomado el departamento de educación en base a la resolución del juez.

Reece, que ya estaba bañado y con el pijama y la bata puestos, estaba en ese momento en la sala de estar con Lucy, quien estaba leyéndole un cuento a la

espera de que yo fuera a acostarlo. Huelga decir que yo no podía dejar entrever ni mi decepción ni mi preocupación al contarle que iba a ir al colegio; iba a tener que esforzarme por decírselo de forma que sonara como algo positivo, aunque sabía que no iba a ser una tarea nada fácil. Otra cosa que debía hacer de inmediato era buscar a alguien que pudiera quedarse con él al día siguiente mientras yo iba a reunirme con el director, por suerte cuento con buenas amigas que también están en el sistema de acogida y, por lo tanto, tienen el visto bueno de los servicios sociales para encargarse durante un breve periodo de tiempo de un menor que está a cargo de otra familia. Sabía que Lucy aún estaba leyéndole el cuento a Reece porque me llegaba su voz desde la sala de estar, así que aproveché para llamar rápidamente a mi amiga Nicola. Resistí la tentación de desahogarme contándole lo enfadada y preocupada que estaba por las palabras y la actitud del señor Fitzgerald y, tras limitarme a explicarle que el director del colegio donde habían admitido a Reece quería verme a solas al día siguiente, le pregunté si podía quedarse un par de horas con él. Nicola ya había tenido un breve encuentro previo con él, ya que Reece y yo habíamos coincidido con ella en la calle principal un día mientras estábamos de compras.

—¡Claro que sí! ¡No hay problema! Tráemelo a la hora que quieras.

—Gracias, te debo una.

—No digas tonterías, Cathy.

Nos ayudábamos a menudo la una a la otra. Los niños de acogida que le asignaban a Nicola solían ser muy pequeños, casi siempre preescolares, y yo me quedaba con ellos si ella tenía que ir al dentista o a la peluquería. Yo la ayudaba encantada, y viceversa.

—Gracias, ¿te parece bien que te lo lleve a las nueve y media? Así tendré tiempo de sobra para estar a las diez en el colegio.

—Claro que sí, por mí no hay ningún problema. Dile a Reece que tengo muchas ganas de volver a verle, y que tengo un montón de juguetes para que se entretenga.

Colgué tras despedirme de ella y me dirigí a la sala de estar, donde esperé a que Lucy terminara el cuento. Los dos me miraron entonces expectantes, conscientes de que ya era hora de que Reece subiera a acostarse, pero yo me puse en cuclillas frente a él y le dije sonriente:

—¡Tengo que darte una buena noticia, Reece!

—¿Ah, sí? —Me miró con los ojos como platos, deseoso de saber lo que

pasaba.

—¡Sí! A ver, ahora quiero que me escuches con mucha atención. —Lucy también estaba escuchando expectante—. Sabes que hemos estado esperando a que te encuentren un cole, ¿verdad? —Él asintió—. ¡Pues ya lo han encontrado! El director acaba de llamarme por teléfono, y empezarás a ir a clase este miércoles.

—¡Anda! ¡Voy a ir al cole! —Estaba entusiasmado.

—¡Sí! Y estoy segura de que serás un niño bueno cuando vayas a clase, porque ahora ya sabes cómo tienes que comportarte. ¿Verdad que sí? —Asintió vigorosamente—. A ver, hoy estamos a lunes.

—¡Ya lo sé!

—Entonces, mañana será...

—¡Martes!

—Y pasado mañana...

—¡Miércoles!

—Eso es, muy bien, pero no hace falta que grites. —Lo miré sonriente—. Mañana por la mañana, martes, tengo que ir a tu cole para verme con el director. Hablaré con él, y le diré lo bien que te va y lo bueno que eres. Mientras yo estoy allí, tú irás a casa de mi amiga Nicola. Pasarás allí unas dos horas.

—¿Quién es Nicola?

—Una muy buena amiga mía. Tú y yo nos la encontramos una vez en la calle cuando estábamos de compras, pero supongo que no te acuerdas de ella. —Él negó con la cabeza—. Ella cuida muy bien de los niños, y me ha pedido que te diga que tiene un montón de juguetes con los que podrás entretenerte. —Podría dar la impresión de que estaba siendo demasiado insistente, pero cuando un niño ha sido trasladado de un lado a otro tantas veces como Reece puede sentirse muy inseguro a las primeras de cambio.

—¡Quiero ir contigo al cole! —refunfuñó él.

—El miércoles iremos los dos juntos, pero mañana tienes que quedarte con Nicola. Solo será por un par de horas. En su casa podrás jugar, y ella te dará una bebida y una galleta, y en un pispás estaré de vuelta para recogerte.

Dio la impresión de que fue lo de la bebida y la galleta lo que le convenció del todo.

—Vale, iré a casa de Nicola a que me dé una bebida y una galleta y tú irás a mi cole.

—¡Eso es, cielo! ¡Bien hecho!

—¿Iremos en el coche?

—Sí. Te llevaré a casa de Nicola en el coche, y después me iré al colegio.
¿Te parece bien?

Él asintió y se me partió el corazón al verlo así, tan ingenuo y vulnerable, tan ilusionado por empezar a ir al cole. Yo albergaba la esperanza de que mi conversación con el director sirviera para convencerlo de que le diera una oportunidad de verdad al niño; tenía intención de contarle lo mucho que había mejorado el comportamiento de Reece y lo bien que estaba yéndole en general. Intentaba pensar en positivo diciéndome que a lo mejor se había sentido molesto porque le habían obligado a admitir a Reece sin tener en cuenta su opinión, pero yo esperaba que el niño demostrara su valía.

Aquella noche, cuando le acosté y le di las buenas noches, Reece seguía hablando aún de su nuevo cole.

—¿Llevan uniforme?

—Sí. Me parece que es azul marino, pero mañana me enteraré bien de todo.

—¡Genial! Me gusta el azul marino. ¿Hay un patio?

—Sí, seguro que sí.

—¡Genial! Me gustan los patios. ¿Cómo se llama mi profe?

—Aún no lo sé, pero seguro que mañana me lo dicen.

—A lo mejor se llama señorita Smith, como la otra que tuve.

—Sí, puede ser —asentí yo sonriente—. Venga, ahora es hora de dormirse. Mañana nos espera un día muy movido a los dos.

—Vale, Cathy. Ya estoy dormido. —Cerró los ojos con fuerza—. Me gusta mi cole, y me gusta mi casa. Estoy muy feliz aquí, Cathy. Me caes bien.

—Qué bien, cielo. Me encanta oírte decir eso. Tú también me caes bien, muy bien. —Le di un beso en la frente, y luego salí de su cuarto y cerré la puerta.

El lunes por la noche apenas pude conciliar el sueño, porque no podía quitarme de la cabeza lo que me había dicho el director del colegio y estaba bastante nerviosa por la inminente reunión con él. Mi cerebro intentaba formular las palabras y las frases que podrían ayudarme a ganarme sus simpatías y a convencerlo de que Reece no era la «oveja negra» que él creía. Debido a sus problemas de aprendizaje, iba a necesitar el apoyo de un

profesor auxiliar en el aula, pero su comportamiento no solo era manejable, sino que incluso podría decirse que era un niño bastante dulce. Puede que lo de los límites «claros y consistentes» sea un cliché para los que tenemos a nuestro cargo a niños de acogida con problemas de comportamiento, pero es una estrategia que funciona. Cuando el niño sabe cuál es la conducta esperada y aceptable, y los límites de un buen comportamiento están bien establecidos, se adapta debidamente y... *voilà!* Se convierte en todo un angelito (o casi). En el colegio también deberían establecerse esos parámetros «claros y concisos» de comportamiento, y huelga decir que el personal debería conocerlos de sobra y tenerlos bien establecidos; en mi opinión, si tanto los profesores como los auxiliares sabían hacer bien su trabajo, Reece no tenía por qué darles más trabajo que cualquier otro niño de siete años.

Reece estaba de muy buen humor cuando llegamos a casa de Nicola a la mañana siguiente, y lo primero que le dijo a mi amiga fue que al día siguiente empezaba a ir al cole.

—Sí, ya lo sé. ¡Qué suerte tienes! —dijo ella.

«¡Si tú supieras!», pensé yo para mis adentros. Después de acompañar a Reece hasta la sala de estar, me despedí de él con un beso y le di las gracias a Nicola antes de volver al coche y poner rumbo al colegio. Aparqué en la calle a las 09:50, me alisé la falda y la chaqueta tras bajar del coche, y luego me acerqué al portón de entrada y llamé al interfono. Aunque mi inminente encuentro con el director me tenía hecha un manojo de nervios, estaba dispuesta a enfrentarme a él si fuera necesario por el bien de Reece, porque este merecía que se le diera la oportunidad de disfrutar de la vida escolar.

A los pocos segundos, una voz femenina contestó por el altavoz del interfono.

—¿Quién es?

—Cathy Glass. Tengo una cita con el director a las diez, para hablar de Reece Williams.

—Sí. Le abro el portón, empuje un poco.

Empujé el enorme portón de hierro cuando el cierre de seguridad se desbloqueó con un chasquido, y oí que el portón se cerraba a mi espalda mientras cruzaba el patio. Subí los dos escalones que conducían a la puerta principal, pero al intentar abrirla vi que estaba cerrada y llamé al interfono

situado a mi derecha. La puerta se abrió de inmediato.

La pequeña zona de recepción estaba desierta, pero parecía acogedora. Había trabajos manuales de los niños colgados en dos de las paredes, así como un enorme tablero con fotografías de todo el personal junto con los respectivos nombres debajo. La palabra *Bienvenidos*, escrita en todos los idiomas habidos y por haber en cartulinas de colores, estaba colgada en la puerta que tenía frente a mí, la puerta que se abrió justo entonces y de la que emergió un hombre que debía de estar cerca de cumplir los sesenta y que iba vestido con un traje gris ligeramente arrugado.

—¿Es usted la señora Glass?

—Sí.

—Soy Tom Fitzgerald, el director del centro. Disculpe, nuestra recepcionista se encontraba mal y no ha podido venir.

Asentí y nos estrechamos la mano. Aunque no sonrió, no era el ogro que me había imaginado; de hecho, aquel hombre bajito y de semblante grave parecía más preocupado que intimidante.

—Acompáñeme a mi despacho, por favor. ¿Le apetece un café?

—No, gracias.

Cruzamos la puerta con todos aquellos *Bienvenidos* y me condujo por un corto pasillo antes de doblar a la derecha para entrar en su despacho, un lugar cálido y acogedor con un mobiliario que creaba un ambiente agradable. La alfombra era de un vívido tono azul, la pintura emulsionada de las paredes tenía un tono azul más claro, y el enorme escritorio estaba equipado con un ordenador y tenía delante cuatro sillones.

—Siéntese, señora Glass. Voy a tener que dejarla sola cinco minutos mientras soluciono un problema relacionado con otro niño. Tengo aquí una copia del informe de las necesidades educativas especiales de Reece, ¿quiere ir leyéndolo mientras espera?

—Sí, gracias.

Me senté en uno de los sillones, y el señor Fitzgerald tomó de encima de su escritorio un fajo grapado de papeles y me lo entregó.

—Enseguida vuelvo.

Yo asentí con una sonrisa cordial y él salió del despacho. Después de desabrocharme la chaqueta le eché un vistazo a la primera página del informe, en la que constaban tanto el nombre completo de Reece como su edad, su fecha de nacimiento, su religión y los idiomas que hablaba. Tal y como sucede con

casi toda la documentación académica de hoy en día, el informe se había generado por ordenador, así que lo habían impreso. Debajo de los datos de Reece estaban los de la familia; al ver que habían tachado los nombres de los padres y su dirección y que habían escrito al lado los míos con boli, tomé nota mental de recordarle al director que mi dirección era estrictamente confidencial y no debía divulgarse bajo ningún concepto, por si la madre de Reece se enteraba de que había sido matriculado en aquel colegio y se le ocurría ir a pedir información.

Todos los informes de necesidades educativas especiales tienen que tener el mismo formato y procedí a leer la primera sección, que trata del comportamiento del niño. Me quedé horrorizada cuando vi que ponía que Reece era impulsivo y agresivo, maleducado y violento, y que golpeaba a menudo tanto a niños como a adultos y había llegado a hacer daño de verdad. Según el informe, no era capaz de jugar ni de cooperar con sus compañeros y se negaba a participar en las actividades organizadas, se volvía grosero y violento; allí ponía que era alborotador, muy inmaduro emocionalmente y que a menudo golpeaba las mesas, chillaba, gritaba y lanzaba cosas cuando se enfadaba, lo que atemorizaba a los demás niños y al personal docente; ponía también que tan solo completaba una tarea si alguien permanecía sentado junto a él, y que muchas veces hablaba en voz muy alta o gritaba para llamar la atención.

Paré de golpe y alcé la mirada, ¡no daba crédito a lo que estaba leyendo! La cosa era peor de lo que habría podido llegar a imaginar, ¡mucho peor! De todos los informes que había leído en mi vida sobre los niños que había tenido en acogida, aquel era el peor con mucha diferencia. Me quedé allí sentada con la mirada perdida mientras intentaba encontrar alguna semejanza entre el niño del que se hablaba en aquel informe y el que había dejado en casa de Nicola, jugando con la pequeñina que esta tenía a su cargo. El único punto con el que concordaba era el último, el que mencionaba que Reece tenía tendencia a hablar en voz alta. ¡No me extrañaba que el señor Fitzgerald hubiera reaccionado así! Si lo único que se tenía como referencia era ese informe, cualquiera pensaría que Reece era un niño violento, agresivo y totalmente incontrolable; de hecho, si yo fuera la directora de aquel colegio tan grande, ¡tampoco le habría querido en mi centro! Ví que no se mencionaban en ninguna parte ni los cabezazos ni los mordiscos con los que yo había tenido que lidiar durante las primeras semanas, así que deduje que ese comportamiento lo

reservaba para cuando estaba en casa. Menos mal.

Bajé la mirada de nuevo hacia el informe y pasé a la segunda sección, la que tenía por título *APTITUDES ACADÉMICAS*. Empezaba diciendo que Reece tenía un retraso global y después añadía lo que yo ya sabía, que no sabía leer ni escribir, pero habían añadido también lo siguiente: *Reece tiene muy poca memoria a corto plazo, y es reacio a mejorar sus aptitudes*. En términos educativos, lo de «reacio» significaba que se negaba en redondo a hacer lo que le decían, pero, según mi propia experiencia, Reece no era nada «reacio» en lo que se refería a querer aprender. En el informe no ponía que era capaz de aprender si se le motivaba adecuadamente. Volví a la primera página para ver la fecha pensando que podría tratarse de un informe muy viejo donde no aparecía ningún progreso reciente, pero resulta que la última modificación la habían hecho ocho meses atrás escasos... calculé que debía de ser justo antes de que le expulsaran de la segunda escuela de primaria, y varios meses antes de que pasara a estar en régimen de acogimiento familiar.

Regresé a la página de la evaluación y me puse a leer la siguiente sección, la titulada *COMPETENCIAS LINGÜÍSTICAS*. Empezaba diciendo lo siguiente: *Reece tiene graves problemas en el uso del lenguaje, tanto en el aspecto receptivo como expresivo*. Y a continuación ponía que contestaba con una o dos palabras cuando se le preguntaba algo, que solía hablar de forma *ininteligible* y que era *incapaz de identificar conceptos complejos*. *Se niega a reflexionar sobre su propio progreso, no quiere defender con sensatez sus puntos de vista, y es incapaz de seguir las instrucciones más simples*. Me parecía increíble de nuevo que pudiera tratarse del mismo niño.

Pasé la página para leer la sección titulada *APTITUDES* y vi que ponía que Reece tenía una capacidad de concentración escasa, era incapaz de participar en actividades de clase o grupales y se distraía con facilidad. Apenas acababa de pasar a la sección siguiente, la titulada *APTITUDES SOCIALES*, donde estaba leyendo que Reece no podía interactuar a ningún nivel con sus compañeros de clase, cuando la puerta se abrió y el director entró de nuevo en el despacho.

—¡No doy crédito a lo que estoy leyendo! —le dije cuando todavía ni se había sentado—. El niño que se describe aquí es tan distinto al que conozco que no me extrañaría que este no fuera el informe de Reece.

—Es el suyo, y bastante reciente —afirmó él de forma categórica.

—Sí, ya lo sé.

El señor Fitzgerald se había sentado frente a mí en otro de los sillones y aguardó en silencio a que yo añadiera algo más. Yo había leído las secciones que detallaban las necesidades de Reece, las demás informaban sobre las medidas que había tomado la escuela a la que había asistido previamente para satisfacer dichas necesidades.

—Lo único que puedo decirle es que Reece ha progresado mucho en los tres meses que lleva viviendo conmigo, supongo que su comportamiento previo se debía a la turbulenta vida familiar que tenía. Su madre es muy agresiva, así que creo que él la copiaba cuando vivía con ella.

—Eso fue lo que me dijo el director de educación, pero lo cierto es que pasó por varias familias de acogida antes de ir a vivir con usted.

—Sí, así es, pero en el tiempo que lleva conmigo no hemos visto nada parecido al comportamiento que se describe aquí. —Le di unos golpecitos con el dedo a los papeles que tenía en mi regazo—. Era un poco agresivo cuando llegó —me sentí obligada a admitirlo, aunque era reacia a recordar los cabezazos y los mordiscos—, pero no tardó en aclimatarse. Quiere portarse bien y desea aprobación, y eso supone una gran diferencia. He tenido a mi cargo a niños de acogida a los que no les importaba ganarse la aprobación de los adultos, y sé por experiencia propia que en esos casos es muy difícil modificar su comportamiento. Pero ese no ha sido nunca el caso con Reece, él quiere hacer lo correcto y también quiere aprender.

El señor Fitzgerald estaba observándome atentamente; daba la impresión de que se sentía ligeramente tentado a creer en lo que yo estaba diciéndole, pero aún no acababa de tenerlo claro del todo. Pensé que su actitud hostil y brusca durante la llamada del día anterior podría ser una primera reacción instintiva tras leer el informe de Reece, donde lo pintaban como un niño realmente horrendo e incontrolable.

—¿Está diciendo que Reece no ha mostrado en su casa esa actitud agresiva? —me preguntó al fin.

—Solo al principio, y fue por muy poco tiempo. Es cierto que tiene necesidades especiales, pero lo que requiere especial atención ahora no es su comportamiento, sino su aprendizaje. Y es capaz de aprender, eso se lo aseguro. Cuando vino a vivir a mi casa tenía un vocabulario visual de una sola palabra, y ahora ya vamos por las cuarenta y cinco. Tiene problemas con la escritura, sus habilidades motoras no son muy buenas, pero van mejorando. Puede permanecer sentado durante largos periodos de tiempo y sí, yo estoy

junto a él, pero supongo que aquí contará con un auxiliar, ¿verdad?

—Sí, así es. Va a tener el apoyo de una profesora auxiliar a tiempo completo, incluso le supervisará a la hora del patio.

—¿Ah, sí? Qué bien.

Esa decisión era un arma de doble filo, porque indicaba que se trataba de un niño al que no se le podía dejar solo ni un solo momento. Si contaba con una profesora auxiliar a tiempo completo, Reece estaría supervisado y apoyado por una adulta durante toda la jornada, incluso cuando saliera al patio.

—Está bien, tendremos que ir viendo cómo va todo —dijo él, con semblante pensativo, al cabo de un momento—. Ahora quiero presentarle a la profesora auxiliar. También me gustaría que usted esté aquí mañana por la mañana, pero no con Reece.

—De acuerdo.

—Espere aquí, por favor. Iré a buscar a la señora Morrison, la profesora auxiliar de Reece. Puede que el hecho de que hable con usted sirva para que ella también se quede más tranquila en ciertos aspectos. Aún no he decidido en qué clase voy a ponerlo. Somos un centro donde hay dos clases por cada curso y, lamentablemente, las dos profesoras del curso al que irá Reece han iniciado este año su carrera como docentes. Aunque ambas son muy entusiastas, no han lidiado nunca con un niño así, pero, por lo que usted está diciéndome, eso no debería suponer ningún problema.

—¡No, en absoluto! —Solté una risita nerviosa, porque después de leer el informe y de ver la preocupación del director empezaba a tener mis dudas. Pero me sobrepuse de inmediato y afirmé con firmeza—: Todo saldrá bien.

—¡Perfecto! —Sonrió por primera vez y salió en busca de la profesora auxiliar.

Mientras los esperaba pensé en Reece. Decidí que cuando llegáramos a casa iba a tener que mantener una larga charla con él para explicarle que aquello era un nuevo comienzo para él, y que debía olvidarse del mal comportamiento que había tenido en sus colegios anteriores y empezar a comportarse en el cole tal y como lo hacía en casa. Pero entonces pensé que no sería buena idea recordarle cómo solía comportarse antes, me dije que debía tener fe en él y en su capacidad para portarse en el cole igual de bien que cuando estaba conmigo.

Cuando el director regresó acompañado de la señora Morrison, que resultó ser una señora regordeta de aspecto maternal que debía de tener unos

cincuenta y tantos años, los tres estuvimos conversando durante un rato. Seguí haciendo hincapié en lo mucho que había progresado Reece y en lo encantador que era, y me di cuenta de que la señora Morrison me escuchaba con suma atención y parecía sentirse aliviada; al cabo de un cuarto de hora más o menos, el director propuso que ella me acompañara a seleccionar el uniforme porque la secretaria, quien también hacía de recepcionista y en condiciones normales sería quien se encargaría de esa tarea, estaba enferma y no había ido a trabajar. Yo le agradecí todo lo que estaba haciendo por Reece, y luego salí de su despacho con la señora Morrison.

Fuimos por el pasillo hasta un gran armario que hacía las veces de almacén y en cuyos estantes había uniformes escolares embolsados (yo había acertado en lo del color, eran azul marino), y ella me ayudó a buscar distintas prendas de la talla de Reece. Yo sabía cuáles le quedarían bien al sostenerlas en alto, y mientras trabajábamos la una junto a la otra seleccionando los pantalones azul marino y el jersey del mismo color, la camiseta blanca y la ropa de gimnasia, fuimos charlando.

—Seguro que Reece no le da muchos problemas —le dije yo en un momento dado—. De verdad que es un buen niño, lo que pasa es que tuvo muy malos ejemplos en el pasado. Supongo que usted tendrá mucha experiencia como profesora auxiliar.

Ella sonrió con nerviosismo.

—La verdad es que esto es bastante nuevo para mí, antes de este trimestre me dedicaba a ayudar a los niños con algunas lecturas de refuerzo en la biblioteca. Era supervisora en el comedor.

—Ah. Bueno, estoy segura de que le caerá de maravilla a Reece.

Era una mujer encantadora, amable y amistosa y muy cordial, pero me pregunté si sería sensato que su primera experiencia como profesora auxiliar fuera estar a cargo de Reece, dado el historial de este en sus colegios anteriores. Si yo fuera la directora de aquel centro habría optado por un profesor auxiliar especializado para empezar, alguien que tuviera muchísima experiencia trabajando con niños de comportamiento problemático; después, una vez que Reece se hubiera aclimatado al colegio, habría ido acostumbrándole de forma gradual a la señora Morrison. Pero la decisión estaba en manos del director y aquella era la opción más barata, ya que el dinero que sobrara de lo que iba a recibir para un profesor auxiliar especializado para Reece podría destinarlo a otras cosas. Seguro que el

presupuesto del que disponía el centro era bastante limitado, y cualquier extra vendría de maravilla. Vale, admito que soy un poco cínica en lo que respecta a este tipo de temas.

Le di las gracias a la señora Morrison por lo mucho que me había ayudado, y me fui con el uniforme tras quedar con ella en que nos encontraríamos al día siguiente en la recepción a las 08:30. El director me había sugerido que Reece y yo llegáramos temprano esa primera mañana para que él pudiera familiarizarse un poco con el colegio antes de las 08:50, la hora en que sonaba el timbre y los niños entraban en las aulas, y me había parecido una buena idea.

Para cuando llegué a casa de Nicola ya eran las 12:20, hacía casi tres horas que le había dejado a Reece.

—¡Lo siento, la cosa ha durado más de lo que esperaba! —le dije cuando me abrió la puerta.

—No pasa nada —contestó ella sonriente—, Reece ha tenido entretenida a Maisie. Ahora está en la cocina, le he preparado algo de comer. Espero que no te importe.

—¡Claro que no! Muchas gracias, eres un cielo.

La seguí hasta la cocina y vi a Reece sentado en un taburete, comiéndose con ganas un bocadillo y una bolsa de patatas fritas. Sentada junto a él en una trona estaba Maisie, una niña de casi diez meses que estaba intentando comerse con ahínco un plátano.

—¡Hola! —los saludé sonriente.

Reece sonrió a su vez con la boca llena y me dijo lleno de orgullo:

—¡Estoy cuidando de Maisie!

—Bien hecho, eres un buen chico. —Me acerqué sonriente a él y le di un beso en la coronilla.

—Ha estado ayudándome toda la mañana. ¿Verdad que sí, Reece? —comentó Nicola.

Él asintió, y entonces se volvió hacia Maisie y le ordenó con firmeza:

—Venga, come para que crezcas tanto como yo.

La niña soltó una risita.

—¿Tomamos un café? —me propuso Nicola.

—¡Perfecto!

Esperé de pie en la cocina vigilando a Maisie mientras Nicola preparaba el café; minutos después, mientras disfrutábamos de nuestras respectivas tazas

apoyadas en unos armarios empotrados, le pregunté en voz baja:

—¿De verdad que Reece se ha portado bien? —Estábamos en la otra punta de la cocina, así que él no podía oírnos.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? Da la impresión de que esperabas otra cosa.

—No, es que he visto su informe educativo y es horrible. Parece ser que tuvo un comportamiento bastante agresivo en los otros colegios, y la verdad es que lo que he leído me ha impactado.

—Pues conmigo se ha portado de maravilla. —Las dos dirigimos la mirada hacia los niños, y ella añadió—: Lo más probable es que fuera un comportamiento aprendido.

—Sí, eso es lo que le he dicho al director del colegio. Espero que Reece se porte bien y se demuestre que yo tenía razón.

—Claro que se portará bien, te preocupas demasiado. Mírale, está de maravilla.

—Sí, sí que lo está.

Nos quedamos una media hora más. Nicola y yo seguimos charlando mientras terminábamos de tomarnos el café, los niños acabaron de comer y entonces Nicola sacó a Maisie de la trona para que Reece y ella se entretuvieran con unos juguetes de arrastre.

Finalmente, después de darle de nuevo las gracias a Nicola, Reece y yo nos despedimos de Maisie y de ella y nos fuimos.

—¿Puedo volver a jugar con Maisie? —me preguntó durante el trayecto de regreso a casa en el coche.

—Puede que sí, pero mañana jugarás con niños de tu edad en el colegio.

—¡Hurraaaa!

—Te he comprado el uniforme escolar, ¿a que no adivinas de qué color es?

—¡Azul marino!

—Sí, has acertado, pero intenta no gritar. Mañana irás al cole, y allí no puedes gritar.

—¿Por qué no? ¡Antes lo hacía!

—Ya lo sé, y tuviste problemas por eso. Vas a tener que hablar más bajito en tu nuevo cole, y también tendrás que hacer lo que te digan.

—Vale, Cathy. Está bien.

—Buen chico. Estoy segura de que lo harás de maravilla.

UN COMIENZO INCIERTO

A la mañana siguiente le hice una foto a Reece antes de llevarlo al colegio. Posó en la sala de estar sonriendo con orgullo, vestido con su nuevo uniforme escolar y con la mochila que contenía su ropa de deporte echada al hombro. Como nos esperaban en el colegio más temprano de lo normal, íbamos a salir de casa antes que las chicas, que permanecieron detrás de mí mientras tomaba la foto y se dedicaron a decirle a Reece lo guapo que estaba y a deseárselo suerte en su primer día de cole. Era un verdadero acontecimiento familiar para todos nosotros, y Reece sabía que estaríamos pensando en él y deseando que le fuera bien mientras daba aquel paso tan importante.

Yo también iba bien arreglada y trajeada, ya que iba a pasar toda la mañana en el colegio y daba por hecho que conocería a algunos profesores. Reece se despidió de las chicas y entró en el coche, que estaba aparcado en el camino de entrada, mientras parloteaba ilusionado sobre todo lo que iba a hacer (educación física, desayunar en el patio, hacer nuevos amigos e incluso trabajar un poquito). Ellas permanecieron en la puerta diciéndonos adiós con la mano mientras nos alejábamos, y conduje rumbo al colegio tomando una ruta alternativa para evitar el tráfico de la calle principal. Reece se puso a contarme lo que creía que iban a darle de comer en el cole al mediodía: según él, el menú iba a consistir en hamburguesas de ternera y aritos de pasta con tomate (aunque yo no le daba esas cosas a diario, no las había eliminado del todo de su dieta. Comía sano, así que no pasaba nada por darle productos procesados una vez a la semana; además, seguían siendo sus comidas preferidas).

Aparqué en la calle cerca del colegio, tomé a Reece de la mano y le

conduje por la acera hacia el portón de entrada; no estaba cerrado, ya que los niños iban a empezar a llegar en breve y esperarían en el patio a que sonara el timbre a la hora de empezar las clases, así que empujé para abrirlo y cruzamos el patio. Reece se aferraba a mi mano con mucha fuerza y guardaba un silencio muy inusual en él, la tensión y los nervios que le atenazaban eran obvios... tan obvios como los míos. Era un día muy importante para ambos.

Tal y como habíamos quedado, la señora Morrison estaba esperándonos en la recepción y nos recibió sonriente.

—¡Hola! Es un placer conocerte, Reece.

—Hola —la saludé yo—. Reece, esta es la señora Morrison. Ella va a cuidarte en el colegio.

Él esbozó una sonrisa tímida, pero permaneció callado. Era una muestra más de lo mucho que había progresado. Si ese encuentro hubiera tenido lugar tres meses atrás, me habría soltado la mano de un tirón y habría echado a correr mientras chillaba y soltaba grititos sin sentido.

La señora Morrison se inclinó hacia delante para poder mirarlo cara a cara y le dijo sonriente:

—Primero voy a llevarte a dar una pequeña vuelta por el colegio, y después iremos a tu clase. Tu profesora es la señorita Broom. Ella también es nueva aquí, igual que tú.

Reece asintió, y a mí me vino a la mente eso de que «Escoba nueva barre mejor»^[2]. También pensé para mis adentros que, a pesar de su inexperiencia, la señora Morrison estaba llevando de maravilla aquella primera toma de contacto. Saltaba a la vista que tenía una facilidad innata para tratar con niños. Reece le tomó la mano encantado, y los tres cruzamos la puerta con las cartulinas donde ponía *Bienvenidos* y echamos a andar por el pasillo.

—Primero vamos a llevar a tu mamá a la sala de profesores, y después te mostraré el resto del colegio.

Reece me miró con desconcierto cuando la señora Morrison le dijo aquello, y yo entendí de inmediato el porqué de su reacción.

—Reece me llama Cathy, así es menos confuso para él.

Ella asintió. Lo de llamar «mamá» a la cuidadora de un niño de acogida es un error que comete mucha gente, pero siempre se nos llama por nuestro nombre de pila para dejar constancia de que el niño ya tiene una madre, a menos que el niño en cuestión lleve años con su familia de acogida y no tenga relación alguna con su madre biológica, en cuyo caso es él (o ella) quien tiene

en sus manos elegir cómo quiere llamar a su cuidadora.

Con la señora Morrison y Reece encabezando la marcha, subimos un tramo de escalera y llegamos a una puerta donde ponía *Sala de profesores*.

—Hay té y café, sírvase lo que quiera —me dijo ella antes de abrir la puerta—. Algunos profesores estarán aquí en breve. Betty, nuestra secretaria, quiere verla para que firme unos documentos y para hablar del dinero para el comedor, ayer no pudo hablar con usted porque se encontraba mal y no vino a trabajar.

—Gracias. —Antes de entrar en la sala, le di un gran abrazo a Reece y le besé en la frente—. ¡Que tengas un día fantástico! Nos vemos a las tres y veinte.

El director me había pedido que no le viera a lo largo de la mañana, que me limitara a estar allí como medida de precaución por si surgía algún problema.

Reece me devolvió el abrazo antes de hacerme una pregunta muy sensata.

—¿Qué hago con mi abrigo y con la ropa de deporte?

Fue la señora Morrison quien contestó.

—Primero nos encargaremos de eso. Voy a llevarte al guardarropa para decirte cuál es tu colgador.

Yo le abracé de nuevo y esperé a que se alejara escalera abajo antes de entrar en la sala de profesores. Acababa de desayunar y no me apetecía tomar nada, así que me senté en una de las sillas y eché una mirada a mi alrededor. Suelo enmoquetado en un tono beis oscuro, paredes de color magnolia... era muy similar a las salas de otros colegios de primaria en los que había estado. Más de una docena de sillas de formas y tamaños distintos estaban colocadas alrededor de dos largas mesitas auxiliares; había dos mesas más altas con ordenadores, así como un montón de armarios y de zonas de trabajo con montones de libros y papeles apilados; en uno de los extremos de la sala habían instalado un fregadero de acero inoxidable que tenía al lado una tetera, una jarra de café y una caja de bolsitas de té, y justo por encima había una repisa de madera sujeta a la pared de la que colgaban un montón de tazas. Era una sala bien iluminada y aireada, y en las ventanas colgaban unas cortinas estampadas. Ese debía de ser sin duda el lugar donde se celebraban las reuniones de los profesores, y al que iban a tomarse un respiro a la hora del patio y al mediodía. Todo apuntaba a que iba a pasarme allí la mañana entera, y me di cuenta de que tendría que haberme llevado algún libro para entretenerme; busqué con la mirada algo para leer, pero tan solo había libros

de texto y papeles que estaba claro que pertenecían a los distintos profesores.

En ese momento, la puerta se abrió y entró en la sala una mujer joven vestida con un pantalón negro y una blusa de color gris claro.

—Hola, ¿es usted la señora Glass? Soy Annette Broom, la profesora de Reece. Mucho gusto.

—Hola, encantada de conocerla.

Nos dimos un apretón de manos. Era una mujer alta de unos veintitantos años, tenía una larga y lustrosa melena negra y daba la impresión de ser muy agradable y eficiente.

—Acabo de conocer a Reece —me dijo mientras se sentaba en la silla situada junto a la mía—. Le veré de nuevo cuando venga al aula, la señora Morrison está mostrándole el colegio. Ya ha colgado el abrigo en su colgador, se le veía bien. He leído su informe de necesidades educativas especiales y, aunque el trabajador social que lleva su caso aún no se ha puesto en contacto con nosotros, por lo que me ha dicho el director parece ser que Reece ha progresado con usted y que el comportamiento que se describe en el informe ha quedado atrás.

—Sí, sin ninguna duda. Lo que me preocupa más ahora es su aprendizaje. He estado intentando darle algunas clases en casa, pero va muy rezagado.

—Sí, eso queda patente en el informe, lo más probable es que le haga un examen una vez que se habitúe al colegio para evaluar qué nivel tiene exactamente. Tengo en mi clase a otro niño, Troy, que también tiene necesidades especiales; no ha tenido los problemas de comportamiento de Reece, pero yo diría que los dos tienen un nivel académico similar. Voy a sentarlos juntos en clase para que se hagan compañía mutuamente.

—¡Qué bien! ¡Muchísimas gracias! Reece no tiene demasiados amigos.

—También será beneficioso para Troy —afirmó ella sonriente—, porque le cuesta hacer amigos. Las tareas de ambos serán distintas a las del resto de la clase, se adecuarán a sus necesidades especiales, pero serán tareas con las que irán avanzando también según el plan de estudios nacional.

Yo estaba realmente impresionada. A pesar de que la llegada de Reece había sido inesperada, estaba claro que Annette Broom había invertido mucho esfuerzo en idear formas de integrar a Reece en el colegio y hacerle sentirse bienvenido.

—Me gustaría que usted me indicara cómo puedo ayudarle con los estudios en casa, estoy segura de que ahora sí que va a poder avanzar de verdad. Él

quiere aprender, y estaba deseando venir al cole.

—Muy bien. Empezaré con cuadernos básicos de lectura, aquí usamos los de Oxford. ¿Los conoce? —Yo asentí—. Haré que Reece comience por el primer nivel para que vaya ganando seguridad, y después dejaré que siga a su propio ritmo.

—¡Perfecto! Muchísimas gracias por todo lo que está haciendo.

—De nada —me dijo ella sonriente—. Ahora tengo que irme, esta mañana me toca supervisar el patio, pero volvemos a hablar después para ponerla al día. No dude en servirse un té o un café cuando quiera.

—Gracias, de momento no me apetece nada.

Justo cuando ella estaba marchándose, entró por la puerta otra mujer que se aproximó a mí con una sonrisa cordial y procedió a presentarse.

—Buenos días. Soy Betty Smith, la secretaria del colegio, aunque me encargo un poco de todo en general.

Se sentó en la silla de la que acababa de levantarse la señorita Broom y fue entregándome los documentos que tenía sobre el regazo. El primero era el impreso de matriculación de Reece, donde había que poner todos sus datos y se requería la firma del padre o de la madre, y le siguieron los formularios de autorización que le permitirían hacer educación física y participar en las salidas que hiciera su clase.

—Tendré que pedirle al trabajador social que firme esto. Yo no tengo potestad para hacerlo, ya que está conmigo en acogida y no tengo la patria potestad.

Era lo que sucedía con gran parte de los documentos donde se requería la firma de los padres: la autoridad competente que actuaba *in loco parentis* (es decir, en lugar de los padres), tenía que dar la autorización necesaria, lo que en la práctica significaba que era el trabajador social que estaba al cargo del caso quien daba dicha autorización.

—¿Puedo llevármelos?, así podré pedirle que los firme mientras espero.

—Claro, no hay problema.

Me puse los documentos sobre el regazo mientras Betty me pasaba las dos páginas siguientes.

—Aquí tiene una copia del calendario escolar, y también las normas del colegio.

—Gracias. —Le eché un breve vistazo al calendario—. Por lo que veo, el miércoles que viene empiezan las vacaciones de Semana Santa.

—Sí, este año han llegado pronto, así que el trimestre se nos ha hecho bastante corto.

—A Reece le vendrá bien, así podrá acostumbrarse al colegio y hacer un pequeño parón antes del largo tercer trimestre.

Ella asintió y me entregó otro documento antes de decir:

—Reece se quedará a comer aquí, ¿verdad?

—Sí, por favor.

—En ese caso, ¿podría rellenar ahora este comprobante de pago? Son dos libras al día, así que desde hoy hasta que finalice el trimestre la semana que viene son catorce libras.

Eso sí que podía rellenarlo yo. Tomé el bolígrafo que me ofreció y escribí el nombre de Reece y firmé el comprobante, donde ponía que accedía a pagar por adelantado por el servicio de comedor; después de devolvérselo a Betty, saqué el monedero de mi bolso y le di las catorce libras.

—Gracias —me dijo ella antes de pasarme otro papel más—. Esto es para el servicio de comedor del trimestre que viene; puede pagar semanalmente, en dos plazos o en uno solo. Usted elige.

Revisé la cantidad que había que pagar en cada caso; era un trimestre bastante largo, así que salía bastante caro.

—Lo pagaré en dos plazos, si quiere puedo darle un cheque ahora mismo.

—Sí, gracias, eso nos vendría muy bien.

Volví a abrir el bolso, saqué la chequera, hice un cheque por setenta libras, lo arranqué y se lo entregué.

—Gracias. Y aquí tiene un folleto informativo de nuestro centro. —Me pasó el folleto en cuestión, que era lo último que le quedaba sobre el regazo—. Supongo que el director no se acordaría de darle uno ayer.

—No. Muchas gracias.

—De nada. —Se puso de pie—. En fin, esperemos por el bien de todos que Reece se adapte a este colegio.

—Lo hará —afirmé yo sonriente.

Estaba claro que la reputación de Reece le precedía. ¡Incluso la secretaria, que el día anterior se encontraba mal y no había ido a trabajar, parecía estar al tanto del pasado del niño!

Después de que Betty se fuera empezó a llegar toda una procesión de profesores, iban saludándome y presentándose y se marchaban poco después con una taza de café en la mano. El timbre sonó a las 08:50 y volví a quedarme

sola en la sala, pero ahora sí que tenía material de lectura y me puse a ojear el folleto informativo para hacerme una mejor idea de cómo era la escuela; de hecho, me lo había leído de cabo a rabo para cuando el director, el señor Fitzgerald, apareció en la sala a eso de las 09:45 y me dijo desde la puerta:

—Todo va bien de momento, Reece está en clase con la señorita Morrison; si llega la hora de la comida y no ha surgido ningún problema, usted ya podrá irse.

—De acuerdo.

Mi opinión acerca del señor Fitzgerald había mejorado al darme cuenta de que su reacción inicial se había debido a que había visto el informe sobre Reece y no se le había puesto al tanto del progreso que había hecho posteriormente el niño, pero, aun así, su actitud seguía pareciéndome excesivamente formal y fría.

—Sírvase un café si le apetece —añadió con rigidez antes de marcharse.

Para entonces sí que me apetecía tomarme uno, así que me preparé una taza y después regresé a mi silla y me puse a rellenar todos los documentos menos el que requería la firma de Jamey Hogg.

Decidí que, si no surgía ningún imprevisto y podía marcharme al mediodía, le llamaría en cuanto llegara a casa para preguntarle cuándo podía pasar a verlo para que se encargara del trámite; además, también quería hablar con él sobre la posibilidad de llevarme a Reece a pasar una semana fuera en Semana Santa. Todavía no había hecho ninguna reserva, pero me parecía que sería bonito que las niñas, Reece y yo disfrutáramos de unas vacaciones en la costa. Adrian, mi hijo, ya me había dicho que no iba a venir a casa, que había decidido pasar dos semanas con sus compañeros de la universidad en España. Era la primera vez que no venía a pasar las vacaciones con nosotras, pero no me quedaba más remedio que aceptar que, por mucho que yo le echara de menos, tenía veinte años y debía dejarle vivir su propia vida.

A las 10:45 sonó el timbre anunciando que era la hora de salir al patio, y la sala volvió a llenarse de profesores que aprovechaban el descanso para tomarse un café y charlar. Annette Broom me dijo lo que Reece había estado haciendo hasta el momento: unos cuantos ejercicios con cifras y algo de ciencia, donde había tenido la misma hoja de ejercicios que Troy; la señora Morrison se había sentado entre ellos y los había ayudado.

—¿No ha habido ningún problema? —le pregunté yo.

—No, aunque tenemos que ir recordándole que debe hablar más bajito.

Hacía mucho que no estaba en una clase y es normal que esté tan entusiasmado. Después haremos educación física, ¿ha traído la ropa de deporte?

—Sí, él llevaba la mochila esta mañana.

—La señora Morrison la habrá puesto en su colgador. Hasta luego, señora Glass. Hablaremos de nuevo al término de las clases matinales.

Se despidió con una sonrisa y fue a hablar con otra profesora. El timbre sonó de nuevo diez minutos después y la sala volvió a quedarse vacía, eran las once en punto. Me puse a hojear los documentos que me había entregado la señora Morrison y vi que las clases terminaban a las doce, así que saqué el móvil de mi bolso para ver si había recibido algún mensaje, ya que lo había dejado silenciado. Nicola me había enviado uno deseándome buena suerte y asegurándome que a Reece iba a irle genial, lo que me pareció todo un detalle de su parte, y yo le envié otro para darle las gracias y decirle que sí, que todo estaba yendo realmente bien.

Como estaba sola en la sala y hacía calorcito, apoyé la cabeza en el respaldo de la silla y a punto estuve de quedarme adormilada. Había visto lo ilusionadísimo que estaba Reece con ese primer día de clase en su nuevo colegio y, aunque yo me había sentido muy emocionada por él, no había podido evitar sentirme un poco aprensiva. Pero ahora que él ya estaba allí y que todo parecía ir bien, podía empezar a relajarme. Se me empezaron a cerrar los ojos, me di cuenta y me enderecé de golpe, ¡podía entrar alguien en cualquier momento y no quería que me encontraran allí dormida! Me preparé otro café, fui al cuarto de baño del personal y después me entretuve echando un vistazo a los tablonos de anuncios mientras deambulaba por la sala.

Me paré a mirar por la ventana y vi que una de las clases había salido a hacer educación física, los niños estaban corriendo y lanzándose pelotitas blandas unos a otros. Annette Broom estaba allí, así que busqué a Reece con la mirada y no tardé en encontrarlo; la señora Morrison y él estaban un poco más allá, completamente separados del grupo, lanzándose una pelota de fútbol de plástico. Él lograba agarrar la pelota muy pocas veces, casi siempre se le caía, y sus torpes intentos revelaban la poca coordinación que tenía. Estaba claro por qué no estaba haciendo aquella actividad junto con el resto de sus compañeros: le habría resultado imposible coordinar sus movimientos lo suficiente como para lanzar y atrapar las pelotitas al mismo tiempo que corría. Me impactó verle frente a otros niños de su edad, el contraste era brutal y

demostraba a las claras el largo camino que le quedaba por recorrer hasta alcanzar el nivel en el que tendría que estar. Me sentí triste por él, ya que me habría encantado verle totalmente integrado en su clase, y me prometí a mí misma que seguiría haciendo todo lo que estuviera en mi mano por ayudarle a alcanzar todo su potencial.

La sala de profesores volvió a llenarse cuando el timbre sonó al mediodía, y el señor Fitzgerald apareció de nuevo y se sentó junto a mí.

—Supongo que querrá irse ya —me dijo.

—Sí. Siempre y cuando Reece esté bien, por supuesto.

Él titubeó por un instante antes de contestar.

—Sí que lo está, aunque después de educación física se ha puesto un poco sobreexcitado. Pero la señorita Broom me ha asegurado que ya se ha calmado de nuevo.

En mi opinión, lo de la sobreexcitación no era un crimen ni mucho menos. Solo cabía esperar que el director no viera cualquier muestra de nerviosismo por parte de Reece como una indicación de que iba a causar problemas.

—Puede irse si quiere —añadió—. Tenemos su número de móvil, la llamaremos si hace falta que venga.

Era obvio que él creía que iba a surgir algún problema, pero me pareció comprensible teniendo en cuenta el historial de Reece.

—¿Reece está en el comedor? —le pregunté.

—Sí, con la señora Morrison.

—De acuerdo. Regreso a las tres y veinte, ¿espero en el patio?

Él se tomó unos segundos para pensar en ello antes de contestar.

—No, vaya a recepción. Le diré a la señora Morrison que le lleve allí a Reece, ella podrá informarla sobre cómo ha ido todo. Me parece que Annette también quería hablar con usted, pero en este momento está ocupada.

—Gracias.

Después de despedirme de él salí de la sala, bajé la escalera y fui por el pasillo hasta la recepción. Cuando salí al patio y vi que estaba vacío supuse que los niños debían de estar comiendo en el comedor, dondequiera que este estuviese, y pensé que me gustaría que alguien me mostrara las instalaciones en algún momento; así, cuando Reece me contara en adelante cómo le había ido el día en el cole, podría imaginármelo mejor.

Llegué a casa a las doce y media, me comí un bocadillo y llamé a Jamey Hogg; como no estaba en su puesto, le pedí a un compañero suyo que le dijera que por favor me llamara, pero al ver que a las dos y media seguía sin saber nada de él decidí llamarle de nuevo. En esa ocasión sí que contestó.

—Hola, Jamey. Soy Cathy, la cuidadora de Reece.

—Hola, Cathy —me contestó él con su característico tono de voz plácido y relajado.

—Te he dejado un recado antes, ¿te lo han dado?

—Sí. ¿Va todo bien?

—Reece ha empezado hoy el cole.

—Genial. ¿Lo está pasando bien?

—Yo creo que sí. ¿Has leído el informe de sus necesidades educativas especiales?

—No, aún no he tenido oportunidad de hacerlo, he estado muy ocupado con otro caso.

Esa parecía ser la explicación que tenía siempre y me pregunté, tal y como me había preguntado ya en ocasiones anteriores, cuál sería exactamente ese «otro caso» que acaparaba tanto su atención y le impedía dedicar el tiempo necesario al de Reece.

—Pues es un informe horrible, pero le he asegurado al director del colegio que el comportamiento de Reece ha cambiado para bien. Estaban muy preocupados, así que he tenido que quedarme toda la mañana allí por si había cualquier problema.

—Muy bien.

—Tengo que hablar contigo de un par de cosas, Jamey. En primer lugar, tengo unas autorizaciones del colegio que debes firmar; en segundo lugar, estaba pensando en llevarme a Reece de vacaciones en Semana Santa, puede que a Brighton. ¿Sería posible hacerlo?

—Por mí no hay ningún problema, pero tendré que consultárselo a su madre. ¿Se perdería Reece alguna de las visitas con su familia?

—Eh... pues sí, las del martes y el viernes que pasaríamos fuera. —La respuesta me parecía obvia—. No puedo traerle desde Brighton para que vea a sus padres, estamos hablando de un trayecto de más de seiscientos cuarenta kilómetros.

—Claro.

—¿Puedo pasarme por la oficina mañana por la mañana para que firmes las

autorizaciones?

—Sí.

—Gracias, Jamey. —Otra vez me daban ganas de darle una buena patada en el trasero para que se pusiera las pilas.

Cuando fui a recoger a Reece al colegio, la señora Morrison y la señorita Broom estaban esperando con él en la recepción. Los tres estaban sonrientes, así que deduje que la tarde había ido bien... y no me equivocaba del todo.

—Me gustaría hablar un momento con usted —me dijo la señorita Broom antes de llevarme a un aparte.

Empecé a ponerme un poco nerviosa. Es la reacción normal cuando un profesor te dice que quiere hablar contigo, porque esas palabras siempre significan que la jornada no ha ido del todo bien. La señora Morrison y Reece permanecieron donde estaban, charlando sobre las manualidades que adornaban las paredes de la recepción, y la señorita Broom me habló en voz baja y de espaldas a ellos para que él no pudiera oírla.

—Reece se ha portado muy bien, tan solo ha habido un pequeño incidente y creo que lo mejor es informarla al respecto. En clase de música ha empezado a ponerse bastante nervioso y ruidoso, así que hemos decidido que hiciera una pausa y la señora Morrison le ha llevado a la sala de relajación. Estaban sentados, ella estaba leyéndole un cuento, y él le ha puesto la mano en el pecho de buenas a primeras.

Se interrumpió y me miró. Estaba claro que sentía tener que informar sobre algo negativo en el primer día de Reece en el colegio y, más allá de eso, me dio la impresión de que también le daba un poco de vergüenza por tratarse de un incidente así. Su actitud era comprensible, la verdad.

—Lamento que hayan tenido que pasar por algo así, ¿se encuentra bien la señora Morrison?

Ella asintió.

—Sí, más que nada ha sido ese primer momento de conmoción ante algo tan inesperado. Le ha dicho a Reece con firmeza que ese es un comportamiento inaceptable y que nunca se debe tocar ahí a una mujer, y han regresado a la clase. Ella no se sentía cómoda estando los dos solos en la sala de relajación.

—Claro, por supuesto.

Me tomé unos segundos para intentar encontrar las palabras adecuadas. Por

un lado, quería darle información suficiente para que pudieran tomar las medidas necesarias y minimizar el riesgo de que se repitiera algo así, pero, por el otro, no podía quebrantar la confidencialidad; en un mundo ideal, el trabajador social a cargo del caso le habría dado la información necesaria al colegio.

—En mi casa tuvimos un incidente similar con mi hija adolescente al poco de que Reece viniera a vivir conmigo. Manejé la situación y no se ha repetido nada similar, aunque debo admitir que a veces intenta abrazarnos de forma inapropiada. Por lo que tengo entendido, presencié muchos comportamientos sexuales inapropiados cuando vivía en su hogar familiar, pero aún estoy esperando a que el trabajador social me facilite algo más de información. Yo creo que Reece está tentando el terreno aquí para ver dónde están los límites, así que la señora Morrison ha hecho bien al dejarle claro de inmediato que ese comportamiento no es aceptable. Hablaré con él en cuanto llegemos a casa, pero les aconsejo que la señora Morrison procure no quedarse completamente a solas con él y que mantenga un poco las distancias, al menos hasta que Reece se haya adaptado del todo al colegio.

—Sí, de acuerdo. Eso significa que no podremos emplear la sala de relajación con él, es el lugar al que llevamos a los niños cuando vemos que necesitan salir un rato de clase para calmarse.

—Me parece que esa sería una buena idea por el momento, hasta que Reece comprenda que lo que ha aprendido en casa con nosotras también se aplica al colegio. Hablaré seriamente con él, debe darse cuenta de que ese no es un comportamiento aceptable.

—Gracias. Aparte de eso, ha pasado bien la tarde.

—Perfecto. No voy a decirle nada a él delante de la señora Morrison para que ella no se sienta incómoda, pero explíquele usted la situación y transmítale mis disculpas, por favor.

—Lo haré.

Regresé junto a Reece, le di las gracias a la señora Morrison por todo lo que estaba haciendo y él se despidió de ellas. Mientras nos dirigíamos hacia la puerta, la señora Morrison me dijo:

—Nos vemos mañana a la hora normal, las nueve menos diez, pero ¿podría volver a traer a Reece a la recepción? El señor Fitzgerald cree que así es mejor de momento.

—Sí, está bien. Y gracias de nuevo.

Estaba acostumbrada a tener que conducir a los niños con necesidades especiales hasta el interior del edificio en vez de dejarlos en el patio del colegio. Además de ser algo que les da al cuidador y al profesor auxiliar la oportunidad de hablar sobre cualquier asunto relativo al menor, permite también que el crío entre y salga del colegio de forma tranquila y segura. Los niños con necesidades especiales pueden ser muy vulnerables, sobre todo en un patio grande.

Cuando llegamos a casa, hice que Reece se sentara en la sala de estar y repasé de nuevo con él las normas en lo que respecta a nuestros cuerpos y a nuestras partes íntimas. Le dije que estaba enterada de cómo había tocado a la señora Morrison. Él tenía que comprender que tenía que comportarse de forma adecuada en todas partes, no solo cuando estaba con nosotras en casa. Me dijo que no recordaba el incidente y, como yo no quería resucitar el tema ni insistir en exceso, terminé diciendo:

—Recuerda que las partes íntimas de los demás no se tocan, Reece. Ni en casa, ni en el colegio, ni en ninguna otra parte; no hay que tocar las de nadie, da igual que sea un niño o un adulto.

Reece asintió y el resto de la tarde transcurrió en un ambiente alegre y relajado, me contó una y otra vez lo bien que le había ido en el cole y esa noche, agotado después de semejante día, se quedó dormido enseguida. Antes de darme cuenta llegó la mañana de nuevo y él y yo salimos rumbo al cole en mi coche, estábamos iniciando la nueva rutina que supone ir y volver del colegio.

Cuando llegamos, el patio estaba repleto de niños que jugaban a la espera de tener que ponerse en fila cuando sonara el timbre. Entramos en la recepción a las 08:50 clavadas y allí estaba ya esperándonos la señora Morrison, que saludó con calidez a Reece.

—¡Buenos días, Reece! —le dijo.

—¡Buenos días! —la saludó él con una enorme sonrisa.

Me sentía en la obligación de hacer algún comentario sobre lo del día anterior, más allá de lo que Annette Broom hubiera podido decirle al respecto. Quería que la señora Morrison supiera que me había tomado el asunto muy en serio y que había hablado con Reece.

—Hemos hablado —le dije con una mirada elocuente—, estoy segura de

que no volverá a repetirse.

Ella sonrió y asintió.

—Gracias. Annette estuvo poniéndome al tanto de la situación.

—Gracias. Y gracias de nuevo por todo lo que está haciendo por Reece, se lo agradezco de verdad.

Después de despedirme de ellos salí del edificio y regresé a donde había dejado aparcado el coche, y luego fui directa a las oficinas de los servicios sociales con las autorizaciones pendientes de firmar en el bolso.

Al llegar a las oficinas municipales di mi nombre, mostré mi DNI a la recepcionista y le dije que Jamey Hogg esperaba mi visita, y pude entrar sin ningún problema. Subí los dos tramos de escalera que conducían a la planta donde estaba la división de servicios sociales, entré en la gran sala abierta y vi a Jamey sentado tras su escritorio. No me vio llegar porque estaba de espaldas a mí, y una vez que estuve lo bastante cerca tuve que reprimir la tentación de tirarle de la coleta.

Alzó la cabeza cuando entré en su campo visual y me miró con cara de sorpresa.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—El impreso de matrícula de Reece y las autorizaciones para el colegio — me limité a contestar.

—Ah, sí. Siéntate.

Acercó la silla de un compañero que estaba ausente, la oficina iba llenándose poco a poco conforme los trabajadores iban llegando y encendiendo sus respectivos ordenadores. Saqué los documentos del bolso, los desdoblé y le expliqué sucintamente para qué era cada uno de ellos. Él procedió a firmarlos y a poner la fecha, y en cada caso fue tachando lo de *Firma del padre/madre* y escribió debajo *Trabajador social*. El proceso tan solo le llevó unos cuantos minutos y cuando terminó los doblé de nuevo y me los guardé en el bolso.

—¿Has podido hablar ya con Tracey? —Vi por la expresión interrogante de su rostro que no sabía a qué me refería—. Sobre lo de llevarme a Reece de vacaciones en Semana Santa.

—¡Ah, sí! Me temo que tengo buenas y malas noticias. A la madre le parece más o menos bien que te lo lleves, pero quiere verlo todos los días

estipulados.

—Eso complica bastante las cosas, ¿no habría alguna forma de hacer que cambie de idea? Al fin y al cabo, es su hijo el que va a salir beneficiado. Reece no sabe lo que son unas vacaciones, más allá de esas que se toma su padre cuando desaparece porque el juez le ha declarado culpable de algo.

Él sonrió al oír aquello.

—No, me temo que Tracey no va a ceder. Está muy enfadada, y la verdad es que no quiero cabrearla aún más por el momento. ¿Podrías irte unos días entre visita y visita, en vez de toda la semana? No quiero que Reece se pierda esta oportunidad.

—Yo tampoco. En fin, supongo que no me quedará más remedio que hacer lo que tú propones. Tendremos que salir de casa muy temprano el miércoles por la mañana, y traerlo de vuelta para las seis de la tarde del viernes.

Podría parecer que ni siquiera merecía la pena marcharse para tan poco tiempo, pero estaba decidida a darle a Reece unas vacaciones fuera como fuese; además, incluso suponiendo que decidiera esperar hasta el verano, lo más probable era que me encontrara con las mismas restricciones en lo relativo al régimen de visitas.

—Entonces tengo tu permiso para hacer una reserva en algún sitio, ¿no? — Quería dejarlo muy claro.

—Sí. —Se reclinó en su silla con parsimonia—. ¿Podrías mandarme por correo electrónico los detalles para poder incluirlos en el expediente?

—Sí. Ah, y también te mandaré una copia de mi diario de seguimiento. Ayer hubo un incidente de conducta sexualizada en el colegio. No fue nada grave, pero debes estar al tanto.

—Está bien. Tengo una reunión en breve, así que tendremos que hablar de eso en otra ocasión.

—De acuerdo.

Me puse en pie y él rotó en su silla giratoria antes de añadir con naturalidad:

—Por cierto, este viernes habrá una reunión de la comisión de evaluación del caso, ¿podrás asistir?

—¿Mañana?

—Sí. Es para eliminar a Reece del registro de protección de menores, ahora que está en acogida.

Asentí. Lo de esa reunión era algo que ya esperaba porque, una vez que un

niño pasa a estar en acogida, deja de estar expuesto a los peligros que podría estar corriendo en su hogar familiar, por lo que se le borra del registro de protección de menores. Lo que sí que me tomó desprevenida fue la fecha, me habría venido bien que se me avisara con algo más de antelación. Me pregunté desde cuándo sabía Jamey que iba a ser ese viernes, y cuándo me habría informado al respecto si yo no me hubiera pasado por la oficina.

—¿A qué hora es? —le pregunté.

Giró la silla hacia el escritorio y se inclinó hacia el ordenador. Yo aparté la mirada de la pantalla al ver que clicaba con el ratón, porque allí debía de tener un montón de información confidencial que no tenía nada que ver con el caso de Reece y que no era asunto mío.

—A las diez de la mañana —me dijo al fin.

Me sentí aliviada, porque de haber sido por la tarde me habría visto obligada a buscar a toda prisa a alguien que pudiera ir a buscar a Reece al cole.

—Será aquí, en la sala de conferencias —añadió.

—Vale, entonces nos vemos mañana.

—Sí, y gracias por traerme los documentos para que los firmara.

—De nada.

Era inútil enfadarse con Jamey, al menos de momento. Él era así, un hombre tranquilo.

Aproveché bien el resto del día. Hice algunas tareas de casa que tenía pendientes, preparé un pastel de carne para la cena y leí un capítulo de la novela que había empezado a leer antes de que Reece llegara a casa en enero. Salí de casa puntual para llegar al colegio antes de las 15:20, la hora en que terminaban las clases, y cuando llegué el patio empezaba a llenarse de padres y cuidadores a la espera de que sonara el timbre y los niños fueran saliendo. Subí los escalones de la entrada y esperé en la recepción, varios minutos después de que sonara el timbre vi aparecer a un sonriente Reece acompañado de la señora Morrison y del señor Fitzgerald, el director.

—¡Hola, Cathy! —exclamó el pequeño, feliz de volver a verme, antes de venir corriendo a abrazarme.

—¿Has pasado un buen día? —le pregunté yo mientras le devolvía el abrazo.

—¡Sí! —Alzó la mirada hacia mí y sonrió de oreja a oreja.

El señor Fitzgerald, que había permanecido esperando a un lado hasta entonces, me dijo muy serio:

—Señora Glass, ¿podría hablar un momento con usted?

Sentí que el alma se me caía a los pies. Nos fuimos a un aparte mientras la señora Morrison y Reece se entretenían de nuevo viendo las manualidades que había en las paredes.

—¿Está enterada del incidente que hubo ayer con la señora Morrison? —me preguntó, en una voz baja y carente de inflexión.

—Sí, hablé con Reece al respecto.

Él me observó unos segundos en silencio antes de decir:

—Hoy ha habido otro. Ha sido al mediodía, en el comedor. Reece estaba sentado a la mesa junto con algunos compañeros, bajo la atenta supervisión de la señora Morrison, cuando de repente ha metido la mano bajo la mesa y ha intentado interferir con la niña que estaba sentada junto a él.

—¿A qué se refiere exactamente con lo de «interferir»?

Era una pérdida de tiempo recurrir a eufemismos, necesitaba estar al tanto de los detalles. No solo para poder hablar con Reece, sino para anotar la información en mi diario de seguimiento y para informar al trabajador social.

—Ha metido la mano bajo la falda de la niña.

—¿Para qué? ¿Le ha hecho cosquillas en la rodilla?

—No, algo peor. Ha subido la mano hasta sus braguitas y le ha preguntado: «¿Puedo tocarle el coño?». Como usted podrá imaginarse, la niña se ha llevado un susto horrible. Al igual que nosotros.

—Por supuesto.

Me sentí horrorizada, consternada. ¿Acaso no había oído Reece nada de lo que yo le había dicho el día anterior? Además, ¿por qué se creía con la libertad de comportarse así en el colegio, cuando sabía perfectamente bien que ese tipo de comportamiento era del todo inaceptable en casa?

—Hablaré con él —le aseguré al señor Fitzgerald—, y muy seriamente. Anoche ya mantuve una charla con él sobre ese tema, pero está claro que fue insuficiente. Lo lamento muchísimo, ¿está bien la niña?

—Ahora sí. Voy a tener que hablar con su madre, por supuesto. Annette Broom está buscándola ahora por el patio. Por favor, señora Glass, le pido encarecidamente que le deje muy claro a Reece que ese tipo de comportamiento es completamente inaceptable. No vamos a tolerar algo así en

el colegio.

—Sí, por supuesto que lo haré. Creí habérselo dejado claro ayer, pero es obvio que no ha comprendido el mensaje.

—También voy a tener que hablar con el trabajador social que lleva su caso. Hay que informarle de lo sucedido, y quiero que me dé más información sobre Reece. Vamos a tener que andarnos con mucho cuidado cuando se cambie de ropa para hacer educación física. Nuestro colegio es un lugar seguro, y todos nuestros niños tienen que seguir estando a salvo.

Yo estaba de acuerdo con él al cien por cien, y le reiteraré mis disculpas.

—Lo siento muchísimo. Hablaré con Reece, ¿se ha disculpado con la niña?

—No. Ella no quiere verle, lo cual es comprensible.

—Sí, por supuesto. Por favor, ¿podría transmitirle mis disculpas a la madre cuando la vea?

—Sí. Y, si no puedo hablar antes con el trabajador social, trataré el tema con él mañana en la reunión de evaluación.

—¿Usted también asistirá?

—Sí, he sido invitado, aunque no podré aportar gran cosa porque Reece apenas acaba de entrar en el centro. En fin, ahora tengo que ir a hablar con la madre de la niña. Asegúrese de hablar con Reece, por favor.

—Sí, por supuesto que voy a hacerlo, y voy a ponerme muy severa.

Permanecí en silencio en el coche durante el trayecto de regreso a casa; cuando Reece se puso a parlotear tan contento sobre cómo le había ido el día en el cole (estaba claro que no era consciente de que sus actos podían acarrearle consecuencias), le interrumpí de inmediato.

—Reece, no estoy nada contenta. —Le lancé una mirada por el retrovisor —. Ya me contarás después cómo te ha ido en el cole, antes tengo que hablar contigo de algo muy grave que ha pasado hoy. ¿Tienes idea de lo que puede ser?

—¡Qué va! Me ha ido muy bien, he hecho un montón de ejercicios y...

Se puso a hablar de nuevo sobre lo que había hecho en el colegio, pero no mencionó para nada el incidente.

Una vez que llegamos a casa lo conduje a la sala de estar, hice que se sentara y le dije exactamente qué era lo que había hecho y por qué estaba mal. Él alegó de nuevo que no se acordaba y después, cuando volví a explicarle

que las partes íntimas de cada uno son privadas, fue dándome la razón en todo. Fui repasando las partes del cuerpo de las otras personas que uno no debe tocar, y él fue asintiendo cada vez y diciendo: «Sí, Cathy».

Le observé en silencio sin saber si estaba asimilando del todo mis explicaciones. Aquel niño había vivido siete años en un entorno donde seguramente se consideraba aceptable agarrar y tocar las partes privadas de otra persona, y eso no podía borrarse de un plumazo; aun así, lo que yo no entendía era por qué había dejado de comportarse así en casa con nosotras pero le parecía aceptable hacerlo en el colegio.

Si era mi influencia lo que le motivaba, el colegio iba a tener que invertir mucho tiempo en establecer allí los mismos parámetros y en ganarse el mismo respeto que a esas alturas él sentía tanto hacia mis hijas como hacia mí. Si bien era cierto que todavía intentaba besarnos en los labios en vez de en la mejilla de vez en cuando, y que sus abrazos solían ser demasiado largos y me veía obligada a ponerles fin con delicadeza y a apartarle de mí, no había vuelto a repetirse lo de intentar tocar a alguien de forma abiertamente sexual ni había vuelto a hablar sobre sexo con la crudeza con que lo había hecho al decir lo mucho que le gustaría «tirarse» a las chicas.

—Vale, tú acuérdate de lo que te he dicho. Y me parece que será mejor que no toques a nadie en el cole, no hay necesidad de que lo hagas y así no te meterás en líos por tocar como no se debe.

Él asintió, así que dejé que viera un rato la tele y procedí a meter el pastel de carne en el horno. Mientras esperaba a que se calentase, encendí mi ordenador y busqué en Internet algún lugar donde pasar unos cuantos días de vacaciones en Semana Santa. Cenamos y el resto de la velada transcurrió sin ningún problema, a la mañana siguiente tenía programado ir directa a la reunión de la comisión de evaluación en cuanto le dejara en la recepción del colegio a las 08:50. Si la reunión estaba estructurada igual que las otras a las que había asistido anteriormente, aparte de servir para borrar el nombre de Reece del registro de protección de menores podría permitirme obtener más información sobre su pasado y sobre las razones por las que lo habían puesto en régimen de acogimiento familiar.

[2] Se juega con el hecho de que el apellido de la profesora, Broom, significa «escoba» (N. de la T.).

UNA VISIÓN MÁS AMPLIA DE LA FAMILIA

La oblonga mesa de roble de la sala de conferencias estaba dispuesta con rigurosa formalidad, había un dossier con información sobre el caso y un vaso de agua para cada uno; por lo que vi, íbamos a ser nueve participantes, más o menos lo que esperaba. Tomé asiento en una de las sillas de cuero y sonreí cortés a las dos mujeres que tenía enfrente (no tenía ni idea de quiénes eran, pero ellas se conocían y conversaron en voz baja mientras la sala fue llenándose poco a poco); tras quitarme el abrigo y colgarlo en el respaldo de mi silla, aproveché para leer el dossier de los servicios de protección del menor, que consistía en un fajo bastante grueso de hojas grapadas.

En la primera figuraban la fecha y el porqué de aquella reunión, así como un listado de las personas que iban a integrar la comisión y otro de las personas que se habían excusado por no poder asistir; en la segunda aparecía el acta de la anterior reunión de los servicios de protección del menor, y procedí a leerla de inmediato. A continuación había tres informes: uno de la policía, otro del trabajador social que había estado llevando el caso de Reece y otro de su médico anterior; el hecho de que no hubiera ninguno de la escuela no era de extrañar, ya que Reece tan solo llevaba unos días allí, pero sí que tendría que haber habido uno mío (y allí estaría, si se me hubiera enviado la documentación pertinente).

Estaba leyendo el informe policial cuando llegó Jill. Le había enviado un correo electrónico para avisarle de que iba a celebrarse la reunión y ella me había contestado que no estaba segura de poder asistir, así que fue una grata sorpresa verla.

—¿Cómo estás? —me preguntó después de sentarse a mi derecha.

—Bien —la miré sonriente—, gracias por venir.

—He pensado que podría darte algo de apoyo moral, a ver si hoy obtenemos algo más de información.

Se puso a leer el dossier, y en ese momento entró en la sala una desconocida que se sentó a mi izquierda y procedió a leerlo también tras intercambiar conmigo un cortés «Buenos días». Al cabo de unos minutos hizo aparición el señor Fitzgerald, el director del colegio, que se sentó frente a mí. Supuse que era la única persona a la que conocía de todas las presentes al ver que su escueto «Hola» estaba dirigido a mí. Entraron dos mujeres más que se sentaron juntas en un extremo de la mesa y el último en llegar fue Jamey, cuya mirada recorrió fugazmente a los presentes. Me sorprendí al ver que no tenía la actitud relajada de siempre y que se le veía acalorado y nervioso.

—Buenos días —dijo, casi sin aliento, antes de tomar asiento en la silla vacía que quedaba junto a la cabecera de la mesa.

Los demás murmuramos el correspondiente «Buenos días» de rigor, pero el señor Fitzgerald aprovechó para presentarse y se estrecharon la mano.

Yo aún no había terminado de leer el dossier cuando una de las dos mujeres que estaban sentadas en el extremo de la mesa dio inicio a la reunión.

—Soy Kim Stacey, voy a presidir esta comisión de evaluación de Reece Williams. El objetivo de esta reunión es evaluar la salud, el desarrollo y la seguridad del niño, y decidir si su nombre debe permanecer en el registro de protección de menores. Se han excusado por no poder asistir su médico de cabecera, la enfermera designada por los servicios de protección del menor, el inspector de educación, la trabajadora familiar, la asesora jurídica y la directora del equipo técnico.

No había necesidad de que esas personas asistieran, ya fuera porque lo que ellos pudieran aportar ya iba a tratarlo alguno de los presentes o porque habían dejado de estar implicados en el caso cuando Reece había pasado a estar en régimen de acogimiento familiar. Se les había pedido que asistieran por pura formalidad, ya que habían estado presentes en reuniones previas de los servicios de protección del menor.

La mujer que presidía la reunión agregó entonces que quería dejar constancia de que a los padres se les había excluido debido al «comportamiento abusivo y amenazador que habían tenido anteriormente hacia profesionales y otras personas». A mí me pareció inusual dicha exclusión, pero, dadas las circunstancias, lo cierto era que no me tomó por sorpresa.

Jamey procedió entonces a dirigirse a la tal Kim Stacey, tenía el rostro un poco enrojecido y todavía se le veía nervioso.

—Me gustaría añadir que he estado hablando con Tracey, la madre de Reece. En este momento está a las puertas del edificio, aunque su abogado le comunicó que no iba a poder asistir a esta reunión. Está muy enfadada, dos guardias de seguridad están custodiándola para impedir que entre en el edificio. He intentado hablar con ella, pero es una tarea imposible. Supongo que al término de esta reunión ya se habrá ido, pero sugiero que aquellos que la conozcan de los aquí presentes sean muy cautos a la hora de salir de aquí. No sería la primera vez que permanece a la espera y agrede a alguien. Los guardias de seguridad permanecerán vigilantes hasta que la reunión termine, pero su jurisdicción está restringida al edificio y no abarca el aparcamiento.

Nos miramos unos a otros con semblante grave.

—Supongo que a mí no me conoce, ¿verdad? —comentó el señor Fitzgerald con sequedad.

—No. —Jamey fue recorriéndonos uno a uno con la mirada—. Conoce a Cathy, a Kirsty y a la enfermera.

Jill se inclinó un poco hacia mí y me dijo en voz baja:

—No te preocupes, te acompañaré al aparcamiento.

—Gracias. —Ví que la secretaria anotaba en el acta lo que Jamey acababa de decir.

—Gracias, Jamey —dijo la mujer que presidía la reunión—. Bueno, parece ser que hemos iniciado las presentaciones un poco antes de tiempo debido a la advertencia de Jamey, así que continuemos con ellas. Yo soy Kim Stacey, presido esta reunión y me he encargado de organizarla; junto a mí se sienta Hannah Giles, la secretaria que va a encargarse de redactar el acta.

La aludida dejó de tomar nota por un momento para alzar la mirada y saludarnos con una sonrisa, y proseguimos con las presentaciones. Aparte de Kim y de Hannah estaban presentes las tres personas a las que yo conocía (Jamey, Jill y el señor Fitzgerald) y las tres mujeres restantes eran Kirsty, el enlace policial, y dos enfermeras (una comunitaria, la otra escolar).

Kim me miró cuando concluyeron las presentaciones.

—Cathy, ¿podrías empezar diciéndonos qué tal le va a Reece? Llegó a tu casa en enero después de ser trasladado en varias ocasiones.

—Sí, así es.

Enderecé la espalda y miré a toda aquella gente. A pesar de haber asistido a

cientos de reuniones en los veintipico años que llevaba cuidando a niños de acogida, todavía me ponía un poco nerviosa cuando me daban el turno de palabra. Sabía que debía acordarme de hablar despacio, porque a veces empiezo a tomar carrerilla cuando estoy nerviosa y no hay quien me entienda.

—Reece se ha aclimatado muy bien y su comportamiento ha mejorado muchísimo. Todavía hay que recordarle de vez en cuando lo que es aceptable y lo que no, pero quiere hacer lo correcto y acepta las normas que le he marcado; come y duerme bien, y participa en las actividades familiares; le gusta ir al cine, patinar sobre hielo y jugar en el parque. Cuando llegó a mi casa, daba la impresión de que no se le había dado responsabilidad alguna sobre sí mismo y no sabía hacer casi nada, ahora se encarga de su propia higiene y sabe vestirse solo. Es un niño que tiene necesidades especiales, pero está dispuesto a aprender y puede ir haciéndolo poco a poco. A menudo busca la confirmación de que está haciendo algo bien, aunque se trate de una tarea bastante simple; ahora está aprendiendo a atarse los cordones de los zapatos. Siempre le llevo de la mano cuando salimos a la calle, ya que no tiene noción del peligro; en cuanto a su aprendizaje, aún le queda un largo camino por recorrer, y fue hace apenas unos días cuando se encontró una nueva escuela para él. —Le lancé una mirada al señor Fitzgerald, quien me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza—. Hemos tenido varios incidentes de conducta sexualizada, y he informado al respecto al trabajador social que lleva su caso. Aunque es un niño cariñoso, Reece puede ponerse hiperactivo, así que me he asegurado de que haga algo de ejercicio a diario. Y también soy cuidadosa en cuanto a su dieta. —Miré a Kim, que asintió y sonrió—. Reece comprende más o menos por qué está en acogida y huelga decir que hablaré más a fondo del tema con él conforme vaya pasando el tiempo; aun así, lo de estar en acogida parece ser algo normal para él, ya que todos sus hermanastros lo están también. Reece y yo vemos a Susie, una de sus hermanastras, y a la cuidadora de esta cada tres semanas, pero él no menciona nunca a Susie entre encuentro y encuentro a pesar de lo mucho que disfruta cuando están juntos.

—¿Menciona a sus padres? —me preguntó Kim.

—No, jamás lo hace. Si le pregunto algo sobre su hogar familiar, algo así como: «¿Tenías un jardín?», él contesta: «No lo sé».

—Sí, yo mismo lo he presenciado —asintió Jamey—. Cuando fui a verle a casa de Cathy e intenté hablar con él, recurrió a ese «No lo sé» como medida de evasión. Yo creo que su madre le ha hecho jurar que guardará silencio,

puede que incluso le haya amenazado.

—Sí, de eso no hay duda —afirmó Kim—. He conocido a Tracey, y puede ser intimidatoria cuando se enfada. Jamás entenderé por qué ha tenido tantos hijos sabiendo que no podía cuidarlos.

Esa era una buena pregunta que seguro que muchos de los presentes también se habían hecho, pero se trataba de una opinión personal y no formaba parte de la reunión.

—Cathy, ¿tú crees que Reece le tiene miedo a su madre? —añadió ella.

Yo me tomé unos segundos para reflexionar al respecto antes de contestar.

—Es difícil de decir. Cuando me encargaba de llevarlo y traerlo de las visitas para ver a sus padres, me dio la impresión de que tiene una relación mucho mejor con el padre que con la madre.

—¿Ahora ya no le ves con ellos?

—No, una acompañante se encarga de llevarlo y de traerlo de regreso a casa.

—Se estimó que no era seguro para ella seguir llevándolo —apostilló Jamey—. Tracey se negaba a despedirse de Reece en el interior del edificio, y Cathy fue objeto de multitud de amenazas y de agresiones verbales en el aparcamiento.

—Ya veo —dijo Kim.

Me di cuenta de que el señor Fitzgerald me miraba con cara de suma preocupación; saltaba a la vista que estaba muy inquieto por lo que estaba oyendo, y con toda la razón.

—Gracias, Cathy —añadió ella—, y gracias también por cuidar tan bien a Reece.

Sonreí y me relajé, porque, aunque más tarde iba a poder aportar mis puntos de vista, había dejado de ser el centro de atención y todas las miradas pasaron a centrarse en Jamey.

—James, por favor, ¿podrías hablarnos de Reece y de su familia? —le pidió Kim.

Él ya había logrado recobrar la calma tras su encontronazo previo con Tracey; adoptando su habitual actitud tranquila y relajada, dijo con languidez:

—Reece pasó a estar en régimen de acogimiento familiar mediante una orden de tutela provisional, y me asignaron su caso a principios de año. Yo me tomé una excedencia hasta finales de febrero, así que todavía estoy familiarizándome con el caso. Los otros hermanos también me los asignaron a

mí. La familia cuenta con un largo historial, los servicios sociales los conocen desde hace unos quince años. Estoy recopilando toda la información que existe sobre este caso, y hasta el momento he encontrado archivos en cinco edificios. La familia ha ido de acá para allá, tanto en este condado como en otros, lo que explica por qué no ha habido una continuidad ni una visión general de la situación; de haberlas habido, creo que tanto Reece como Susie habrían sido puestos en acogida hace años. En la familia hay antecedentes de violencia, tanto en la casa como fuera; Scott, el padre de Reece, ha cumplido varias condenas en prisión por agresión bajo los efectos del alcohol y un pedófilo como mínimo ha estado yendo a la casa, aunque nadie sabe con qué propósito. Tracey es agresiva y volátil y en el pasado ha agredido a trabajadores sociales, profesores, cuidadores, agentes de policía, otros adultos e incluso a niños. La han arrestado muchas veces, pero jamás ha sido sentenciada.

—¿Por qué no? —le preguntó Kim muy sorprendida.

—No lo sé. Puede que la oficial de enlace de la policía pueda ayudarnos en ese sentido, pero yo diría que Tracey monta semejantes follones y grita tan fuerte que la policía y todos los demás están deseando sacarla cuanto antes del edificio, tal y como nos ha pasado aquí. He encontrado en los archivos más de cien incidentes en los que se avisó a la policía por refriegas en las que ella estaba involucrada.

Kirsty, la oficial de enlace de la policía, asintió antes de admitir:

—Sí, puede que tengas razón en eso de querer sacarla de la comisaría. Siempre hay, como mínimo, una acusación suya pendiente de investigación donde acusa a algún agente de haberla agredido, a lo largo de los años hemos recibido cientos de esas quejas formales; aunque sabemos que son mentira nos vemos obligados a seguir el largo y costoso proceso que supone investigarlas, y en ocasiones los agentes en cuestión deben ser suspendidos de sus funciones mientras dura la investigación. Esa mujer conoce sus derechos y sabe cómo manipular el sistema en su propio beneficio, amenazar y acusar a la policía se ha convertido en un trabajo a tiempo completo para ella. Nosotros creemos que le gusta llamar la atención. Y los hijos mayores están imitando ese comportamiento, sobre todo Sharon.

Kim asintió con tristeza, y hubo un largo silencio mientras todos reflexionábamos sobre lo que acababa de contarnos Kirsty. Me parecía una situación horrible, sobre todo si los hijos estaban siguiendo los pasos de la madre a pesar de haber sido puestos en acogida y de haber tenido la

oportunidad de empezar de cero.

Fue Jamey quien tomó de nuevo la palabra cuando Kim le hizo un gesto de asentimiento para que prosiguiera.

—He encontrado el informe de un psicólogo de hace diez años, e incluso en aquel entonces ya se indica que Tracey tiene una comprensión escasa de la realidad y que su coeficiente intelectual es equivalente al de una niña de ocho años. Tanto ella como sus hijos... Sharon, Brad, Sean, Reece y Susie... tienen problemas de aprendizaje. La única que no los tiene es Lisa, que vive con su tía.

—¿Lisa es hija de otro padre?

La pregunta se la hizo Kim; al igual que a mí, también se le había ocurrido que la explicación podría estar en que los genes del padre eran otros.

—Sí —le contestó Jamey—, pero los demás tampoco son hijos del mismo padre.

—¿Quiénes son los otros padres? ¿Lo sabemos?

—No. El de Reece es el único cuyo nombre figura en el certificado de nacimiento.

—¿Por qué?

—Parece ser que él insistió en que su nombre apareciera en el certificado, pero no sé por qué no están los de los demás. Puede que los hombres en cuestión ni se enteraran de que habían sido padres, porque Tracey no tenía una relación con ninguno de ellos; que yo sepa, ni siquiera nos constan sus nombres.

—Ya veo. Gracias, James —le dijo Kim—. Prosigue, por favor.

—No he ido al hogar familiar, pero he leído una buena cantidad de informes de compañeros que sí que han estado allí. La casa siempre estaba muy sucia y nadie se encargaba de cuidar a Susie y a Reece, a veces ni les daban de comer; la nevera y los armarios de la cocina siempre estaban vacíos, nunca había comida; tampoco había alfombras, y apenas había muebles aparte de una televisión de pantalla grande que Reece veía a todas horas; Susie pasaba buena parte del día chupándose el dedo y meciéndose en el colchón donde dormía; Reece, por su parte, dormía en ese mismo colchón o sobre unas mantas; la calefacción no estaba puesta casi nunca en invierno, y desde el nacimiento de Reece mis compañeros hicieron constar en sus informes que se veían signos preocupantes de grave negligencia y abandono. A Reece y a Susie los sacaron finalmente de allí después de la agresión que esta sufrió a manos

de Tracey, y también porque el pedófilo seguía yendo a la casa a pesar de que Tracey había sido advertida al respecto.

—Supongo que Tracey no sabrá en qué colegio está estudiando Reece, ¿verdad? —dijo el señor Fitzgerald.

—No se le facilitará esa información, pero es posible que lo averigüe por su cuenta —admitió Jamey.

—¿Cómo? —Más que preguntarlo, el director estaba exigiendo saberlo.

—Reece podría decírselo durante una de las visitas, o ella podría oír algún cotilleo al respecto. Es una mujer muy conocida en su barrio, que está a un kilómetro escaso del colegio y de la casa de Cathy.

—¿Creen prudente que Reece viva tan cerca de su madre?

Era obvio que el señor Fitzgerald estaba muy preocupado. Yo miré tanto a Jamey como a Kim, y fue él quien contestó.

—No, pero el equipo encargado de asignarle una familia de acogida a Reece estaba quedándose sin opciones. Era necesario que tuviera un cuidador muy experimentado, y Cathy era la única en todo el condado que estaba disponible y que encajaba en el perfil que estaban buscando.

—¿Qué pasa si su madre se presenta en el colegio? —insistió el señor Fitzgerald.

—Puede intentar hablar con ella en la entrada, pero no la deje entrar en el edificio —le advirtió Jamey—. Tan solo puede ver a Reece en las visitas supervisadas. Si se niega a marcharse, avise a la policía.

La oficial de enlace alzó los ojos al cielo, como implorando ayuda divina.

Tom Fitzgerald estaba visiblemente impactado por todo lo que había oído, y su reacción me parecía comprensible. La mayoría de los casos relativos a niños de acogida no eran tan difíciles, y las madres biológicas cooperaban en ocasiones con el colegio y acompañaban a las familias de acogida a las funciones escolares y a las reuniones de padres.

—Señora Glass, ¿podría asegurarse de que Reece no sepa cómo se llama el colegio? —me pidió él.

—Haré lo que pueda.

A pesar de mi respuesta, era consciente de que iba a ser una tarea difícil. El niño iba a preguntarme tarde o temprano cómo se llamaba su cole, ¿qué se suponía que iba a contestar yo?; ¿me inventaba un nombre o le decía que no lo sabía? Además, Tracey conocía la zona y debía de saber que tan solo había tres colegios de primaria para elegir, así que no tardaría demasiado en

averiguar cuál era el de Reece si esperaba sucesivamente cerca de la puerta de cada uno de ellos a las 15:20.

—Tendré que alertar al personal del colegio. —Fue como si el director me hubiera leído el pensamiento, porque entonces añadió—: Y quizás sería buena idea que usted pasara a recogerle un poco antes, señora Glass. ¿Le va bien a las tres en punto?

—Sí, como usted quiera.

Pero eso significaba que Reece iba a ser diferente de nuevo del resto de sus compañeros, tal y como pasaba cuando tenía que estar acompañado constantemente en clase de educación física o cuando yo le dejaba en la recepción y entraba a recogerlo allí en vez de emplear el patio.

—A partir de hoy mismo, por favor —añadió antes de mirar a Kim—. ¿Podría presentar mi informe ya? Se me hace tarde, debería regresar cuanto antes al colegio. —Esperó a verla asentir antes de proseguir—. No tengo gran cosa que aportar, ya que este es apenas el tercer día que Reece pasa con nosotros, pero debo decir que la forma en que me vi obligado a admitirle en mi centro fue un verdadero abuso. —Excepto Jamey y yo misma, todos los demás lo miraron con expresión interrogante porque no entendían a qué se refería, y él dio una breve explicación—. El juez de este caso dictaminó que el departamento de educación debía encargarse de que Reece ingresara en un colegio de inmediato, eligieron el mío por el mero hecho de que había una plaza libre y está en la zona donde el niño vive ahora. Me vi obligado a admitirle.

Nadie comentó nada al respecto, ya que entre las funciones del comité no estaba la de emitir un juicio sobre ese tema. Pero la secretaria anotó sus comentarios en el acta.

—Aun así —prosiguió él—, aunque no creo que el mío sea el centro más apropiado para un niño que tiene un historial escolar como el suyo, estamos esforzándonos por hacerlo lo mejor posible; además, su cuidadora me ha asegurado que su comportamiento ha mejorado. El nivel de Reece es el que suele verse en primero de primaria, estoy hablando de niños de unos cuatro años y medio. Tiene que ir avanzando hacia el siguiente nivel y cuenta con el apoyo de una profesora auxiliar en todo momento, incluso a la hora de comer y en el patio.

Procedió a exponer los resultados de unas pruebas que le habían hecho a Reece en el colegio donde había estado anteriormente (unos resultados que

reflejaban las carencias que tenía), y entonces dijo que lo que más le preocupaba eran los problemas de comportamiento que había tenido Reece en el pasado, sobre todo teniendo en cuenta que ya había habido dos incidentes de naturaleza sexual.

Kim le interrumpió para preguntarle acerca de dichos incidentes y, una vez que él relató lo sucedido, nos miró a Jamey y a mí para que aportáramos más datos. Él explicó que Reece había sido expuesto a comportamientos sexuales inapropiados en el hogar familiar y que los servicios sociales sabían que había visto películas pornográficas, pero añadió que nadie sabía con certeza qué era lo que había estado ocurriendo en aquella casa.

—¿Crees que ha sufrido abusos sexuales? —le preguntó ella.

—De momento es imposible saberlo con certeza. Se está investigando a Scott, el padre de Reece, por unas alegaciones que Susie hizo en su contra. No hay nada que indique que Scott haya abusado también de Reece, aunque la posibilidad existe.

—¡No puede ser que su propio padre abusara de él! —exclamó Kim asqueada.

—No podemos descartarlo —alegó Jamey.

Aunque el señor Fitzgerald parecía estar profundamente horrorizado, tanto Jamey como yo sabíamos que ese tipo de abuso tan horrendo sucede a veces en el seno de una familia, que incluso un padre puede llegar a abusar de su propio hijo.

—Y no debemos olvidar que un pedófilo iba a esa casa —añadió Jamey.

—¿Crees que Reece ha sufrido abusos sexuales?

Kim me hizo esa pregunta a mí, y yo no tuve más remedio que darle la razón a Jamey.

—No lo sé, es posible. Reece puede tocar de forma inapropiada, pero no hemos vuelto a ver una conducta abiertamente sexualizada en él desde aquel incidente del principio. Yo creo que no le contará nada a nadie hasta dentro de mucho tiempo, porque da la impresión de que Tracey todavía ejerce bastante control sobre él.

Kim asintió.

—Gracias, Cathy.

La secretaria siguió tomando nota de todo y el señor Fitzgerald dio fin a su aportación de forma similar a como la había iniciado: dijo que, dado que Reece tan solo llevaba unos días escasos en su colegio, todavía era demasiado

pronto para juzgar si estaba progresando, pero que estaban esforzándose por hacer las cosas lo mejor posible.

Kim le dio las gracias por haber asistido a la reunión y él procedió a marcharse. A continuación se les pidió a las enfermeras que presentaran sus respectivos informes, y ambas fueron bastante sucintas. La comunitaria confirmó que las vacunaciones de Reece estaban al día, y que tanto su peso como su altura entraban dentro de los parámetros normales; explicó que hacía un año que conocía a la familia, que después de su primera visita a la casa ya había señalado varios aspectos preocupantes en lo que a Reece y a Susie se refería, y que se alegraba de que los niños estuvieran en acogida y recibiendo los cuidados adecuados. En cuanto a la enfermera escolar, dijo que aún no conocía a Reece, pero que le vería durante la visita al colegio que tenía programada para después de Semana Santa; comentó que le examinaría la vista y el oído, al igual que al resto de los niños de su curso.

Tan solo quedaba oír la aportación de Kirsty, la oficial de enlace de la policía, quien ya había intervenido brevemente al hablar de las intervenciones policiales recientes. Empezó su turno remitiéndose al informe que había aportado para el dossier, y todos procedimos a buscarlo; en cada una de sus páginas aparecía un listado de fechas a mano izquierda con un párrafo correspondiente a mano derecha donde se detallaba el incidente por el que se había avisado a la policía.

Ella fue haciendo un resumen mientras nosotros leíamos la información, la verdad es que aquel resumen era un impactante indicador de la enorme cantidad de veces que la policía había tenido que intervenir en asuntos relacionados con aquella familia. Se enumeraban veinticuatro incidentes y eso tan solo en los últimos tres meses, desde que los servicios de atención al menor habían celebrado la última reunión relativa al caso a principios de año. Sharon, la hija mayor de Tracey, vivía en una unidad residencial para adolescentes del condado y aparecía en numerosas ocasiones, al igual que la propia Tracey. La joven había sido detenida en la calle por estar borracha y drogada, y también por agredir a un viandante; lo que se había hecho en esos casos era dejarla un rato en la comisaría para que se serenara antes de llevarla de vuelta a la unidad residencial. En dos ocasiones, al ser trasladada a la comisaría, había golpeado a algún agente y después les había acusado de agredirla y había amenazado con contactar con el abogado de su madre para que los denunciara. En otra ocasión la habían encontrado en un parque infantil

a medianoche, llorando histérica después de haber intentado cortarse las venas, y la policía la había llevado al hospital. Se le había dado el alta después de suturarle la herida y se le había ofrecido apoyo psicológico, pero ella lo había rechazado.

—Todos los hermanos han recibido ese ofrecimiento, pero ninguno de ellos lo ha aceptado —afirmó Kirsty.

La siguiente lista de incidentes enumeraba las agresiones de Tracey contra una doctora, un trabajador social, viandantes, el dependiente de una tienda, una antigua profesora de Reece, vecinos, Scott y Susie. En cada ocasión, cuando se había avisado a la policía, los agentes se habían visto obligados a sujetarla, lo que la había llevado entonces a acusarlos de agresión. La habían llevado a comisaría seis veces en aquellos tres meses, pero la habían dejado ir tras hacerle una advertencia verbal. Sharon y ella habían sido detenidas juntas en dos ocasiones en la calle principal a altas horas de la noche, completamente borrachas, y el segundo de esos incidentes había ocurrido a principios de febrero, un par de semanas después de que Reece viniera a vivir conmigo. Cuando los agentes les habían preguntado qué estaban haciendo, ellas habían contestado que se dirigían a la casa de «la nueva cuidadora de Reece», pero Kirsty no sabía si realmente estaban enteradas de mi dirección o si era un farol.

Kim soltó un sonoro suspiro y me dijo con semblante serio:

—Si algún miembro de la familia aparece por tu casa, llama de inmediato a la policía.

—Sí, por supuesto. —No dudaría en hacerlo.

—Y yo de ti también me andaría con cuidado en la calle principal —me aconsejó Kirsty—. Tracey y Sharon están a menudo por esa zona, tanto de día como de noche.

—De acuerdo. —Tal y como estaban las cosas, cabía preguntarse si habría algún lugar realmente libre de riesgo.

—¿No se supone que Sharon debe estar de vuelta en la unidad residencial antes de las nueve y media de la noche? —preguntó Kim.

Kirsty asintió.

—Sí, pero siempre incumple esa norma y no hay nada que ellos puedan hacer al respecto. No se trata de una unidad con seguridad especial, no pueden mantenerla encerrada.

En los dos incidentes siguientes que aparecían en el informe, se había

avisado a la policía por peleas de Sharon con compañeras de la unidad residencial; aunque la joven no era el motivo de aquella reunión, el informe de Kirsty era importante para la comisión porque ayudaba a enmarcar a Reece dentro de una visión más amplia de la familia.

En las cinco últimas fechas de la lista se hacía referencia a incidentes en los que la policía había tenido que acudir a las oficinas municipales porque Tracey, a pesar de haber sido expulsada de las instalaciones por los guardias de seguridad, se había negado a marcharse del aparcamiento; al parecer, era una costumbre en ella permanecer al acecho allí y abordar a quienes entraban y salían del edificio.

Kirsty se detuvo al llegar al final de su informe y la sala quedó sumida en un profundo silencio.

—¡Madre de Dios! —me susurró Jill.

—Sí, menos mal que el director no está aquí para oír todo esto.

—Y que lo digas.

—¡Qué horror! —exclamó finalmente Kim, antes de mirar a Jamey—. ¿Cuáles son los planes a largo plazo para Reece?

—Suponiendo que se nos dé la tutela de forma definitiva en la vista final que se celebrará en septiembre, le buscaremos una familia de acogida con la que pueda quedarse a largo plazo, y que esté lo más lejos posible de esta zona. Esperamos que Susie y él sean los que se puedan salvar de todo esto gracias a nuestros esfuerzos.

Kim asintió antes de preguntar:

—¿Alguien quiere añadir algo más?

—Es una lástima que a Sharon no se la pueda trasladar lejos de aquí, para alejarla de la nefasta influencia de Tracey —afirmó Kirsty—. Pero supongo que ya es demasiado tarde.

—Sí, ella ya tiene dieciocho años y en breve dejará de estar en régimen de acogimiento —dijo Jamey—. Tengo entendido que quiere regresar a la casa de su madre, y no hay nada que podamos hacer para impedirselo.

—¿El pedófilo sigue yendo a esa casa? —le preguntó Kim con preocupación.

—Sí, ese es uno de los motivos por los que Sharon quiere regresar a ese lugar; según ella, se gustan mutuamente.

A mí se me revolvió el estómago y oí suspirar a Jill. Aquel caso cada vez empeoraba más y más.

—Se sospecha que Scott también ha estado manteniendo una relación sexual con ella —añadió Jamey—, pero no tenemos pruebas que lo demuestren.

—Sí, así es —apostilló Kirsty—. Sharon presentó una denuncia contra Scott hace cerca de un año, pero la retiró porque Tracey la presionó. Lo último que sé es que Sharon ha dicho que está embarazada.

—Sí, pero eso podrían ser fantasías tuyas —alegó él—. No es la primera vez que dice algo así, esperemos que en esta ocasión tampoco sea cierto.

Nos quedamos de nuevo en silencio. Estaba claro que la cantidad de abusos que se perpetraban en aquella familia, ya fueran de una u otra índole, parecía no tener fin. Me gustaría poder decir que nunca había oído nada igual, pero, lamentablemente, ya me había encontrado antes con casos similares; no muy a menudo, por suerte, pero hay familias que parece que se burlan de todas las normas de moralidad habidas y por haber y que viven a un nivel básico, prácticamente salvaje.

Tan solo quedaba ya que la comisión cumpliera el trámite de borrar a Reece del registro de protección del menor eliminando su nombre de allí, dado que ya no vivía en el hogar familiar y no necesitaba la supervisión ni la protección que tenía por estar en dicho registro. Kim fue preguntándonos uno a uno si estábamos de acuerdo con que dejara de estar registrado allí, y la respuesta afirmativa fue unánime. Todo ello se hizo constar debidamente en el acta. A continuación nos dio las gracias por haber asistido a la reunión, y comentó de nuevo que se trataba de un caso muy lamentable; entonces me dio las gracias por todo lo que estaba haciendo por Reece y, cuando todos estábamos levantándonos de nuestros respectivos asientos, preguntó quién más iba a salir del edificio aparte de ella.

Kirsty, Jill, las enfermeras y yo misma alzamos la mano, así que todas juntas salimos de la sala de reuniones y bajamos al vestíbulo. Los dos guardias de seguridad aún estaban apostados en la puerta, y Kim les preguntó si Tracey estaba por allí.

—Creemos que sí —contestó uno de ellos.

Todas permanecemos alerta al salir del edificio y, aunque el grupito se dispersó cuando fuimos en busca de nuestros respectivos coches, Jill me acompañó hasta el mío y esperó a que me fuera.

Conduje de vuelta a casa apesadumbrada y embargada por una profunda tristeza, no podía dejar de pensar en Reece y en la vida que había llevado antes de estar en acogida. El hecho de que no fuera la primera familia de ese

tipo de la que tenía constancia no me facilitaba en nada las cosas, cada niño es una persona individual que lleva a costas su propio sufrimiento; de hecho, en vez de facilitarlas las complicaba aún más en cierto modo, ya que todo el trabajo realizado parecía un poco inútil, una gotita en un enorme océano. Los servicios sociales habían estado intentando ayudar a la familia de Tracey durante años y, a juzgar por lo que acababa de oír en la reunión, sus esfuerzos habían sido en vano. Y, aunque existía la posibilidad de que Reece y Susie escaparan de ese ciclo de abuso por ser pequeños, había que pensar en el daño que ya se les había hecho y en las supurantes heridas abiertas que tenían. No había duda de que a aquellos dos niños se les había infligido un sufrimiento enorme, y durante mucho tiempo. Reece debía de estar empezando a darse cuenta de que la vida que había llevado con su madre no era normal al compararla con la que tenía ahora al estar en acogida, pero, a menos que perdiera algo del miedo que le atenazaba y empezara a contar lo que había vivido, sus heridas seguirían supurando durante años.

A la una de la tarde, cuando enfilé por el camino de entrada de mi casa, todavía seguía inmersa en un sombrío estado de ánimo. Había sido una reunión larga y, aparte del vaso de agua, no había tomado nada desde que había desayunado a las siete de la mañana. Abrí la puerta principal deseando comer algo, sentarme y disfrutar de un rato de quietud, pero nada de eso iba a ser posible. La parpadeante luz del contestador automático indicaba que tenía un mensaje esperándome, y cuando presioné el botón para oírlo mi ánimo decayó aún más.

El mensaje lo había dejado Betty, la secretaria del colegio.

«Venga en cuanto oiga este mensaje, por favor. Reece le ha clavado un lápiz a un miembro del personal y ha sido expulsado».

UN DÍA DE «MAL HECHO»

La secretaria del colegio me había dejado el mensaje a las 11:37, así que había pasado más de una hora. Apenas me había dado tiempo de cerrar la puerta principal cuando ya estaba abriéndola de nuevo y caminando a toda prisa hacia el coche. Conduje bastante rápido sin poder dar crédito a lo que estaba pasando, estaba acalorada y tenía unas ligeras náuseas. El director del colegio había salido de la reunión a las 11:15, así que deduje que el incidente había ocurrido mientras él todavía estaba con nosotros y que a su regreso al centro se había encargado del asunto mediante la orden de expulsión.

Llegué al colegio cuando estaba terminando el descanso del mediodía para comer, y los niños estaban formando las filas en el patio antes de dirigirse a sus respectivas aulas. Llamé al interfono y el portón se abrió sin que tuviera que dar mi nombre; de igual forma, la puerta del edificio principal se abrió desde dentro cuando aún estaba subiendo los escalones y salió a recibirme Betty, la secretaria. Su despacho daba a la entrada principal, y deduje que había estado pendiente de mi llegada desde allí.

—El director quiere verla de inmediato, está en su despacho —me dijo—. Usted ya conoce el camino, ¿verdad? Siga el pasillo y tuerza a la izquierda.

—Gracias.

Abrí la puerta con las coloridas cartulinas de *Bienvenidos* y me dirigí por el pasillo hacia el despacho. Llamé a la puerta, que estaba cerrada, y el señor Fitzgerald contestó desde dentro con brusquedad.

—¡Adelante!

Estaba sentado tras su enorme escritorio, hablando por teléfono, y me indicó con un gesto el sillón situado frente a él. Yo me senté, y me di cuenta de que

eludió mi mirada mientras concluía su conversación telefónica; de hecho, no me miró ni una sola vez hasta que colgó, y cuando lo hizo no había ni pizca de calidez en sus ojos.

—Señora Glass, mientras usted y yo estábamos en la reunión, aquí ha ocurrido un incidente muy grave. Mi subdirectora ha lidiado con el asunto lo mejor que ha podido, pero todo el mundo ha quedado conmocionado.

Le sostuve la mirada y esperé a que procediera a relatármelo.

—Ha sucedido cuando la señora Morrison estaba ayudando a Reece durante una clase de ciencias. Él llevaba toda la clase incordiando cada dos por tres a Troy, el niño que se sienta a su lado; parece ser que le hincaba el dedo en el costado, y que se le acercaba y se ponía a gritarle en el oído. La señora Morrison le pidió numerosas veces que dejara de hacerlo, y cuando optó por sentarse entre ellos Reece le gritó: «¡Fuera de aquí, joder!» y le clavó el lápiz en el dorso de la mano. La afilada punta le rasgó la piel, así que la he mandado al hospital para que le pongan la vacuna contra el tétano.

Hizo una pausa, pero siguió sosteniéndome la mirada. Yo no sabía qué decir, pero mi expresión hablaba por sí sola y revelaba lo mortificada que me sentía.

—Todo el mundo está conmocionado —añadió él—. A los niños les ha afectado mucho ver cómo agredían así a un miembro tan querido del personal de este centro, y los gritos de Reece han empeorado aún más la situación. Estaba totalmente descontrolado, su profesora tardó diez minutos en lograr convencerlo de que saliera de la clase.

—¿Dónde está él en este momento? —le pregunté con semblante sombrío.

—En la sala de relajación, con mis otras dos profesoras auxiliares. Han tenido que dejar desatendidos a los niños con los que estaban trabajando, pero no podía dejar a una de ellas a solas con Reece. No sería seguro. Ese niño es peligroso, es un verdadero animal.

Al oír que Reece había sido segregado y que se le describía de semejante forma, mi primera reacción instintiva fue protegerlo y defenderlo, pero, dadas las circunstancias, ¿qué argumentos podría esgrimir? Estaba claro que se trataba de una agresión brutal contra una mujer encantadora que era la amabilidad personificada, una persona que se había esforzado mucho por cuidar de Reece y por ayudarle.

—Lo siento muchísimo —dije al fin—, la verdad es que no sé qué más puedo decir. ¿Se encuentra bien la señora Morrison?

—La llamaré por teléfono después, le he dicho que al salir del hospital se vaya a su casa. Aparte del impacto de la herida en sí, está muy afectada por el hecho de que Reece la haya agredido. Se lo ha tomado como algo personal. — Estaba observándome con atención, como esperando una explicación, pero yo no podía dársela porque no la tenía—. ¿Ha habido algún incidente similar con usted o con alguna de las familias de acogida anteriores? El trabajador social que lleva su caso me prometió esta mañana que me enviaría algo de información, pero todavía no he recibido nada.

Aunque quería defender a Reece todo lo posible, no me quedaba más remedio que ser sincera.

—Reece estaba muy confundido y enfadado cuando vino a vivir a mi casa. Al principio tuvimos algunos incidentes en los que se puso agresivo, pero respondió muy rápido y no ha vuelto a suceder nada parecido desde entonces. —Siguió observándome con ojos penetrantes, estaba claro que dudaba de la veracidad de mis palabras—. Como ya he dicho en la reunión de esta mañana, Reece se ha aclimatado extremadamente bien, aunque tengo claro de dónde procede esa clase de comportamiento. No hay duda de que ha recurrido al comportamiento que aprendió de su madre en el pasado.

—Sí, eso puedo entenderlo, pero no puedo permitir algo así en este colegio. He hablado con el director de educación, y Reece seguirá expulsado durante todo el día de hoy. Por regla general, expulsaría formalmente a un alumno por tres días después de un incidente como este, pero el director me ha aconsejado que no lo haga y en este caso voy a hacer ciertas concesiones por el terrible pasado de Reece, por el hecho de que acaba de entrar en este centro y porque la semana que viene tan solo hay tres días lectivos por el inicio de las vacaciones de Semana Santa. De modo que no voy a oficializar esta expulsión y podrá regresar al colegio el lunes, pero estaré vigilándole muy de cerca.

—Gracias, muchísimas gracias.

Estaba sinceramente agradecida. El hecho de que no se oficializara significaba que no iba a figurar en el expediente académico de Reece, quien lo último que necesitaba era otra expulsión.

—Señora Glass, debe dejarle muy claro a Reece que no voy a tolerar esa clase de conducta en el colegio. Esa agresividad es inaceptable y muy turbadora para todos. Cuando hablé con él parecía no darse ni cuenta de que le había hecho daño a la señora Morrison, y tampoco le veía nada de malo a haber tenido ese arranque de furia ni a emplear semejante lenguaje. Supongo

que su madre se comporta así.

—Sí, así es. Hablaré con él muy seriamente cuando llegemos a casa.

—Entiendo que Reece ha tenido un comienzo muy difícil en esta vida, pero para que su futuro sea prometedor va a tener que aprender a diferenciar lo que está bien de lo que está mal, y cambiar en consecuencia. Quienes están a su alrededor pueden llegar a asustarse muchísimo cuando se descontrola como lo ha hecho en clase, la señora Broom dice que temía por la seguridad de todos y que algunas de las niñas se han echado a llorar.

Yo no podía hacer más que disculparme de nuevo.

—Por favor, ¿podría decirle de mi parte a la señorita Broom cuánto lo lamento? Y también a la señora Morrison, cuando hable con ella. Voy a dejarle muy claro a Reece que ese comportamiento está mal y no puede repetirse nunca más, no sé por qué habrá actuado así hoy.

Él seguía mirándome como si no acabara de creerse que yo no tuviera una explicación para el comportamiento del niño. Era como si estuviera convencido de que yo debía de estar ocultándole algo, cuando en realidad no era así.

—De acuerdo —contestó al fin—. Bueno, ahora voy a llevarla a la sala de relajación para que se lo lleve. Yo ya he hablado con él sobre el incidente y le he explicado por qué va a irse a casa antes de tiempo, pero no sé hasta qué punto me ha entendido.

—Yo se lo explicaré también.

El señor Fitzgerald se puso en pie, rodeó el escritorio y se dirigió hacia la puerta. Mientras le seguía por el pasillo y pasamos junto a las puertas de varias aulas donde los alumnos ya estaban en clase, lancé una mirada al interior y vi con envidia los grupitos de niños sentados alrededor de las mesas, trabajando juntos mientras los profesores caminaban de acá para allá ofreciendo consejos y ayuda. Me habría encantado ver a Reece allí, trabajando tan contento junto con sus compañeros, pero eso era algo que no iba a suceder esa tarde; de hecho, en el fondo me preguntaba si realmente llegaría a suceder alguna vez.

El señor Fitzgerald abrió la puerta de la sala de relajación y al entrar tras él vi a Reece pintando en una pequeña mesa, flanqueado por las dos profesoras auxiliares. Alzó la mirada al oír nuestra llegada y esbozó una gran sonrisa, era obvio que se alegraba de verme y daba la impresión de que no tenía ni idea del motivo de mi presencia allí.

—¡Hola, Cathy! —Agitó el pincel en el aire—. ¡Mira, he *pintao* una araña muy grande con patas peludas!

Lo primero que me vino a la cabeza fue que no entendía por qué le habían permitido disfrutar de una de sus actividades preferidas, pintar, cuando se suponía que le habían regañado por haberse portado mal. El colegio había premiado su mal comportamiento al dejarle pintar, y el mensaje que se le había transmitido era que si le clavaba un lápiz a alguien lo sacarían de la clase y podría pasárselo en grande pintando solito. Me parecía increíble que aquella gente no fuera consciente de eso.

—Sí, ya lo veo —le contesté, sin mostrar ni el más mínimo interés por el dibujo. Yo siempre reaccionaba con entusiasmo y le alentaba cuando me enseñaba sus manualidades, pero en esa ocasión no lo hice porque iba a reprenderle—. Reece, ¿sabes por qué estoy aquí? Todavía no han terminado las clases, ¿verdad?

—No. —Volvió a meter el pincel en el bote de pintura—. ¿Por qué estás aquí, Cathy?

El director permanecía de pie a cierta distancia, y las dos profesoras auxiliares estaban observándonos a Reece y a mí con actitud expectante. Yo esperaba que alguien se hubiera encargado de regañar a Reece en el momento del incidente y que no se hubieran limitado a dejarme la tarea a mí, porque había pasado tanto tiempo que nada de lo que yo pudiera decir iba a ejercer un efecto real sobre él. Tratándose de niños, y más aún si son niños con problemas de comportamiento, a la causa tiene que seguirle de inmediato su efecto: cuando se portan mal hay que castigarlos privándoles en ese mismo momento de algo que les guste o de algún privilegio, y hay que explicarles el porqué de ese castigo. Yo no habría permitido que Reece pintara ni mucho menos.

—Reece, suelta ese pincel, por favor —le dije con firmeza—. Nos vamos a casa antes de hora por lo que le has hecho a la señora Morrison y por cómo le has hablado.

En vez de soltar el pincel, me miró sorprendido.

—¿Por qué nos vamos a casa, Cathy?

—Porque le has hecho daño a la señora Morrison con un lápiz y le has gritado cosas muy feas.

Al ver que se quedaba mirándome en silencio me di cuenta de que estaba intentando recordar el incidente, pero ya habían pasado unas dos horas y eso

era mucho tiempo para un niño que tiene dificultades de aprendizaje, más aún teniendo en cuenta que después había estado jugando y pintando tan tranquilo.

—¿Ah, sí?

Sonrió de oreja a oreja, y tanto el director como las dos profesoras me miraron y esperaron a ver cuál era mi respuesta.

—¡No tiene gracia! —le espeté yo con sequedad—. ¡Le has hecho daño a la señora Morrison y ha tenido que ir al hospital! Suelta ahora mismo ese pincel, vamos a ir a por tu abrigo y después nos vamos a casa. Tengo que hablar contigo.

Reece metió el pincel en el bote de pintura, se puso de pie, se acercó en silencio y se detuvo junto a mí.

—No estoy nada contenta, Reece. Me han contado que te has portado muy mal. Ahora vas a pedirle perdón al señor Fitzgerald, y el lunes te disculparás también con la señora Morrison y con la señorita Broom.

—Perdón.

El miedo que se reflejaba tanto en los ojos del director como en los de las profesoras se atenuó un poco. Porque era miedo lo que yo había visto reflejado en sus rostros al entrar en la sala, lo que había hecho que él mantuviera las distancias con Reece y que ellas complacieran al niño y lo mantuvieran entretenido. Y ese miedo también lo había visto Reece, quien tenía el ejemplo de su madre, una mujer que empleaba la agresividad y los gritos para inspirar temor. Estaba convencida de que era él quien había tenido el control de la situación en la clase, y que lo había tenido también en la sala de relajación antes de mi llegada. Y no había duda de que él seguiría insistiendo y poniendo a prueba los límites en el colegio hasta que alguien le plantara cara.

El señor Fitzgerald nos condujo al vestidor y, una vez que Reece se puso el abrigo, nos acompañó hasta la puerta.

Yo permanecí callada durante el trayecto de regreso a casa para que tuviera tiempo de reflexionar sobre lo ocurrido y de darse cuenta de mi desaprobación. Cuando llegamos a casa, después de prepararme un té, lo conduje a la sala de estar, hice que se sentara, y procedí a hablar con él sobre lo que había pasado y le expliqué por qué ese tipo de comportamiento estaba tan mal. Cualquiera que se haya criado de forma digamos que «normal», alguien al que le han enseñado desde pequeño las normas del buen comportamiento, sabe que está mal hacerle daño a alguien de forma

deliberada. Pero ese no era el caso de Reece, quien se había criado en el seno de una familia altamente disfuncional y en la que, a juzgar por lo que se había dicho durante la reunión de esa mañana, la violencia se veía como algo aceptable que formaba parte de la vida cotidiana. De modo que para él no tenía importancia alguna agredir a alguien en un ataque de ira, ya que era algo que sin duda le había visto hacer a su madre en infinidad de ocasiones.

Él escuchó mis explicaciones y dijo que sí, que ese comportamiento estaba mal, tal y como había hecho cuando yo había hablado con él anteriormente sobre los incidentes sexuales; aun así, suspiré para mis adentros mientras le hablaba, porque tres incidentes en tres días no eran un buen comienzo precisamente. Estaba claro que el director no acababa de creerse lo que yo había dicho sobre la mejora que había experimentado el comportamiento de Reece en casa, y la verdad es que yo en su lugar también lo habría puesto en duda.

—Reece, le he dicho a toda la gente de la escuela que eres un niño muy bueno. No me falles, por favor.

—No, Cathy, no te fallaré. Estoy intentando ser un niño bueno, ¿de verdad que sí! —Me dio un gran abrazo.

No le impuse ninguna sanción adicional como castigo por su mala conducta, ya que era suficiente con el hecho de que le hubieran enviado de vuelta a casa antes de tiempo. A Reece le gustaba el colegio, y lamentaba que no le hubieran permitido quedarse hasta que terminaran las clases. Cuando Lucy y Paula llegaron a casa les contó que estaba triste porque había tenido que salir muy pronto del colegio, pero omitió el motivo; cuando ellas le preguntaron al respecto, se quedó muy callado y las miró como avergonzado, y yo vi esa reacción como algo positivo. Puede que él hubiera comprendido que se había portado mal y, por tanto, supiera que las chicas no aprobarían lo que había hecho si se lo contaba. Eso indicaría que, a diferencia de su madre, él sí que tenía algo de conciencia moral. Me llevé a las chicas a un aparte para explicarles lo que había pasado sin que él me oyera, y se horrorizaron tanto como yo al enterarme. Les pedí que no le dijeran nada al respecto a menos que él sacara a colación el tema, porque yo ya me había encargado de lidiar con la situación y teníamos que mirar hacia delante.

Esa tarde, después de que Sabrina pasara a recogerlo para llevarlo a ver a

sus padres, reservé por Internet una estancia de dos noches (tres días) para los cuatro en un precioso hotel de cuatro estrellas de Norfolk para las vacaciones de Semana Santa. Por regla general, no habría elegido algo tan lujoso, pero, dado que mi intención en un principio había sido pasar fuera la semana entera, el dinero que había ahorrado cubría las dos habitaciones por dos noches (las chicas iban a compartir una y Reece y yo la otra, ambas tenían dos camas individuales). Después de enviarle un correo electrónico a Jamey con el nombre y la dirección del hotel, respondí a uno que me había llegado de una tal Wendy Payne, una mujer que se presentó diciendo que era la curadora *ad litem* de Reece.

La curadora (o curador) *ad litem* es designada por el juez en causas de familia, y rinde cuentas directamente ante dicho juez. Visita a todas las partes implicadas y elabora un informe con sus conclusiones, aconseja al juez sobre lo que es mejor para el niño; de hecho, podría decirse que ese informe es el que más influencia tiene de entre todos los que se presentan ante el juez, y que este suele seguir las recomendaciones que vienen en él. Yo no conocía de nada a Wendy, así que Jamey debía de haberle pasado mi dirección de correo electrónico; en el mensaje me preguntaba si podía venir a casa el jueves, una vez que Reece ya hubiera empezado las vacaciones, y yo le contesté que no había ningún problema.

Esa tarde, cuando Reece regresó de ver a sus padres, le pregunté qué tal le había ido, tal y como hacía siempre. Él me dio a su vez la respuesta de siempre, el consabido «No lo sé». Había dejado de preguntarle acerca de su vida anterior, porque las preguntas que le había hecho a su llegada al respecto (sobre si tenía un cuarto propio en su casa y cosas así) estaban pensadas para ayudarle a aclimatarse y ya no eran necesarias. Llegado el momento, si Reece se sentía preparado para hablar con mayor profundidad, lo haría por iniciativa propia, ya que estaba empezando a confiar en mí. Se había apegado a mis hijas y a mí con rapidez (demasiada, de hecho, teniendo en cuenta que había vivido siete años con su madre), pero no sentía apego ninguno hacia su familia biológica. Cabía preguntarse qué habría estado pasando en esa casa para crear un niño que, al cabo de tres meses, parecía querernos más a nosotras que a su propia familia. Reece había empezado a decirnos que nos quería a finales de su segundo mes en casa, y añadía también cuánto le gustaban la casa y su dormitorio y lo bien que le caíamos nosotras tres; muchas veces, cuando regresaba de ver a sus padres, entraba como una tromba por la puerta y lo

primero que decía era: «¡Hogar, dulce hogar!».

El sábado disfrutamos de un día de relajación en casa, él disfrutó jugando en la terraza interior que hace las veces de sala de juegos y por la noche llamé a un restaurante para que nos trajeran comida china. El domingo le llevé a uno de nuestros habituales encuentros con su hermanastra Susie y la cuidadora de esta, Marie. El sol daba algo de calorcito por primera vez en lo que llevábamos de año, lo que indicaba que la primavera ya había llegado de verdad y el verano estaba a la vuelta de la esquina. Pasamos tres horas muy agradables en el parque que se había convertido en nuestro lugar de encuentro habitual, el dueño de la cafetería ya nos conocía y cuando fuimos a comer nos preguntó qué tal estábamos.

El lunes llegó en un abrir y cerrar de ojos, antes de darme cuenta estaba preparándole el uniforme a Reece y diciéndole que era hora de vestirse. No voy a negar que estaba nerviosa ante ese nuevo día de clase después de lo sucedido la semana pasada, pero el fin de semana había ido tan bien que me sentía optimista.

Y estaba claro que Reece compartía ese optimismo, porque durante el desayuno me dijo sonriente:

—¡Me gusta el cole! Me gusta mi profe, y me gusta la señora Morrison, y me gusta Troy.

—¡Qué bien! Entonces, para que ellos sepan que te sientes así, debes ser amable con ellos y tratarlos bien. La señora Morrison y la señorita Broom están ahí para ayudarte, y Troy quiere ser tu amigo. —A decir verdad, después del incidente del viernes, eso estaba por verse, pero yo no perdía la esperanza.

—Sí, ellos me gustan. Y a vosotras os quiero.

—Y nosotras a ti, cielo.

No estaba exagerando. Reece era tan vulnerable y podía ser tan dulce y cariñoso, que en el tiempo relativamente corto que llevaba con nosotras se había hecho un huequecito en nuestros corazones con suma facilidad.

En el coche, mientras llevaba a Reece al colegio, le recordé las normas básicas de buena conducta.

—No hace falta tocar a nadie, así no meterás la pata; haz caso a lo que te digan la señora Morrison y la señorita Broom; si tienes cualquier duda, si no

tienes claro algo, tú pregunta; ellas te ayudarán, ese es su trabajo.

Se me había ocurrido que el problema del viernes habría podido deberse en parte a que se había sentido confundido y se había puesto nervioso. Debido a sus problemas de aprendizaje, incluso las instrucciones más simples había que repetírselas tantas veces como hiciera falta y, por muy amable y bienintencionada que fuera la señora Morrison, lo cierto era que no tenía demasiada experiencia y puede que no hubiera llegado a comprender los problemas de Reece en toda su extensión. No es que yo estuviera intentando buscar excusas para justificar al niño (no había duda de que su comportamiento del viernes era completamente inaceptable), pero si se había sentido frustrado ante una tarea puede que hubiera expresado dicha frustración como solía hacerlo en el pasado: con furia y agresividad.

—Lo primero que vamos a hacer es pedirle perdón a la señora Morrison — le dije al bajar del coche—. Tienes que decirle que lo sientes y prometer que no volverás a hacer algo así nunca más. ¿De acuerdo, Reece?

—Sí, Cathy. De acuerdo.

—Buen chico.

Y cumplió con su palabra. La señora Morrison estaba esperándonos en la recepción, y lo primero que hizo él al verla fue decir:

—Lo siento, señora Morrison, no lo volveré a hacer.

Ella era una mujer realmente encantadora, estaba claro que había decidido pasar página y le contestó con una cálida sonrisa.

—¡Muy bien, eres un niño muy bueno! ¿Has pasado un buen fin de semana?

—Sí, gracias.

Yo la miré sonriente.

—Lo siento muchísimo. —Bajé la voz—. ¿Cómo tiene la mano?

Todavía llevaba una tirita en el dorso.

—Bien. Me dolió más la inyección que me pusieron, todavía no puedo sentarme —se dio unas palmaditas en el trasero y soltó una carcajada.

Yo me despedí de Reece, les deseé un buen día a ambos y esperé a que se fueran por la puerta de los *Bienvenidos* antes de regresar a mi coche.

Dado que Reece estaba en el cole, tenía tiempo para poder hacer algún curso de formación y me había apuntado a uno de cuatro horas de reciclaje sobre primeros auxilios. Al igual que la mayoría de los profesionales que trabajan con niños, quienes tenemos a nuestro cargo a niños de acogida estamos obligados a tener un certificado de primeros auxilios que debe

renovarse cada tres años. Aunque el mío aún estaba vigente, me vendría bien aprovechar ese pequeño curso de repaso organizado por el Ayuntamiento, así que después de dejar a Reece en el cole me dirigí a la sala parroquial donde se impartía. Al llegar encontré varios rostros conocidos y, después de servirme una taza de café y unas galletas, estuve charlando y poniéndome al día hasta las diez, la hora programada de inicio.

El curso lo impartía una enfermera muy jovial que hablaba de forma muy distendida; como era una especie de reciclaje, dio por hecho que todos teníamos unos conocimientos básicos y dedicó la sesión matinal a tratar los puntos esenciales sobre la actuación ante cortes, quemaduras, escaldaduras, intoxicaciones y ataques epilépticos, y sobre técnicas de RCP (reanimación cardiopulmonar) como el boca a boca y las compresiones torácicas. Durante la pausa de media hora que hicimos al mediodía para comer estuve charlando con otras cuidadoras, y la verdad es que disfruté con los sándwiches que nos dieron; no fui capaz de identificar de qué estaban rellenos algunos, pero todos estaban buenísimos y suponían un cambio agradable respecto a los de jamón y queso que solía hacerme por comodidad en casa.

La sesión de la tarde la dedicamos a practicar con maniqués de tamaño real lo que habíamos aprendido esa mañana: los vendamos, les pusimos el brazo en cabestrillo, tratamos cortes, los tranquilizamos con palabras de ánimo y nos arrodillamos para hacerles la reanimación boca a boca. Aunque nos echamos unas risas al intentar insuflarles aire a aquellos inertes maniqués (que permanecían tumbados boca arriba mirándonos con semblante acusador, pero, por suerte, no podían quejarse), yo era plenamente consciente de lo importante que era esa técnica. Unos diez años atrás, estaba en la calle principal cuando un hombre se había desplomado de repente frente a una tienda; resulta que había dejado de respirar, y otra mujer y yo le hicimos el boca a boca hasta que llegó la ambulancia. El paramédico nos dijo que no había duda de que le habíamos salvado la vida. Un año después vi a aquel hombre comprando con su mujer y, aunque huelga decir que él no me reconoció porque la vez anterior estaba inconsciente, yo me emocioné mucho al verlo. Aquel hombre no estaría allí, comprando con su mujer, de no ser por aquella técnica de respiración artificial.

A las dos, cuando terminó el curso y salí a la calle, encendí el móvil y sentí un alivio enorme al ver que no había recibido ningún mensaje del colegio. Durante la pausa para comer también había echado un vistazo y me había

sentido alentada pensando que Reece debía de haber pasado bien la mañana, así que me puse exultante al ver que las cosas seguían yendo bien por la tarde. Pasé un momento por casa para sacar algo del congelador para la cena y, tras asegurarme de que tampoco había ningún mensaje esperándome en el contestador, me fui para poder estar en el colegio a las tres.

Después de aparcar cerca del colegio donde solía hacerlo, fui hacia el portón de entrada, llamé al interfono y di mi nombre para que me abrieran. Atravesé el patio, que estaba desierto porque aún faltaban veinte minutos para que los demás alumnos terminaran las clases, y al llegar a la puerta de entrada del edificio principal llamé al interfono y entré en la recepción. Llevaba esperando unos cinco minutos allí cuando la señora Morrison y Reece aparecieron muy sonrientes por la puerta de los *Bienvenidos*.

—Lo ha hecho tan bien que le he premiado con una pegatina —dijo ella.

—¡Lo he hecho bien hecho! —afirmó él. Me mostró con orgullo la pegatina que llevaba en la camiseta, donde ponía *¡Bien hecho!*

—¡Genial! —les dije a ambos, antes de centrar la mirada en la señora Morrison—. Muchísimas gracias, no sabe cuánto me alegra ver que Reece va adaptándose.

—Hemos tenido un pequeño incidente en el patio, se ha puesto un poco más nervioso de la cuenta mientras jugaba, pero las supervisoras del comedor han manejado la situación y ahora comprende que tiene que tener un poco más de cuidado.

—Perfecto —dije sonriente. Seguro que a la mayoría de los alumnos había que recordarles en alguna ocasión que fueran cuidadosos.

Le felicité inmensamente cuando nos despedimos de la señora Morrison, y salimos del colegio rumbo al coche. Durante el trayecto de regreso a casa seguí con las muestras de aprobación mientras él parloteaba sin parar de su «día de bien hecho en el cole».

—A este trimestre solo le quedan dos días de clase, Reece. Luego vienen las vacaciones de Semana Santa. Vamos a pasar unos días en la playa.

—¿Qué playa?

—Una de Norfolk, un lugar de la costa este de Inglaterra. Iremos en el coche con Lucy y con Paula, y nos alojaremos en un hotel.

—¿Qué playa?

Le miré por el retrovisor.

—Una de un pueblecito costero de Norfolk.

—No, ¡que qué playa!

Lo dije en voz más alta e insistente y en ese momento me di cuenta de que lo que en realidad estaba preguntando era «¿Qué es una playa?». Seguramente no tenía ni idea, ya que nunca había ido de vacaciones ni había visto el mar.

—¿Quieres saber lo que es una playa?

—¡Sí!

Asintió vigorosamente, así que procedí a explicárselo. No era el primer niño de acogida al que cuidaba que no había ido nunca de vacaciones a la costa; aunque vivimos en una isla y estamos rodeados de mar, es increíble la cantidad de niños desfavorecidos que ni siquiera han hecho una excursión de un día a la playa.

Cuando Lucy y Paula llegaron a casa, él les contó una y otra vez que le habían dicho que «bien hecho» y que los cuatro íbamos a ir a la playa. Ellas le felicitaron por ese «bien hecho» en el colegio, pero al final se hartaron de oírle repetir sin descanso la descripción que yo le había dado de la playa.

—¿No podrías comprarle una gaviota de peluche para mantenerlo calladito? —dijo Lucy al final—. ¡Esos graznidos me están taladrando la cabeza!

Yo le había explicado a Reece que en la playa iba a ver unas aves que se llamaban gaviotas y resulta que él no solo recordaba haberlas visto en un episodio de *Blue Peter*, sino que también se acordaba de los graznidos que emitían y a lo largo de la tarde había ido perfeccionando su imitación.

Cuando me despedí de Reece en el colegio el martes por la mañana, tenía grandes esperanzas. Él aún seguía hablando de su lunes de «bien hecho», y tanto él como yo estábamos ilusionados pensando que le esperaba otro día similar. Yo estaba convencida de que el tropezón de la semana anterior se debía a que, ante el nerviosismo normal por tener que ir a un nuevo cole después de estar tanto tiempo alejado de las aulas, había recurrido a comportamientos aprendidos en el pasado. Empezar en un nuevo colegio es estresante incluso para el niño más preparado; de hecho, recuerdo la confusión y el nerviosismo que sentí yo misma cuando tuve que mudarme y cambiar de colegio. No puedo ni imaginar hasta qué punto debía de ser peor para un niño como Reece, que llevaba seis meses sin ir al colegio, que había sido trasladado de casa cinco veces... un niño cuya vida había tenido un comienzo tan traumático y que, por tanto, carecía de una base sólida sobre la que ir

construyendo.

Poco después de las once, cuando estaba empujando el carrito por los pasillos del supermercado para reabastecer los armarios de la cocina (se vaciaban a tal velocidad que me las veía y deseaba para mantenerlos llenos), mi móvil empezó a sonar con los acordes del vals *El Danubio azul*. Me lo saqué del bolsillo del abrigo, y al ir a contestar vi que el número que aparecía en la pantalla era el del colegio de Reece.

—¿Diga?

—Señora Glass, soy Betty Smith, la secretaria del colegio. ¡Tiene que venir ahora mismo!

El corazón empezó a martillearme en el pecho.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? Estoy en el supermercado.

—Se trata de Reece, ha agredido a un niño y está corriendo descontrolado por el colegio. El director está intentando calmarlo junto con un tutor, quiere que usted venga de inmediato. ¿Cuánto tardará en llegar?

Estaba claro por su voz que la situación era apremiante.

—Unos veinte minutos.

—¡Se lo diré al señor Fitzgerald! —se limitó a decir antes de colgar.

Dejé el carrito a medio llenar a un lado del pasillo, salí del supermercado a toda prisa y fui corriendo hasta mi coche; cinco minutos después, mi móvil volvió a sonar y puse el manos libres.

—¿Diga?

—¿Viene ya de camino? —Era la secretaria de nuevo, pero lo que oí en su voz en esa ocasión fue pánico—. El director quiere saber si llegará pronto, si no es así se verá obligado a llamar a la policía. ¡La situación no es segura ni para los niños ni para el personal!

—Sí, ya voy de camino en mi coche, llegaré en unos diez minutos, quince como mucho. ¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde está Reece?

—¡No lo sé! En algún lugar de la escuela, totalmente descontrolado. Estamos evacuando el edificio y sacando a todos los alumnos al patio para que no corran peligro. Tiene que darse prisa, ¡tiene que llegar lo antes posible!

—¡Ya voy! —lo dije poco menos que gritando—. ¡Dígale a Reece que enseguida llevo!

Pero ella ya había colgado.

Cuando llegué al colegio diez minutos después, el portón estaba abierto y oía a los niños en las canchas situadas en la parte trasera del colegio. Atravesé el patio a la carrera, acalorada y medio muerta de miedo, y al entrar en la recepción encontré al director esperándome allí con semblante rígido y severo.

—He llamado al departamento de educación, esto no puede seguir así. — Dio media vuelta y me precedió por la puerta de los *Bienvenidos*—. Ese niño está perturbado, es un peligro tanto para los niños como para el personal; redactaré un informe, le enviaré a usted una copia; no puedo pararme a hablar ahora, tengo que encargarme de que los niños regresen a las aulas.

Iba unos pasos por delante de mí y hablaba mientras recorría con rapidez los pasillos, que estaban tan desiertos como las aulas junto a las que pasábamos. Nos detuvimos al llegar a la puerta de la sala de relajación y titubeó por un instante.

—Está aquí —lo dijo como si allí dentro hubiera atrapado un animal peligroso—. El tutor ha logrado atraparlo por fin en el vestidor y le ha convencido de que viniera.

Abrió la puerta y se apartó a un lado para dejar que yo le precediera. La señora Morrison, otra profesora auxiliar y la señorita Broom estaban de pie, visiblemente tensas y nerviosas, formando un semicírculo alrededor de Reece, que estaba sentado en una pequeña mesa... ¡pintando tan feliz!

Fui incapaz de ocultar mi enfado.

—¿Por qué está pintando si se ha portado mal? Tan solo he tardado diez minutos, la última vez que me llamó la secretaria estaba descontrolado y sembrando el caos.

—¡No puedo pararme a explicárselo! —me espetó el director con sequedad—. ¡La llamaré después! Por favor, vaya a por el abrigo del niño y lléveselo a casa. Está expulsado oficialmente lo que queda de trimestre; en cuanto al trimestre que viene, no sé lo que va a pasar, tendré que hablar con el director de educación. Pero no se puede permitir que esto vuelva a suceder.

Sin saber lo que Reece había hecho, no podía regañarle porque no sabía por dónde empezar; aparte de eso, estaba claro que el director quería que nos fuéramos de allí lo antes posible.

—La llamaré después —reiteró— y le enviaré una copia de mi informe.

—Venga, Reece, nos vamos a casa.

—¡Quiero terminar mi dibujo! —contestó antes de alzar la mirada hacia mí.

Tanto el director como las tres profesoras me miraron también, y me di cuenta de que querían ver cómo lidiaba yo con aquella situación.

—No, tenemos que irnos a casa ahora mismo. Lo que has hecho esta mañana está mal hecho.

Me habría venido bien saber qué era lo que había hecho mal exactamente, ya que saltaba a la vista que a él se le había olvidado o, directamente, ni siquiera había sido consciente de estar haciendo algo indebido.

—¿Ah, sí? —Se puso muy triste y dejó el pincel sobre la mesa—. ¿Me he portao mal, Cathy? —Se puso en pie, se acercó a mí y me tomó la mano—. Ayer hice bien hecho, ¿verdad que sí? Pero... ¿hoy he hecho mal hecho?

Se me rompió el corazón. Me dieron ganas de abrazarlo bien fuerte y darle un beso, fuera lo que fuese lo que había hecho mal.

El director nos llevó de inmediato al vestidor y, después de esperar con rigidez mientras Reece se ponía el abrigo, nos condujo hasta el portón de entrada y lo cerró en cuanto salimos. Tuve la sensación de que estaban echándonos de las instalaciones y, en cierto modo, así era.

Mientras Reece y yo nos dirigíamos hacia el coche, oí que alguien tocaba un silbato en las canchas de atrás; supuse que los niños se disponían a regresar a las aulas para retomar las clases, que se habían interrumpido por la atrocidad que se suponía que había cometido Reece.

Una vez que llegamos al coche, en vez de ponerlo en marcha de inmediato, me giré en el asiento para mirarle y le pregunté, descorazonada:

—¿Qué es lo que ha pasado, Reece? ¿Qué has hecho? ¿Cuál ha sido el problema? Ayer te portaste muy bien.

—Ayer hice bien hecho, Cathy —me dijo muy entristecido.

—Sí, cielo, ya lo sé. ¿Qué es lo que ha pasado hoy?

—Ha pasado algo. Hoy mal hecho, pero el lunes bien hecho.

Al ver que su mirada iba de un lado a otro sin centrarse en un punto fijo, como cuando estaba recién llegado a casa, le dije con voz suave:

—Reece, cariño, mírame. ¿Puedes recordar lo que ha pasado esta mañana para que se convierta en un día de mal hecho?

Él reflexionó al respecto antes de contestar.

—No, Cathy, pero ha sido malo. El lunes hice bien hecho.

Me giré de nuevo hacia delante y, con lágrimas en los ojos, encendí el motor y puse rumbo a casa. Él permaneció calladito en el asiento de atrás, cabizbajo y alicaído, y yo le lanzaba una mirada por el retrovisor de vez en cuando. No

habría sabido decir si él realmente recordaba o no lo que había hecho, pero se le veía tan triste que me partía el corazón. Anhelaba con desesperación ayudarlo, solucionarlo todo y lograr que fuera feliz, pero no sabía cómo hacerlo.

El Reece que se encontraron Lucy y Paula al regresar a casa a las cuatro era muy distinto al que las había recibido el día anterior.

—No es un día de bien hecho —les dijo pesaroso—, mañana no puedo ir al cole. Soy malo.

Me llevé a las chicas a un aparte para explicarles lo que sabía acerca de lo ocurrido y se quedaron tan sorprendidas y desconcertadas como yo.

—¿De verdad crees que se ha portado tan mal? ¿No será que el director está exagerando? —me preguntó Lucy.

—No lo sé. Ha evacuado el edificio y estaba a punto de llamar a la policía, así que ha debido de ser algo realmente grave.

—Puede que Reece sea como Jekyll y Hyde, a lo mejor cambia cuando llega al colegio —dijo Paula.

—Oye, cielo, ¿crees que ese comentario nos ayuda en algo?

—Pues está claro que algo le está pasando, porque aquí no se porta así —argumentó ella.

—Sí, ya lo sé. Lo que no sabemos es qué será ese «algo».

El director del colegio me llamó cerca de las seis, pero, lejos de ayudarme a comprender qué era lo que estaba pasándole a Reece en el colegio, sus palabras contribuyeron a confundirme aún más. Les había pedido a las chicas que mantuvieran al niño ocupado en la sala de estar para poder hablar sin que él me oyera y sin interrupciones, y contesté en la extensión de mi dormitorio.

—Me temo que no puedo extenderme demasiado, señora Glass, porque tengo que estar en una reunión del consejo de rectores en una hora. He hablado con el director de educación esta tarde y me ha dicho que Reece debe retomar las clases el martes 18 de abril, el primer día del próximo trimestre, después de una reunión de reintegración. Se me ha informado que debo hacer que la psicóloga educativa reexamine a Reece, y que posteriormente tendré que convocar una reunión donde se evaluará el informe que ella emita. Me

encargaré de ambas cosas a mi regreso de las vacaciones de Semana Santa. Esa es la única manera de lograr que sea expulsado de forma definitiva de este colegio. Le enviaré a usted una copia de mi informe sobre los incidentes que han ocurrido en el centro hasta el momento.

—Ah, pero...

—El de esta mañana ha sido el peor sin duda —siguió diciendo sin detenerse apenas a tomar aliento—. Reece ha aprisionado a un niño contra la pared y le ha propinado un puñetazo al tutor cuando este ha intentado intervenir; después ha corrido desatado por la escuela, dando patadas y puñetazos a todo y todos cuantos encontraba a su paso; hay un mínimo de diez niños que han recibido algún golpe, también tenemos una puerta rota y una ventana hecha añicos; he pasado toda la tarde llamando a los padres, disculpándome e intentando dar explicaciones. Ese niño está perturbado, señora Glass, y al leer los informes de los colegios a los que fue anteriormente se ve con claridad que su comportamiento es el mismo.

Se calló de golpe y yo no supe qué decir. Era obvio que estaba poniendo en duda que Reece se portara bien en casa, tal y como yo afirmaba, y la verdad era que su incredulidad me resultaba comprensible; al fin y al cabo, estaba claro que el niño al que él estaba describiendo no se parecía en nada al que yo veía en casa.

—¿Ha habido algún detonante que le haya hecho reaccionar así?

Era posible que algo hubiera desencadenado su comportamiento y, aunque eso no le restaría gravedad a lo que había hecho, al menos me daría una pista que me ayudaría a comprender lo que pasaba, lo que me permitiría a su vez poder ayudarle.

—No, no ha habido ninguno —me contestó él con firmeza—. Reece estaba caminando por el pasillo con la señora Morrison cuando de repente se ha abalanzado contra un niño que pasaba por allí y le ha aprisionado contra la pared. Es un niño que va un curso por delante de él y que es bastante corpulento para su edad, así que podrá usted imaginarse la fuerza que ha tenido que emplear Reece. Dijo que el niño estaba burlándose de él, pero el niño lo negó. Como ya le he dicho, entonces se puso a correr por la escuela totalmente descontrolado.

¿Y si era cierto que el niño había provocado a Reece burlándose de él? La pregunta se me pasó por la cabeza, pero no dije nada porque no había excusa posible para lo que Reece había hecho. Tan solo podía repetir lo que sabía

con certeza.

—Lo siento, en casa no se porta así.

—Ya. Pues considérese afortunada, porque todos nosotros lo hemos pasado muy mal.

Y con ese «todos nosotros» tuve la impresión de que el colegio estaba cerrando filas y dejando fuera a ese intruso demoníaco, que estaba estableciéndose una clara separación.

—Aunque tiene que retomar las clases el trimestre que viene después de la reunión de reintegración, no le permitiré volver a estar en el aula en mucho tiempo; de hecho, puede que no se lo permita jamás. Permanecerá apartado de su clase, su profesora auxiliar le enseñará en otro lugar. Los niños le tienen miedo, y los padres de los alumnos que han recibido algún golpe han expresado su preocupación por la seguridad de sus hijos. Les he asegurado que Reece no entrará en contacto con ellos ni en el aula ni en los pasillos, y tampoco en el patio.

—¿No va a permitirle salir al patio? —Estaba atónita.

—No podrá salir mientras los otros niños estén fuera, podrá tomar algo de aire fresco una vez que los demás estén en las aulas. Lo siento, señora Glass, pero usted no ha visto lo que ha pasado hoy; de ser así, le aseguro que no sería tan comprensiva con Reece. En fin, tengo que dejarla ya. Le mandaré una copia de mi informe por correo electrónico.

Fui incapaz de darle las gracias y él añadió:

—Por favor, ¿podría encargarse de explicarle a Reece cómo van a ser las cosas a partir de ahora? No quiero una escenita en su primer día de vuelta a clase. Adiós, señora Glass.

—Adiós.

Así terminó aquella conversación que había hecho pedazos buena parte de mis esperanzas.

UNA ESCAPADA A LA PLAYA

Al día siguiente era miércoles, un día lectivo, así que recurrí de nuevo a la rutina que había instaurado antes de que Reece empezara a ir al colegio. Saqué las hojas de ejercicios que había guardado días atrás, practicamos un poco la lectura, la escritura y las cifras, y luego salimos a dar un paseo por el lago que hay en la zona. Había intentado hablar con él sobre lo ocurrido en la escuela valiéndome de los datos que me había dado el director, pero él se limitaba a contestar: «Lo siento, hice mal hecho» seguido de «Pediré perdón, Cathy, ¿verdad que sí?». Yo asentía, pero me preguntaba a quién iba a pedirle perdón; por lo que me había dicho el director, el niño al que había aprisionado contra la pared y el tutor al que le había propinado un puñetazo no eran los únicos que merecían una disculpa, había diez niños más con los que se había cruzado y a los que había agredido sin más. Seguía siendo incapaz de entender cómo era posible que el niño que en ese momento estaba dándole de comer a los patos fuera el mismo que había sembrado el caos en el colegio.

El informe del director llegó a la bandeja de entrada de mi correo electrónico el jueves por la mañana y procedí a imprimirlo y a leerlo de inmediato, Reece ni siquiera se había levantado todavía. Mi preocupación fue aumentando con cada párrafo que leía porque el director había descrito con todo lujo de detalles todos los incidentes; de hecho, incluso había incluido dos más leves que habían ocurrido cuando Reece se había puesto más nervioso de la cuenta en clase de música y en el patio, y que yo creía que habían quedado zanjados y más o menos olvidados. Según él, que le hubiera agarrado el pecho a la señora Morrison y que hubiera metido la mano bajo la falda de la niña en el comedor eran dos pruebas más que demostraban que Reece no podía

estudiar en un colegio convencional. El director había terminado su informe con la agresión contra el niño en el pasillo: describía de una forma de lo más gráfica cómo Reece había *aprisionado al niño contra la pared con brutal agresividad en un ataque totalmente gratuito*, y añadía que entonces había corrido por la escuela *totalmente descontrolado y sembrando el caos a su paso*. Dicho así, no había duda de que el niño al que describía estaba tan perturbado, era tan peligroso tanto para los niños como para los adultos, que no solo habría que apartarlo de su clase y de esa escuela, ¡habría que mantenerlo apartado de la sociedad en general!

Para cuando terminé de leer el informe del director estaba mortificada, y no tenía ni idea de lo que iba a hacer con Reece ni de lo que iba a decirle. Estaba claro que la oportunidad que se le había dado para demostrar en el colegio que se había reformado quedaba hecha añicos. Se había comportado tal y como el director esperaba que lo hiciera en base a los informes de los colegios anteriores, y si al final le expulsaba definitivamente... en fin, empecé a pensar que puede que eso fuera lo mejor. Porque el director y el colegio entero lo consideraban un niño perturbado y peligroso a raíz de lo que había pasado, y sería prácticamente imposible que Reece lograra quitarse esa etiqueta.

Cuando Wendy Payne, la curadora *ad litem*, llegó a las once, tal y como habíamos quedado, le di el informe del director para que fuera leyéndolo mientras le preparaba un café. Era un precioso y soleado día de abril, así que tenía abierta la puerta acristalada de la sala de estar y Reece estaba jugando en los columpios del jardín. Wendy iba informal a la par que impecable con unos pantalones y una camisa blanca de cuello abierto, y parecía una mujer cercana y eficiente. Se quedó sentada en la sala de estar leyendo el informe y echándole un ojo a Reece mientras yo preparaba el café, y estaba acabando de leer la sexta y última página cuando regresé de la cocina con una bandeja que contenía el café y unas galletas.

—¡Qué horror! —exclamó, sin alzar la mirada, cuando entré.

Yo entendí que se refería a Reece, y me disponía a defenderle explicándole que él no se portaba así en casa cuando ella añadió:

—¡Está claro que el director no quería que entrara en su colegio desde un primer momento! Por desgracia, Reece se lo ha puesto muy fácil.

Yo le pasé el café y me senté en el sofá. Me sentí aliviada y sorprendida al encontrar aquella inesperada aliada, y le dije con desesperación:

—¡Lo que no entiendo es por qué se porta así allí! Es un comportamiento atroz, en casa jamás actúa así.

—Tú misma has visto a su familia. Estoy segura de que Reece ha visto a su madre haciendo cosas así... aprisionando a la gente contra las paredes, dando puñetazos, gritando y chillando. En uno de los informes que he leído se relata cómo Tracey agredió a un profesor frente a Reece en su anterior escuela, es obvio que el niño está imitando a la madre. Es un comportamiento aprendido, y debemos admitir que el hecho de vivir tres meses aquí no va a hacer que olvide todo eso.

Sus palabras fueron como un soplo de aire fresco para mí. Le pasé el plato de galletas de chocolate y me dieron ganas de besarle los pies.

—Pero, si está recurriendo al comportamiento que aprendió en el pasado, no entiendo por qué no se porta así con nosotras.

—Porque confía en vosotras, Cathy. Habéis invertido mucho tiempo y esfuerzo en ir construyendo esa confianza y en manejar su comportamiento, ¿qué estrategias ha elaborado el colegio en ese sentido? Tenían todos los informes de los colegios a los que fue anteriormente, y también el informe de sus necesidades educativas especiales. ¿Han elaborado un plan para el manejo de la conducta?

—Creo que no, no me han dicho nada al respecto.

—Exacto. El director dejó muy claro desde el principio que no quería en su colegio a un niño con tantas necesidades educativas especiales; se vio obligado a admitirlo, así que se lo encasquetó a una profesora auxiliar, quien seguro que es una mujer encantadora que lo más probable es que se dedicara a supervisar el comedor y a dar un poco de ayuda extra con las tareas de lectura.

—Sí, has descrito perfectamente a la señora Morrison —le dije yo, sonriente, mientras me recorría un alivio enorme.

—El director debe elaborar alguna estrategia para manejar el comportamiento de Reece; de no ser así, tiene la batalla perdida de antemano. ¿Qué me dices de su PEI, lo has visto ya?

Se refería al plan educativo individualizado que tienen todos los niños con necesidades especiales.

—No —contesté yo.

—Solicita que te muestren una copia. Porque aquí hay una cosa que está clara: el director no va a tenerlo nada fácil para expulsar a Reece de forma definitiva. Es un niño bajo tutela estatal y debe estar escolarizado, el

reglamento dicta que todos los niños bajo tutela estatal ingresen en un colegio rápidamente; teniendo en cuenta que se tardaron más de tres meses en encontrarle esta plaza escolar, el departamento de educación no va a apresurarse a buscarle otra, y eso es algo que ya le habrán advertido al señor Fitzgerald.

—Me extrañaba que permitiera que Reece regresara a clase el trimestre que viene, ahí está la explicación.

—Exacto. Puede que al final se decida que una escuela especializada es la mejor opción para Reece, pero eso es algo que debe decidir el comité evaluador una vez que la psicóloga educativa le haya examinado. No depende del director, quien, hasta que el comité tome una decisión, debería centrarse un poco más en idear la forma de manejar el comportamiento de Reece y dejar de demonizarlo.

¡Ni yo misma habría podido expresarlo mejor!

—Cuando te den la fecha de la reunión de evaluación, avísame y asistiré también —añadió—; de hecho, voy a ponerme en contacto con el director porque quiero que se me mantenga al tanto de todo. Le diré que me envíe sus informes directamente a mí.

—Gracias, eso sería genial. Me sentía como si estuviera librando una batalla yo sola.

—Deduzco que Jamey Hogg no ha sido demasiado proactivo en este caso.

Me sorprendió de nuevo lo directa que era.

—Bueno, la verdad es que no. Yo le mantengo informado, pero da la impresión de que otros casos le tienen muy ocupado.

—Lo que le tiene ocupado es su divorcio. Le he dejado tres mensajes en el móvil pidiéndole que me llame y le he mandado dos correos electrónicos, y todavía no sé nada de él. Va a tener que ponerse las pilas, y a toda prisa. Ya sé que se trata de un caso difícil, pero estaremos en los tribunales para la vista final en septiembre y todos los informes tienen que estar presentados para finales de julio. No queda mucho tiempo.

Reece entró procedente del jardín, sonriente y lleno de brío, dispuesto a tomar algo de beber y unas galletas. Se le veía la mar de bien y pensé para mis adentros que eso daba más solidez aún a mis argumentos, aunque lo cierto era que a Wendy no hacía falta convencerla de nada porque era excelente y había dado de lleno en el clavo en lo relativo al colegio y a lo que estaba pasándole allí a Reece. Estuvo charlando unos minutos con él y después pasaron un rato

muy animado con un juego de cartas infantil.

Una vez que Reece salió de nuevo al jardín, Wendy y yo seguimos hablando del caso. Ella me dijo que la posibilidad de que Reece o Susie volvieran a estar bajo la tutela de sus padres era nula, pero que la tía que estaba cuidando de Lisa, otra de las hermanastras, estaba planteándose ofrecerse a cuidar también de él. Wendy me contó que pensaba ir a ver a la tía en cuestión a su debido tiempo, y que si la mujer se veía capaz de ocuparse de Reece se valoraría esa opción. Me entristecía saber que Reece acabaría por marcharse de casa, pero como cuidadora de niños de acogida no me queda más remedio que aceptar esa realidad por mucho que me cueste.

Wendy pasó cerca de dos horas con nosotros. Me tenía muy impresionada tanto por lo informada que estaba sobre todo lo relativo al caso como por la empatía que mostraba hacia Reece y su habilidad para comprenderle. Después de salir al jardín para despedirse de él, se marchó con la promesa de que volveríamos a vernos en la reunión de evaluación de su informe educativo.

—¡Que vayan bien las vacaciones! —me dijo antes de marcharse.

—Gracias, seguro que lo pasaremos muy bien.

Estaba decidida a conseguir que las vacaciones fueran un éxito, lo cierto era que me sentía muy aliviada al saber que la curadora estaba de mi parte. A la semana siguiente preparamos una maleta y el miércoles por la mañana (muy temprano, a las cinco) subimos al coche y nos dirigimos hacia el sur. Aquello de salir de viaje tan temprano era toda una aventura para Reece, pero las niñas no se emocionaron tanto; al parecer, las adolescentes necesitan más horas de sueño conforme van haciéndose mayores, y les preocupaba el efecto que iba a tener la falta de sueño en sus bellos rostros.

—¡Tengo ojeras! —se quejó Lucy mientras se miraba en el espejito de mano que se había convertido en un accesorio permanente—. ¡Y unas bolsas enormes!

—¡Qué asco! ¡No podemos comer eso a las cinco de la mañana! —exclamó Paula cuando Reece propuso que paráramos para comer huevos fritos con beicon.

Al final hicimos la parada para desayunar a las siete. Reece pudo disfrutar de sus huevos con beicon, y las chicas aprovecharon el bien iluminado espejo del baño de señoras para aplicarse el maquillaje que, según ellas, tan

necesario era para contrarrestar los perniciosos efectos de la falta de sueño. Llegamos poco después de las doce del mediodía a nuestro hotel, que resultó ser una maravilla. Las dos habitaciones eran contiguas, tal y como yo había pedido, aunque yo diría más bien que eran *suites*: estaban dotadas de una amplia zona que hacía las veces de sala de estar, un televisor con un montón de canales de Sky, un aparato de música, un sofá y un sillón, dos camas individuales de 120 cm x 190 cm, y un espacioso cuarto de baño.

Al hacer la reserva me había puesto en contacto con el hotel para asegurarme de que al menos una de las habitaciones tuviera dos camas individuales en vez de una doble, ya que no sería apropiado que un niño de siete años compartiera la cama con su cuidadora. Lucy y Paula se quedaron impresionadas con la habitación que les había tocado, sobre todo con el enorme espejo del cuarto de baño. El hotel había sido antiguamente una gran mansión con unas preciosas vistas panorámicas de los campos circundantes y la costa, nosotros estábamos alojados en la primera planta y desde las ventanas se veían la bahía y, un poquito más allá, un puertecito con media docena de barcas de pesca. Reece ya había visto algunas gaviotas cuando habíamos tomado la carretera costera, y soltó un fuerte graznido al verlas planeando en círculos al otro lado de las ventanas de la habitación.

Al cabo de un rato, al ver que no paraba, le dije con voz suave:

—No, cielo, vas a tener que quedarte calladito cuando salgamos de la habitación. En el hotel hay otros huéspedes, y puede que a ellos no les gusten tus imitaciones de las gaviotas tanto como a nosotras.

Él lanzó un último graznido y salimos de la habitación, pasamos a recoger a las chicas a la habitación de al lado y fuimos a explorar la costa. La temperatura era relativamente cálida a pesar de la fuerte brisa. Después de bajar los escalones de la entrada, enfilamos por un estrecho caminito que nos llevó directamente a la playa; Reece estaba disfrutando de lo lindo y nosotras también, caminar descalzo por la arena tiene algo especial que saca al niño que todos llevamos dentro.

Lucy y Paula, tras sobreponerse al temor de que la brisa marina les destrozara el peinado, ayudaron a Reece a recoger caracolas y algas, y en un momento dado los cuatro nos pusimos en fila tomados de la mano de cara al mar, con los pantalones remangados hasta las rodillas, y saltamos sobre las pequeñas y frías olas que rompían rítmicamente en la orilla. Después nos acercamos a una cafetería cercana que había aprovechado la Semana Santa

para inaugurar la temporada, nos sentamos detrás de los biombos que habían colocado para proteger del viento y, mirando al mar, disfrutamos de unos sándwiches tostados de queso acompañados de unas tazas de chocolate calentito. Cuando terminamos compré un cubo y una pala en la tiendecita de la cafetería y pasamos unas cuantas horas haciendo castillos de arena, cavando fosos y viendo después cómo todos ellos desaparecían al ir subiendo la marea.

A las cuatro y media, al ver que el sol cada vez calentaba menos, propuse regresar al hotel para asearnos y cambiarnos de ropa para la cena. Había hecho la reserva previamente en el comedor del hotel pensando que sería más fácil que intentar encontrar un restaurante después de un viaje tan largo, pero en ese momento me pregunté si Reece sería capaz de permanecer sentado tranquilito mientras esperábamos a que llegaran los platos. Habíamos pasado junto al comedor al salir del hotel y la verdad es que tenía un aspecto bastante formal, las mesas estaban dispuestas con cubiertos de plata y mantelería blanca de lino.

Al final resultó que me había preocupado en vano, porque cuando bajamos a cenar a las siete el personal del hotel nos trató maravillosamente bien; aunque Reece era el niño más pequeño de todo el comedor, reinaba un ambiente cálido y familiar y las camareras eran muy simpáticas con él y le daban conversación. Yo había tenido la precaución de ir preparada con unas ceras de colores y un pequeño libro de colorear, tal y como solía hacer en casa cuando salíamos a comer a algún restaurante, así que se entretuvo pintando ayudado por Lucy y por Paula y se puso a comer encantado cuando llegó la comida. Habíamos pedido sopa de verduras casera de primero y pollo asado con guarnición de segundo, y como colofón final seleccionamos algo del tentador carrito de postres.

Para cuando terminamos de cenar eran cerca de las nueve; entre lo temprano que habíamos salido de casa, las horas que habíamos pasado en la playa y el atracón que nos acabábamos de dar, estábamos agotados, así que subimos a las habitaciones. Después de darles las buenas noches a Paula y a Lucy, que se quedaron viendo la tele en la cama, Reece y yo nos fuimos a nuestra habitación y le ayudé a lavarse, porque estaba tan cansado que apenas podía mantener los ojos abiertos. Cuando le acosté y le di un beso de buenas noches soltó un último graznido, y una gaviotita muy cansada cerró los ojos y se quedó dormida en cuestión de segundos. Yo me di una ducha rápida, me puse el camisón y para las diez ya estaba durmiendo también.

Cuando la luz de primera hora de la mañana me despertó al día siguiente, estaba acostada de lado mirando hacia la cama de Reece; abrí los ojos, y al ver que su cama estaba vacía me puse alerta y me incorporé de golpe. Sentí un alivio inmenso al verle de pie junto a la ventana, estaba mirando hacia fuera y supuse que debía de estar contemplando a las gaviotas. Él no se había dado cuenta de que estaba despierta, así que volví a apoyar la cabeza en la almohada y observé su pequeño perfil. Las vistas le tenían totalmente absorto. Mientras los graznidos de las gaviotas pescando el desayuno se oían en la distancia él permanecía muy quieto y callado, embelesado, y parecía estar sumido en sus pensamientos. No era un niño que acostumbrara a pararse a reflexionar durante largo rato; al igual que tantos otros críos de su edad, en cuanto despertaba estaba activo haciendo esto y aquello. Estuve observándolo unos minutos hasta que al final debió de notar que estaba despierta y se volvió a mirarme con una gran sonrisa.

Yo esperaba que soltara un fuerte graznido de gaviota para imitar a las de fuera, pero en vez de eso me dijo, con semblante sereno y voz suave:

—Me gusta este sitio. Aquí no hay secretos.

Le observé con atención. La palabra «secreto» puede estar cargada de connotaciones para un niño que ha sufrido abusos, y a menudo tiene un significado que no tiene nada que ver con las sorpresas asociadas a un regalo de cumpleaños o a las navidades. Para un niño de esas características, los secretos pueden ser sinónimo de una amenaza lanzada por un adulto: «Este es nuestro secreto, y si te atreves a contárselo a alguien te...».

—En casa tampoco tenemos secretos, ¿verdad? —le dije yo.

—No. También me gusta estar allí.

Tenía la sensación (ese sexto sentido que una adquiere tras años de cuidar a niños de acogida y ver cómo empiezan a intentar contarte lo que guardan dentro) de que Reece estaba intentando encontrar las fuerzas, las palabras necesarias para contarme algo. A lo mejor se sentía empoderado al estar fuera de la zona de influencia de su madre.

—¿Tienes secretos que no te gustan? —Se lo pregunté con calma y permanecí tal y como estaba, apoyada en la almohada, porque no quería que nada interrumpiera esa conversación. Él hizo un pequeño gesto de asentimiento—. ¿Puedes hablarme de ellos? A veces ayuda contar las cosas a

las personas en las que confías.

Al ver que él no contestaba y que se limitaba a volverse de nuevo hacia la ventana, me levanté poco a poco de la cama y, después de ponerme la bata, me acerqué a él y contemplamos juntos las vistas, que eran maravillosas. El sol matinal se alzaba sobre el mar y hacía que el agua titilara como un cristal pulido.

—Me gusta estar con vosotras, no tenéis secretos.

—No, no los tenemos. Tenemos sorpresas bonitas, como esta salida a la costa. ¿Verdad que ha sido una sorpresa muy chula? Pero nada de secretos malos.

Se quedó de nuevo en silencio, observando las gaviotas que planeaban en círculos en el cielo, y tuve la impresión de que estaba a punto de decir algo. Notaba la tensión que le atenazaba, la batalla que estaba librándose en su interior mientras intentaba contarle era casi palpable. Así que decidí arriesgarme.

—Reece, los secretos que no te gustan... ¿son de cuando vivías en tu casa?

—¡No lo sé!

Su respuesta fue instantánea, y me di cuenta de que la oportunidad se había esfumado.

—Vale, no pasa nada. Es que me picaba la curiosidad. Reece, si alguna vez lo recuerdas y quieres hablar, se me da bien escuchar.

—Ya lo sé. —Sin más, soltó un fuerte graznido y se fue al cuarto de baño para vestirse.

Aprovechamos al máximo la única jornada completa que íbamos a pasar en la costa, ya que al día siguiente teníamos que estar de vuelta a tiempo para que Reece acudiera a las 17:15 al encuentro de los viernes con sus padres. Aproveché que habíamos ido en mi coche para explorar algo más el litoral y sus alrededores, y fuimos haciendo varias paradas: en la primera visitamos un pequeño museo donde había fósiles de dinosaurios (nos costó un poco convencer a Reece de que eran de verdad); en la segunda exploramos las ruinas de un castillo medieval; en la tercera nos subimos a un tren de vapor que formaba parte de un proyecto de restauración para restablecer una línea local que había quedado obsoleta cincuenta años atrás. Poco después de las seis, en un precioso pueblecito que parecía sacado de una postal, cenamos en

un *pub* dotado de un salón familiar, y al terminar las chicas estuvieron jugando al billar mientras Reece jugaba con otro niño de edad similar que estaba de vacaciones con su familia. Nos fuimos de allí a las ocho y, después de un trayecto de casi una hora en el coche, llegamos al hotel y para las diez ya estábamos todos acostados y profundamente dormidos. Si bien era una pena no haber podido quedarnos unos días más, al menos iba a irme de allí con la sensación de haber aprovechado el tiempo al máximo y con la satisfacción de haberle podido mostrar a Reece lo que eran unas vacaciones.

A la mañana siguiente, después de disfrutar de un desayuno cocinado a la perfección, fuimos a dar un paseo por la playa, nos despedimos de las gaviotas y emprendimos el viaje de vuelta a casa. Estábamos a viernes, así que cuando salimos de la A14 y entramos en la M6 ya empezaba a notarse que cada vez había más tráfico; hicimos una parada en una estación de servicio de la autopista para ir al baño y compré bocadillos y bebidas para Reece y las chicas. Comieron mientras yo conducía y, una vez que llegamos a casa a eso de las cuatro y media, ellas se encargaron de sacar las cosas del coche mientras yo me sentaba un rato con una taza de té para recuperarme; Reece, por su parte, estaba encantado de volver a estar rodeado de sus pertenencias y había subido directo a su habitación.

Cuando Sabrina llegó a recogerlo, le llamé en voz alta desde el pie de la escalera para que bajara y se pusiera el abrigo y los zapatos; le llamé una segunda vez después de esperar unos segundos, y tuve que llamarle una tercera vez para que al fin apareciera.

—No quiero ir —me dijo mientras bajaba reacio.

Era la primera vez que decía que no quería ir a esas visitas. Aunque jamás se obligaría a un menor a ver a sus padres, es algo que se intenta fomentar en esa fase de la estancia con una familia de acogida. En caso de que existieran buenas razones para esa negativa por parte del niño, se podrían cancelar las visitas, pero antes habría que hablarlo con el trabajador social para que este pudiera solicitar ante los tribunales que la orden del juez fuera modificada.

—Quieres ver a tu mamá y a tu papá, ¿verdad?

—No —lo dijo con firmeza.

—¿Por qué no? —Miré a Sabrina, que estaba esperando en el pasillo.

—No lo sé.

Estaba claro que esa respuesta no iba a convencer al juez y mucho menos a Tracey, a Scott y al trabajador social. Me incliné hacia delante para mirarlo a

los ojos.

—Reece, si de verdad no quieres ir, no tienes que hacerlo. Pero tengo que darle un motivo al trabajador social que se encarga de tu caso. ¿Por qué no quieres ir?

—No lo sé.

Es posible que en ese momento se diera cuenta de que el hecho de no ir acarrearía otras consecuencias (como tener que buscar un motivo, y puede que incluso revelar un secreto), porque cambió de opinión.

—Vale, sí que voy.

Cuando se fue puse la lavadora (era sorprendente la cantidad de ropa sucia que habíamos generado los cuatro en tres días escasos) y después, cuando escribí en mi diario de seguimiento acerca de la escapada a la playa, incluí los comentarios que Reece había hecho sobre los secretos. Una vez completada esa tarea, cerré el diario y procuré no pensar en el desagradable hecho de que solo faltaban cuatro días para el 18 de abril, el martes en que iba a dar comienzo el siguiente trimestre en el colegio.

Y, por si hacía falta que me recordaran aún más esa fecha, resulta que en el buzón tenía una carta del director en la que detallaba la planificación para el lunes por la mañana: tenía que llevar a Reece al colegio a las 09:30 y la señora Morrison se encargaría de cuidarlo mientras yo asistía a la reunión de reintegración, que estaba programada para las 09:45. Aparte de mí iban a asistir el director, el trabajador social que llevaba el caso de Reece y el tutor, y la duración estimada sería de una hora.

Cuando Reece regresó de ver a sus padres parecía estar bien, pero tenía un mensaje de su madre para mí:

—Mamá dice que como yo no vaya al cole la semana que viene, verás la que te espera.

—Irás al cole, cielo. No te preocupes —le aseguré con una dulce sonrisa.

APARTADO DE LOS DEMÁS

—¿Han ido bien las vacaciones? —nos preguntó la señora Morrison cuando entramos en la recepción del colegio—. ¿Has conseguido muchos huevos de Pascua, Reece?

—¡Sí! Y vi gaviotas en la playa, y estuve en un hotel.

—Nuestras vacaciones han ido muy bien, gracias —dije yo—. ¿Y las tuyas?

—También muy bien, gracias. La reunión va a celebrarse en el despacho del director. Reece y yo vamos a ponernos a hacer unos ejercicios, seguro que este trimestre nos va a ir muy bien. Vamos a trabajar en una de las mesas que hay al fondo del comedor. Vamos, Reece, voy a enseñártela.

Me alegré al ver que ella parecía haber dejado atrás lo sucedido y estaba empezando de cero ese nuevo trimestre; con un poco de suerte, a Reece se le contagiaría su entusiasmo y empezaría con buen pie. Después de despedirme de él con un beso me dirigí hacia el despacho del director, y al llegar llamé a la puerta.

—¡Adelante!

Abrí y vi que había sido la primera en llegar. Estaba sentado tras su escritorio, hablando por teléfono, y no tardé en enterarme de que era Jamey Hogg quien estaba al otro lado de la línea.

—De acuerdo, yo se lo digo a la señora Glass —dijo con sequedad antes de colgar—. El trabajador social no va a venir, le ha surgido una emergencia. —Chasqueó la lengua—. En fin, supongo que no importa demasiado; al fin y al cabo, esta reunión es más una mera formalidad que otra cosa.

—Sí.

Ya había asistido anteriormente a otras reuniones de integración, aunque de

eso hacía algún tiempo porque ninguno de los niños de acogida que me habían asignado últimamente había tenido problemas de escolarización.

—El tutor tampoco va a poder venir, está dando una clase en sustitución de un profesor que está enfermo. Así que solo vamos a estar usted y yo. —Asentí y esperé a que continuara—. Empezaré detallando los motivos que llevaron a la expulsión de Reece y las medidas que he tomado para lidiar con la situación hasta que la psicóloga educativa pueda reevaluarle.

Mientras yo permanecía allí sentada, escuchándole en silencio, el señor Fitzgerald procedió a repasar incidente por incidente lo que se relataba en el informe que me había enviado por correo electrónico. Terminó diciendo que la psicóloga educativa iba a observar y a reevaluar a Reece en el colegio y que, una vez que tuviera preparado su informe, se convocaría una reunión de evaluación para revisar dicho informe, y añadió a continuación que esperaba encarecidamente que las «medidas» que había tomado en lo relativo a Reece minimizaran el riesgo de que se repitiera algún incidente similar.

—¿Va a poder tener algún contacto con los demás niños? —le pregunté.

—De momento no. Si vemos que va adaptándose nos plantearemos la posibilidad de que se reincorpore a las clases, comenzáramos con una de educación física.

—¿No cree que el niño se sentirá frustrado al pasarse todo el día trabajando a solas con la señora Morrison? Eso es muy intensivo, y no solo para él.

—Ella dispondrá de una hora para comer, y otra profesora auxiliar se encargará mientras tanto de Reece.

La verdad era que no había gran cosa que yo pudiera decir, más allá de lo que la curadora me había aconsejado.

—Por favor, ¿podría darme una copia de su PEI? Me vendría bien para ayudarle en casa.

Me dio la impresión de que mi petición le tomaba por sorpresa.

—No lo tengo a mano; de hecho, ni siquiera estoy seguro de haberlo recibido.

Lo miré con incredulidad. El colegio no solo tendría que estar trabajando en base a un plan educativo individualizado, también tendría que estar elaborando uno debido al largo lapso de tiempo que había pasado desde que Reece había salido de su colegio anterior. Tal y como su propio nombre indica, el plan educativo individualizado es un plan detallado que se elabora a medida de acuerdo a las necesidades educativas del niño (en él se detalla, por

ejemplo, qué es lo que está estudiando en un momento dado y cómo va a estructurarse su progreso).

—Reece tendría que tener un PEI actualizado. —Era consciente de que así no iba a ganarme sus simpatías precisamente, pero estaba decidida a conseguirle a Reece lo que se suponía que debían darle en un colegio: una educación.

—Le preguntaré al respecto a la coordinadora de necesidades educativas especiales, pero tendrá que ser mañana porque trabaja a tiempo parcial.

—Gracias. —Siguiendo los consejos de la curadora, procedí a abordar otra cuestión importante a pesar de saber que mi popularidad iba a seguir cayendo en picado—. ¿Han elaborado un plan para el manejo de la conducta de Reece? —Me miró totalmente desconcertado, como si nunca en su vida hubiera oído hablar de tal cosa, así que añadí con firmeza—: En vista de lo sucedido, podría resultar útil tener uno para que todo el personal siga las mismas pautas a la hora de manejar la conducta de Reece.

—Veré lo que puedo hacer al respecto —dijo con semblante adusto antes de anotar algo en un papel—. Bueno, creo que eso es todo. Esperemos que las nuevas medidas sirvan para mejorar la disposición de Reece, y que la psicóloga educativa aporte algunas ideas útiles. ¿Cuánto tiempo cree que va a vivir con usted?

Me preguntaba cuándo me haría esa pregunta, cuya respuesta debía de ser para él una especie de «cláusula de rescisión».

—No sabría decírselo con certeza. La vista final se celebra en septiembre, así que en esas fechas se tomará una decisión definitiva en lo que respecta al futuro de Reece.

—¿Cabe la posibilidad de que siga aquí el curso que viene? —Intentó en vano ocultar su consternación.

—Sí, por supuesto que sí. De hecho, yo creo que seguirá en mi casa hasta Navidad como mínimo, pase lo que pase en los tribunales.

No era ni de lejos lo que él quería escuchar.

Lejos de ayudar a Reece, lo que el director llamaba «nuevas medidas» (que en realidad era una segregación) solo sirvieron para empeorar su comportamiento. Al término del primer día estaba claro que no le gustaba nada su exilio. Le había dicho rezongón a la señora Morrison que quería estar con

los otros niños, se había negado a hacer los ejercicios y apenas había comido al mediodía, algo más que inusual en él. Cuando fui a buscarle al finalizar la segunda jornada, la señora Morrison me llevó a un aparte y me dijo que había pasado el día entero triste y cabizbajo y que, a pesar de que ella había puesto todo su empeño en intentar que aprendiera algo, lo único que había logrado era mantenerlo ocupado. Saltaba a la vista que las «nuevas medidas» le gustaban tan poco como al propio Reece, pero, aunque a mí me expresó sus dudas acerca de la eficacia de dichas medidas, no se sentía capaz de hablar al respecto con el director porque era una profesora auxiliar y, además, tenía poca experiencia como tal (aunque yo dudaba que hablar con él hubiera servido de algo, la verdad).

—Esperemos que las cosas vayan mejor mañana —me dijo—. Todo esto todavía es bastante nuevo para Reece, y el comedor es muy ruidoso cuando lo están preparando todo para la hora de la comida. No puedo hacer nada en lo que respecta al ruido, pero esto servirá al menos para que el niño vaya acostumbrándose al centro. Otro problema que tengo es que, como la mesa se usa a la hora de la comida, no puedo dejar allí los cuadernos y los materiales. Tengo que llevármelo todo al mediodía, y volver a sacarlo otra vez al retomar la clase.

Mientras hablaba se tocaba la cabeza cada dos por tres con nerviosismo, y se la veía realmente exhausta. Era obvio que la situación también estaba poniéndola a ella bajo presión.

—¿Se encuentra bien? —Me sentía responsable.

—Me duele un poco la cabeza, no es nada. Pero debo decir que todo esto me parece injusto para Reece, es importantísimo que se relacione con niños de su edad.

Yo estaba totalmente de acuerdo con ella en eso, pero mis manos estaban atadas. Las dos sabíamos que el director solo iba a buscar otras alternativas cuando esas medidas hubieran fracasado estrepitosamente.

—Esta noche tendré una charla con él, a ver si consigo convencerlo de que coopere un poco —afirmé yo, a pesar de no tener ni idea de cómo me las iba a ingeniar para lograrlo. ¿Qué iba a decirle, que todo aquello era por su propio bien? Seguro que ni siquiera él se tragaría algo así.

Al final, lo que le dije a Reece esa noche fue que el director consideraba que era mejor que le dieran clase por separado de momento, hasta tener la certeza de que iba a portarse bien y no iba a enfadarse ni a hacerle daño a

nadie. Pensé que se sentiría incentivado si sabía que había un objetivo que estaba a su alcance.

—Si le demuestras a la señora Morrison lo buen niño que eres, estoy segura de que pronto volverás a estar en la clase.

¡Qué equivocada que estaba!

Cuando fui a recogerle a las tres al día siguiente, un jueves, la señora Morrison me dijo que al cabo de una hora de empezar la clase Reece había volcado la mesa del comedor donde estaba «trabajando», que había alzado la mesa y se disponía a lanzarla cuando ella había llamado a gritos al personal de la cocina pidiendo ayuda. Entre todos habían logrado detenerlo y calmarlo, pero su arranque de genio los había conmocionado a todos.

Al día siguiente la cosa fue incluso peor. Quedó expulsado por la tarde, pero de forma informal, así que no iba a haber papeleo ni reunión de reintegración. Me llamaron a las 12:15 para avisarme, y al llegar al colegio encontré a la señora Morrison al borde de las lágrimas porque se sentía culpable por el incidente que había llevado a dicha expulsión informal.

—Tendría que habérmelo llevado antes del comedor —me dijo—. Ha sido el hecho de tener que salir de allí cuando los demás niños estaban entrando para comer lo que le ha alterado.

Parece ser que Reece había querido quedarse a comer en el comedor con los demás en vez de ir a la sala de relajación y que le llevaran una bandeja allí, y cuando ella le había dicho que no podía ser había golpeado al niño que encabezaba la fila que estaba entrando. Huelga decir que no tendría que haber golpeado a nadie, pero tanto la señora Morrison como yo teníamos claro que lo había hecho impulsado por la frustración que sentía.

Los incidentes fueron yendo a más durante esa primera semana hasta desembocar en una expulsión; la pauta se repitió durante la segunda, ya que el jueves le expulsaron informalmente hasta el lunes siguiente; en la tercera semana quedó expulsado informalmente hasta el lunes siguiente, y lo mismo sucedió en la cuarta.

Cuando volvió a suceder de nuevo en la quinta semana, decidí que ya estaba más que harta. Recibí la acostumbrada llamada de teléfono en la que la secretaria me dijo que Reece había golpeado a no sé quién y roto no sé qué y dicho no sé qué palabrotas, y que el director quería que fuera a buscarlo porque estaba expulsado informalmente para el resto de la semana. Él nunca estaba presente cuando yo iba a por Reece, siempre dejaba que fuera la señora

Morrison quien se encargara de llevármelo y de explicarme lo sucedido.

Pero en esa ocasión, cuando el niño y ella entraron en la recepción por la puerta de los *Bienvenidos*, dije con firmeza:

—Lo siento, pero no voy a llevarme a Reece a casa a menos que se le expulse formalmente. ¿Podría ser tan amable de comunicárselo al director? Esperaré aquí con Reece.

Me había dado cuenta de que, aunque esas expulsiones «informales» mantenían el expediente escolar del niño relativamente limpio, se habían convertido en un recurso fácil para el director. Gracias a ellas, Reece no estaba en el colegio y no había que hacer gran cosa por solucionar el problema subyacente: cómo manejar su comportamiento.

La señora Morrison me miró muy preocupada y con cierto malestar, pero a pesar de que sentía hacerle pasar un mal rato quería que aquel problema saliera a la luz. Al producirse una expulsión formal y la consecuente reunión de reintegración, todo el mundo tendría oportunidad de expresar su opinión, y yo esperaba que por medio del debate se decidiera un plan de actuación para lograr avanzar.

—De acuerdo —me dijo con nerviosismo antes de marcharse de nuevo por la puerta de los *Bienvenidos*.

Tardó veinte minutos en encontrar al director, quien estaba visiblemente a la defensiva cuando entró con ella en la recepción.

—Reece no puede quedarse aquí —me dijo incluso antes de acabar de cruzar la puerta—. Ha estado corriendo desatado por los pasillos, entrando y saliendo de las aulas mientras gritaba a pleno pulmón.

—Voy a llevármelo a casa, pero quiero una expulsión formal.

—No puedo dársela ahora mismo, la secretaria está demasiado ocupada.

—No pasa nada, esperaré.

Y así lo hice. Al cabo de un cuarto de hora reapareció con la carta de expulsión formal, que es una carta impresa normal y corriente hecha por ordenador. Ví que la reunión de reintegración se había programado para ese lunes a las nueve.

—Quiero que esté presente el trabajador social que lleva el caso de Reece —dijo él.

—Sí, yo también. —Puede que eso fuera lo único en lo que estábamos de acuerdo—. Usted tendrá que notificárselo formalmente, pero yo le enviaré también un correo electrónico con la fecha y la hora. Y, a ser posible, creo que

sería aconsejable que también estuviera presente la psicóloga educativa. — Aunque sabía que eso no era obligatorio, sino algo optativo.

El señor Fitzgerald asintió, y tuve la sensación de que la opinión que tenía de mí había mejorado ligeramente; es más, yo diría que (muy a pesar suyo) me había ganado un poco su respeto.

Cuando llegué a casa con Reece hice lo mismo que había hecho después de todos los incidentes anteriores: regañarle, decirle lo que había hecho mal y no dejarle ver la televisión como castigo. No sé si mis esfuerzos servían de algo, porque cuando era capaz de recordar lo que había sucedido siempre se mostraba arrepentido y estaba dispuesto a disculparse.

—Ya sé que has visto a tu madre dando puñetazos a la gente, gritando e insultando, pero eso no está bien. —Estaba desesperada e intentando recurrir a cualquier cosa que pudiera hacerle cambiar—. Tienes que olvidarte de esa clase de comportamiento. A mí no me ves insultando a la gente ni dando golpes, ¿verdad?

—No, Cathy. Tú no das golpes ni gritas ni insultas. Tú eres buena, Cathy. Te quiero. Tengo que pedir perdón.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No sabía qué hacer ni qué decir para ayudarle a cambiar su conducta en el colegio, y quería que la psicóloga educativa me aconsejara.

La psicóloga educativa no pudo asistir a la reunión de reintegración, pero mandó una carta en la que decía que estaba reevaluando a Reece y que su informe podría ser analizado en la reunión que el director estaba organizando para evaluar las necesidades educativas de Reece.

—Voy a convocar a todo el mundo a la reunión de evaluación —nos dijo el director a Jamey y a mí, durante la reunión de reintegración—. Ese niño está descontrolado y debe ingresar cuanto antes en un centro especializado.

Jamey se volvió hacia mí. Era la primera vez que le veía desde que le había llevado a la oficina las autorizaciones del colegio para que las firmara, aunque le había mantenido informado por correo electrónico.

—En casa no está descontrolado, ¿verdad? —me preguntó.

—No, sigue progresando muy bien.

—Esa es otra prueba más de que tiene que ir a un centro especializado —afirmó el director—. Está claro que este no es el colegio adecuado para él.

—Sí, puede ser —contestó Jamey, con esa indolencia tan habitual en él—, pero hoy en día la mayoría de los niños que tienen necesidades especiales estudian en escuelas convencionales. ¿Qué medidas ha tomado usted para manejar el comportamiento de Reece?

—En este momento estoy elaborando un plan en ese sentido, la señora Glass está al tanto de ello y le enviaré una copia en cuanto lo tenga.

—De acuerdo. Envíeme otra a mí, por favor.

Me habría gustado saber cuánto iba a tardar en completar ese plan el director, porque ya hacía cosa de un mes que yo se lo había solicitado y todavía parecía estar en fase de desarrollo. Pero lo que dijo a continuación reveló que, en realidad, el verdadero motivo de que tanto el PEI como el plan para el manejo de la conducta estuvieran demorándose tanto era que él tenía la esperanza de que al final no hicieran falta.

—Tengo entendido que Reece irá a vivir a otro lugar cuando se celebre la vista final en septiembre.

Le hizo el comentario a Jamey, quien me miró con expresión interrogante; al ver que yo me encogía de hombros para indicarle que no sabía de dónde había sacado eso el director, se limitó a contestar:

—Bueno, todavía no hay nada definitivo. Dependerá de la decisión que tome el juez.

—Pero es probable que así sea, ¿verdad? —insistió el director.

—Sí, pero no sé cuánto tiempo tardarán en trasladarlo. Y me parece que Reece no puede permitirse pasar lo que queda del año sin recibir una educación en condiciones porque los adultos se limitan a dejar pasar el tiempo, ¿verdad?

Lo dijo de forma tan cortés y natural que el director tardó un momento en captar la acusación subyacente; de hecho, yo misma tampoco la capté en un primer momento.

—¡Le aseguro que aquí estamos esforzándonos por darle una educación en condiciones y que no estamos dejando pasar el tiempo, señor Hogg! ¡Le he asignado una profesora auxiliar a tiempo completo!

—Perfecto —le dijo Jamey sonriente—. Reece ha regresado hoy a la escuela, y espero que no haya más exclusiones. Es un buen chico y si Cathy puede manejarlo en casa, no me cabe duda de que este centro, con todos los

recursos y los fondos de los que dispone, puede hacerlo también. Nos veremos de nuevo en la reunión de evaluación, señor Fitzgerald.

Jamey se puso en pie, con lo que la reunión se dio por concluida.

—Gracias —le dije una vez que salimos del despacho.

UN DEBATE ACALORADO

No había duda de que el director había hablado en serio al afirmar que iba a convocar a todo el mundo a la reunión para evaluar las necesidades especiales de Reece. Dos semanas y otras tantas expulsiones después, éramos catorce las personas sentadas alrededor de una de las mesas de la sala de profesores del colegio; después de las presentaciones de rigor todas las miradas se centraron en la psicóloga educativa, a la que se le había pedido que fuera la primera en hablar. El informe que había elaborado sobre Reece era el documento más importante que teníamos sobre la mesa, ya que sus conclusiones eran fundamentales a la hora de tomar cualquier tipo de decisión sobre la educación de Reece y sobre el tipo de escuela al que debería ir. Todos procedimos a abrir el informe tras sacarlo del montoncito de documentos que cada uno tenía a su disposición; la primera página estaba llena de gráficas, cifras y porcentajes, y a primera vista me pareció indescifrable.

—Dejemos por el momento los resultados de las pruebas, los explicaré en breve —nos dijo la psicóloga—. Me gustaría comenzar hablando brevemente sobre mis observaciones y mi valoración sobre Reece en la escuela, y sugerir algunas estrategias que podrían servir de ayuda. Las vivencias de Reece durante su infancia temprana parecen haberle causado un daño bastante grande. En el ámbito de la escuela puede sentirse frustrado y ponerse agresivo, y eso ha generado algunos incidentes, algunos de los cuales han hecho que se le expulse de forma temporal. Es una pauta de comportamiento que también fue evidente en sus dos escuelas anteriores, de las que fue expulsado permanentemente, pero a diferencia de lo que sucedía en el pasado ahora tiene una vida hogareña estable y, según me ha dicho el trabajador social que lleva

el caso, se ha adaptado muy bien a vivir con su cuidadora, Cathy.

Tanto Jamey como yo asentimos, y ella siguió con su exposición.

—Cuando Reece está bajo presión o se pone nervioso, recurre a las agresiones verbales y en ocasiones a las físicas. Es algo que yo misma he presenciado en el colegio, y da la impresión de que está recurriendo a unas acciones y un lenguaje que previamente ha visto en casa o a las que él mismo ha sido sometido. Es posible que el impacto que han tenido sobre él esos primeros años de vida tarde algún tiempo en desaparecer, y el colegio debe ser consciente de ello a la hora de lidiar con él. Las pérdidas de control de Reece suelen durar muy poco, y después se siente muy arrepentido y puede continuar como si no hubiera pasado nada. Habría que procurar que las situaciones que pueden causarle frustración sean las menos posibles, en especial en lo relativo a su aprendizaje y a la presión de querer ser como sus compañeros. Él será consciente de que su nivel está muy por debajo del de sus compañeros, tanto académica como socialmente, y hay que evitar las situaciones que resalten eso. Le cuesta lidiar con los cambios y con las situaciones nuevas, así que los cambios también tendrían que ser los menos posibles y habría que manejarlos con suma precaución.

Hizo una pausa y alzó la mirada, y yo pensé para mis adentros que hasta el momento había acertado de pleno con su valoración. ¡De qué forma tan perfecta y sucinta acababa de resumir la situación de Reece en el colegio! Por otra parte, hasta el momento no había dicho nada que pudiera indicar que Reece debería ir a un colegio especializado, aunque también había que tener en cuenta que todavía no habíamos analizado los resultados de las pruebas.

—Pasemos ahora a los resultados de las pruebas —dijo como si me hubiera leído el pensamiento—. No voy a ir analizándolos uno por uno, haré un resumen general. Se han realizado pruebas de habilidad cognitiva, que muestran la capacidad de razonamiento tanto verbal como no verbal de Reece, y todos los resultados están por debajo de lo que cabría esperar en un niño de su edad.

Bajé la mirada hacia el informe, lo que ella estaba diciendo se reflejaba en las gráficas que mostraban los resultados de Reece comparados con los de un niño de su edad.

—Como se puede ver, se le da un poco mejor el razonamiento no verbal, y eso podría deberse al retraso que sufre en el desarrollo del habla. A pesar de que sus resultados están por debajo de la media, no lo están lo suficiente como

para ingresarlo en un colegio especializado. Para eso tendría que tener una puntuación situada por debajo de 80 en casi todo, y él ha demostrado que puede aprender. Tengo entendido que su capacidad para reconocer las palabras ha mejorado desde que vive con Cathy, el trabajador social me ha informado de que ha pasado de leer una sola palabra a leer cuarenta y cinco.

Yo asentí y me sentí agradablemente sorprendida al oírla mencionar aquello. Estaba claro que, a pesar de no haber contestado a mis correos electrónicos, Jamey había tomado nota de lo que ponía en ellos y lo había añadido al expediente.

—Espero que ese progreso que Reece está haciendo en casa empiece a reflejarse pronto en el colegio —siguió diciendo ella—. En fin, eso es todo cuanto tengo que decir por el momento, pero debatiré encantada sobre las posibles estrategias que podemos usar para ayudar a Reece en el colegio.

Con eso concluyó su exposición, y la sala quedó en silencio mientras todos asimilábamos lo que había dicho: Reece no iba a ser enviado a un colegio especializado, iba a quedarse donde estaba. La subdirectora, que estaba presidiendo la reunión, le agradeció al final su aportación y preguntó si alguien quería comentar algo.

—Sí —dijo el señor Fitzgerald, antes de fijar la mirada en la psicóloga educativa—. El motivo por el que Reece debería ingresar en un colegio especializado no son sus problemas de aprendizaje, sino los de conducta. Por eso no puede estudiar aquí.

Quien contestó fue John, del departamento de educación.

—El colegio especializado que tenemos en el condado está destinado a niños con problemas de aprendizaje graves. En su momento contamos también con escuelas para aquellos que tienen problemas tanto de educación como de conducta, pero, debido a las políticas gubernamentales, han sido eliminadas de forma gradual. Desde hace muchos años, la norma establecida es que los niños que tienen problemas de aprendizaje entre leves y moderados estudien en colegios convencionales.

—¿Qué pasa con sus problemas de conducta? —insistió el director.

—Se aplica el mismo criterio: colegio convencional con apoyo de un profesor auxiliar.

La coordinadora de necesidades educativas especiales intervino en ese momento.

—Entonces, ¿lo que está diciendo es que ya no hay ningún colegio adecuado

para un niño como Reece?

John le sostuvo la mirada al contestar.

—No, lo que digo es que en este condado ya no hay colegios especializados para alumnos con problemas de aprendizaje y de conducta, y que a los niños como Reece se les enseña en los centros convencionales con el apoyo de profesores auxiliares. Y no es algo que solo pase en este condado, casi todos han ido cerrando ese tipo de colegios especializados. Quedan muy pocos, y el más cercano a nosotros está a sesenta y cinco kilómetros de distancia. Huelga decir que no vamos a hacer que un niño tenga que realizar semejante trayecto de ida y vuelta a diario para ir al colegio; ni siquiera nos lo plantearíamos si se tratara de un niño que necesitara realmente un colegio especializado de esa clase, pero es que estamos hablando de uno que no lo necesita.

A partir de ahí el debate se volvió muy acalorado, todo el mundo quería expresar su opinión de inmediato.

—Parece ser que es una cuestión de opinión lo que Reece necesita en realidad —comentó el director con sequedad.

—¡Es absurdo que no haya colegios especializados de esa clase! —apostilló el tutor.

—Reece no necesita ese tipo de centros —contestó la psicóloga educativa.

En mi opinión, todo ese debate era un poco inútil. Ella no había recomendado que Reece estudiara en uno de esos centros, e incluso en el caso de que lo hubiera hecho era muy improbable que matricularan al niño en uno que estaba tan lejos y fuera del condado. Intercambié miradas con la señora Morrison y con la señora Curtis, la nueva profesora auxiliar que se encargaba de cuidar a Reece durante la hora de la comida; al igual que yo, ellas estaban limitándose a escuchar sin decir nada.

—¿Qué se supone que debemos hacer entonces? —preguntó al final el director, a nadie en concreto—. Está claro que Reece no puede adaptarse a un colegio convencional; lo hemos intentado, pero no ha funcionado.

Quien contestó fue el señor Parks, quien asesoraba a los colegios en cuestiones del manejo de la conducta. Se ofreció a ir al colegio una vez por semana, por la mañana o por la tarde, para asesorar al personal docente sobre estrategias que podrían ser de ayuda. El director no parecía demasiado convencido y, cuando expresó sus dudas en cuanto a la eficacia de dichas estrategias, la psicóloga educativa afirmó que mantener a Reece segregado tanto durante las clases como en el patio estaba haciendo que se sintiera más

frustrado y rechazado.

—¡Es un niño peligroso! —espetó el director—, ¿qué se supone que debemos hacer? ¡No hay que olvidar que ha agredido a miembros del personal y a otros alumnos, y que ha causado destrozos! ¡No puedo permitir que siembre el caos a sus anchas!

Me dio la impresión de que estaba exagerando, y decidí que había llegado el momento de intervenir.

—En casa no se porta así. —Todas las miradas se volvieron hacia mí—. Me gustaría confirmar que el comportamiento de Reece se estabilizó con suma rapidez y que los incidentes que tuvimos fueron cuando estaba recién llegado a casa, desde entonces no ha habido ni uno más.

—Quizás podrían aplicarse en el colegio algunas de las estrategias que usted emplea en su casa —propuso John, el enviado del departamento de educación—. ¿Qué ha hecho para conseguir que Reece se porte bien?

—Me he limitado a poner unos límites firmes y consistentes, le premiaba por su comportamiento y le castigaba si se portaba mal. Reece quería hacer lo correcto, lo que pasa es que no sabía diferenciar lo que está bien de lo que está mal. Responde muy bien ante las felicitaciones y las muestras de aliento, porque duda de sí mismo. Debido a sus problemas de aprendizaje, a menudo tengo que repetirle instrucciones bastante sencillas, pero no he tenido problema alguno en lo que respecta a su comportamiento.

Me quedé callada y todo el mundo miró al director, quien estaba claro que se moría por intervenir y protestó de inmediato.

—¡La casa y el colegio son dos ámbitos totalmente distintos!

Fue la psicóloga educativa quien contestó.

—Sí, pero el hecho de que Reece haya respondido bien en casa resulta muy prometedor, y nos da una idea de lo que se puede conseguir en el colegio. Me preocuparía mucho si Cathy dijera que también está descontrolado en casa, pero, dadas las circunstancias, soy optimista y creo que los cambios que Reece ha logrado en casa pueden trasladarse con éxito al colegio.

El señor Parks y ella procedieron entonces a dar algunos consejos a la señora Morrison y a la señorita Broom sobre cómo lidiar con situaciones en las que Reece podría sentirse frustrado y empezar a enfadarse.

—Vamos a necesitar fondos extra para hacer todo eso —se apresuró a decir el director.

—Ya se le ha concedido el máximo posible —le contestó John—. Recibe

una dotación para cubrir los gastos de un profesor auxiliar que esté con Reece a tiempo completo, incluyendo a la hora de la comida y en el patio. No sé si sabrá que Reece es el niño que recibe la dotación más grande de todo el condado.

Ese era un dato que el director no podía contradecir. A juzgar por lo que estaba oyendo, deduje que la cuestión radicaba más bien en cómo estaban empleándose los fondos; si las medidas que se habían tomado hasta el momento no funcionaban (lo que estaba más que claro), entonces podría ser aconsejable emplear dichos fondos de forma distinta.

Jamey debió de llegar a la misma conclusión que yo, porque sugirió que podría servir de ayuda que hubiera más de una profesora auxiliar.

—Así la señora Morrison no cargará con toda la responsabilidad, y no quedará exhausta —argumentó.

Aquello era muy similar a lo que me había dicho a mí la curadora cuando había venido a ver a Reece a casa. Ella me había comentado que quería estar presente en esa reunión, así que me había extrañado no verla allí.

Yo contesté a las palabras de Jamey con un gesto de asentimiento antes de decir:

—Sé por experiencia propia lo agotador que puede ser cuidar de Reece debido a las necesidades especiales que tiene, sobre todo cuando se trabaja con él de forma individualizada y hay que ir repitiéndole las instrucciones.

La psicóloga educativa me dio la razón, y yo añadí:

—Wendy Payne, la curadora *ad litem*, está al tanto de cuáles son las necesidades especiales de Reece. Es una persona muy proactiva, y el tema de la escolarización de Reece la tiene preocupada; de hecho, esperaba verla aquí.

Todas las miradas se dirigieron hacia la cabecera de la mesa, ya que la tarea de enviar las invitaciones para la reunión debía de haber recaído sobre la secretaria del colegio.

—No estábamos al tanto de que quisiera asistir —adujo el director—; de hecho, me parece que ni siquiera tenemos sus datos de contacto.

Él debería saber que la asistencia de la curadora *ad litem* a una reunión como esa se daba por hecho, y la secretaria podría haber llamado al trabajador social para averiguar sus datos de contacto. Jamey sacó su móvil, leyó en voz alta tanto el número de teléfono de Wendy como su dirección de correo electrónico, y la subdirectora tomó nota debidamente.

—Quizás podríamos enviarle el acta de la reunión.

Mi propuesta también se hizo constar en dicha acta.

Entonces pasamos cerca de veinte minutos debatiendo y debatiendo en vano sin llegar a ninguna conclusión útil. Por un lado, el director alegaba que a Reece no le había ido bien en la escuela convencional hasta el momento y que no veía cómo iban a poder mejorar las cosas en el futuro; por el otro, John insistía en que no había ninguna otra alternativa.

—Tengo entendido que es posible que Reece aún siga aquí cuando comience el curso que viene —comentó finalmente el director.

Jamey asintió y reiteró en la reunión lo que ya le había dicho a él: que la decisión sobre el futuro de Reece la tomaría el juez en la vista final que iba a celebrarse el 14 de septiembre, y que después de eso se tardarían unos meses en implementar dicha decisión; de modo que sí, no había duda de que Reece iba a iniciar el nuevo curso en ese colegio.

Yo pensé para mis adentros que, dado que aún no estábamos ni siquiera a mediados del tercer trimestre, el director no iba a tener más remedio que dejar de «dejar pasar el tiempo», y me dio la impresión de que él también se daba cuenta de ello por fin.

—Está bien —dijo con rigidez—, organizaré una reunión con el personal para idear nuevas estrategias que nos ayuden a manejar el comportamiento de Reece. Señor Parks, vamos a necesitar su asesoramiento.

—Sí, por supuesto. Cuadraremos fechas al término de esta reunión.

Hubo unos segundos de silencio y la subdirectora preguntó al fin:

—¿Alguna cosa más?

Dirigió la mirada hacia el reloj de pared, al igual que yo. Llevábamos casi dos horas allí. Algunos de los presentes no habían hablado, entre ellos la enfermera del colegio y las dos profesoras auxiliares; la subdirectora les preguntó a estas últimas si había algo que quisieran añadir y las dos contestaron que no, pero que la reunión les había sido de mucha utilidad.

Antes de que la subdirectora diera la reunión por concluida, el director añadió algo más.

—Haremos todo lo posible por implementar nuevas estrategias con los recursos que tenemos a nuestro alcance, pero si el comportamiento de Reece no mejora tendré que acabar por expulsarlo de forma definitiva.

—Estoy seguro de que eso no será necesario, ya que van a tener el asesoramiento del equipo de manejo de la conducta —se apresuró a contestar Jamey—. Pero si al final se da el caso y Reece es expulsado de forma

definitiva, no me cabe duda de que el juez querrá saber el motivo de dicha expulsión. Y huelga decir que usted, señor Fitzgerald, será la persona más indicada para darle las explicaciones pertinentes.

El director captó perfectamente la advertencia y estaba claro que no le sentó nada bien, porque su rostro enrojeció de golpe. Yo habría sentido lástima por él si no hubiera estado tan en contra de Reece desde el principio.

La reunión se dio por finalizada, y me marché de allí con sentimientos encontrados. Por un lado, la psicóloga educativa había defendido a Reece; por el otro, le habían sentenciado a permanecer en un colegio en el que estaba claro que no era bienvenido. Aunque tenía mis dudas sobre hasta qué punto iban a cambiar las cosas para él en el colegio, al menos Reece tenía ahora la oportunidad de demostrar lo que era capaz de hacer.

UN OSCURO NUBARRÓN

Reece siguió recibiendo «clases» por separado, y siguió sintiéndose frustrado y enfadándose; a pesar de la reunión de evaluación y de las promesas de cambio, yo no veía que hubiera cambiado nada. Al final de cada jornada le preguntaba a la profesora auxiliar (unas veces era la señora Morrison y otras la señora Curtis, a la que le asignaban algunas medias jornadas aparte de la hora de la comida) si Reece había estado en el aula, y siempre recibía la misma respuesta: «Aún no, pero estamos trabajando en ello». Vete tú a saber lo que significaba eso. Daba la impresión de que el niño no estaba aprendiendo nada porque ellas intentaban mantenerlo entretenido en el comedor, que todavía seguía haciendo las veces de aula. La culpa no la tenían ellas; no tenían la autoridad necesaria para generar cambios, esos cambios tenían que salir del director. Las dos se sentían a menudo tan frustradas y molestas como el propio Reece, y lo mismo podría decirse de mí. Aunque no pudiéramos decirlo abiertamente, las tres concordábamos en que para el niño habría sido mejor quedarse en casa conmigo, ya que allí al menos estaría contento y puede que incluso aprendiera algo.

En vez de ir avanzando a partir de lo que había aprendido conmigo, estaba yendo hacia atrás y la actitud positiva que había tenido cuando había empezado a ir al colegio se había esfumado. Protestaba cuando le levantaba por la mañana, y en el colegio se negaba hasta a levantar un lápiz o a pasar la página de un cuaderno de lectura. Aunque lo que tendría que estar haciendo era hacer ejercicios y aprender, las profesoras auxiliares pasaban horas leyéndole y dejando que coloreara dibujos... lo que fuera, con tal de que el día fuera pasando sin incidentes y la frustración del niño estuviera bajo

control. Pero el hecho de tener problemas de aprendizaje no significaba que Reece fuera tonto ni mucho menos, así que cuando se hartaba de estar en el comedor y quería volver a casa lo que hacía era golpear algunas mesas, agitar los puños y amenazar a alguien, y con eso lograba el resultado deseado: la secretaria del colegio me llamaba para decirme que fuera a buscarlo de inmediato, y yo lo hacía. No volví a pedir una expulsión formal porque me pareció un esfuerzo inútil, había acabado por darme cuenta de que nada iba a cambiar. El director estaba haciendo justo lo que yo pensaba que no podría hacer: dejar pasar el tiempo hasta que Reece se fuera de mi casa y, por tanto, de la escuela.

Llegó la fiesta bancaria de primavera y, con ella, una semana de vacaciones en el cole que fue un verdadero alivio para todos nosotros. Aprovechamos al máximo el buen tiempo que hacía, salimos al jardín y fuimos al parque tantas veces como pudimos. Un día vino a vernos Wendy Payne, la curadora, quien, a pesar de estar molesta por haberse perdido la reunión de evaluación, admitió que seguramente no habría podido aportar gran cosa más porque el informe de la psicóloga educativa había sido muy minucioso. Se molestó más aún cuando le conté que en el colegio no había cambiado nada a pesar de la evaluación, y que básicamente se limitaban a hacer de niñera. Yo le confesé que no sabía qué hacer y que en ciertos aspectos tenía la impresión de estar dejando pasar el tiempo también, esperando a que Reece se fuera con la esperanza de que pudiera recibir entonces la educación que se merecía.

Ella me dijo que iba a llamar al director para ver si podía instigarle a hacer algo productivo de una vez, pero admitió que ninguna de las dos podía hacer gran cosa porque el mero hecho de iniciar el proceso para un cambio de colegio llevaría muchos meses. Tal y como el juez había ordenado, Reece iba al colegio, pero, más allá de eso, cualquier cambio estaba en manos del departamento de educación, y ellos ya habían tomado una decisión al respecto y estaban ciñéndose a ella. Si Reece hubiera sido mi hijo le hubiera buscado otro centro y puede que le hubiera dado clases en casa hasta encontrar uno que me convenciera, pero al juez no le haría ninguna gracia que me limitara a dejar de enviarlo al colegio sin más. Yo sabía de otros centros en la zona que contaban con sólidos planes de acción para educar a los niños con necesidades especiales, pero como su cuidadora no había nada que pudiera hacer y me resultaba muy frustrante.

Cuando Wendy me preguntó cómo le iba a Reece en casa, le confirmé que

seguía yéndole muy bien a pesar de que el problema del colegio era como un oscuro nubarrón que se cernía sobre nosotros constantemente. Ella me dijo que la tía de Reece había presentado una solicitud formal para ocuparse de él de forma permanente, en caso de que en la vista final se dictaminara que el niño no podía volver a estar a cargo de sus padres; al parecer, se estaba evaluando a la tía para ver si era una candidata adecuada, ya que el hecho de estar criando a Lisa, una de las hermanastras de Reece, no implicaba necesariamente que estuviera capacitada para criar a un niño con tantas necesidades especiales como él.

Wendy me preguntó cuántas veces venía a vernos Jamey; cuando yo admití que no venía nunca, pero que le veía en las reuniones y le mantenía informado por correo electrónico, dijo que eso no era suficiente y que se suponía que él debía venir cada seis semanas. Eso era algo que yo ya sabía, al igual que sabía que existía cierta animosidad entre ellos dos. No me extrañaba que así fuera, ya que eran polos opuestos: Wendy era eficientísima y directa, Jamey relajado y parsimonioso; aun así, no iba a ponerme a criticarlo porque me daba la impresión de que ambos querían lo mejor para Reece, solo que tenían distintos métodos de trabajo. Wendy pasó algo de tiempo jugando con Reece en el jardín, y antes de irse me aseguró que iba a hablar tanto con el director como con Jamey y que me llamaría por teléfono para mantenerme informada.

Las clases se reiniciaron en junio. Era el inicio de la segunda mitad del tercer trimestre, una segunda mitad que me tenía intranquila porque iba a ser bastante larga (duraba siete semanas). A lo largo de las tres primeras semanas se confirmaron mis peores temores, ya que el comportamiento de Reece fue empeorando cada vez más. Gritaba e insultaba a sus profesoras auxiliares, volcaba mesas, lanzaba cosas, dejó de comer al mediodía y empezó a hacerse pis por la noche, que era algo que no había hecho nunca; al final acabó por golpear a la señora Curtis y quedó expulsado por el resto de la semana. Yo le regañé y le expliqué qué era lo que había hecho mal, y él me dijo que lo lamentaba y que le pediría perdón a la señora Curtis.

—Ya le has perdido perdón otras veces, Reece. Pedir perdón significa que uno no va a volver a repetir lo que ha hecho mal, pero ¡tú sigues haciéndolo! ¡Así que tus disculpas no significan nada!

—Lo siento, Cathy. —De repente, de buenas a primeras, me preguntó—:

¿Voy a volver con mi mamá?

Tardé un momento en darme cuenta de que habíamos cambiado de dirección, y de forma muy drástica. Yo ya le había explicado por qué estaba en acogida (él había aceptado esas explicaciones) y también le había hablado de la vista final, en la que el juez decidiría dónde era mejor que viviera hasta que fuera un adulto, pero no había hablado con él sobre las implicaciones que iba a tener la decisión del juez ni sobre las distintas opciones que había. De modo que en ese momento tuve que pensarme bien lo que iba a decirle. No podía predecir la decisión del juez, tenía que ser realista, y tampoco podía mencionar a su tía porque aún no se sabía con certeza ni mucho menos si él acabaría por vivir con ella definitivamente.

Me senté junto a él en uno de los pequeños taburetes que tengo en la terraza interior que hace las veces de sala de juegos.

—Reece, ¿te acuerdas de cuando hablamos del juez? Esa persona que sabe mucho y toma decisiones muy buenas para ayudar a montones de niños. — Esperé hasta que él asintió—. Bueno, pues el juez querrá que vivas en un lugar donde te cuiden muy bien mientras eres un niño. —Él asintió de nuevo—. Mira, yo no sé qué decisión tomará, pero creo que es posible que diga que no vas a ir a vivir con tu mamá y tu papá mientras eres un niño. En tu casa había problemas, y no siempre estabas tan bien cuidado como habrías tenido que estarlo.

—Ya lo sé, Cathy —lo admitió con voz queda.

—Así que yo creo que el juez querrá encontrar a unas personas muy especiales para que te cuiden, porque eres un niño muy especial.

Me miró con esos ojazos marrones abiertos como platos.

—¿Yo soy un niño especial, Cathy?

—Sí, por supuesto que sí. Eres muy especial.

—Y ¿tendré cuidadores especiales?

—Claro que los tendrás, cielo.

—¿Una cuidadora especial como tú?

Yo sonreí y me tragué el nudo que se me estaba formando en la garganta.

—Puede que sea como yo, o a lo mejor te encuentran una casa donde también haya un papá.

—¿Entonces tendré un papá nuevo!

—Sí, en cierto sentido.

—¿Qué bien! —Entonces añadió, con toda la naturalidad del mundo—:

Querré mucho a mi nuevo papá.

Si bien era cierto que Reece jamás había mostrado demasiado apego hacia sus padres, en especial hacia su madre, y que parecía ver las visitas semanales como una oportunidad para tomar la bebida de cola que conmigo tenía prohibida, me dio la impresión de que aceptaba con mucha más facilidad de la que cabría esperar tanto el hecho de estar en acogida como lo que le deparaba el futuro. Cuando un niño lleva un tiempo viviendo lejos de sus padres, es habitual que olvide las cosas malas que sucedieron y que empiece a verlos como ángeles y a echarlos de menos, incluso si al principio apenas sentía apego hacia ellos. Pero, en el caso de Reece, las cosas no eran así, y nunca mencionaba a sus padres a menos que al volver de una visita tuviera que transmitirme algún mensaje amenazador de parte de su madre.

—¿Hay alguna otra cosa que quieras preguntarme, cielo?

Él se lo pensó unos segundos antes de contestar.

—¿Mi mamá vendrá a mi cole, como cuando fue a los otros?

Yo lo observé con atención.

—¿Que si irá al cole al que vas ahora?

Él se limitó a asentir.

—No, ella no sabe a qué cole vas. —Bueno, la verdad era que eso eran suposiciones mías; que yo supiera, Tracey no había aparecido ante las puertas del colegio.

—¿El juez no se lo dirá? ¿No me mandará a casa?

—No, el juez no le dirá a tu mamá a qué cole vas, eso te lo aseguro. Y estoy bastante segura de que no volverás a tu casa.

—¡Qué bien, Cathy! —Se puso en pie de un salto y corrió hacia la caja de juguetes que contenía los bloques de construcción—. Muy bien. Gracias por cuidarme. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño. Te quiero mucho.

No sé si las tranquilizadoras palabras que yo le dije a Reece durante esa conversación fueron las causantes (puede que tuviera miedo a que su madre apareciera por la escuela y creara problemas, tal y como había hecho en ocasiones anteriores, y mis palabras contribuyeran a que ese miedo se esfumara) o si la posibilidad de que le mandaran de vuelta a casa le había tenido preocupado; la cuestión es que algo debió de quedar sellado en su cerebro, porque su comportamiento en el cole comenzó a cambiar de forma milagrosa.

Cuando regresamos al colegio ese lunes le pidió perdón a la señora Curtis, quien iba a encargarse de cuidarlo esa mañana. Le dijo que lo sentía y que no volvería a ser malo. Ella ya había oído sus disculpas y sus promesas de portarse bien infinidad de veces, así que se tomó sus palabras «con pinzas» y, de hecho, yo tampoco acabé de creerle del todo.

Pero cuando fui a recogerle al final de la jornada, la señora Morrison, quien se había encargado de cuidarlo durante la tarde, me dijo que no solo había pasado una buena tarde con ella, sino que a la señora Curtis también le había ido de maravilla con él durante toda la mañana y a la hora de la comida. Las dos le felicitamos a más no poder y ella me preguntó en broma que qué le había dado, pero en el fondo me preocupé pensando que a lo mejor estaba malito y se encontraba mal. Pero al día siguiente, al ver que esa jornada también había transcurrido sin ningún incidente y que Reece incluso había hecho algunos ejercicios de escritura y de cifras, fue cuando empecé a creer que a lo mejor no había sido algo fortuito y que, por la razón que fuera, el niño estaba empezando a cambiar. El viernes, después de cinco días de tranquilidad en los que Reece no solo no había tenido ni una sola rabieta, sino que estaba cooperando y aprendiendo, la señora Morrison dijo que iba a hablar con el director sobre la posibilidad de ir llevándolo de nuevo al aula durante algunos ratitos cortos.

—Sí, por favor, hágalo. —Miré a Reece, que estaba de pie junto a mí en la recepción escuchándonos atentamente, y le dije con una gran sonrisa—: ¡Bien hecho! ¡Son muy buenas noticias!

Al ver la sonrisa radiante que iluminó su rostro mientras asentía ilusionado pensé para mis adentros que si la señora Morrison no lograba convencer al director de ir reintegrándolo en el aula, entonces me encargaría yo misma de hacerlo, y sin andarme por las ramas. Reece había demostrado de lo que era capaz y tenía que ver premiados sus esfuerzos.

Pero al final no hizo falta que fuera a ver al director, porque la señora Curtis me confirmó el lunes por la mañana que iban a «probar a ver cómo le va en el aula». Cuando fui a recogerle al final de la jornada estaba acompañado de la señora Morrison, quien me dijo que había pasado una hora en su clase y que había estado trabajando junto a Troy, que era un encanto y, como la mayoría de niños, estaba dispuesto a perdonar y a olvidar.

Durante el transcurso de esa semana, la hora en el aula fue extendiéndose de forma gradual a la tarde entera; el viernes, cuando fui a recogerle y entré en la

recepción, me cambió la cara de golpe al ver que la señora Morrison y él estaban esperándome acompañados del director.

—No se preocupe, señora Glass —dijo este—, Reece no ha hecho nada malo ni mucho menos.

Me llevó a un aparte mientras la señora Morrison y Reece se entretenían viendo las manualidades que adornaban las paredes.

—¿Ha cambiado algo en casa? —me preguntó.

—No, nada. La única diferencia es que Reece comprende mejor su futuro: que es muy improbable que vuelva a vivir con sus padres, y que su madre no vendrá a este colegio a crear problemas.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Pues no hay duda de que algo le ha cambiado, jamás lo habría creído posible.

Yo asentí, y de repente se me ocurrió una posibilidad horrible.

—Señor Fitzgerald, es posible que el cambio de Reece se deba a que lo que yo le dije le dio tranquilidad. Se aproxima la vista final de septiembre, y los ánimos estarán muy agitados. Si el juez decide que Reece no regrese con su madre, Tracey no tendrá nada que perder viniendo aquí y dando problemas; en caso de que eso ocurriera, ¿podría usted asegurarse de que la situación se resuelva sin que Reece se entere de nada? Es de vital importancia que él continúe sintiendo que el colegio es un lugar donde está a salvo.

—Sí, por supuesto que sí. Estaría bien tener una fotografía de esa mujer, para poder alertar al personal el curso que viene. ¿Tiene usted una?

—No, pero le aconsejo que hable con el trabajador social que lleva el caso. Puede que él sí que tenga alguna. Aunque le digo por experiencia propia que lo más probable es que oiga a Tracey antes de verla.

Reece siguió mejorando a lo largo de ese trimestre. De forma gradual, poco a poco y gracias a sus profesoras auxiliares, fue reintegrado a su clase y a la vida escolar normal. Comía en el comedor y jugaba en el patio y, aunque a veces había que hacerle alguna advertencia cuando era demasiado ruidoso o se sobreexcitaba, no tuvo arranques de ira ni agredió a nadie. Los demás niños eran tolerantes con su exuberante entusiasmo, porque ya no tenían miedo de recibir un puñetazo o una patada.

Tres días antes de que el tercer trimestre llegara a su fin, los niños hicieron una pequeña representación a la que estaban invitados a asistir padres y cuidadores. A Reece le asignaron una frase que le dieron impresa en una cartulina, y se la aprendió de memoria en un abrir y cerrar de ojos; de hecho, se pasó toda la tarde repitiéndola sin parar, así que tanto Lucy y Paula como yo acabamos por aprendérsela también: «Y el viento mágico llegó del norte, y se llevó toda la maldad». Yo ignoraba si su profesora había elegido la frase expresamente para él o si había sido el azar, pero no había duda de que las palabras plasmaban a la perfección lo que le había ocurrido a Reece durante ese tercer trimestre: era como si un mágico viento se hubiera llevado su ira y su frustración.

Aquella mañana de la representación me senté henchida de orgullo en una de las sillas para el público junto con el resto de padres y cuidadores, y tuve que contener las lágrimas cuando Reece salió a escena. Llevaba puesto un abrigo blanco que se suponía que debía de representar el viento y, alzando la voz todo lo que pudo (les habían dicho que hablaran bien fuerte), me miró directamente a los ojos y dijo su frase a la perfección: «Y el viento mágico llegó del norte, y se llevó toda la maldad». Antes de que dejara el escenario me dio tiempo de hacerle una foto, aunque la foto no iba a hacerme falta porque ese momento quedó grabado para siempre en mi mente.

Y, para acabar de completar mi día, cuando llegué a casa después de ver la representación encontré allí a Adrian, mi hijo, que acababa de llegar procedente de la universidad para las vacaciones de verano y estaba sacando sus cosas del coche.

—¡Sorpresa! —gritó cuando aparqué frente a la casa.

Yo sabía que iba a venir, pero no sabía cuándo. Nos dimos un abrazo, y luego le ayudé a acabar de sacar las cosas de su coche. Se había sacado el carné de conducir en enero y me había dicho por teléfono que se había comprado un viejo Renault, se las arreglaba para mantenerlo con el dinerillo que ganaba trabajando en esto y aquello.

—¿Has conducido con calma?

Ahora que estaba «motorizado» me preocupaba horrores que intentara fardar, tal y como hacen algunos jóvenes.

—Sí, no te preocupes. No pasaré de los cien. —Se echó a reír.

Aunque Adrian y yo hablábamos por teléfono cada semana, no le veía desde Navidad porque en Semana Santa había ido de vacaciones a España con unos amigos, y resultaba extraño volver a tener en casa a aquel hombretón. Medía más de metro ochenta y era de hombros anchos como su padre, así que cuando entraba en una habitación parecía abarcar todo el espacio.

Reece se entusiasmó cuando fui a recogerlo al cole esa tarde y le dije que iba a conocer por fin a Adrian, y durante el resto de la tarde mi hijo tuvo una sombra que le seguía a medio metro de distancia hasta que dijo que iba a ir «a ver a unos colegas».

—¿Vas a ir al *pub*? —le pregunté yo, cuando entró en la sala de estar para despedirse.

—Probablemente sí, ¿por qué?

—No conducirás si bebes, ¿verdad?

—¡Mamá! —protestó, con un sonoro suspiro.

Supe que tenía que callarme.

El trimestre escolar terminó para Lucy y para Paula, y el último en terminar las clases fue Reece. Era genial tener a toda la familia junta en casa durante el verano, y huelga decir que la guinda del pastel era no tener que pasar esas semanas agobiada y temiendo a que llegara septiembre y Reece tuviera que regresar al cole, tal y como me había pasado durante el trimestre anterior.

No íbamos a irnos de vacaciones en verano porque el régimen de visitas aún seguía vigente, teníamos las mismas restricciones que en Semana Santa y no había habido manera de reservar una estancia de varios días en temporada alta. De modo que les dije a las chicas y a Adrian (por si quería venir también) que, como una vez que se celebrara la última vista del caso de Reece se reduciría sin duda la frecuencia de sus encuentros con sus padres, todos nos iríamos de vacaciones al extranjero. Probablemente sería en la semana de vacaciones del primer trimestre escolar, en octubre. Si Reece aún estaba con nosotros (yo daba por hecho que así sería), el trabajador social, que para entonces tendría la patria potestad a todos los efectos, podría conseguirle un pasaporte. Podría haberme tomado unas vacaciones en verano sin Reece, ya que él podría haberse quedado con unos cuidadores de respiro, pero había habido tantos cambios en su vida que no quería arriesgarme a hacer nada que pudiera alterar su estabilidad. Las niñas se hicieron cargo. Saldríamos de vez

en cuando a hacer alguna excursión y, además, tanto Adrian como ellas iban a trabajar un poco.

Jill vino a vernos, tal y como solía hacer cada cuatro o seis semanas, y se alegró tanto como yo por el hecho de que Reece hubiera terminado así de bien ese tercer trimestre. Ella se preguntó si la conversación que yo había mantenido con él había hecho que se sintiera seguro y había causado su cambio de comportamiento, pero eso era algo que jamás sabríamos con certeza. Me comentó que Jamey había completado el informe que iba a presentar ante el juez, y que le había pedido que me dijera que podía ir a leerlo a la oficina si quería; al parecer, él pensaba que eso sería aconsejable, ya que dicho informe contenía «información nueva muy importante» que podría ayudarme con Reece. Yo le dije a Jill que iría, y cuando ella se fue llamé a Jamey para preguntarle cuándo le iba bien que pasara por la oficina.

—Es la primera vez que alguien recopila el historial completo de la familia —me dijo él por teléfono—. He elaborado el informe a partir de cinco archivos que encontré en cinco ubicaciones. Ahora ya están todos introducidos en el sistema, aunque tardé una eternidad. Te advierto que mi informe no es agradable de leer, pero explica muchas cosas.

Yo le di las gracias. Les pregunté a Lucy y a Paula si podrían quedarse un par de horas con Reece y ellas accedieron sin ningún problema. ¡Y eso de que el informe no era «agradable de leer» iba a resultar ser un eufemismo que no expresaba ni de lejos lo horrible que era en realidad!

CICLO DE ABUSO

Dos días después estaba sentada en la silla giratoria de Jamey, tenía apoyado sobre su escritorio el expediente que contenía el informe e iba pasando las páginas mientras él, a mi derecha, hablaba con Tracey por teléfono. Era la tercera llamada que recibía de ella esa mañana, y eso que apenas eran las diez y media. No alcé la mirada mientras su voz serena y pausada desviaba con paciencia los furiosos envites de ella, que alcanzaban a oírse desde donde yo estaba.

«Lo comprendo, Tracey... Sí... Lo haré... Sí... Me dijeron que... No... Claro, lo entiendo». Esa era una tarea hecha a medida para su voz sosegada y su parsimonia: calmar a Tracey. Diez minutos después oí cómo se despedía, y a continuación un pequeño suspiro seguido del sonido de sus dedos tecleando cuando se puso a trabajar de nuevo en su ordenador.

Yo no alcé la mirada. Lo que estaba leyendo me tenía absorta, ensimismada y horrorizada, y seguí leyendo una página tras otra. Aunque el informe se centraba principalmente en Reece, Jamey había usado la información que había recopilado de todos los archivos para situar al niño dentro del contexto familiar, un contexto más grande y amplio que el juez iba a necesitar de cara a la vista final.

Había extractos de informes que se remontaban a diecisiete años atrás, cuando Tracey había aparecido en el radar de los servicios sociales. Sharon, su primer retoño, tenía un año en aquella época; en los informes se exponían las dudas que existían acerca de su habilidad para cuidar ella sola a la niña, se mencionaba que ambas estaban siendo supervisadas, y se apuntaba también que a veces podía actuar de forma amenazadora y agresiva contra los

profesionales que estaban intentando ayudarla. No se sabía nada acerca del padre de Sharon; según Tracey, el hombre jamás había visto a la niña y ni siquiera sabía que había sido padre. En esa época le reveló a una trabajadora social que su propio padre le había dado palizas y había abusado sexualmente de ella durante su infancia, y también de mayor.

Cuando se le preguntó dónde estaba su padre, y si todavía seguían viéndose y él tenía acceso a la niña, Tracey se puso agresiva y amenazó a la trabajadora social, quien posteriormente anotó en el expediente que una vecina le había dicho que el padre de Tracey todavía estaba por la zona; en cuanto a su madre, había estado enferma de cáncer durante casi toda la adolescencia de Tracey y había muerto dos años antes de que naciera Sharon. Otra trabajadora social había escrito que, debido a los abusos que Tracey decía haber sufrido a manos de su padre y teniendo en cuenta que él todavía seguía en la zona, existía el riesgo de que el tipo abusara también de su nieta cuando fuera de visita al hogar familiar. Pero parece ser que todo eso no pasó de puras especulaciones. Tracey se negó a dar más detalles, y después afirmó que llevaba años sin ver a su padre.

Para entonces ella ya estaba solicitando todas las ayudas a las que tenía derecho, pero a pesar de eso seguía acudiendo a diario a las oficinas de los servicios sociales para pedir más dinero. Llevaba consigo a Sharon y alegaba que no tenía para darle de comer, y en los informes se hizo constar que a menudo la niña no llevaba calcetines ni zapatos y tenía la ropa sucia a pesar de que a Tracey se le habían concedido ayudas complementarias para ropa. También se mencionaba que Tracey tenía problemas de aprendizaje, y que no tenía un desarrollo intelectual acorde a su edad.

Los servicios sociales siguieron estando pendientes de ellas, y Brad nació cuando Sharon tenía dos años. En ese caso tampoco se sabía nada del padre, pero Tracey comentó que su propio padre tenía una nueva pareja y que esa mujer estaba ayudándola; aun así, la trabajadora social que fue a visitarla no vio nada que pudiera corroborar esas palabras. Para entonces Sharon empezaba a mostrar cierto retraso en su desarrollo, lo que fue confirmado por una evaluación pediátrica. Tracey dedicaba todo su tiempo a cuidar a Brad, que era un niño que requería mucha atención, y Sharon quedó prácticamente desatendida, con lo que pasó a estar en acogida a los tres años. A Brad lo dejaron con Tracey porque parecía estar muy bien cuidado, aunque los servicios sociales siguieron realizando un seguimiento del caso. Entonces ella

se mudó de repente sin notificar su nueva dirección y desapareció de los registros; cuando finalmente reapareció fue en otro condado y estando embarazada de nuevo. Solicitó ser realojada, ya que estaba viviendo en un hostal, y alegó de nuevo que su padre había abusado de ella; se hizo constar que tenía un ojo amoratado e hinchazón tanto en el cuello como en la parte superior del brazo.

Se la realojó y se mantuvo la supervisión, aunque ella a menudo negaba la entrada en la vivienda a los servicios sociales. Una trabajadora social que se las ingenió para entrar anotó que creía que en esa casa vivía un hombre. Tracey había retomado la costumbre de presentarse en la oficina de los servicios sociales para pedir más dinero, y en cada una de esas ocasiones se le entregaba un pago de emergencia y se examinaba a Brad, que para entonces era un niño que estaba aprendiendo a caminar. Un informe pediátrico mencionaba que él también sufría cierto retraso en su desarrollo. El niño tenía dos años cuando nació su hermano Sean y pronto quedó claro que Tracey estaba sobrepasada por la situación, así que Brad estuvo seis meses en acogida. Después regresó junto a Tracey, quien había logrado convencer al juez de que podía darle un hogar estable.

Los servicios sociales vigilaron a Tracey, Sean y Brad en la medida de lo posible a lo largo del año siguiente. Ella a menudo se mostraba beligerante y agresiva cuando algún trabajador social se presentaba en la casa, y a veces les negaba la entrada. Sostuvo de nuevo que su padre había abusado de ella, pero no presentó cargos contra él; todavía seguía apareciendo cada dos por tres en la oficina de los servicios sociales para pedir más dinero. Hubo un periodo de tiempo en que Sharon regresó a vivir con Tracey, después de que esta llevara a los servicios sociales ante los tribunales; los tres niños estuvieron viviendo con ella durante dieciocho meses, pero la situación se deterioró y al final hubo que ponerlos a los tres en acogida.

En esa época, Tracey se presentó un día en las oficinas de los servicios sociales y afirmó que la había violado un taxista y que estaba embarazada; al hacerle una revisión se concluyó que estaba embarazada de seis meses, pero cuando la policía la entrevistó retiró la acusación de violación a pesar de afirmar que sabía quién era el sujeto en cuestión. Se le había dado dinero para que pudiera acudir en taxi a las visitas estipuladas con los niños, pero a pesar de que tanto los servicios sociales como la policía investigaron a la agencia de taxis no se encontraron pruebas ni se sospechó de nadie en particular.

En esa época se hizo constar en los informes que Sean también empezaba a dar muestras de sufrir algo de retraso en su desarrollo; Tracey dijo que no quería quedarse con el bebé que estaba esperando porque este tenía «sangre impura», así que Lisa fue puesta en acogida a los tres días de nacida. Era una niñita sana que no daba problemas, la hermana de Tracey (que tenía una inteligencia normal, estaba casada y apenas tenía contacto con esta) se ofreció a darle un hogar de forma permanente y fue ella quien la crio a partir de entonces. Tracey nunca iba a visitar a Lisa, seguía insistiendo en que la niña tenía «sangre impura» y «el diablo dentro». En los informes se mencionaba que Lisa estaba creciendo sana y feliz, que no tenía deficiencias de desarrollo y que su inteligencia también parecía ser normal.

Por algún motivo que se desconocía, Tracey intentó suicidarse en esa época tomándose un montón de pastillas, pero llamó de inmediato a una ambulancia. Sharon, Brad y Sean seguían teniendo problemas de desarrollo; Tracey había solicitado que le devolvieran a los tres, pero el juez decidió quitarle la tutela de forma definitiva y los tres niños fueron a vivir a largo plazo con familias de acogida. Ella se fue del piso donde había estado viviendo y volvió a esfumarse, cuando reapareció en mi condado estaba embarazada de nuevo. La alojaron en un piso y posteriormente dio a luz a Susie, a la que pudo llevarse a casa porque el padre de la niña vivía con ellas. Esa nueva familia fue supervisada de cerca.

En los informes se hacía constar que el padre de Tracey iba a menudo al piso en esa época; de hecho, a veces vivía allí. Tracey alegó que nunca había vertido acusaciones contra él y acusó a los servicios sociales de mentir para poder arrebatarse a sus hijos. Susie también dio muestras de sufrir un retraso en su desarrollo, y en un informe se concluyó que seguramente se trataba de una predisposición genética que se había transmitido a través de la familia de Tracey, ya que todos sus hijos (Sharon, Brad, Sean y Susie) tenían problemas de aprendizaje, pero distinto padre. También se mencionaba que los peculiares dientes frontales que habían heredado sus hijos se debían a un gen dominante. El padre de Susie siguió viviendo en el hogar familiar, aunque pasaba mucho tiempo fuera.

Tracey se quedó embarazada otra vez y dio a luz una niña, pero la pequeña falleció a las once semanas por muerte súbita. Reece nació dos años después y fue entonces cuando el padre de Susie se fue de la casa alegando que él no era el padre del niño; en esa época la policía tuvo que acudir a la casa numerosas

veces y Tracey acusó al padre de Susie de agresión, pero no presentó cargos contra él; la policía hizo constar en un informe que había otros dos hombres en la casa, según ella eran su propio padre y el padre de Reece; después de que el padre de Susie se fuera, no se volvió a saber nada de él y perdió por completo el contacto con su hija. Un pediatra confirmó que la pequeña sufría un retraso en su desarrollo (al igual que Sharon, Brad y Sean), y comentó también que era posible que hubiera que corregir sus dientes frontales con ortodoncia cuando fuera mayor.

Scott, el padre de Reece, se mudó a la casa cuando este tenía un año y Susie tres, y a pesar de que tenía antecedentes penales por agresión se consideró que su presencia beneficiaba a la familia y que mantenía una relación positiva tanto con su propio hijo, Reece, como con su hijastra Susie; se descubrió que Reece también parecía tener problemas de desarrollo; Scott se ausentó de la casa en dos ocasiones en que le condenaron por agresión, pero Tracey fue a verle a la cárcel y la familia estuvo bajo seguimiento de nuevo en esa época.

Cuando Scott regresó a casa tras cumplir su última condena, se observó un «número elevado de problemas y altercados» y la policía tuvo que acudir en bastantes ocasiones. Tracey había retomado la costumbre de presentarse en las oficinas de los asuntos sociales cada dos por tres para exigir que le dieran más dinero, lanzaba amenazas y recurría a agresiones tanto verbales como físicas. Surgieron de nuevo dudas sobre su salud mental, pero ella se negó a someterse a un examen psiquiátrico; durante esa época se observó que algunos amigos que Scott había conocido en la cárcel frecuentaban la casa, entre ellos un pedófilo. La situación familiar fue deteriorándose con rapidez, tanto Susie como Reece parecían estar desatendidos y ambos empezaron a aparecer por la sala de urgencias con alguna que otra lesión. Cuando Susie le dijo a su profesora que su papi estaba haciéndole «cosas malas», Reece y ella pasaron a estar en acogida.

Eso me llevó de vuelta al presente, y me recliné en la silla mientras hacía una pequeña pausa; aún me quedaban por leer varias páginas, pero estaba exhausta. Miré a Jamey al darme cuenta de que había pasado una hora, y vi que Tracey había vuelto a llamarle por teléfono; la oí lanzando quejas e improperios desde el otro lado de la línea, su estridente voz contrastaba con el tono sereno y pausado que empleó él a continuación para tranquilizarla. Flexioné los hombros para intentar relajarlos un poco y proseguí con la lectura del informe, cuya conclusión final no fue el resumen general que yo esperaba.

Cuando Reece y Susie pasaron a estar en régimen de acogimiento y Scott fue arrestado, este negó haber abusado de su hijastra. Admitió que «zurraba» a los niños cuando estos se portaban mal y que un pedófilo iba a la casa de vez en cuando, pero, según él, ese hombre estaba curado. Aseguró que la policía tendría que fijarse más en el círculo familiar para «encontrar al que le van los críos» y añadió también que había descubierto que en realidad no era el padre de Reece, lo que me pareció muy creíble porque al conocerle me había llamado la atención el escaso parecido que había entre ellos y había dado por hecho que los genes de Tracey habían sido los dominantes.

Seguí leyendo mientras oía de fondo a Jamey intentando calmar a Tracey, y vi que yo había acertado en parte con mi deducción: sí, era cierto que los genes de ella habían sido los dominantes... pero lo que jamás se me habría podido pasar por la cabeza, lo que no fui capaz de asimilar conforme iba leyendo las palabras, fue la declaración que Scott hizo ante la policía. Según esa declaración, el propio padre de Tracey había estado abusando de Susie, y lo más probable era que los demás niños hubieran sufrido también abusos cuando vivían en la casa. Pero la cosa iba aún a peor: el padre de Tracey era también padre de Sharon, Brad, Sean, Reece y Susie. La relación incestuosa entre padre e hija había creado cinco hijos.

Me quedé mirando impactada aquellas palabras, las releí una y otra vez sin poder dar crédito, me resistía a creer lo que estaba viendo. Mantuve mi incrédula mirada en el informe que tenía abierto ante mí mientras de fondo, como si su voz me llegara desde algún lugar muy distante, oía a Jamey concluyendo su llamada. A pesar de que las acusaciones de Scott no habían podido ser confirmadas, con esa repulsiva explicación todo cobraba sentido. Los cinco niños eran idénticos, era como si no hubiera una aportación genética externa, y así sería si lo que Scott decía era cierto. El hecho de que en ninguno de los certificados de nacimiento figurara un padre daba más peso aún a esa teoría. Reece era la única excepción, Scott figuraba en su acta porque había creído en un principio que era su padre y había sido tiempo después cuando se había enterado de que en realidad no lo era. El hombre que creía ser el padre de Susie había vivido un tiempo con Tracey, y de repente se había marchado y no había vuelto a tener ningún tipo de contacto con ellas... cabía preguntarse si él también se habría enterado de la verdad. Además, a todo eso había que sumarle el hecho de que Tracey hubiera acusado a su padre en repetidas ocasiones de abusar de ella, aunque luego había retirado dichas acusaciones.

¿Lo habría hecho bajo coacción?

—¡Santo Dios! —exclamé cuando Jamey colgó el teléfono—, ¡el padre de los niños es su propio abuelo!

Me volví a mirarlo y él asintió con semblante grave.

—Sí, es un horror, aunque va a ser difícil demostrarlo. Se ha intentado sacarle algo más de información a Susie, pero ella todavía le tiene miedo a Tracey. Las visitas han quedado canceladas en su caso, porque lo más probable es que Tracey supiera que su padre estaba abusando de la niña, tal y como había hecho con ella. Puede que incluso haya sido cómplice de los hechos.

Yo apenas podía dar crédito a todo aquello, se me revolvió el estómago. Quienes cuidamos a niños de acogida estamos acostumbrados a ver tantas cosas que no nos sorprendemos con facilidad, pero yo estaba estupefacta.

—Susie dice ahora que había otro «papi» que le hacía cosas malas, uno mayor. Sabemos que Tracey llama así a su propio padre, así que las cosas cuadran.

—Entonces... ¿el padre de Tracey es el padre de todos sus hijos? —Seguía resistiéndome a creerlo.

—De todos menos de Lisa; por alguna extraña razón, Tracey parece haber rechazado al único retoño que tiene genes que no proceden de la propia familia. Desconocemos la identidad del padre, pero estamos bastante seguros de que no la engendró el padre de Tracey. Lisa tiene un desarrollo normal y su aspecto es totalmente distinto; en cierta forma, por muy retorcido que parezca, eso explicaría por qué Tracey no luchó por conservar a Lisa cuando se resistió tanto a perder a los demás: la niña no formaba parte de la familia.

Yo me tomé unos segundos para pensar en ello mientras intentaba digerirlo, y respiré hondo para intentar aligerar el tenso nudo que se me había formado en el estómago.

—El padre de Tracey se ha esfumado —añadió Jamey—. Ella se niega a decir dónde está, aunque puede que ni siquiera lo sepa. —Hizo una pequeña pausa antes de decir—: Cathy, no hace falta que te advierta que no debes decirle nada a Reece al respecto, pero... Tracey afirma estar embarazada de nuevo.

—Supongo que no será de su padre, ¿verdad?

—No lo sé, la verdad. Pero todo apunta a que sí, y Scott lo confirma.

UNA FAMILIA NORMAL

Conduje de vuelta a casa a paso de tortuga, digamos que «con el piloto automático puesto». Mi mente estaba a años luz de distancia del coche que tenía delante, cuyas rojas luces de freno se iluminaban de vez en cuando al ir parando y retomando la marcha según el tráfico. Existen razones fisiológicas de peso para que el incesto sea un tabú: en vez de ayudar a la eliminación de cualquier posible debilidad genética, lo que hace es perpetuarla. Lisa se había librado de los problemas de aprendizaje y del retraso en el desarrollo (y también de las similitudes físicas) de la familia de Tracey por el simple motivo de que otros genes procedentes de fuera se habían impuesto a los que eran responsables de esas características, que habían sido anulados o habían quedado diluidos en el acervo genético. Pero, más allá de las cuestiones físicas, lo que más me impactaba de lo que acababa de averiguar era la destrucción de lo que tendría que haber sido una estructura familiar sólida. Las mismísimas bases de la vida familiar en las que se asienta la sociedad habían sido corrompidas y degradadas hasta conformar algo que era una farsa de la normalidad, una verdadera burla. Si las alegaciones de Scott (y las de la propia Tracey) eran ciertas, entonces el padre de esta había estado abusando de ella desde niña; casi podría decirse que había sido algo habitual, así que lo más probable era que ella hubiera crecido creyendo que eso era algo normal. De hecho, todo apuntaba a que, para ocultar la incestuosa verdad, había llegado a mentir a los hombres que según ella eran los padres de Susie y de Reece.

Yo apenas le había dedicado tiempo a esa mujer porque su comportamiento agresivo y egoísta me parecía el responsable de todo lo que le había pasado a

Reece (y a los otros niños), pero en ese momento me daba algo de lástima. Ella misma era una víctima, al igual que sus hijos. Teniendo en cuenta su limitada inteligencia y la continua presencia de ese padre suyo que era un vil depredador, ¿cómo habría podido romper el ciclo de abuso y salir de él? Mientras iba dándole vueltas a lo que acababa de leer y a lo que ya sabía previamente, vi con claridad que Tracey llevaba años dando pequeñas pistas sueltas, lanzando débiles llamadas de auxilio (las acusaciones que había hecho contra su padre y que después había retirado, el intento de suicidio...), y que nadie se había dado cuenta de que detrás de todo eso se ocultaba el más oscuro de los secretos.

Recordé en ese momento el comentario inapropiado que ella había hecho en el aparcamiento después de ver a Reece, lo de limpiar «el pito» del niño. Lo había dicho sin vergüenza ninguna, como si fuera algo totalmente aceptable... porque para ella el incesto no tenía nada de malo, por supuesto. Intenté resistirme en vano cuando mis pensamientos empezaron a tomar una dirección horrible: Jamey había mencionado la posibilidad de que Tracey hubiera sido cómplice de los abusos sexuales que su padre había cometido contra Susie, así que... ¿sería posible que también hubiera sido cómplice de abusos sexuales cometidos contra Reece? Un padre abusando de su propia hija, un abuelo abusando de sus propios nietos, una madre abusando de su propio hijo... todo era posible, cuando los ladrillos normales que iban construyendo la moralidad quedaban hechos pedazos.

No era de extrañar que Reece se hubiera comportado así, con razón vivía con el temor constante de regresar a casa y de que su madre apareciera por el colegio. Porque, aunque Tracey me inspirara cierta lástima, seguía siendo una mujer de armas tomar. Si yo me había sentido intimidada por ella no quería ni imaginarme lo que habría sufrido Reece, un niño de siete años con problemas de aprendizaje, perdido en un cruel mundo de los peores abusos sexuales imaginables, los que proceden del seno de la propia familia. Era imposible saber lo que había visto, lo que le habrían hecho, y puede que nunca llegara a saberlo. Yo estaba convencida desde hacía tiempo de que todos esos «No lo sé» de Reece significaban que ocultaba secretos, pero nunca jamás habría podido llegar a imaginar siquiera lo oscuros y profundos que eran.

Enfilé por el camino de entrada de mi casa y después de aparcar me quedé un rato sentada en el coche, con la mirada perdida fija en el parabrisas. Casi podría decirse que estaba armándome de valor antes de entrar. Había tomado

la decisión de no contarles a mis hijos lo que acababa de leer en el informe de Jamey, no hacía falta hacerlo. Las normas que ya aplicábamos para un cuidado más seguro de los menores de acogida servían para que todo el mundo estuviera a salvo, y no quería que tuvieran que acarrear aquella carga añadida. Seguro que tarde o temprano acabarían por leer algo sobre el tema del incesto en algún periódico (si es que no lo habían leído ya), pero quería protegerles todo lo posible de algo tan sucio. Si Reece les decía algo que requiriera de alguna explicación sobre cómo había sido su vida en el hogar familiar, me encargaría de lidiar con la situación, pero me parecía una posibilidad muy remota. Lo más probable era que el niño no supiera cómo habían sido engendrados tanto sus hermanos como él mismo, así que, en el peor de los casos (que ya era bastante malo de por sí) se pondría a hablar sobre las cosas que había presenciado, y/o los abusos a los que había sido sometido él mismo.

Me bajé del coche, entré en la casa y desde el pasillo vi a Lucy y a Paula en el jardín con Reece, los tres estaban jugando a lanzarse una gran pelota amarilla de plástico. Supuse que Adrian no estaba, porque no había visto su coche aparcado frente a la casa. Me dirigí por el pasillo hacia la sala de estar, me detuve al llegar a la puerta acristalada que daba al jardín y me quedé mirándolos durante un rato. Reece tenía más habilidad que antes para atrapar la pelota, era más diestro en todo y yo sabía que seguiría avanzando, que iba a seguir mejorando poco a poco y que, a diferencia de Tracey, tanto Susie como él iban a tener al menos la oportunidad de vivir una vida normal, la oportunidad que le había sido negada a su madre. Vete tú a saber lo que sería de Tracey de allí en adelante, puede que le esperara más de lo mismo... o quizás, ahora que las cosas habían salido a la luz, pudiera ir a terapia y empezara a construirse un futuro halagüeño. Pero a mí me parecía bastante improbable que así fuera, porque el daño estaba muy enraizado; además, Jamey había dicho que estaba embarazada y lo más probable era que el niño que llevaba en su seno fuera el sexto hijo fruto de la relación incestuosa con su padre.

—¡Ya estoy en casa! —anuncié antes de bajar los dos escalones que conducían al jardín—. ¿Todo bien?

—¡Sí! —exclamaron los tres al unísono, mientras seguían pendientes de lanzar y atrapar la pelota.

Yo me senté en el banco a la sombra del árbol para verlos jugar. Hacía un día precioso y la temperatura era perfecta, soplaba una ligera brisa que

mitigaba un poco el calor del sol de agosto. Mientras veía a Reece así, jugando tan feliz y relajado con sus hermanas de acogida en un entorno familiar normal, se me pasó por la mente la idea de que, si su tía no podía recibirlo en su hogar de forma permanente por cualquier motivo, nosotros podríamos hacerlo.

Tendría que hablarlo con Adrian, Paula y Lucy antes de plantearle el tema a Jamey, por supuesto, ya que sería un compromiso enorme y había muchos factores a tener en cuenta. Reece tan solo tenía siete años, casi ocho, así que habría que cuidarlo durante los próximos diez años; de hecho, puede que incluso más teniendo en cuenta la cantidad de problemas de aprendizaje que tenía. Era poco probable que alguna vez llegara a ser independiente del todo, y yo ya tenía mis añitos. Aparte de eso, se había mencionado el hecho de que le beneficiaría tener una figura paterna y, a pesar de estar de acuerdo con eso, yo no podía ofrecérsela, aunque Adrian sería un buen ejemplo para él. Y también había que tener en cuenta que vivíamos relativamente cerca de Tracey: existiría el riesgo constante de encontrárnosla de forma fortuita, con todo lo que eso conllevaría, o de que ella apareciera por el colegio y se fueran al traste todos los avances que había logrado Reece. No podía decirles a mis hijos que nos teníamos que mudar de allí alegando como único motivo que había que alejarse de Tracey. Al final no me quedó más remedio que admitir que la tía de Reece parecía ser la mejor opción en todos los sentidos: era más joven que yo, formaba parte de su familia biológica, vivía a unos ciento treinta kilómetros de allí y tenía marido. Por el bien del niño, esperaba que esa tía resultara ser una candidata adecuada, pero siendo egoísta y pensando en mí, esperaba que no lo fuera. Me di cuenta de repente de que estaba dejándome llevar por mi imaginación y me centré de nuevo en el mundo que me rodeaba.

—¿Alguien quiere ir a merendar al parque? —les dije sonriente.

¡Vaya pregunta más absurda!

Después de lo que había estado leyendo esa mañana, la salida de esa tarde fue un alivio para mí. Entre los cuatro preparamos una merienda improvisada con lo que teníamos en la nevera, y luego fuimos en mi coche a un parquecito situado a unos tres kilómetros de casa donde había un estanque con peces y algunos columpios. Para cuando llegamos eran las dos, así que nos sentamos en la hierba a la sombra de un gran roble y nos pusimos a comer. Lucy y Paula

se quedaron allí tumbadas después, y Reece y yo nos pusimos a jugar con la pelota que él había traído de casa.

—La semana que viene es tu cumpleaños —le dije mientras nos pasábamos la pelota el uno al otro con pequeñas patadas—. ¿Qué te gustaría hacer?

Yo ya me había decidido por un regalo que sabía que iba a gustarle, pero también quería darle el gusto de ir a algún sitio para celebrar esa fecha tan especial. Él no tenía amigos cercanos, de ser así le habría organizado una fiesta.

—¡Ir al McDonald's! ¡Quiero ir al McDonald's a comer una *buguesa* con patatas fritas!

Yo sonreí al oír aquello.

—Eres tú quien elige, pero yo había pensado en salir a algún lugar especial... como el zoo, por ejemplo. Allí hay un restaurante, seguro que tienen hamburguesas y patatas fritas.

—¿El zoo? ¿Dónde están los animales? —Me miró boquiabierto.

—Sí, hay uno a una hora en coche de aquí. Allí podrás ver un tigre, serpientes, avestruces, jirafas, y un montón de animales más que salen en los libros que leemos.

—¡Sí, vamos al zoo a comer una *buguesa* con patatas fritas! —exclamó él, con una sonrisa de oreja a oreja, antes de darle una vigorosa patada a la pelota.

Mi móvil empezó a sonar mientras conducía de vuelta a casa. Paula, que estaba sentada en el asiento del copiloto, metió la mano en mi bolso y lo sacó.

—Es Jill —me dijo.

—Dile que estoy conduciendo, por favor, y pregúntale si se trata de algo urgente.

—Mamá está conduciendo —dijo ella al contestar—, y quiere que te pregunte si se trata de algo urgente. —Escuchó lo que Jill le dijo antes de trasladarme a mí el mensaje—. No es urgentísimo, pero le gustaría hablar contigo.

—Vale, dile que espere mientras paro en algún sitio.

No podía poner el manos libres porque Reece habría oído la conversación. Eché un vistazo al retrovisor, puse el intermitente y me detuve en el arcén. Le di las gracias a Paula cuando esta me pasó el móvil, y me lo acerqué al oído.

—Hola, Jill —Dejé el coche en punto muerto, pero no apagué el motor.

—Cathy, quería avisarte de que acaban de echar a Tracey de las oficinas municipales, está amenazando a todo el mundo y dice que sabe dónde vives. Jamey dice que es un farol porque está muy alterada, pero no bajas la guardia. Es una suerte que Reece esté de vacaciones, así no tendré que avisar al colegio.

—Vale, gracias por avisarme.

No podía decir nada más estando Reece en el coche, aunque la verdad es que no había gran cosa que añadir. Colgué después de despedirme de ella, volví a guardar el móvil en el bolso y nos pusimos de nuevo en marcha.

—Estado de alerta máxima —les dije a las niñas, antes de señalar a Reece con un pequeño ademán de la cabeza.

Ellas captaron el mensaje de inmediato.

—¡Otra vez no! —exclamó Lucy.

—Sí, aunque creen que se trata de un farol.

Supongo que alguien que no estuviera familiarizado con una situación así, una situación en la que una mujer airada y agresiva amenaza con presentarse en tu casa, se habría sentido bastante atemorizado (yo había pasado por eso en mis inicios como cuidadora de niños de acogida), pero a esas alturas era algo a lo que estaba habituada. Lo del «estado de alerta máxima» era una especie de código que había acordado con mi familia, significaba que siempre había que mirar por la mirilla antes de abrirle la puerta de casa a alguien y que no debíamos bajar la guardia cuando íbamos por la calle. Las chicas sabían que, si se les acercaba alguien por la calle o veían a alguien merodeando cerca de casa, tenían que avisarme de inmediato. Se trataba de medidas de precaución y solo había tenido un incidente desagradable hasta la fecha: un padre muy borracho se había presentado en la puerta de casa a altas horas de la noche con un enorme pitbull terrier, y me había visto obligada a llamar a la policía.

El cumpleaños de Reece era el 16 de agosto, y todo fue de maravilla. Le encantó la bici que le había comprado, aunque se cayó varias veces mientras practicaba por el jardín a pesar de llevar puestas las ruedas estabilizadoras. Adrian vino con nosotros al zoo, y Reece estaba increíblemente entusiasmado porque iba a ver los animales que hasta el momento tan solo había visto en libros o por la tele. Y huelga decir que el momento álgido de la salida fue

cuando se comió la hamburguesa con patatas fritas en el restaurante, seguida de una enorme copa de helado que ni siquiera él fue capaz de acabarse. Cuando llegamos a casa encendí las velas de su pastel temático de *Pat el cartero*, le cantamos el *Cumpleaños feliz* y todos conseguimos comer un trocito a pesar de lo llenos que estábamos. Reece se fue a la cama diciendo que había sido el mejor cumpleaños del mundo, y que al día siguiente iba a tener otro.

—Me temo que eso no podrá ser, cielo —le dije mientras le tapaba con la sábana—. Falta un año para tu siguiente cumpleaños, Navidad y Semana Santa vendrán antes.

—Vale, Cathy —contestó él, con los ojos cerrándosele de sueño—. Mañana será Navidad y Semana Santa, y mi cumpleaños pasado mañana. Te quiero.

—Yo también te quiero, cielo —le dije sonriente.

Jill vino a vernos en la última semana de agosto, y traía novedades que recibí con sentimientos encontrados. Me dijo que a May, la tía de Reece, se le había dado el visto bueno para quedarse con Reece de forma definitiva en caso de que el juez dictaminara que el niño no iba a volver a vivir con sus padres, lo que se daba casi por hecho. Parecía ser que a los servicios sociales les había preocupado que ella pudiera mantener algún tipo de contacto con su padre, pero ella lo había negado con rotundidad y había afirmado de forma categórica que no quería saber nada de él debido a cómo las había tratado a Tracey y a ella de niñas.

A diferencia de Tracey, la tía May no había sufrido abusos sexuales por parte de su padre, pero sí que había sufrido palizas durante toda su niñez. Se había ido de casa en cuanto había cumplido los dieciséis años para escapar de él y en la actualidad lamentaba amargamente no haberse llevado consigo a Tracey, que era dos años menor que ella. De modo que, al hacer lo que estuviera en su mano para ayudar (al darle un hogar lleno de amor y de estabilidad a Lisa, y ahora también a Reece), sentía que estaba compensando en algo el hecho de haber dejado a su hermana sufriendo en manos del hombre al que ella describía como «un monstruo». May tan solo había visto a su padre en dos ocasiones después de irse de casa: la primera en el funeral de su madre, y la segunda cuando había ido a la casa para intentar llevarse a Tracey de allí y él le había negado la entrada y ni siquiera le había permitido ver a su

hermana. May les había asegurado a la curadora y a Jamey que respetaría lo que los tribunales decidieran respecto al régimen de visitas para que Reece viera a sus padres y, por otro lado, no existía el riesgo de que May y Reece se encontraran de forma fortuita con Tracey y con Scott porque vivían muy lejos.

Por lo que me dijo Jill, la tía May era una mujer encantadora y yo ya estaba más o menos mentalizada de que él acabaría por ir a vivir con ella, aunque seguía entristeciéndome la idea de perderle y sabía que a mis hijos también; aun así, no estaba preparada para lo que Jill me dijo a continuación: ¡las fechas que se estaban barajando para el traslado!

—Jamey y la curadora consideran que, en cuanto el juez emita su decisión, Reece debería conocer a su familia de inmediato. Tiene que empezar a establecer vínculos con sus tíos y con Lisa lo antes posible.

—Ah. Sí, ya veo. La vista se celebra el 14 de septiembre, ¿verdad?

—Sí. Se han programado seis días para examinar el caso, y el juez tomará su decisión el lunes siguiente. A la curadora le gustaría que la primera toma de contacto se realizara esa misma semana, el 22 o el 23 de septiembre, con vistas a trasladar a Reece dos semanas después si todo va bien.

—Ah. Vaya, qué rápido.

Jill asintió y me observó con ojos penetrantes antes de decir con actitud comprensiva:

—Creías que se quedaría contigo hasta Navidad, ¿verdad?

—Sí. O como mínimo hasta la semana de vacaciones que hay en octubre, a mediados del primer trimestre escolar. Esperaba poder llevármelo de vacaciones al extranjero.

—Lo siento, pero es para bien.

—Sí, ya lo sé —dije con voz queda—. Me alegro por él, la tía May parece ser una persona encantadora.

Tragué con dificultad y fui incapaz de articular palabra durante unos segundos mientras luchaba por reprimir las lágrimas.

UNA FAMILIA DEFINITIVA

Reece regresó al colegio a la semana siguiente, iba a clase junto con el resto de sus compañeros y permanecía allí durante casi toda la jornada. Como era el inicio de un nuevo año académico, la clase había avanzado un curso, así que estaban en otra aula y tenían otra profesora; yo crucé los dedos al ver que se ponía nervioso debido a todos esos cambios, esperaba que fuera capaz de volver a adaptarse. En el aula todavía seguía contando con la ayuda de su profesora auxiliar, la señora Morrison, quien, consciente de lo perturbador que podía ser tanto para Troy como para él el inicio del nuevo año académico, optó por sacarlos del aula cada tarde y leerles durante una hora en la sala de relajación. A finales de la primera semana los dos niños se habían acostumbrado a la nueva rutina y trabajaban en el aula durante toda la jornada, ya no hacía falta que la señora Curtis relevara a la señora Morrison y se encargaba de ayudar a otro niño en una clase del curso inferior.

El director del colegio era consciente de que la vista final iba a celebrarse en dos semanas, y al final del primer día me preguntó cómo estaba el tema del posible traslado de Reece a un hogar definitivo. Yo le dije que aún no se sabía nada concreto y esa era la pura verdad, ya que el traslado de Reece a casa de su tía solo sería oficial una vez que el juez tomara la decisión. Teniendo en cuenta que Reece no estaba dándole ningún problema, me pregunté a qué se debería aquel interés de Fitzgerald por saber lo que iba a pasar con él, y supuse que a lo mejor temía que el niño volviera a las andadas debido a su historial previo. Pero yo tenía mucha más fe en Reece que él y sabía que, fuera lo que fuese lo que había cristalizado en su mente cuando yo le había asegurado que estaba a salvo en la escuela y que no regresaría a su casa,

perduraría siempre y cuando Tracey no se presentara en el colegio o en casa.

No voy a mentir diciendo que no estaba nerviosa conforme fue acercándose la fecha de la vista final; sí que lo estaba, cada vez que entraba y salía de casa estaba atenta y recorría la calle con la mirada para asegurarme de que Tracey no estuviera por allí, y hacía lo mismo cuando llevaba a Reece al colegio por la mañana y cuando iba a recogerlo por la tarde. Siempre me resultaba más difícil al final de la jornada, porque él salía a las 15:20 junto con el resto de los alumnos y siempre había un montón de padres y madres esperando. Jamey no le había enviado una fotografía de Tracey al director, pero le había dado una buena descripción y este se había encargado de transmitírsela al personal; aun así, aunque Tracey no pudiera irrumpir en el colegio gracias al portón de entrada, nada le impedía esperar fuera, y eso habría sido igual de perturbador para Reece.

Aunque Scott y Tracey ya no vivían juntos, durante las visitas con Reece no existía ninguna animosidad entre ellos, y Jamey había decidido por ello que dichas visitas siguieran llevándose a cabo tal y como estaban establecidas hasta que se celebrara la vista final. De modo que ambos siguieron viendo a Reece dos veces por semana hasta poco antes de la fecha de la vista, y me enteré por Sabrina (quien todavía seguía encargándose de llevar y traer al niño) de que las visitas seguían llevándose a cabo en las oficinas municipales y que se había decidido que fueran dos los guardias de seguridad presentes. Pero las visitas quedaron canceladas durante la semana de la vista por decisión de Jamey, quien alegó que todo aquello sería demasiado para Tracey y que esta no podría contenerse y «descargaría» su rabia contra Reece. Fue una sabia decisión, porque desde principios de agosto ella pasaba gran parte del tiempo de las visitas diciéndole a Reece que Jamey era un «jodido traidor» y esperando en vano a que el niño le diera la razón.

Resultaba sorprendente que Reece no saliera alterado de esas visitas teniendo en cuenta que Tracey no estaba encajando bien la situación, pero Jill me aseguró que se mantenía una atenta supervisión en todo momento y que Reece pasaba gran parte del tiempo de visita jugando con su padre, quien sabía al menos cómo relacionarse con su «hijo» aunque fuera principalmente a base de jugar a pelear. Me pareció un punto a favor de Scott que, a pesar de haberse enterado de quién era en realidad el padre de Reece, siguiera viéndole y tratándole como a un hijo. Yo esperaba encarecidamente que ni Reece ni ninguno de sus hermanos se enteraran jamás de su verdadera

procedencia, porque ¿cómo puede asimilar un niño el hecho de saber que es resultado de un incesto?

Le expliqué a Reece que esa semana no iba a ver a sus padres porque todo el mundo estaba muy ocupado yendo al juzgado, ya que el juez iba a tomar su decisión, y él aceptó mis palabras sin ningún problema pero me preguntó si podría tomar la bebida de cola que su madre le llevaba siempre. Una bebida como esa, llena de cafeína y de azúcar (por no hablar de los aditivos), no me parecía la más adecuada para él, pero, consciente de que era un caprichito que él iba a echar de menos, compré una botella y le di un vaso el martes y otro el viernes a la hora en que habría visto a su madre.

Fue al colegio el lunes siguiente, el día en que el juez iba a emitir su decisión, sin ser consciente de la trascendencia que tenía ese día, pero ¡yo sí que era plenamente consciente de ello! Al igual que el resto de los profesionales involucrados en el caso de Reece, daba prácticamente por hecho cuál iba a ser el desenlace, pero a pesar de todo respiré aliviada cuando Jamey me llamó a la una y media desde las puertas del juzgado para decirme que el juez había decidido que Reece fuera puesto bajo tutela estatal de forma definitiva, así que no iba a regresar a casa de su madre. El juez había aprobado el plan de tutela, lo que significaba que el niño iría a vivir de forma permanente con sus tíos y con Lisa; habría cuatro visitas al año en las que vería a sus padres bajo supervisión; Susie y él se verían seis veces al año, y todos los hermanos se reunirían dos veces al año.

Era un buen dictamen, y mientras Jamey hablaba supe por su voz que se sentía aliviado. Me dijo que en cuanto terminara de hablar conmigo iba a llamar a los tíos de Reece para informarles de lo sucedido y que después llamaría también a Marie porque, aunque el proceso judicial en lo que a la tutela de Susie se refería todavía estaba en curso, quería ponerla al tanto de que la niña iba a quedarse con ella por el momento. Jamey añadió también que el juez había estado de acuerdo en que Reece debía ir conociendo lo antes posible a su nueva familia.

—Yo creo que sería demasiado para él seguir yendo al colegio mientras va familiarizándose con sus tíos y con Lisa —me dijo—, aparte de que sería poco práctico porque ellos viven a ciento treinta kilómetros de aquí. Quiero que esto se ponga en marcha lo antes posible, así que me gustaría que le llevaras mañana al colegio para que se despida de todos.

—Ah, vale. Está bien.

—Tanto a su tía como a ti os mandaré por correo electrónico una copia del calendario que he planificado para que Reece y ellos se vayan conociendo, me encargaré de ello en cuanto llegue a la oficina. Si tienes cualquier problema con los días que propongo, avísame de inmediato. ¿Podrías llamar por teléfono a sus tíos para acabar de concretar la hora a la que os va bien quedar?

—Sí.

—¿Puedes encargarte tú de explicarle a Reece lo que ha decidido el juez? Él confía en ti.

—Sí, por supuesto que sí.

Por regla general sería el trabajador social el encargado de realizar esa tarea, pero, al pedirme que fuera yo quien lo hiciera, Jamey estaba admitiendo que él no tenía un vínculo lo bastante estrecho con el niño, lo que era totalmente cierto.

Jamey se quedó callado unos segundos antes de preguntar de improviso:

—Oye, Cathy, ¿qué tal te has llevado con la curadora, Wendy Payne?

—Muy bien, es una mujer muy eficiente. —Ante un silencio prolongado, opté por añadir—: ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ha ido a por mí en el juzgado, le ha dicho al juez que no he cumplido con mi deber en lo que a Reece se refiere. —Se quedó callado a la espera de mi respuesta.

—Me parece un poco duro por su parte, aunque, para serte sincera, creo que podrías haber venido a ver a Reece más a menudo. No creo que él pudiera reconocerte si te viera.

Guardó silencio de nuevo antes de contestar.

—Ha sido un caso muy difícil y complicado al que le he dedicado mucho tiempo, Cathy.

—Sí, ya lo sé, y has hecho un buen trabajo recabando toda la información y preparando el informe que había que presentar ante el juez, no me cabe duda de que él se habrá quedado impresionado. Quizás sería buena idea que fueras a visitar más a menudo a Reece cuando vaya a vivir con sus tíos, sobre todo durante los primeros meses de adaptación.

—Tomo nota —me dijo.

Y la cosa quedó ahí. A veces me daba la impresión de que la diplomática forma de lidiar con los trabajadores sociales no difería demasiado de la forma en que manejaba a los niños.

Cuando fui a recoger a Reece al colegio le di la merienda, y después lo conduje a la sala de estar y nos sentamos uno junto al otro en el sofá. Empecé explicándole que el juez había decidido que no iba a ir a vivir de nuevo con su madre, pero que seguiría viéndola y también a su padre durante las visitas, tal y como había estado haciendo hasta el momento, solo que no sería tan a menudo.

Él asintió, y yo añadí:

—Además, ¡tengo un notición para ti! Se trata de algo muy emocionante, y tienes que escucharme con mucha atención.

Él me miró y sus ojos se iluminaron.

—¿Voy a tener otro cumpleaños, Cathy?

Yo sonreí y tomé su mano entre las mías.

—No, cielo, no tendrás otro hasta agosto del año que viene porque acabas de cumplir años. Pero ¡lo que voy a decirte es tan genial como eso!

Hice una pequeña pausa. Era consciente de que la forma en que le contara aquello tendría consecuencias de largo alcance, ya que determinaría en cierto sentido la facilidad o la dificultad con la que Reece realizaría la transición a su nuevo hogar.

—Sabes que tienes un montón de hermanos y de hermanas, ¿verdad? —Él asintió—. Están Sharon, Brad, Sean y la que mejor conoces, Susie. —Él asintió de nuevo—. Pues resulta que tienes otra hermana que se llama Lisa a la que no has visto nunca. Tiene doce años, así que es una niña mayor, casi tanto como Lucy y Paula. Vive con tu tía May y con tu tío John, que son dos personas muy buenas.

—¿Los conozco? —preguntó él con mucha sensatez.

—No, cielo, aún no, pero tú y yo vamos a conocerlos muy bien porque la tía May, el tío John y Lisa quieren que vayas a vivir con ellos. Se lo pidieron al juez, y él les ha dicho que sí. Tanto al juez como a Jamey, el trabajador social que se te asignó, y a la curadora les parece una idea muy buena, porque tu tía y tu tío se asegurarán de que seas feliz y te mantendrán a salvo. Cuidarán de ti, tal y como lo he hecho yo.

Él se quedó callado, era obvio que estaba intentando asimilar todo aquello. Era algo que a cualquier niño, incluso uno que no tuviera problemas de aprendizaje, le costaría procesar.

—¿Tú crees que es una buena idea? —me preguntó al fin.

—Sí, cielo, sí que lo creo, porque son personas realmente buenas y sé que serás muy feliz. Verás a Susie de forma regular, y también verás alguna que otra vez a Sharon, Brad y Sean. El juez ha dicho que verás a tu mamá y a tu papá, pero no tan a menudo porque la tía May y el tío John serán como una mamá y un papá nuevos para ti.

Él guardó silencio de nuevo mientras iba asimilando todo aquello, mientras reflexionaba al respecto; eso me hizo recordar al niño que había llegado cerca de diez meses atrás, un niño que habría sido incapaz de quedarse sentado quietecito el tiempo suficiente para reflexionar sobre algo y al que ni se le habrían pasado por la cabeza las preguntas que me hizo a continuación.

—¿Tú y yo iremos a verles antes de que me vaya a vivir con ellos?

—Sí, y empezaremos a ir conociéndolos muy pronto.

—¿Y Lisa es mi hermana?

—Sí. Bueno, en realidad es tu hermanastra, pero es lo mismo. La tía May y el tío John y Lisa serán tu familia definitiva.

—¿Y el tío y la tía quieren tener un hijo?

—Sí, cielo, lo están deseando.

—¡Muy bien! Voy a tener una mamá y un papá nuevos, y ellos tendrán un hijo. ¡Y viviremos todos juntos felices para siempre!

—Sí, cielo, claro que sí, igual que en los cuentos que te leo. Viviréis felices para siempre, te lo prometo.

ES TRISTE DECIR ADIÓS

Cuando Reece y yo fuimos al colegio a la mañana siguiente, la señora Morrison y el director estaban esperándonos en la recepción y me miraron expectantes, conscientes de que el juez ya debía de haber emitido su decisión. Ella se dispuso a hacerse a un lado con Reece para que yo pudiera hablar con el director sin que el niño me oyera, pero la detuve porque ya no había necesidad de secretismos.

—Reece tiene que darles una noticia muy importante y maravillosa —les dije. Tenía a Reece de la mano, y le di un ligero apretón para darle ánimos.

Tanto el director como la señora Morrison le miraron, y él sonrió con orgullo.

—¡Voy a mudarme! El juez *m'ha* encontrado una familia, ¡mi propia familia! La tía May y el tío John, y mi hermana Lisa. ¡Voy a vivir con ellos y seremos felices para siempre!

Ellos me miraron para que se lo confirmara, y yo asentí.

—Sí, así es.

Era imposible no conmoverse ante las palabras de Reece, y los ojos de la señora Morrison se empañaron de lágrimas de inmediato. Siempre había tenido debilidad por él, y a lo largo de ese año se había creado un vínculo muy especial entre ellos.

El director asintió antes de decir:

—Qué buena noticia. ¿Cuándo?

—Hoy solo hemos venido a despedirnos —contesté yo—. Vamos a estar muy ocupados. ¿Verdad que sí, Reece? —Bajé la mirada hacia él y asintió vigorosamente—. Estas dos próximas semanas vamos a dedicarlas casi por

completo a ir conociendo mejor a la familia de Reece, antes de que se vaya a vivir con ellos.

—Ah. Vaya, qué pronto —dijo la señora Morrison, claramente sorprendida.

—Es importante que nos despedamos todos —afirmó el director, que se recobró con rapidez tras enterarse de que iba a perder a su pupilo estrella—. Vayamos al aula, se lo explicaré a su profesora.

La señora Morrison y él encabezaron la marcha, y Reece y yo cruzamos tras ellos aquella puerta repleta de *Bienvenidos* (que en algunas ocasiones no nos había hecho sentir demasiado bienvenidos, por cierto); mientras avanzábamos por el pasillo, la señora Morrison aminoró la marcha hasta quedar a mi altura y me dijo en voz baja:

—Me habría gustado darle un regalo de despedida a Reece, pero todo ha pasado tan deprisa... le enviaré algo por correo.

—Es todo un detalle por su parte, y muchísimas gracias por todo lo que ha hecho por él. No habría llegado al punto donde está ahora en su aprendizaje de no ser por usted.

Ella esbozó una sonrisa pesarosa.

—Lamento que se vaya, la verdad es que se ha convertido en un pequeño tesoro.

No había duda de que lo dijo de corazón.

Al llegar a la clase de Reece, el director llamó a la puerta antes de entrar y nosotros tres nos quedamos esperando fuera. La profesora, la señorita Jones, se disponía en ese momento a pasar lista y nos indicó con un gesto que entráramos después de intercambiar unas palabras con el director. Sin soltar la mano de Reece, entré junto con la señora Morrison y con él y nos situamos frente a la clase mientras todos los niños dejaban lo que estaban haciendo y nos miraban.

—Tengo que daros una noticia muy importante, niños —anunció la señorita Jones—. Se trata de algo bueno, pero también un poco triste para nosotros. Reece ha venido a despedirse. Va a irse a vivir a otra ciudad con su familia, así que ya no podrá venir a este colegio. —Se interrumpió por un momento al ver que sus palabras provocaban pequeñas exclamaciones colectivas de consternación—. Sí, entiendo vuestra reacción. Aunque todos nos alegramos mucho por Reece, también estamos tristes porque vamos a echarle de menos. —Se volvió a mirarle—. ¿Nos mandarás una carta para contarnos cómo te va, Reece?

—Sí. Le diré a mi tía que *m'ayude*, porque lo de escribir no se me da muy bien.

—Perfecto, estaremos deseando tener noticias tuyas. Bueno, me parece que antes de despedirnos de Reece deberíamos dar tres hurras por él. Yo solo he sido su profesora durante unas semanas, pero la señorita Broom, vuestra profesora del curso pasado, me ha contado lo bien que lo ha hecho Reece y lo mucho que le gustó enseñarle. —Hizo una pequeña pausa y empezó con los hurras—. ¡Hip, hip!

La clase entera respondió con un sonoro «¡Hurra!», y el proceso se repitió dos veces más. Me dieron ganas de llorar al ver lo contento y orgulloso que estaba Reece.

Cuando la clase volvió a quedar en silencio, la profesora añadió:

—Reece, supongo que querrás despedirte de forma especial de Troy.

Reece asintió. Yo permanecí donde estaba mientras le veía avanzar entre las mesas y acercarse a Troy, quien se volvió en su asiento y alzó la mirada hacia él.

—Gracias por ser mi amigo —le dijo Reece—. Espero tener otro amigo como tú en mi nuevo cole. Te echaré de menos. Adiós.

—Te echaré de menos —contestó Troy—. Adiós, amigo.

Se dieron un abrazo, fue un momento muy conmovedor y todos los adultos teníamos los ojos llorosos.

—¿Quieres llevarte algo de lo que tienes en tu pupitre? —le preguntó la señorita Jones.

Él abrió el cajón de su pupitre, y procedió a sacar varios cuadernos y hojas de ejercicios.

—¿Quiere darle a alguien que lo necesite el equipamiento nuevo que le compré para educación física? —le pregunté yo a la señora Morrison—, apenas lo ha usado.

—Sí, gracias.

Reece regresó junto a mí y me tomó de la mano.

—¡Adiós, Reece —exclamaban todos—, buena suerte! ¡Máندانos alguna carta!

Salimos del aula mientras aplaudían a rabiar, incluso el director parecía haberse quedado un poco meditabundo. La señora Morrison y él nos acompañaron de vuelta por el pasillo hasta la recepción.

—¿Podría hacerme saber cómo le va a Reece, por favor? —me preguntó

ella.

—Sí, por supuesto que sí, y gracias de nuevo por todo. La verdad es que tendría que haber comprado un regalo para usted, pero, como usted misma ha dicho, no ha habido tiempo de nada.

—No es necesario ningún regalo, me alegro muchísimo de que Reece haya progresado tanto. He disfrutado enseñándole.

Se apresuró a secarse la lágrima que se le escapó. Cuando una persona trabaja con un niño con tantos problemas como Reece, un niño que ha superado tantas cosas y ha mejorado, establece con él un fuerte vínculo. La señora Morrison no olvidaría jamás a Reece, y viceversa.

Después de que nos despidiéramos una última vez, el director y la señora Morrison permanecieron allí viéndonos cruzar el patio y esperaron a entrar de nuevo en el edificio hasta que el portón de la entrada se cerró a nuestra espalda. Reece y yo, de la mano, seguimos caminando por la acera hasta llegar al coche.

—Es triste decir adiós, hace que te den ganas de llorar —comentó él.

—Ya lo sé, cielo, pero muy pronto estaremos diciendo montones de holas y eso te pondrá muy contento, ¿verdad?

—Sí, Cathy. Me gustan los holas. Mañana voy a decirle hola a mi nueva familia, y nunca tendré que volver a decir adiós.

—Claro que no tendrás que volver a hacerlo, cariño. Tienes toda la razón.

Yo había llamado por teléfono a la tía May la noche anterior siguiendo la planificación que Jamey había establecido para que fuéramos conociéndonos, y habíamos pasado cerca de dos horas hablando. Yo le había contado todos esos pequeños detalles sobre Reece que podrían ayudar a que todo ese proceso de conocer a su familia y de irse a vivir con ellos fuera más fácil, tanto para él como para ellos.

Antes de llevar a Reece al colegio para que se despidiera, ya le había dicho que había hablado con su tía y que todos estaban deseando conocerle al día siguiente; siguiendo de nuevo la planificación de Jamey, sus tíos y Lisa iban a venir a vernos, pero la visita tan solo iba a durar un par de horas. Esa primera visita suele llevarse a cabo en la casa de la familia de acogida, ya que el menor en cuestión se siente a salvo y cómodo allí. Lisa iba a tomarse el día libre en la escuela para poder venir a aquel importantísimo encuentro de

presentación y después, al día siguiente, seríamos Reece y yo los que iríamos a visitarles para pasar unas cuantas horas en su casa. Reece tendría oportunidad de recorrer la casa y ver su cuarto, un cuarto que su tío John me había dicho que acababa de terminar de decorar para él.

Después tendríamos un día libre, y al día siguiente nos tocaría ir de nuevo al que sería el nuevo hogar de Reece; yo le dejaría allí durante unas horas, y regresaría después a recogerle para llevarle de vuelta a mi casa. Dos días después, si todo el mundo estaba satisfecho con cómo estaban yendo las cosas, le prepararía algo de ropa y Reece pasaría su primera noche en su nuevo hogar; yo pasaría a recogerle al día siguiente por la tarde, y lo de pasar una noche allí se repetiría de nuevo dos días después; al cabo de dos días más, Reece se quedaría a pasar el fin de semana allí y, si todo el mundo estaba de acuerdo en que el niño estaba preparado, yo me encargaría del traslado definitivo.

Los «días libres» que quedaban entremedias estaban destinados a darle tiempo para que se adaptara y consolidara todas las cosas nuevas que iba a ver y a vivir; aun así, iban surgiéndonos con rapidez tareas para esos días supuestamente «libres», ya que tanto la curadora (que ya había cumplido con sus funciones) y Jill llamaron para preguntarme cuándo podían pasar por casa para despedirse de Reece. Jamey no iba a despedirse de él, ya que iba a seguir siendo el trabajador social que tenía asignado; cabía esperar que, después de lo que yo le había dicho durante nuestra conversación telefónica, fuera a verle más a menudo en el futuro.

Reece estaba emocionadísimo y me costó Dios y ayuda convencerle de que se fuera a dormir esa noche a las ocho y media, y al día siguiente ya estaba despierto al despuntar el alba. Cuando la tía May, el tío John y Lisa enfilaron por fin por el camino de entrada de la casa, él estaba mirando por la ventana de la salita a la espera de que llegaran, y al verlos gritó a todo pulmón:

—¡Están aquí! ¡Cathy, ya está aquí mi familia!

Eran las once de la mañana en punto, la hora a la que habíamos acordado que llegaran, y teniendo en cuenta que se trataba de un trayecto de dos horas no debían de haber encontrado demasiado tráfico. Fui a la salita a por Reece, le tomé de la mano, y no sabría decir cuál de los dos estaba más nervioso mientras nos dirigíamos hacia la puerta principal. Él iba dando saltitos como

si estuviera suspendido de unas gomas elásticas, con lo que iba alzándome y bajándome el brazo, y yo tenía mariposas en el estómago. Al abrir la puerta vi que May y John tampoco estaban tranquilos ni mucho menos; nuestra reacción no era de extrañar, ya que se trataba de un encuentro trascendental para todos nosotros.

—¡Adelante, pasad! —les dije—. ¡Es un placer conocerlos!

Nos quedamos plantados en el recibidor sin saber muy bien qué hacer después de estrecharnos la mano, y fue Lisa quien rompió el hielo al darle un gran beso en la mejilla a Reece.

—¡Hola, hermanito! ¡Soy tu hermana mayor!

No hizo falta que hiciera nada más. Con eso se ganó por completo al niño, que la tomó de la mano y se la llevó entusiasmado a mostrarle sus juguetes; yo, mientras tanto, conduje a John y a May a la sala de estar y les ofrecí un café. Me resultaba realmente extraño hablar con ella, ya que se parecía muchísimo a Tracey tanto en las facciones como en el color del pelo y de los ojos, aunque ella carecía tanto de los problemas de aprendizaje como de ese rictus de rabia y de agresividad que yo había visto en el rostro de su hermana. Eran tan parecidas que en un primer momento creí que iba a empezar a señalarme con un dedo amenazante y a vociferar acusaciones contra mí, pero nada más lejos de la realidad: era la mujer más plácida y amable que se pueda imaginar, hablaba con un tono de voz dulce y suave. John era un poco más alto que ella (yo diría que la superaba en unos doce centímetros) y era un hombre corpulento, pero sus ademanes eran igual de sosegados; pensé para mis adentros en lo mucho que ambos contrastaban con Scott y con Tracey, no me cabía ninguna duda de que eran perfectos para Reece como modelos a seguir. Después de preparar el café lo llevé a la sala de estar junto con un plato de galletas; a Lisa y a Reece les había llevado previamente unos vasos de zumo a la terraza interior que hace las veces de sala de juegos, que era donde él tenía la mayor parte de sus juguetes.

May, John y yo mantuvimos una charla fluida que discurrió con toda naturalidad, ya que después de nuestra reserva inicial no tardó en quedar claro que eran personas con las que era muy fácil conversar; además, teníamos un eje temático sobre el que centrar nuestra conversación: el bienestar de los niños. Me hablaron largo y tendido de Lisa, eran conscientes de que iban a tener que estar muy pendientes de ella para que no sintiera que había quedado en un segundo plano; sabían que, cuando la euforia inicial ante la novedad de

tener un hermano fuera esfumándose, la niña iba a tener que acostumbrarse a compartir a sus padres con Reece. Hasta ese momento había disfrutado de su estatus como hija única que los había tenido para ella sola.

Me percaté de que Lisa los llamaba «mamá y papá» a pesar de que, según me dijo May, estaba enterada de que su madre biológica era Tracey. La niña no había visto en su vida a Tracey y en ese momento no tenía ni el más mínimo deseo de conocerla, aunque May y John sabían que cabía la posibilidad de que le picara la curiosidad conforme fuera haciéndose mayor. Lisa era una jovencita alta, delgada y atractiva que solo se parecía a su madre y a sus hermanos en el color marrón de los ojos; John me contó que le habían explicado que su padre biológico jamás había formado parte de la vida de Tracey, y que le habían dicho que si alguna vez deseaba buscarlo ellos harían lo que estuviera en sus manos para ayudarla. Yo pensé que, aunque para Lisa debía de haber sido bastante difícil asimilar todo aquello, sus hermanos lo tendrían mucho peor si alguna vez decidían averiguar la verdad sobre sus propias raíces. No sabía hasta qué punto estaban enterados May y John de lo del incesto en la familia (puede que estuvieran enterados de todo o que no supieran nada al respecto), pero yo no era quién para sacar el tema. Era obvio que habían lidiado a la perfección con las preguntas de Lisa sobre su familia biológica, ya que parecía ser una joven feliz y segura de sí misma que, gracias a su genealogía y a la forma en que había sido criada, no tenía ninguno de los problemas que acarreaban los otros hermanos.

Cuando Reece agotó finalmente a Lisa, vinieron a la sala de estar, y May y John pasaron un rato jugando con él a *Serpientes y escaleras*, a las damas y a *¿Quién es quién?*; preparé unos bocadillos a las doce del mediodía, y se dispusieron a marcharse poco después de la una. La incorporación de un niño a su nueva familia siempre se planea minuciosamente para que todas las personas implicadas vayan conociéndose de forma gradual y nadie se sienta agobiado; se trata de una situación delicada y los niños no son los únicos que deben ir asimilándolo todo, los adultos también deben ir acostumbrándose. Reece y yo los acompañamos hasta la puerta y Lisa le dijo que volverían a verse cuando él fuera a pasar la noche con ellos, ya que ella estaría en el cole durante las dos visitas siguientes. Reece se despidió de los tres con un beso, y a ella le dio también un gran abrazo. John me dijo que al llegar a casa me enviaría un correo electrónico con algunas instrucciones para llegar hasta allí, ya que, según él, el lugar estaba «un poco apartado».

Cuando Lucy y Paula llegaron a casa esa tarde, Reece todavía estaba emocionadísimo y tenía un montón de cosas que contarles. Me di cuenta de que, al igual que yo, ellas también tenían sentimientos encontrados: las tres nos alegrábamos de que Reece hubiera encontrado una familia propia tan maravillosa, por supuesto, pero por otro lado estábamos perdiendo a un miembro de la nuestra. A mis hijas se les habrían facilitado un poco las cosas si hubieran podido conocer a May y a John y hubieran visto lo agradables que eran, pero lo más probable era que eso no fuera posible debido al horario de clases de ambas.

Durante esa velada las vi muy calladas y cabizbajas, sobre todo cuando Reece se fue a dormir y la casa quedó terriblemente silenciosa (tal y como estaría cuando él se fuera de forma definitiva), así que intenté animarlas un poco contándoles los planes que estaba haciendo.

—Diez días después de que Reece se vaya empiezan las vacaciones de mediados del primer trimestre, así que he pensado que sería la oportunidad perfecta para tomarnos esa semana de vacaciones en el extranjero de la que ya habíamos hablado. Reece estará pasándoselo genial con su nueva familia, y nosotras no vamos a quedarnos aquí sentadas pasándolo mal. ¿Qué os parece si vamos a Chipre? ¡Se supone que allí hace un tiempo fantástico a mediados de octubre!

Mis palabras sirvieron para animarlas un poquitín y yo sabía por experiencias previas que, llegado el momento, cuando Reece estuviera viviendo feliz con su nueva familia, esas vacaciones nos ayudarían a pasar página también.

Al día siguiente, con las instrucciones que John me había enviado por correo electrónico en el asiento del copiloto y Reece mirando entusiasmado por la ventanilla, llegué por primera vez a casa de May y John. Debo admitir que me llevé una sorpresa. Lo que ellos no me habían contado era que si el lugar estaba «un poco apartado» era porque se trataba de una granja, una finca enorme donde había cerdos, vacas, dos burros y extensos prados hasta donde abarcaba la vista. Reece estaba boquiabierto y yo también, prácticamente me quedé sin palabras.

—¡No nos dijiste que era una granja! —le dije a John cuando May y él salieron a recibirnos.

—¿Ah, no? ¡Vaya, se me debió de olvidar! —contestó él.

Le guiñó sonriente el ojo a Reece, que exclamó de inmediato:

—¡No se te olvidó, es que querías que fuera una sorpresa!

—¡Exacto!

Los dos empezaban a compenetrarse de maravilla.

Cuando entramos en la casa John nos explicó que había heredado la granja de su padre cinco años atrás, pero que, a diferencia de este, él no quería ser granjero a tiempo completo, así que había reducido la producción y se había limitado a conservar a algunos de los habitantes del lugar (los cerdos, las vacas y los burros que habíamos visto en la parte de delante, además de algunos pollos y gallinas y un caballo de carga jubilado que estaban en la parte trasera); nos contó que tenía empleado a un hombre de la zona que se encargaba de cuidar la granja junto con May, y que él seguía dedicándose principalmente a su trabajo como ingeniero de telecomunicaciones. La granja tenía cien años, y había dos graneros que eran más antiguos aún. May y él nos mostraron la primera planta, donde se respiraba un ambiente campestre de lo más relajado: había unas botas de agua Wellington en el porche, impermeables en el perchero de la entrada y una Aga en la cocina, que era enorme y debía de ser sin duda el lugar de reunión de la familia. Al fondo había una enorme mesa de pino macizo con sus respectivas sillas de respaldo alto.

—Aquí no nos andamos con ceremonias —me dijo John—, lo que ves es lo que hay. Estás en tu casa.

Siempre he pensado que ver cómo se desenvuelve alguien en su propio ambiente da una idea bastante clara de cómo es en realidad y no había duda de que May y John eran dos personas cordiales, afables, cariñosas, campechanas y de buen corazón.

John llevó a Reece a ver los animales y yo me quedé charlando con May en la cocina.

—¿Cómo te convertiste en la esposa de un granjero? —Sentía curiosidad, ya que una granja no tenía nada que ver con las viviendas de protección oficial en las que Tracey había pasado gran parte de su vida.

Ella me contó que después de huir de su padre a los dieciséis años había pasado por una época muy mala, y que estaba durmiendo en la calle cuando había conocido a John. Él era miembro de un grupo parroquial de la zona y la había ayudado a ponerse en pie, la había apoyado y le había encontrado alojamiento en casa de una mujer que formaba parte del mismo grupo

parroquial. May tenía diecinueve años en esa época, él cinco más, y llevaban juntos desde entonces. Me confesó que, aunque les habría gustado tener hijos propios, el hecho de tener a Lisa y a Reece les compensaba con creces. Los dos eran creyentes practicantes y estaban convencidos de que había sido obra de Dios que se encontraran el uno al otro, que había sido él quien les había dado esa familia; de hecho, la nueva familia de Reece era tan perfecta para él que hasta yo misma habría podido creer que allí había habido intervención divina, porque parecía ser algo que estaba predestinado.

Reece regresó poco después con John y pasó un rato jugando en su habitación, que estaba recién decorada; las paredes estaban empapeladas con ilustraciones de Batman y Robin, y tanto la colcha como las cortinas iban también a juego. Lisa le había comprado unos rompecabezas y los había colocado en los estantes junto con un enorme osito de peluche que tenía «Hogar, dulce hogar» bordado en la camiseta.

Reece preguntó si podíamos quedarnos un ratito más cuando llegó la hora de irse, pero los tres le dijimos que había llegado la hora de despedirse y que todos estaríamos esperando ilusionados la siguiente visita, que sería dentro de dos días: él pasaría casi todo el día en la granja, y yo me iría de compras.

—¡No te olvides de venir con tus botas de agua puestas! —le dijo John desde la puerta mientras nos metíamos en el coche—. Voy a tomarme todo el día libre, y necesitaré que me ayudes a limpiar la pocilga.

—¡Vale! —contestó él, y supe de inmediato que Reece iba a ser tan feliz como un cerdo revolcándose en la mier** viviendo allí—. ¡Oinc, oinc! —gritó desde el coche.

EPÍLOGO

Reece se fue a vivir con su nueva familia tal y como estaba planeado y un mes después, a nuestro regreso de las vacaciones en Chipre, cumplí con mi promesa de llamarle. Las chicas y yo hablamos con él y nos contó un montón de cosas sobre los animales de la granja, nos aseguró que iba a ser granjero cuando fuera grande. Nos dijo también que había ido a ver su nuevo cole, y que a la semana siguiente empezaría a ir a clase; al parecer, su profesora se llamaba señorita Bing y él iba a estar sentado junto a un niño llamado Mark, que según nos dijo se parecía un poco a Troy. Mantuve la conversación ligera y no la alargué demasiado, ya que, aparte de para quedarnos con la tranquilidad de saber que estaba bien, el motivo principal de la llamada era que él supiera que no le habíamos olvidado. Cualquier llamada o visita posterior tendría que ser por iniciativa de May y John, cuando ellos lo consideraran oportuno; nosotras le mandaríamos cartas y también postales de felicitación tanto en su cumpleaños como en Navidad, pero no volveríamos a llamarle por teléfono. Era importante que Reece transfiriera a su familia definitiva los sentimientos que albergaba hacia nosotras.

Cuando las tres terminamos de hablar con él se puso al teléfono May, quien me confirmó que estaba aclimatándose a una velocidad pasmosa. Me explicó que también ayudaba el hecho de que tuviera animales a los que cuidar, ya que eso estaba manteniéndole ocupado hasta que llegara el primer día de cole. Aunque apenas eran los primeros días de convivencia, a Lisa le gustaba cuidar de su hermano y, en vez de verlo como un rival contra quien luchar por el afecto de sus padres, en muchos sentidos se mostraba maternal con él. Le pregunté a May cuándo era el cumpleaños de la niña, ya que también iba a

empezar a enviarle a ella una felicitación en esa fecha señalada, y ella me lo dijo antes de añadir que, una vez que Reece se hubiera adaptado por completo, puede que a las chicas y a mí nos apeteciera ir de visita. Yo le di las gracias y le aseguré que nos encantaría ir, pero solo cuando ella considerase que era el momento oportuno, por supuesto.

En la primera semana de enero, Tracey dio a luz una niña que le fue retirada en el hospital y puesta en acogida de inmediato. Por muy triste que fuera el hecho de que una madre perdiera a su hija recién nacida, yo pensé para mis adentros que esa niña, al igual que Lisa, tendría al menos una oportunidad en la vida; aun así, a diferencia de Lisa, todo apuntaba a que la pequeña era fruto de un incesto, así que lo más probable era que tuviera la misma constitución genética que sus hermanos y, por tanto, los mismos problemas de aprendizaje. Quién sabe lo que le deparaba el futuro, el tiempo lo diría. Me enteré de que Scott todavía estaba siendo investigado por las alegaciones de Susie y me contaron también que la policía quería interrogar al padre de Tracey, pero que el tipo se había esfumado. No se me dio ni se me daría en adelante más información al respecto, porque desde el momento en que Reece había dejado de estar bajo mi cuidado yo ya no tenía nada que ver con esa familia... bueno, casi nada.

En julio de ese mismo año, mientras estaba de compras por la calle principal, sentí que alguien me daba un firme golpecito en el hombro y al girarme me encontré cara a cara con Tracey. Mi primera reacción instintiva fue echar a correr. Ella estaba acompañada de un hombre y se la veía incluso más obesa y desaliñada que la última vez que la había visto (en el aparcamiento, después de ver a Reece), su largo cabello grisiento le caía sin vida sobre los hombros y llevaba puestas una camiseta de nailon de un club de fútbol llena de manchurriones y unas mallas descoloridas que le quedaban demasiado apretadas. El hombre que la acompañaba parecía más o menos de su misma edad, era corpulento y tenía tatuado lo que parecía ser un alambre de espino alrededor del cuello. Llevaba puesta una camiseta del mismo club de fútbol que ella, y los dos estaban fumando.

—¡Sabía que eras tú! —exclamó Tracey, antes de ponerme la mano en el hombro—. ¿Qué tal te va, chica?

—Bien, gracias. ¿Y a ti?

—Aparte del jodido trabajador social, todo bien. El tipo no me deja en paz y le he dicho que se vaya a la mierda, Gary también se lo ha dicho.

El hombre que estaba con ella asintió.

—No te preocupes, Tracey, yo *m'encargo* de mantenerlo a raya. No voy a dejar que venga a meter las narices en mi casa, no tiene derecho. El bebé es mío.

Yo miré a Tracey, que sonrió con orgullo; bajé la mirada y vi su abultado vientre, al que ella le dio una pequeña palmadita antes de decir:

—¡Exacto! Este no podrá llevárselo ese tipo, es de Gary y mío.

—¡Claro que no se lo va a llevar! —asintió Gary.

Yo opté por permanecer callada, y ellos dieron media vuelta y se alejaron; de repente, como si no fuera más que un pensamiento pasajero, Tracey me preguntó por encima del hombro:

—¿Qué tal le va a Sharky?

No me gustó nada oír ese apodo que ya era cosa del pasado.

—A Reece le va maravillosamente bien —contesté, antes de proseguir mi camino.

A principios de diciembre, catorce meses después de que Reece nos dejara, May nos llamó para invitarnos a que fuéramos a comer algún domingo. La conversación se fue alargando, y al cabo de media hora comentó:

—Ya nos pondremos al día cuando nos veamos, venid en cuanto podáis.

De modo que una semana después volví a imprimir las instrucciones que John me había enviado por correo electrónico y, portando flores y bombones, emprendí con Lucy y con Paula el trayecto de dos horas hasta la granja Pine. Reece debía de estar pendiente de nuestra llegada, porque la puerta se abrió mientras las tres caminábamos hacia allí y nos saludó con timidez.

—¡Hola! Entrad, avisaré a mamá y a papá.

Había crecido unos diez centímetros por lo menos, ahora me llegaba a la altura de los hombros y sus mejillas, que antes solían estar tan pálidas, se habían teñido de un saludable tono rosado gracias al aire del campo. Lucy y Paula estaban impresionadas tanto con la granja como con él. Entramos en la casa justo cuando May y John estaban saliendo al recibidor y a diferencia de Reece, que se había mostrado un poco cohibido, ellos nos dieron la bienvenida sin ningún tipo de reserva. Les di las flores y los bombones, y a

continuación hubo una ronda de abrazos cuando les presenté a Lucy y a Paula. Lisa ya era una adolescente a esas alturas, se había convertido en toda una jovencita que rápidamente entabló una alianza con mis hijas. Las tres se fueron a la cocina para oír las canciones que estaba descargándose con el portátil, y los demás nos dirigimos a la sala de estar.

—¡Me alegro mucho de verte, Reece! —le dije sonriente—. ¿Cómo estás? Tienes muy buen aspecto, ¡estás más alto!

—Ahora soy grande —contestó sonriendo con timidez.

—¿Qué tal te va en el cole?

—Bien, me va bien. Tengo muchos amigos. ¿Puedo ir a jugar con las chicas ya?

Nosotros nos echamos a reír.

—Sí, claro que sí —le dije yo—. Muchas gracias por invitarnos a venir, de verdad que me alegra muchísimo verte.

Me lanzó una gran sonrisa antes de marcharse corriendo.

May, John y yo nos quedamos en la sala de estar; estaba situada en la parte posterior de la casa, y yo veía a los pollos y las gallinas picoteando en su corral desde donde estaba sentada.

—Se le ve muy bien —comenté.

Fue May quien contestó.

—Sí, está realmente bien y se ha adaptado de maravilla. Su colegio está en el pueblo y es un centro pequeño, Reece está en una clase donde hay nueve niños. Ahora ya solo tiene una profesora auxiliar durante la mitad de la jornada, durante el resto del día está en clase sin necesidad de ese apoyo constante.

—Ha avanzado muchísimo en un año, qué maravilla.

—Estamos muy orgullosos de él —afirmó John.

Saltaba a la vista que así era.

Durante el transcurso de la conversación me dijeron que estaban convencidos de que Reece albergaba oscuros secretos, pero que aparte de hacer algún que otro comentario aislado todavía no les había contado nada acerca de la vida que había llevado junto a su madre, y a Lisa tampoco. Lo de llamarles «mamá y papá» había sido idea de Reece, aunque todavía seguía viendo a Tracey y a Scott en visitas supervisadas, que a lo largo de ese año habían sido tres. John y May se habían encargado de llevarlo y habían tenido un encuentro con Tracey y con Scott en presencia del supervisor y de un

guardia de seguridad; al parecer, Tracey había querido despacharse a gusto con ellos, pero el supervisor la había interrumpido y le había advertido que se cancelarían las visitas si persistía en esa actitud. Deduje que May y John habían vivido en carne propia la agresividad verbal que yo misma también había tenido que soportar, pero eran unas personas tan buenas que jamás tendrían una mala palabra para nadie. Los tres estuvimos de acuerdo en que habría de pasar mucho tiempo para que Reece revelara alguno de sus secretos, puede que no dijera nada hasta llegar a la edad adulta... de hecho, cabía la posibilidad de que jamás dijera nada al respecto, y él les había confesado en una ocasión que mamá le había dicho «que no se lo contara a nadie». Me dijeron también que había pasado por una mala época en el colegio a los tres meses de empezar las clases; había sido después de la primera visita con Scott y Tracey, se había alterado mucho y estaba convencido de que su madre iba a aparecer un día en el colegio para llevárselo. Pero el centro había manejado muy bien la situación, habían conseguido que volviera a sentirse seguro y que recobrara la confianza, y desde entonces había ido consiguiendo un logro tras otro.

—¿Todavía quiere ser granjero? —le pregunté a John, cuando May fue a darle los últimos toques a la comida tras asegurarme que no hacía falta que yo la ayudara.

—Está empeñado en serlo. Si cuando acabe los estudios sigue pensando lo mismo sería una opción viable para él. Se le dan bien las tareas prácticas y le encantan los animales, puedo volver a expandir la granja sin ningún problema. Habría trabajo de sobra tanto para él como para Bob, quien se encarga de manejarla ahora.

—Qué buena idea, la verdad es que siempre le han gustado los animales.

—Tendrías que ver la delicadeza con la que los trata. Recoge todas las mañanas los huevos que han puesto las gallinas, no las ha asustado ni una sola vez y no se le ha roto ninguno.

—¿Qué me dices de Jamey, el trabajador social que le asignaron? ¿Viene a verlo con regularidad?

John se quedó callado unos segundos y esbozó una pequeña sonrisa.

—Llama por teléfono de vez en cuando, pero solo ha tenido tiempo para venir a vernos dos veces. Está muy ocupado con otros casos, y la verdad es que no necesitamos su apoyo.

De modo que, a pesar de que Jamey me había asegurado que visitaría a

Reece con más frecuencia, eso era algo que al final no se había materializado. No era una cuestión de «apoyo», él era el trabajador social al que le habían asignado a Reece (y también a Lisa) y, como tal, tendría que haber un contacto más frecuente. Pero supuse que a John le pasaba lo mismo que me había pasado a mí: le resultaba imposible enfadarse con Jamey porque, a pesar de todos los defectos que pudiera tener, sus intenciones eran buenas. Aunque no podía imaginarme a John enfadándose con alguien, la verdad.

May nos avisó poco después de que la comida estaba lista, y los siete nos sentamos alrededor de la gran mesa de pino situada al fondo de la cocina mientras ella servía un copioso asado con todos los acompañamientos habidos y por haber. Era una idílica estampa bucólica... el calorcillo de la vieja Aga inundando la cocina, los mugidos de las vacas en la distancia, todos nosotros charlando entre risas mientras nos servíamos de las enormes bandejas de porcelana; de hecho, el ambiente era tan agradable y jovial que seguimos allí sentados conversando después de haber comido hasta la saciedad (estábamos tan llenos que nadie fue capaz de comerse un segundo plato del delicioso budín casero de pan y mantequilla con nata).

Cuando la luz vespertina fue apagándose poco a poco y el cielo empezó a oscurecer, dije que habría que ir pensando en marcharse. A las chicas y a mí nos esperaba un trayecto de dos horas en coche y esa noche la temperatura iba descender por debajo de los cero grados, eran argumentos de peso para lograr que las tres, aunque fuera a regañadientes, nos fuéramos de aquella acogedora cocina donde reinaba un ambiente familiar tan cálido y alegre y saliéramos al gélido exterior.

—Muchísimas gracias a todos —dije cuando nos dirigimos finalmente al recibidor y John y May nos ayudaron a ponernos los abrigos.

—Gracias a vosotras por las flores y los bombones, no hacía falta que trajerais nada —contestó May.

—De nada. Y si alguna vez estáis por la zona donde vivimos no dudéis en pasar a saludar, por favor. Nos encantaría volver a veros.

—¡De acuerdo! —dijeron sonrientes.

Todos nos despedimos con besos y abrazos, y le di a Reece un abrazo extra.

—Estoy muy orgullosa de ti —le dije.

Él esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

Una vez que salimos por la puerta y nos disponíamos ya a marcharnos, miré a May y a John y les dije en voz baja:

—Habéis hecho un gran trabajo, Reece tiene mucha suerte de teneros a los dos.

Ella sonrió con cierto pudor al oír mis palabras de elogio.

—Qué va —me dijo—, lo único que hemos hecho es darle a Reece lo que merecía: su propia familia. Y le damos las gracias a Dios por habernos dado lo que no habríamos tenido de no ser por Lisa y por Reece: nuestra propia familia.

Nº1 BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

DANIEL
SILVA

ESTA ERA SU SECRETO MEJOR GUARDADO

LA OTRA
MUJER



HarperCollins
Thriller

La otra mujer

Silva, Daniel

9788491393566

496 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un pequeño y aislado pueblo de la serranía de Málaga vive una misteriosa mujer de nacionalidad francesa que ha empezado a escribir unas memorias más que peligrosas. Es la historia de un hombre al que una vez amó en Beirut, años atrás, y de un hijo que le arrebataron en nombre de la traición. Esta mujer es la guardiana del secreto mejor guardado por el Kremlin: hace décadas la KGB infiltró a un agente doble en el mismo corazón de occidente, un topo que hoy se encuentra a las puertas del poder absoluto. Solo una persona puede arrojar luz sobre esta conspiración: Gabriel Allon, el ya legendario restaurador de arte y asesino que hoy sirve como director del eficazísimo servicio secreto israelí. Gabriel ya ha tenido que combatir, anteriormente, a las oscuras fuerzas de la nueva Rusia, con un elevado coste personal. Ahora él y los rusos se enzarzarán en una épica confrontación final con el destino del mundo que conocemos en la balanza. Gabriel se ve empujado en medio de la conspiración cuando su activo más importante dentro de la Inteligencia rusa es asesinado mientras intentaba desertar en Viena. Su búsqueda de la verdad le llevará atrás en el tiempo, hasta la traición más grande del siglo __ para terminar en las riveras del Potomac fuera de Washington. Rápido como una bala, extrañamente bella y llena de

dobles sentidos y giros en la trama, esta novela es un verdadero tour de force que demuestra una vez más que Daniel Silva es simplemente el mejor escritor de novelas de espías de nuestro tiempo"Otra joya para la deslumbrante corona del maestro de la novela de espías... En esta encontramos incluso una historia de fondo más elaborada de lo normal, es tan convincente como lo es el tenso drama que se despliega lentamente para terminar en un estupendo final".Booklist"Excelente...los lectores quedarán cautivados tanto por la historia como por las tramas tan actuales con las que Silva juega con delicadeza".Publishers Weekly"La otra mujer es desde ya un clásico que afianza a Daniel Silva como uno de los mejores novelistas de espías que el género ha conocido".CrimeReads

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EL
CHICO QUE
SE COMIÓ
EL UNIVERSO

Alegre,
desorganizado
y divertido

TRENT
DALTON

HarperCollins
Narrativa

El chico que se comió el universo

Dalton, Trent
9788491393801
464 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Brisbane, 1985: Un padre desaparecido, un hermano mudo, una madre drogadicta, un padrastro traficante de heroína y un canguro delincuente. La vida de Eli Bell ya era bastante complicada. Solo intentaba seguir su instinto y entender lo que significa ser un buen hombre, pero el destino no paraba de ponerle trabas; entre otras, Tytus Broz, legendario traficante de drogas de Brisbane. Pero la vida de Eli iba a ponerse mucho más seria: estaba a punto de conocer al padre a quien no recordaba, colarse en la cárcel de Boggo Road el día de Navidad para rescatar a su madre, enfrentarse con los criminales que destrozaron su mundo y enamorarse de la chica de sus sueños. Una historia de fraternidad, de amor verdadero y de amistades improbables. El universo en sus manos será la novela más desgarradora, alegre y divertida que leas este año. "Un logro excepcional. Es el Cloudstreet de los bajos fondos criminales de los suburbios australianos." Herald Sun "El chico que se comió el universo es una de esas historias que desafía las expectativas, revienta las barreras del género y seduce de principio a fin... Una auténtico tesoro" Good Reading "Magnífica" Adelaide Advertiser "Este libro iluminará hasta los días más grises" Sydney Morning Herald "Me trae recuerdos muy claros de mi infancia en los suburbios". Daily

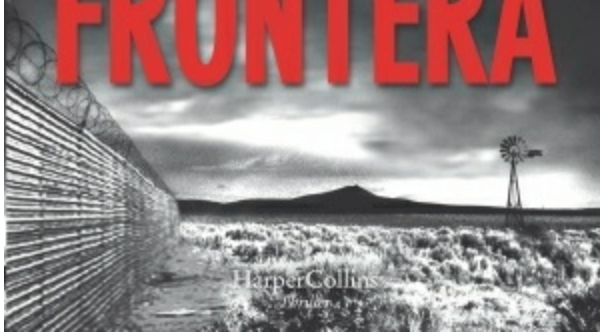
Telegraph"Es una historia sobre el potencial del mundo como un lugar de luz, de risa, de belleza, de perdón, de redención y de amor"The Australian"Tan buena que se te pondrá la piel de gallina"Queensland Times"Te romperá el corazón y te hará reír... a veces en la misma frase"Qantas Magazine"Lectura obligada"Herald Sun

[Cómpralo y empieza a leer](#)

AUTOR BEST SELLER DE
EL CÁRTEL Y EL PODER DEL PERRO

**DON
WINSLOW**

**LA
FRONTERA**



HarperCollins
España

La frontera

Winslow, Don
9788491393580
792 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La explosiva y más que esperada conclusión de la trilogía *Cártel*. ¿Qué haces cuando ya no hay fronteras? ¿cuándo las líneas que creías que existían sencillamente se han esfumado? ¿Cómo te mantienes de pie cuando ya no sabes realmente de qué lado estás? La guerra ha llegado a casa. Hace cuarenta años que Art Keller está en primera línea de fuego del conflicto más largo de la historia de EE.UU.: la guerra contra la droga. Su obsesión por derrotar al capo más poderoso, rico y letal del mundo —el líder del cártel de Sinaloa, Adán Barrera— le ha costado cicatrices físicas y mentales, tener que despedir a personas a las que amaba e incluso se ha llevado parte de su alma. Ahora Keller se encuentra al mando de la DEA viendo cómo al destruir al monstruo han surgido otros treinta que están llevando incluso más caos y destrucción a su amado México. Pero eso no es todo. El legado de Barrera es una epidemia de heroína que está asolando EE.UU. Keller se lanza de cabeza a frenar este flujo mortal, pero se encontrará rodeado de enemigos, personas que quieren matarle, políticos que quieren destruirle y, aún peor, una administración entrante que comparte lecho con los traficantes de drogas que él quiere destruir. Art Keller está en guerra no solo con los cárteles, sino con su propio gobierno. La larga lucha le ha enseñado

más de lo que nunca habría imaginado, y ahora aprenderá la última lección: no hay fronteras. Una emocionante historia de venganza, violencia, corrupción y justicia. "Lo que hace falta en una novela es que uno sienta el impulso físico de ir internándose en lo desconocido, que escuche una voz poderosa y a la vez una multitud de otras voces; que quiera llegar al final para saberlo todo y quiera también que la novela no termine. Antes de tener uso de razón, yo me hice adicto a las novelas porque me daban todo eso. Me lo vuelven a dar con generosidad desbordada estas novelas de Don Winslow". Antonio Muñoz Molina, Babelia, El País

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El secreto del cónclave

Adolfo Martigli, Carlo

9788491392248

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Roma, 1903: la calma de la dulce noche de verano se ve perturbada por un delito perpetrado en el lugar más inviolable, el Vaticano. Un guardia suizo ha sido hallado muerto junto a una criada. El viejo Papa tiene las manos atadas: una investigación oficial levantaría una polvareda y pondría en entredicho la credibilidad de la Iglesia. El padre eterno se encargará de castigar al culpable. Pero lo que León XIII desea impedir a toda costa es que, después de su muerte, la cátedra de san Pedro sea ocupada por alguien implicado en el crimen. Así, para resolver el misterio con la debida discreción, León XIII decide hacer uso de la experiencia de un joven médico vienés de quien se dice que ha elaborado teorías que revolucionarán para siempre el análisis de la mente humana: Sigmund Freud. Con su método psicoanalítico, Freud deberá sacar a la luz el secreto que se oculta en el corazón de uno de los cardenales destinados a convertirse en el próximo Papa. De la pluma de uno de los autores más importantes de novela histórica surge esta novela de ritmo rápido y apasionante, la primera investigación del doctor Sigmund Freud. "Intrigas y delitos en el Vaticano. Freud investiga por encargo del papa. El libro de Carlo A. Martigli es una ficción imbricada en un contexto histórico y simbólico riguroso. La trama se desarrolla en el

terreno pantanoso del psicoanálisis. Una ficción nítida inmersa en un contexto histórico-simbólico riguroso ".Il Corriere della Sera. "Martigli es un narrador muy hábil cuando se trata de escribir novelas que mezclan la fantasía y los hechos reales, y El secreto del cónclave confirma su indudable talento. Además, podría ser solo el comienzo de un Freud detective de excepción".La Repubblica

[Cómpralo y empieza a leer](#)

KELSEY MILLER

I'LL BE
THERE
FOR YOU



Friends, todo lo que siempre quisiste saber
sobre la serie y nunca te atreviste a preguntar



HarperCollins

I'll be there for you

Miller, Kelsey
9788491393429
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Actualmente se recuerda a Friends como un icono de la comedia de los años noventa, cuando empezaba a despuntar la nueva pasión por la ficción televisiva. Pero en 1994, cuando se estrenó la serie, nadie esperaba que tuviera un éxito tan arrollador. Desde sus fulgurantes inicios, pasando por sus altibajos y por el resurgimiento posterior que ha experimentado, Friends ha mantenido un vínculo insólito con su público, que la ve al mismo tiempo como un reflejo de su propia vida y como una ilusionante vía de escape de la realidad cotidiana. En los años transcurridos desde entonces, la serie ha evolucionado de superéxito televisivo a revival nostálgico y, por último, a clásico indiscutible. Ross, Rachel, Monica, Chandler, Joey y Phoebe forman ya parte del panteón de los grandes personajes de la televisión, y sin embargo sus historias siguen teniendo vigencia hoy en día. La periodista Kelsey Miller, especializada en cultura pop, revive los momentos más relevantes de la serie arrojando luz sobre sus elementos más polémicos y examinando las tendencias mundiales a las que dio lugar, como la cultura contemporánea del café o el corte de pelo a lo Rachel que hizo furor en los años noventa. El relato de Miller no solo nos permite entrever cómo se forjaba Friends, sino que sigue el ascenso de sus actores al estrellato y desvela la compleja

relación que establecieron con sus personajes. I'll be there for you es la retrospectiva definitiva sobre Friends, no solo para los fans de la serie, sino para cualquiera que se haya preguntado alguna vez por qué esta comedia televisiva tuvo un impacto tan duradero."¿Se puede escribir con el cariño de un fan acerca de por qué una serie es al mismo tiempo intemporal y obsoleta? ¿Acerca de por qué merece la pena volver a verla y por qué a veces lo lamentas? El libro de Kelsey Miller sugiere que sí".Linda Holmes, presentadora del programa radiofónico Pop culture happy hour"Muy bien documentado y rebosante de anécdotas jugosas, el relato de Kelsey Miller sobre el fenómeno Friends es un viaje nostálgico, emocionante y un tanto agri dulce que permite vislumbrar al lector los entresijos de una serie de ficción que plasmaba esa fase de nuestras vidas en que los amigos ocupan el lugar de la familia".Erin Carlson, autora de I'll have what she's having: how Nora Ephron's three iconic films saved the romantic comedy"Miller no se limita a analizar las inusuales circunstancias que dieron origen a una serie de televisión tan influyente, sino que responde a una pregunta que me ha intrigado durante años: ¿por qué Friends tiene aún tantos seguidores?".Anne Helen Petersen, periodista cultural en BuzzFeed

[Cómpralo y empieza a leer](#)